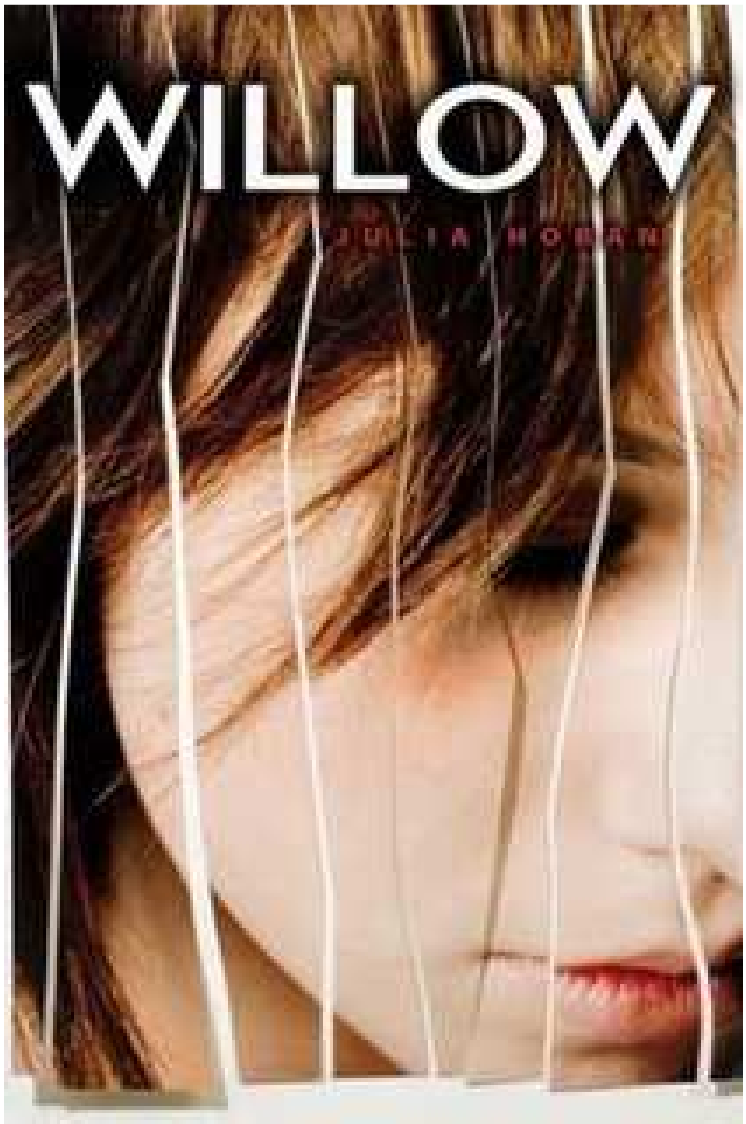


http://utopiadepapel.blogspot.com/

SINOPSIS

Los padres de Willow murieron en un trágico accidente de coche, dejándola no solo con el dolor que supone enfrentarse a una pérdida sino también con el peso de la culpabilidad, ya que era ella quien conducía. Ocho meses después, su hermano mayor casi no le habla, cree que sus compañeros de clase le culpan por lo ocurrido y Willow se evade del sufrimiento con el que carga marcando todo su cuerpo con las heridas del pasado. Pero cuando un chico llamado Guy descubra su secreto, nacerá una intensa relación que conseguirá sacarla de ese mundo extraño que ella misma se ha formado.

Es difícil guardar un secreto cuando lo llevas escrito por todo el cuerpo.

Digitalizado por Drina

1

Quizá no sea más que un rasguño.

Willow Randall observa a la chica que está sentada frente a ella. Hay quien se fijaría en ella porque es guapa. O por su espléndida melena pelirroja. Si los chicos de la clase se fijaran, verían cómo se le transparenta el sujetador a través de la camiseta. Sin embargo, Willow no puede apartar los ojos de otro detalle: una herida de un rojo intenso que debe medir algo más de cinco centímetros y le atraviesa el brazo desde el codo hasta la muñeca. Si se fija bien, incluso le parece ver restos de sangre seca.

¿Cómo se lo habrá hecho? No parece ese tipo de chica.
A lo mejor tiene un gato. Un montón de gatitos.
Sí, eso es. Así es como se lo ha hecho, jugando con su gato.
Willow se desploma en su asiento, pero su actitud no ha pasado desapercibida. La chica se gira hacia sus amigas y empieza a susurrar.
Shhhhhhhhh...
¿Qué estarán diciendo?
Willow mira a las otras chicas con inseguridad. Le da mala espina que hablen de ella y está bastante segura de lo que estarán diciendo.
Esa es la que no tiene padres.
No. Es la que mató a sus padres.
Los cuchicheos de las chicas le recuerdan el crujir de las hojas secas. Willow siempre ha odiado ese sonido. Tiene que luchar para no taparse los oídos con las manos. No quiere llamar más la atención sobre su persona. Pero tampoco puede hacer nada para parar el torrente de ruido que sale de sus bocas. Shhhhhhhhhhhhhhh...
Willow se levanta bruscamente. Uno de los cordones se le enreda con la pata de la silla y pierde el equilibrio. Sus libros caen armando un tremendo escándalo y Willow aguanta su pupitre intentando mantenerse en pie.
Silencio absoluto. Todo el mundo la mira.
Se da cuenta de que le arden las mejillas y se gira hacia las chicas que estaban cuchicheando.
—¿Willow? —La voz de la señora Benson suena intranquila. Parece que no está fingiendo, realmente está preocupada.
Es una buena profesora. Es buena con los niños gordos, y con los que tienen granos. ¿Por qué no con los niños huérfanos? ¿Por qué no con los asesinos?

—Yo... —Willow se pone de pie lentamente—. Yo... quería... ir al baño. —Las mejillas le arden. Se avergüenza de su torpeza, y del modo en que ha mirado a aquellas chicas. Y... ¿no se le habría podido ocurrir alguna excusa diferente?

La señora Benson asiente, aunque con una mirada titubeante, como si sospechara algo.

En este momento a Willow ya no le importa nada. Solamente puede pensar en huir rápidamente y dejar atrás todas aquellas sonrisitas arrogantes. Recoge sus libros y la mochila, y en cuanto atraviesa la puerta empieza a correr pasillo abajo.

No, espera. No se permite correr por los pasillos. Frena y se pone a caminar. Eso es lo último que necesita, que la trinquen por algo tan estúpido como correr por los pasillos.

El baño huele a tabaco. No hay nadie. Bien. La puerta de uno de los baños se balancea medio abierta. La cierra de un puntapié y baja la tapa del inodoro antes de sentarse.

Busca algo dentro de su bolsa. Se exaspera al no encontrar lo que necesita tan desesperadamente. ¿Y si se le ha olvidado? Cuando está a punto de abandonar toda esperanza y ponerse a aullar como un perro, sus manos encuentran el deseado metal. Con los dedos se asegura de que esté bien afilada. Perfecto, es una cuchilla nueva.

Las voces de las chicas resuenan en su interior. Su clamor le hace perder todo atisbo de razón. Se sube la manga.

El pinchazo de la cuchilla acaba con el ruido. Hace desaparecer el recuerdo de sus miradas inquisitivas. Willow se mira el brazo y observa la vida que surge de él. Pequeños hilos de fluido rojo que se convierten en grandes peonías.

Peonías como las que solía plantar mi madre.

Willow cierra los ojos, como bebiendo el silencio. Su respiración es más profunda con cada incursión de la cuchilla. El silencio reina a su alrededor. No como cuando tropezó en clase. Ahora suena puro y perfecto.

Algo que duele tanto no es que te haga sentir bien exactamente. Es más la sensación de que está bien, que es lo correcto. Y algo que está bien no puede ser malo. Tiene que ser bueno.

Es bueno. Es mejor que bueno.

Es mejor que con cualquier tío.

Mejor que la leche materna.

Digitalizado por Drina

2

—No, está en préstamo hasta el día veintiséis —dice la señorita Hamilton con una sonrisa dinámica y profesional. Willow está de pie junto a ella tras el mostrador, reprimiendo un bostezo. Está cansada. Gracias a Dios que su turno en la biblioteca está a punto de acabar. Lanza una mirada furtiva al reloj. No exactamente a punto, aún le quedan cuarenta y cinco minutos.

Willow sabe perfectamente que debería estar agradecida por tener este trabajo. Al fin y al cabo, su hermano tuvo que mover un montón de hilos para conseguirlo. Trabaja en la biblioteca de la universidad tres tardes a la semana. Gana algo de dinero. No el suficiente, pero sí más del que ganaría si estuviera en su pueblo sirviendo helados en el Häagen Dazs.

Por supuesto, allí todo el dinero que ganara sería para ella. Pero las cosas son un poco diferentes ahora. Tiene que trabajar para ayudar a su hermano con los gastos. Ahora debe preocuparse de cosas como la factura de la luz. Sin embargo, eso tampoco es tan terrible. No en comparación con el resto de su vida.

—Creo que podemos conseguirlo por préstamo interbibliotecario —continúa la señorita Hamilton—. Willow, ¿te encargas tú?

La señorita Hamilton la mira con severidad, dispuesta a atacar si comete cualquier error. No es que sea mala persona. Es bastante simpática con el resto de la gente, es solo que no le gusta tener a Willow merodeando por su biblioteca. La mayoría de personas que trabajan para ella son estudiantes de universidad, y los que no, son adultos que han elegido hacer carrera como bibliotecarios. Basta con decir que Willow es la única estudiante de instituto que hay por aquí.

Es como con todo lo demás. Últimamente, es como si Willow no perteneciera a ninguna parte.

Willow coge la ficha que el tipo ha rellenado con una caligrafía temblorosa y enmarañada. Busca un complicado estudio sobre unos filósofos del siglo XII. Alza la mirada para ver su cara. Es mayor. Bastante mayor. Debe rondar los setenta. Siempre resulta interesante ver a los diferentes tipos de personas que se pasan por aquí.

—Debería llegar en un par de días —le dice mientras teclea el número de catálogo—. ¿Ha escrito su número de teléfono? —Vuelve a mirar la ficha—. Perfecto, le llamaremos en cuanto
nos llegue.

—Excelente —responde el hombre, con auténtico entusiasmo. Willow se fija en su agradable sonrisa. Seguro que es un profesor de universidad jubilado al que todavía le gusta leer. Le brillan los ojos ante la idea de poder tener el libro entre sus manos. Su padre podría haber sido así en veinte años. La simple idea de poder leer una nueva

monografía de una tribu perdida de Nueva Guinea hubiera sido motivo de nervios y emoción.

Hubiera sido.

Una ola de desesperación la invade por sorpresa. Incluso le cuesta mantenerse en pie. Se aferra al mostrador con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. No puede permitirse perder el control aquí. ¿Habría algún modo, alguno, de marcharse a hacer lo que necesita sin que la señorita Hamilton se enfadara con ella? Willow mira su mochila bajo una de las sillas. Solo con saber que están ahí ya se siente algo mejor. Aparta las manos del mostrador y las aprieta contra sus brazos, deleitándose con el escozor que le produce el contacto del algodón con las heridas abiertas. Eso le tendrá que valer por ahora.

—¡Willow! —La voz de la señorita Hamilton suena con rotundidad. Es evidente que no es la primera vez que la llama.

—¡Perdón! —Willow se incorpora sobresaltada. Hace lo posible por dejar de fijarse en su mochila y centrarse en el rostro malhumorado de la señorita Hamilton.

—Necesito que vayas al depósito.

—De acuerdo —responde asintiendo con la cabeza, aunque en realidad odia ir al depósito. Está lleno de estanterías y pilas de libros enterradas en una montaña de polvo. Además, le da miedo. Circulan algunas historias de fantasmas. No es que ella crea en esas cosas pero...

—Este joven ha olvidado allí su carné de identidad. Debes acompañarle.

Willow se fija en el chico que está apoyado en el mostrador detrás de la señorita Hamilton. Este no tiene precisamente setenta años. Es un chico que, como mucho, tendrá unos años más que ella. El joven se aparta un mechón de pelo de los ojos y esboza una sonrisa perezosa. La señorita Hamilton asiente y se marcha, pero el chico continúa ahí. La está mirando. Willow siente cómo él observa cada uno de sus movimientos mientras ella termina de encargar el préstamo interbibliotecario. Willow está segura de que se está comportando como una paranoica, pero le aterroriza la mirada insistente del chico. Le recuerda a las chicas de la escuela. No le gusta la idea de tener que subir al depósito con él y, para postergar el momento, se toma más tiempo del necesario para rellenar el formulario.

—¿Qué? ¿Cómo va eso? —dice el chico tras un par de minutos. Empieza a impacientarse. Golpea el mostrador con los dedos y su voz suena diferente. Parece que ya no está tan interesado en ella.

Willow suspira aliviada. A esto sí que puede enfrentarse.

—Sí, claro. Un segundo —contesta con un tono de voz parecido.

—¿Por qué no me dejas que termine yo con esto? —le dice Carlos, mientras coge la ficha del hombre del siglo xil—. Carlos es uno de los estudiantes universitarios, casi de la edad de su hermano. A Willow le gusta. —En fin, todo lo que le puede gustar alguien en esta época de su vida. Se porta bien con ella y la ha sacado de más de un apuro.

—Gracias —contesta en un susurro. En realidad desearía que la dejara a ella acabando el trabajo en el ordenador y que fuera él quien acompañara al chico al depósito.
—Bueno. Vamos allá. —Willow camina unos pasos por delante de él, hacia el ascensor.
—¿Sabes dónde está esto? —pregunta, mirando la ficha que ha rellenado el chico—. No importa, ya lo hago yo. —Entra en el ascensor y aprieta el botón para ir al undécimo piso. Las puertas se cierran y se quedan a solas. Willow fija la mirada en los números que se iluminan.
—Me llamo Guy —dice, después de un momento—. ¿Y tú?
—Willow.
—Willow... —Hace una pausa, obviamente esperando una respuesta—. ¿Willow? —le repite, después de un segundo—. ¿Willow qué más?
A Willow no se le ocurre ninguna manera de contestarle sin ser absolutamente grosera.
—Randall —le dice.
—¿Eres familia de David Randall? —le pregunta, observándola con curiosidad—. Ya me había parecido que me sonaba tu cara. El año pasado hice antropología con él. Es genial.
—Es mi hermano —le contesta Willow en un tono que pretende acabar con esta conversación. Su charla está empezando a ponerla nerviosa.
—Entonces tú no estudias aquí, ¿verdad? —le pregunta mientras frunce el ceño—. Pareces un poco joven. ¿Cómo has conseguido este trabajo?
Willow no le contesta enseguida. Empieza a sentirse un poco incómoda con todas las preguntas que le hace. Empieza a contar los pisos que faltan en voz baja. Solo desea que se acabe el trayecto.
—Normalmente solo contratan a estudiantes de la universidad, si no, ya habría intentado conseguir un trabajo aquí. Me encantaría trabajar en la biblioteca. —El chico tiene una expresión agradable, y su tono de voz es afable. Si se ha dado cuenta de su tono distante, no parece importarle.
—Y si no eres universitario, ¿qué haces aquí? —pregunta Willow, confusa.
—Mi instituto tiene un programa que te permite coger algunas optativas en la universidad—contesta—. ¿Y tú? ¿Cómo conseguiste este trabajo?
—Ahora estoy viviendo con mi hermano —dice Willow tras unos segundos—. Él lo arregló todo. —El ascensor se para y los dos chicos se bajan.
El depósito está oscuro. Hay un interruptor para las luces que Willow se apresura en apretar. Parpadea mientras sus ojos se acostumbran a la luz. Sus miradas se encuentran y por un momento, Willow tiene la sensación de sentirse igual que lo haría cualquier otra chica de su edad al estar a solas con un chico guapo. Está un poco nerviosa y siente vergüenza y atracción a la vez.
Willow avanza, alejándose de él tanto como puede. Ahora mismo no puede enfrentarse a algo así.
—¡Eh, cuidado! —Guy la coge de la mano para intentar evitar que se dé de bruces contra las estanterías metálicas. Willow retira el brazo rápidamente, y se sorprende de

lo mucho que le ha afectado el contacto de su piel. Es como si su mano ardiera como una cuchilla... pero el efecto es un poco diferente. La cuchilla la aturde, le hace olvidar, pero esto... bueno... Tiembla y empieza a frotarse los brazos compulsivamente.
—¿Tienes frío? —le pregunta, alzando una ceja.
—Estoy bien, gracias. Yo... Vamos, busquemos tu libro, ¿vale?
Willow vuelve a comprobar la signatura y se vuelve hacia los estantes. Enseguida da con el libro y se dispone a entregárselo al chico cuando se percata del título y se queda paralizada.
—¿Va todo bien? —Guy la mira con el ceño fruncido.
—Oh, sí... Es que... —La voz de Willow se va apagando. No puede dejar de mirar el libro. Vaya, no debería sorprenderse tanto. El chico ya le había comentado algo de antropología, y este título es un clásico.
—¿Conoces este libro? Quiero decir, ¿has leído *Tristes trópicos!* —le pregunta mientras se lo coge de las manos.
—Sí, de hecho, un par de veces —contesta Willow tras unos segundos de silencio. Cierra los ojos un momento y visualiza el estudio de sus padres con las paredes repletas de libros. *Tristes trópicos,* tercer estante, segundo libro empezando por la derecha.
—¡No había conocido a nadie que lo hubiera leído! —Guy parece impresionado—. Es genial, ¿verdad? —comenta perdiéndose entre las páginas—. Supongo que tu hermano te habrá hablado de él. Si no fuera por este libro, ni siquiera me hubiera matriculado en sus clases.
—¿Qué quieres decir?
—Bueno, el año pasado, justo antes de empezar las clases aquí, estaba paseando por el centro tratando de decidir qué asignatura hacer. Pensaba que acabaría escogiendo algo tipo química o mates, porque quedaba muy bien en mi expediente y me podía ayudar a entrar en una buena universidad. En fin, se puso a llover y me metí en una tienda de libros de segunda mano. Uno de estos cayó literalmente de uno de los estantes mientras buscaba otra cosa. Lo abrí y cuatro horas después continuaba allí, leyendo. Fue entonces cuando decidí que haría antropología.
—¿De veras? —Contra su propia voluntad, Willow no puede evitar sentir curiosidad. Ella tampoco había conocido antes a nadie (a nadie de su edad, se entiende) que hubiera leído el libro, así que ni hablar de alguien tan fascinado por él.
—Sí, en serio —asiente Guy—. Es como una historia de aventuras, ¿verdad?
—¡Sí, exacto! —A Willow se le ilumina la cara. Por un segundo se olvida de que *Tristes trópicos* era el libro favorito de su padre. Se olvida de las tardes lluviosas de sábado que ella pasaba junto a la ventana escudriñando todos los libros favoritos de su padre. Se olvida de que ya no tiene un padre, e incluso olvida ser infeliz—. Es como una historia de aventuras —continúa—, pero ¿sabes qué es lo más divertido? ¿Te acuerdas de cómo en la primera página explica que ni siquiera le gustan las historias de aventuras?
—Sí —dice Guy, riendo—. ¡Y después va y escribe una!

Las luces se apagan de repente y los dos se quedan de pie en la oscuridad un instante antes de que Guy vuelva a pulsar el interruptor. Entonces, se sienta en el suelo, como si eso fuera la cosa más natural del mundo, como si pasar el tiempo hablando con ella fuera lo mejor que puede hacer.

Willow no sabe muy bien qué hacer. Se siente cómoda hablando con él, pero lo que sintió cuando le cogió la mano, eso no fue para nada agradable. Busca su cara. No parece que tenga en mente nada más aparte de los libros.

Un instante después, Willow está sentada junto a él.

—¿Para qué lo necesitas? —Señala la copia de *Tristes trópicos*—. ¿Qué pasó con el que compraste en la librería de segunda mano? —En realidad no le importa en absoluto lo que le haya pasado con el libro; de hecho es una pregunta un poco estúpida. Estúpida y aburrida, pero no se le ocurre qué más decir, y no está tan a gusto como para estar sentada con él en silencio.

—Lo perdí en el metro. —Guy se encoge de hombros—. Debería comprarme otro, pero estoy un poco mal de pasta últimamente. ¿Conoces el sitio del que te hablo? —Deja el libro en el suelo y se vuelve para mirarla—. Me imagino que tu hermano debe de haberte llevado allí miles de veces. Siempre que voy está lleno de profesores.

Willow lo piensa un minuto.

—¿Está camino del centro —pregunta— y, aunque es un local inmenso, está todo hacinado?

—Exacto —asiente Guy—. Casi no puedes ni moverte. Es como si los libros lo hubieran invadido todo. Los estantes están a rebosar y hay tantos libros apilados en el suelo que es casi imposible caminar.

—Y tiene un olor extraño —dice Willow—. Pero no en plan libros viejos y cosas antiguas, sino en plan... —Se detiene un momento.

—Un poco en plan sucio y guarro —acaba Guy. —Sí, eso mismo —ríe Willow—. Y los empleados son muy maleducados.

—Si les preguntas algo parece que les estás molestando. —Y es casi imposible encontrar algo por ti mismo, porque lo ordenan todo sin ninguna lógica.

—Y el lugar, para empezar, está tan lejos de cualquier parte que uno no puede evitar preguntarse para qué irá la gente allí. Pero sin embargo es realmente... —Fabuloso —le interrumpe Willow. —Así que lo conoces. —Guy le sonríe. Para de hablar y observa detenidamente su cara. Willow se mueve, incómoda. De repente, es como si fuera extremadamente consciente del silencio que impera en el depósito, del silencio y de la soledad. —La verdad es que no te pareces tanto a tu hermano —continúa Guy después de un instante—. Quiero decir, que no creo que sea de eso que me suena tu cara.

Willow no sabe muy bien adonde quiere ir a parar con todo esto, pero se da cuenta de que se siente mucho menos a gusto que hace unos minutos.

—¡Pero qué tonto soy! —exclama Guy—. No me lo puedo creer. ¿Tú no vas a mi instituto? De eso te conozco. Te he visto por los pasillos. Eres nueva de este año, ¿no?

Willow está demasiado sorprendida para contestar. ¿Van al mismo instituto? ¿La conoce? ¿Sabe cosas de ella? Willow se pone en pie.
—Me tengo que ir —contesta alarmada—. No debería haberme quedado aquí tanto rato.
—Sí, claro. —Guy se levanta y la sigue hacia el ascensor. Willow camina tan rápido que prácticamente corre.
Willow es incapaz de mirarlo. Clava la vista en el suelo del ascensor, en el techo, en cualquier cosa que no sea su cara. Es como si ese breve y agradable intervalo no hubiera existido. Se siente usada. Usada y estúpida. ¿Lo había sabido él desde el principio? ¿Toda aquella conversación no habría sido más que una farsa para poder explicar después a sus amigos que había conseguido hablar con la chica nueva? ¿Con la rara, con la que había matado a sus padres?
El deseo de cortarse es cada vez más latente, incluso más fuerte que en el mostrador. Tiene que deshacerse del chico. Necesita estar sola.
—Escucha, ¿crees que...?
—Me tengo que ir —dice Willow. Sale disparada del ascensor dejando a Guy tras ella, y se lanza contra la señorita Hamilton. Por primera vez, su ceño fruncido le parece agradable.
—Pues sí que te lo has tomado con calma —le dice la señorita Hamilton con desconfianza.
—Me... me ha costado un poco encontrar lo que estaba buscando. —Willow ocupa su lugar junto a ella tras el mostrador.
—Ya deberías estar familiarizada con las signaturas —replica la señorita Hamilton. Las excusas no sirven de nada con ella.
—Venga, vamos, a mí me costó siglos orientarme por el depósito. —Carlos le lanza a Willow una sonrisa amistosa.
—Supongo. —La señorita Hamilton mira a sus dos empleados—. De acuerdo. Entonces, supongo que ya has acabado por hoy, Willow. Nos vemos dentro de unos días.
Willow mira el reloj sorprendida. No tenía ni idea de que ya hubiera terminado su turno. La señorita Hamilton tenía razón, llevaba un buen rato allí arriba. No se había dado cuenta de que llevaran tanto tiempo hablando.
Bueno, un día más que no tengo que volver a soportar, piensa mientras recoge la bolsa y sale disparada por la puerta.
Willow se abre paso entre los estudiantes que se agolpan alrededor de la entrada de la biblioteca, ensuciando el aire con el humo de sus cigarrillos, y se dirige hacia el aparcamiento de bicicletas. Le lleva un instante recordar que ya no tiene bici, que se la dejó en casa de sus padres, apoyada en la pared del garaje. Una lástima, la verdad. Si la tuviera, sería mucho más fácil trasladarse del trabajo a casa.
Pero ¿por qué la vida debería ser más fácil, al fin y al cabo?

Sale del campus a la calle. Dos travesías y habrá llegado al parque. Por alguna razón, estar rodeada de árboles le hace sentirse mejor.
Pero no lo suficiente, piensa mientras palpa la mochila. *Nunca es lo suficiente.*
Sin bicicleta tarda unos veinte minutos para ir al piso de su hermano. Bueno, de su hermano, de la mujer de su hermano, Cathy, y de la hijita de ambos. Tampoco es un mal sitio. David, Cathy e Isabelle viven abajo y ella ocupa el antiguo despacho de David, la habitación para el servicio, arriba de todo. Es bastante mejor de cómo suena. Su habitación es bastante pequeña, pero tiene un toque especial. Parece salida de un cuento de hadas, o de una película sobre París. Tiene unas increíbles vis-i.is al parque. Cathy hizo un buen trabajo arreglándola para di.i, colgando largas cortinas y pintando las paredes de un pálido color manzana. Aunque no es que a Willow le importe mucho todo eso.
—¿Hacia dónde vas?
Willow se vuelve sorprendida. No tenía ni idea de que tuviera a Guy detrás de ella. ¿La estaba siguiendo? ¿Es que quiere saber más, tal vez incluso conseguir que le dé algún detalle morboso?
—¿Vas hacia el parque? —le pregunta, siguiéndola a pocos pasos—. Yo siempre voy por allí.
Willow quiere preguntarle qué sabe exactamente de ella, pero no sabe muy bien cómo hacerlo. Quiere preguntarle si antes le estaba tomando el pelo deliberadamente, o si realmente no la había reconocido. Al fin y al cabo, es posible que sea verdad, ella tampoco lo había reconocido. Pero está perdida en su propio mundo. Últimamente nada es capaz de impresionarla. Como la chica nueva del instituto, está destinada a llamar la atención aunque no lleve la letra A escarlata bordada en el pecho.
—¡Eh, Guy, espera! —Un chico alto, de pelo negro, llama a Guy desde la acera de enfrente. Corre hacia ellos con una pila de libros bajo el brazo.
—Adrián, ¿qué haces por aquí?
Guy se para un momento.
—He ido a pedir información sobre unos cursos.
Adrián mira a Willow y a Guy varias veces.
—Oh, perdona. Te presento a Willow. Va a nuestro instituto.
—¿Ah, sí? —Adrián le sonríe—. ¿Eres nueva? No te había
visto nunca antes.
—Sí, soy nueva —contesta Willow. Observa al chico con atención. Parece que está siendo sincero, y se siente algo mejor. Posiblemente no destaque tanto como ella piensa.
—Podemos hablar si has pensado en matricularte aquí. Yo ya he mirado un par de posibilidades.
Guy le pasa a Adrián una hoja llena de apuntes sobre cursos y números de referencia.

—Sí, la verdad es que debería matricularme en alguno de estos. —Adrián le echa una ojeada al papel—. Pero por otra parte, me atrae la idea de no complicarme la vida el último año de instituto.
Willow ya no es el centro de atención, y suspira aliviada. Debería aprovechar para marcharse ahora que la situación es buena.
—Oye, yo me tengo que ir —susurra, esbozando una pequeña sonrisa.
—¡Claro! Adrián, luego te llamo. —Para sorpresa de Willow, Guy se despide de su amigo y continúa caminando a su lado—. Bueno, ¿adónde vas?
—A casa. —Aunque la llame así, Willow se da cuenta de que no es la palabra más adecuada. El apartamento de su hermano puede ser su casa actualmente, pero ella no la siente como su hogar. En absoluto.
—¿Quieres que paremos por el camino y tomemos un café? —le pregunta Guy.
No.
No quiere tomar ningún café. Quiere estar sola. Sin embargo, no puede evitar pensar que, en el pueblo, cualquiera de sus amigas estaría emocionada por que un chico como Guy le pidiera para salir. Se pregunta cómo se hubiera sentido si le hubiera hecho la misma propuesta, digamos, hace un año. ¿Se habría sentido halagada? ¿Le hubiera gustado la idea? ¿Le habría gustado él? Willow hace un esfuerzo por imaginar cómo hubiera actuado el invierno pasado. Pues claro que le hubiera gustado. ¿Y por qué no iba a gustarle? Es mono y hasta lee libros. Una pena que la chica del año pasado haya muerto.
—Bueno, y ¿qué me dices? —El chico se cuelga la mochila del hombro derecho y esboza una sonrisa—. Hay un local genial unas cuantas calles más allá. El mejor capuccino que hayas probado nunca, y las pastas no están nada mal.
Primero un café, luego vendrá una película. Después unos cuantos paseos por el parque. Willow ya sabe cómo funcionan este tipo de cosas. Y más adelante vendrán los sentimientos. Solamente de pensar en ello se le pone la carne de gallina. Ella ya ha terminado con sus sentimientos. No quiere volver a sentir en lo que le queda de vida.
—No, gracias. —Incluso a ella le choca lo fría y seca que ha sonado la respuesta. Perfecto.
Guy se encoge de hombros. Parece un poco decepcionado.
La vida está llena de decepciones, Guy. Willow le da una patada a una piedra del camino.
—De acuerdo, otra vez será. —Pero por alguna razón, no se despide. Sigue caminando junto a ella.
¿Por qué no se marcha? Willow se impacienta. *A lo mejor le gusta lo que oye. Quizás está buscando un desafío.*
Por un momento se pregunta qué pensaría él si viera las marcas de heridas en sus brazos. ¿Sería eso suficiente reto para él? Nunca se las ha enseñado a nadie, y por supuesto, él no va a ser el primero. Pero, aun así, ¿cómo puede quitárselo de encima?

—¿Cómo es que estás viviendo con tu hermano? —le pregunta Guy—. ¿Es que tus padres se han tomado un año sabático? Porque me acuerdo que tu hermano comentó que eran especialistas en el mismo campo. —Vuelve a sonreír, totalmente ajeno al efecto que está teniendo sobre ella.

¿Será como Adrián? ¿Verdaderamente no sabe nada de ella? ¿O es que está esperando a oír las palabras?

En cualquier caso, él ya le ha dado una alternativa. Ahora ya sabe cómo librarse de él.

—No se han tomado un año sabático. —La voz de Willow suena con dureza. Para de andar, se gira y mira a Guy sin vacilar. Directamente a los ojos. Tan de cerca que puede ver su iris color miel surcado por motas marrones. Tiene unos ojos bonitos, pero eso a ella difícilmente le puede importar ahora. Él le devuelve la mirada. Ya no sonríe, sino que la mira con la misma intensidad. Cualquiera que pasara ahora junto a ellos pensaría que son pareja. Deben hacer una bonita estampa allí de pie, mirándose fijamente bajo la bóveda que crean las frondosas copas de los árboles.

—Pero tus padres son profes, ¿no? —Él rompe el silencio—. Tu padre es antropólogo y tu madre arqueóloga. Porque una vez yo fui...

—Están muertos. —Willow pronuncia las palabras con frialdad e indiferencia. Le gusta ver cómo se pone pálido Guy—. Muertos —repite para asegurarse de que le ha quedado claro—. Y yo los maté.

Digitalizado por Drina

3

¿Cómo es que vives con tu hermano?
Pero tus padres son profes, ¿no? Porque una vez yo fui...
Las preguntas de Guy le siguen retumbando en los oídos. Su afable voz ahora está distorsionada en su memoria y suena quejumbrosa e insistente.
Pero tus padres son profes, ¿no? Porque una vez yo fui...
¡Vale, vale! ¡Ya está bien con la cancioncita!
Willow se estira bocabajo, el libro que lleva media hora intentando leer cae al suelo cuando entierra la cabeza en su almohada intentando acallar las voces que resuenan en su cabeza.
Pero todo es en vano. Las preguntas siguen repitiéndose una y otra vez, y peor, mucho peor que cualquier pregunta que él hubiera podido preguntar, es su propia respuesta:
Yo los maté.
¿Cuántas veces en los años que le esperan tendrá que repetirse esas palabras?
Apenas puede recordarlo. Llovía, eso es todo lo que sabe. Habían salido a cenar fuera y sus padres quisieron pedir una segunda botella de vino, así que decidieron que Willow conduciría. Recuerda a su padre lanzándole las llaves, la carretera resbaladiza, y el sonido de los limpiaparabrisas.
En ocasiones, oye el murmullo de la lluvia en sus sueños.
Willow voltea la cabeza con indiferencia para mirar a través de la ventana. Una leve brisa mueve las cortinas. Los últimos rayos de sol se filtran por ellas dibujando bonitas cenefas sobre el suelo.
Las vistas desde su ventana son especialmente interesantes, y sin duda le llamarían la atención, si fuera capaz de sentirse interesada por algo. Cada mañana y cada noche, el parque se llena de gente que hace *footing.* Por las tardes aparece una legión de madres jóvenes y a todas horas se puede ver parejas de enamorados que recorren los caminos llenos de hojas. Es como un cuadro con vida propia. Antes del accidente, cuando aún le importaban las cosas, Willow pasaba mucho tiempo pintando acuarelas. En aquella época nada le hubiera gustado más que sentarse junto a la ventana durante horas e intentar captar el cambiante espectáculo del exterior.
Willow mira el escritorio, donde están la caja de acuarelas y los pinceles que Cathy le compró. Al igual que su bicicleta y que todo lo demás, se había dejado los utensilios de pintura en casa. Cathy había tenido todo un detalle al comprarle un juego nuevo, y debería corresponder ese gesto de consideración intentando usarlo, al menos. Pero por alguna razón no logra sacar fuerzas para ello.
No cabe duda de que Cathy ha sido buena con ella en muchos aspectos. Ha trabajado muy duro para que esta habitación tuviera un aspecto agradable para Willow, y con los

colores suaves y los bonitos muebles, ha quedado preciosa. Mucho mejor que la que tenía antes. En casa se mudó a la habitación de David porque era la más grande. Las paredes, pintadas de negro, eran una reminiscencia de la época *heavy metal* de su hermano, y Willow y su madre siempre se prometían a sí mismas cambiarlas algún día. ¿Quién le iba a decir que cuatro paredes negras pudieran transmitir tanta seguridad?
Willow se incorpora bruscamente, abre la ventana y saca la cabeza. El aire es suave y solo corre una leve brisa que le alborota el pelo sobre la cara. Es su momento favorito del día, justo cuando la tarde está a punto de convertirse en noche.
Si ahora estuviera en casa, probablemente estaría hablando con una de sus amigas por teléfono. Normalmente las cosas iban así: quedaba con las amigas después de clase, llegaba a casa y hacía su trabajo, un poco de cotilleo por teléfono antes de cenar o, si no tenía muchos deberes, un paseo en bici por los caminos de detrás de su casa.
Ahora, los días transcurren de otro modo. Por el instituto camina como si fuera sonámbula, no tiene amigos con los que hablar, va a la biblioteca, intenta hacer los deberes pero no le salen, y come cualquier cosa que le ponga Cathy... Y todo esto en compañía de la cuchilla.
Ha dejado a sus antiguas amigas atrás, al igual que el resto de su vida. Pertenecen a otro mundo, a un mundo que Willow no tiene ninguna intención de volver a visitar. Nunca les coge el teléfono, borra los *e-mails,* y una a una, todas han dejado de contactar con ella. La única persona que sigue intentándolo es Markie, su mejor amiga, y Willow sabe que solo hace falta que deje un par de mensajes más sin contestar para que no vuelva a insistir.
Cierra la ventana mientras suspira. Si no hace nada más, al menos debería esforzarse con los deberes.
Willow recoge el libro que estaba leyendo, *Historia de dioses y héroes,* de Bulfinch. Se supone que tiene que leerse cincuenta páginas para mañana. Después tiene que ponerse con un trabajo para la misma asignatura. No debería resultarle muy difícil. Se ha leído este libro unas mil veces. Pasa las páginas de su edición barata de bolsillo y recuerda la primera edición que su padre tenía sobre la mesa, en cuya primera página aparecía su caligrafía trazada con aquella tinta azul que a él tanto le gustaba.
Lo más probable es que siga allí. La casa ha quedado tal como estaba, ni siquiera la han puesto a la venta.
En un principio Willow pensó que se quedaría allí y que David, Cathy e Isabelle irían a vivir con ella. En cierto modo, hubiera sido lo más sensato. El apartamento, aunque tiene la medida exacta para una pareja con un bebé, se ha quedado pequeño desde su llegada. Pero, desde el primer momento, David había vetado la idea argumentando que la comunicación no era buena. Durante veinte años los padres de Willow solían coger el tren, pero solo dos veces por semana y, si bien el horario de clases de David era parecido, el trabajo de Cathy la hubiera obligado a viajar cada día.
De todos modos, aunque no sea la situación más cómoda, Willow no puede evitar estar de acuerdo con su hermano. Aunque su casa es grande y espaciosa, vivir allí no

hubiera sido precisamente fácil, y no por los viajes precisamente, sino porque la casa está llena de recuerdos y sentimientos. Demasiado llena de fantasmas.
Habrá estado allí un par de veces desde el accidente. La primera vez fue con David para recoger los libros de sus padres y traerlos al apartamento. Resultó ser una idea desastrosa que tuvieron que dejar a medias. De hecho, ese viaje afectó tanto a David que se negó a volver a entrar en la casa. Cuando regresaron, Cathy y él se quedaron en el coche mientras Willow, que se sentía como una refugiada, una desplazada huyendo de su país para ir a un territorio desconocido, recorría la casa en busca de algo de ropa para meter en su mochila. Ahora desearía haberse tomado más tiempo para pensar en lo que recogía. No le cupo gran cosa en la mochila y ahora constantemente tiene que pedirle cosas prestadas a Cathy. ¿No hubiera sido mejor coger un par de libros que le importaban en lugar de tres pares de tejanos, dos camisas y una falda? Le encantaría poder estar leyendo Bulfinch en la vieja edición de su padre y no en esta triste edición barata que había adquirido en una franquicia del centro.
Willow no sabe por qué le duele la garganta. No entiende que le piquen los ojos así, de repente.
¡Es solamente un libro!
Tira la edición de bolsillo al otro extremo de la habitación, donde cae al suelo con todas las páginas dobladas.
—*Muka, Tuka, Jashatuka...*
Willow se queda helada. Se pone pálida y agarra con fuerza una punta de la colcha al oír la voz de su madre flotando en la escalera. Al cabo de unos segundos se da cuenta de que es Cathy, que le está cantando a Isabelle. David debe haberle enseñado la canción, una antigua nana rusa que su madre solía cantarles.
Se levanta de la cama y entra en el cuarto de baño para mojarse la cara con agua fría. Se mira al espejo durante unos segundos y observa su cara como si fuera la de una extraña.
¿Quién es ella?
Willow supone que, para la mayoría de la gente, su aspecto no ha cambiado, a excepción del pelo. No tiene ni ganas ni energía para arreglárselo como antes y lo lleva recogido en una trenza que le llega a media espalda.
Pero ella no se reconoce. Posiblemente su cara no sea diferente, pero su mirada sí que lo es. Es peor que si sus ojos no tuvieran vida, porque su expresión es completamente nula. Levanta una mano para cubrirlos en el espejo. Recuerda el reflejo que solía mirarla desde el espejo. Aquellos ojos no estaban muertos.
Willow nunca había sido consciente de ser feliz. Simplemente no se le había ocurrido pensar que en su vida ya tenía todo lo que podía querer o necesitar.
Lo único que le puede provocar la risa ahora a Willow es el modo en cómo antes daba todas las cosas por sentadas. En el pasado, nimiedades como ir mal con la escuela o que un chico la dejara plantada la destrozaban. ¿Cómo podía saber lo que la vida le tenía reservado? Sacude la cabeza al pensar en lo estúpida que era al ponerse triste

porque su vestido favorito se había perdido en la lavandería o alguna tontería por el estilo.

¡Tonta!

De repente, siente una necesidad irrefrenable de golpear su cabeza contra el espejo. Eliminar esa absurda expresión de su cara. Sin embrago, sabe que no puede. Aquí no, ahora no. No con Cathy en el piso de abajo y David entrando por la puerta.

En lugar de eso, se mira pausadamente, aprieta los labios y escupe sobre el reflejo de su cara con todo el veneno que puede reunir.

Willow sabe que se está poniendo melodramática pero, ¿qué más da? El escupitajo se desliza espejo abajo y vuelve a encontrarse con el par de ojos muertos.

¿Quién eres?

Esta no es la Willow que ha vivido dentro de ella los últimos diecisiete años. Es otra persona.

Una asesina.

Una chica que se corta.

Willow se aleja del espejo. Escupir sobre su propia imagen. Eso es pueril, como sacado directamente de una película de serie B. Y, la verdad, así no se consigue nada. Pero cortarse... Eso es otra historia.

Se mira los brazos un momento. Si alguien mirara con atención enseguida notaría las violentas heridas rojas bajo las finas mangas de algodón de su camisa. Pero es algo en lo que casi nadie repara.

Se sube las mangas y examina las heridas más accesibles. Abre el botiquín y saca un tubo de desinfectante. Tiene mucho cuidado en no dejar que se le infecte ninguna herida. No quiere complicaciones. Cathy ya ha empezado a mirarla de una manera extraña. No para de preguntarle por qué le pide camisas de manga larga con el buen tiempo que está haciendo con el veranillo de san Martín. Ella no puede comprender que Willow, a quien antes le preocupaba tanto qué ponerse, ahora elija su ropa con un único criterio: ¿le cubrirá las cicatrices?

Preocuparse de sus cosas ya no es tan sencillo como antes. No puede simplemente dejar su ropa sucia en el cesto de la colada. El otro día tuvo que enterrar una de sus blusas manchada de sangre en el parque. No puede arriesgarse a dejar cosas como esa por ahí. No le supo mal perder la blusa, pero fue terrible tener que escarbar la tierra. Más tarde, de camino a casa, le pareció ver a un rottweiler jugando con ella.

Willow oye el teléfono. Es casi la hora favorita de Markie para llamar. Rápidamente, sin vacilar, se gira y enciende la ducha.

—¿Willow? —Cathy la llama—. ¡Teléfono, para ti! ¡Es Markie!

Se asoma por la puerta del baño.

—¡Lo siento, estoy en la ducha!

Con esto debería valer. Deja la ducha encendida, se quita los tejanos y la camiseta y, sentada en el suelo del baño, se pone un poco de crema antiséptica en las heridas que tienen peor pinta.

Tarda unos diez minutos en acabar con esto pero finalmente termina de curarse las heridas.
—¡Willow! —grita su hermano—. ¡A cenar!
—Ya voy —contesta Willow apagando la ducha. Se pone la ropa y hace una mueca de dolor cuando los téjanos se enganchan con la crema. Sería mucho más lógico colocar algún tipo de vendaje, pero la gasa se notaría a través de la ropa.
—¡Hola! —Intenta parecer animada al entrar a la cocina.
—Madre mía, ¡qué rápido se te seca el pelo! —dice Cathy sonriendo.
—¡ Ah, sí! Bueno, el gorro de baño. Ni siquiera me he desecho la trenza. —Willow le devuelve la sonrisa. Tiene que hacer un verdadero esfuerzo. La simple idea de sentarse y cenar la deja exhausta, porque es el único momento del día en el que no puede evitar sentarse cara a cara frente al otro único miembro de la familia vivo.
No debería ser así. Ver a su hermano debería ser, de hecho, el único rayo de luz en este paisaje sombrío en que se ha convertido su vida, pero, simplemente, no es así. Porque, por alguna razón, aquella lluviosa noche de marzo no había acabado solo con la vida de sus padres. Por alguna razón, como si él también hubiera estado en el coche, aquella noche también había perdido a su hermano.
Siempre tiene esa sensación. Su relación está tan rota por todas partes que a todos los efectos siente que vive con un extraño. Hasta el punto que le resulta más difícil de soportar que la pérdida sus padres; ellos han muerto, se han ido para siempre. Pero estar en constante contacto con su hermano —la persona con la que antes estaba más unida, la única persona que le queda—, verle, hablar con él, y a pesar de eso no tener ningún tipo de conexión con él es mucho más doloroso de lo que jamás hubiera imaginado.
A veces Willow intenta convencerse a sí misma de que algún día las cosas volverán a la normalidad entre ellos. Al fin y al cabo ya habían pasado épocas en las que casi no se hablaban. Él es diez años mayor, y esa diferencia de edad no les ha hecho tener siempre una relación fácil.
Willow recuerda cuando él tenía quince años y ella cinco. En aquella época, a David no le gustaba mucho tener una hermana pequeña. Quería salir y hacer su vida en lugar de quedarse en casa cuidando de ella. Por su parte, a Willow tampoco le gustaba mucho él. Pero las cosas fueron cambiando al hacerse mayores. En algún momento entre los diez o los once años, por alguna razón las tornas se habían cambiado y él se había convertido en su confidente, amigo y protector. De repente, era divertido tener un hermano mayor con el que se llevaba tantos años.
Si se empeña, Willow es capaz de olvidar, por un momento, que está viviendo con David e imaginar que está de visita como lo hubiera hecho el año pasado, cuando se sentía agobiada por la atención de sus padres, cuando tenía la sensación de que se metían en su vida más para presionarla que para ayudarla. En momentos así, solía ir a pasar el fin de semana con David y Cathy, lo que provocaba la envidia de sus amigas.

Willow se pasa horas recordando cómo eran aquellos fines de semana, cómo iban las cosas entonces. David acababa de licenciarse en la universidad. Cathy y él estaban a punto de ser padres. Todo parecía perfecto.

Pero Willow había acabado con esa vida de película de su hermano tal y como acabó con la vida de sus padres. Cathy no quería volver a trabajar. Pero tuvo que volver a trabajar en lugar de quedarse en casa cuidando de Isabelle como había planeado. En lugar de preparar sus clases, David tiene que preocuparse del dinero todo el tiempo. Tiene que preocuparse de llegar a fin de mes. Tiene que preocuparse de Willow.

En muchos aspectos él parece llevar bien esta carga. Es tan fuerte, tan considerado, tan competente, la trata de un modo tan absolutamente perfecto que, desde fuera, parece que no falla nada. Es absurdamente educado con ella, como si se tratara de una extraña de quien tiene que preocuparse, y se hace cargo de esta obligación con la máxima seriedad. Pero entre ellos ha crecido un muro de hielo.

David nunca, nunca habla del accidente. Las conversaciones entre ellos se limitan a las menudencias del día a día. Incluso cuando tienen que discutir temas de logística, como qué parte de su sueldo en la biblioteca tiene que ir a los gastos de la casa, o cuándo deberían poner la casa de sus padres a la venta, él intenta evitar cualquier alusión a la razón que les ha llevado a esta situación extraordinaria.

Al principio Willow pensaba que solamente era cuestión de tiempo. Que su hermano, en algún momento, se enfrentaría a ella. Esperaba el momento en que él le gritara, o la sacudiera, o hiciera cualquier cosa que dejara de lado esta perfecta cortesía. Pero los meses pasaban y cada vez era más evidente que David no tenía ninguna intención de sacar a relucir lo ocurrido.

Ella tampoco se ve con fuerzas de sacar el tema. Si David no quiere hablar de ello es por lo doloroso que resulta, y Willow se niega, se niega rotundamente, a hacerle más daño del que ya le ha hecho.

Aun así, la frialdad de él le resulta muy dolorosa. Es el peor castigo que podría soportar. Y, sin embargo, está totalmente de acuerdo en el modo en que él la juzga: ya no es su hermana pequeña, es la asesina de sus padres. ¿Por qué debería esperar que la tratara diferente? ¿Por qué esperar incluso que fuera tan amable como lo es ahora?

—¿Qué tal ha ido la escuela? —le pregunta David mientras ella se sienta. Cathy le pasa una caja de cartón llena de fideos de sésamo. Por lo visto, esta noche toca comida china.

—Bien —contesta Willow. Echa unos cuantos fideos en su plato con un suspiro. Sabe que esa respuesta no basta, que David espera un informe completo de lo que ha hecho, pero ella está tan cansada de mentirle que ya no tiene fuerzas. Baja la mirada hacia el plato. Los fideos parecen gusanos.

—Mmm... Bueno, no sé qué quiere decir exactamente «bien». ¿Por qué no me cuentas cómo van las clases? ¿Hoy no tenías un control de francés?

¿Un control? Lo único que recuerda de la clase de francés es a la chica con los arañazos en el brazo. Eso, y salir corriendo de la clase para realizar sus actividades extraescolares.
Pero difícilmente puede explicarle eso a David.
¡Ah, claro! El control... Willow recuerda que hicieron uno el otro día. Debió mencionárselo a David en una de estas sesiones nocturnas.
—Es que... No nos lo ha devuelto todavía. Al menos contesté todas las preguntas. —Eso resulta ser cierto. Pero no fue más que una racha de buena suerte el que pudiera completar el examen ya que apenas abrió el libro de texto.
—Vale —asiente pensativo—. ¿Y las otras clases? ¿Hay algo en concreto que debería saber?
Suspiro.
—No... Bueno, tengo que hacer un trabajo para una asignatura que hago sobre el Bulfinch... Ya sabes, el libro sobre mitos y héroes.
—Bueno, pues eso no debería costarte demasiado —contesta David—. ¿Ya has escogido un tema? ¿Para cuándo es?
—Em... no. Aún no tengo tema... —Willow evita la mirada de su hermano. Vale, sí que tiene un tema, y no uno que haya escogido ella. Pero ¿cómo puede decirle a su hermano que el profesor le ha pedido que escriba sobre el tema de la pérdida y la redención en la relación entre Deméter y Perséfone? No puede, simplemente no puede mirarle a los ojos y hablarle de la historia de otra niña sin madre—. No tengo que entregarlo hasta dentro de tres semanas, así que tengo tiempo de sobra para encontrar uno...
—¿Y qué tal la biblioteca? ¿Cómo ha ido hoy? ¿La señorita Hamilton es un poco más simpática contigo? ¿Quieres que hable con ella?
—¡No! Quiero decir, gracias, aunque no. Está bien, de verdad...
A Willow de pronto se le ocurre una idea. ¿No quiere saber David cómo le han ido las cosas en la biblioteca? Quizá debería hablarle del chico que ha conocido hoy, de Guy. Se pregunta si cabe la posibilidad, la más remota posibilidad, de que su reacción ante esta noticia sea diferente al modo en que siempre le responde a sus recitales diarios sobre su vida en la escuela y en el trabajo. La responsabilidad de encargarse de su educación debe de ser nueva para él, pero esto... En fin...
Willow recuerda un día, del año anterior, cuando fue a visitar a su hermano a una de sus clases. Uno de los estudiantes de doctorado, que no se había dado cuenta de que ella era alumna de instituto, le pidió para salir. A su padre no le había hecho ni pizca de gracia, pero David lo encontró divertidísimo. [x] —He... he conocido a alguien en la biblioteca que iba a tus clases el año pasado —le comenta Willow tanteando el terreno. Es como si le mandara un globo sonda, la idea está flotando en el aire. Quiere ver cómo se lo va a tomar. Le gustaría creer que, de algún modo, su hermano es capaz de relajarse cuando está con ella y que, quizá, sacar un tema con el que solía bromear antes, pueda ser la clave para conseguirlo.

—¿De veras? —pregunta Cathy. Parece interesada y mira a Willow mientras intenta sin éxito que Isabelle coma algo—. ¿Y cómo se llama?
—¿Chico o chica? —pregunta David al unísono.
La mira por encima de la montura de las gafas. Su tono de voz es cualquier cosa menos relajado.
¡Oh, no!
—Es un chico... Bueno, de hecho, se llama Guy. Me ha parecido un nombre curioso.
Y bonito, es un nombre bonito.
«¿Guy? —piensa David—, creo que recuerdo a Guy... Todavía estudia en el instituto, ¿no? Supongo que entonces está bien...»
¡Oh, por Dios!
—Venía a mis clases a ganar méritos para la universidad — continúa David—. Es muy listo, y mucho más trabajador que muchos de mis estudiantes universitarios. Créeme, ojalá tuviera más como él. ¿Y qué se cuenta?
Eso sí que ha sonado más al hermano que ella solía tener. A lo mejor sí que ha sido una buena idea, al fin y al cabo, si no fuera porque, mientras piensa esto, cada vez se siente con menos fuerzas para tener una conversación relajada. ¿Cómo puede contestar una pregunta tan inocente? ¿Qué puede decir?
Me ha preguntado por qué vivía contigo y le he contestado que había matado a mamá y papá.
Claro que habían hablado de otras cosas, pero son temas de los que tampoco se puede hablar. Probablemente, hace un año, a Willow no le hubiera importado explicarle a David que a Guy le gusta aquella librería del centro, pero ahora es incapaz. Es incapaz porque el simple hecho de mencionar ese lugar, que, por cierto, a David le encanta, despertaría demasiados recuerdos de su padre. Él fue el primero en llevarles allí.
—Mmm... Creo que ha dicho que nos parecíamos. —Willow mira a su hermano con desesperación. Es imposible no darse cuenta de lo cansado que está, del desgaste que lleva, del vacío que hay en sus ojos... Ella desearía poder acabar con ese vacío.
Entonces recuerda algo más que Guy le ha dicho. Algo que no le hará daño a su hermano cuando lo oiga, y Willow se afe-rra a eso como a un clavo ardiendo.
—¡ Ah! Y ¿sabes qué? Casi se me olvida —comenta con un tono que intenta ser entusiasta—. Le pareciste un gran profesor, o sea, comentó algo así.
—No es mucho. No es algo que vaya a hacer que sus padres resuciten, ni hará que sus vidas sean más fáciles, pero es lo mejor que le puede ofrecer.
—¿De veras? —le contesta David lentamente. Es posible que la noticia no le haya sorprendido demasiado, pero ahora parece más interesado y sus ojos tienen un poco de vida.
—En serio —contesta Willow con énfasis. Intenta pensar en algo más que decir, alguna manera de elaborar y extenderse con el cumplido—. Creo que ha comentado que está pensando entrar en antropología, o sea, especializarse cuando llegue a la universidad. Dijo que tu clase le ayudó a descubrir lo que quería hacer.

Es evidente que no había dicho nada de eso. Willow no tiene ni idea de lo que quiere hacer. Y, de todos modos, si algo le había influenciado era *Tristes trópicos* y no David. Pero, de todos modos, Willow no puede evitar sentir un inicio de satisfacción al ver cómo le cambia la expresión a su hermano.

—¡Oh, venga! —exclama de repente Cathy, dejando la cuchara en el tarro de potito con frustración—. No consigo que coma nada.

—Bueno, ¿y qué esperabas? —pregunta David mientras coge el tarro y lo examina—. ¿Potitos de guisantes orgánicos? ¿A quién le puede gustar eso? Lo único que pasa es que tiene buen gusto. —Se levanta y coge a Isabelle de la trona—. ¿No preferirías cenar unas costillas que han sobrado? —le pregunta a la niña.

—¡Oh, David, por favor! —Cathy le echa una mirada.

—Vale, no hablaba en serio. Pero ¿qué me dices de un poco de helado? Eso sí que lo puede comer, ¿no? El helado no tiene nada de malo, nosotros también lo tomamos.

—Tiene mucho de malo —contesta Cathy, exasperada.

—Pero a ti te gustaría, ¿verdad? —le pregunta David a Isabelle mientras la sostiene sobre su cabeza—Estoy seguro de que vas a ser una de esas chicas que sabe apreciar un buen helado de chocolate. Vamos... —David se dirige a Cathy—, será divertido probar si le gusta.

Willow no siente celos de su sobrina, no es eso, y realmente no tiene ningún deseo de que su hermano se dirija a ella como a un bebé. Pero solo cuando David está jugando con Isabelle, Willow puede volver a ver brillar los ojos de su hermano. Y entonces se da cuenta, quizá por enésima vez, de que ha perdido a su hermano.

Willow deja a un lado el Bulfinch con desidia. Es la una de la mañana y, a pesar de haber pasado las últimas cuatro horas en su escritorio, no ha conseguido hacer prácticamente nada. No solo no ha avanzado nada de trabajo, no solo está demasiado cansada para dormirse si no que encima se está muriendo de hambre, ya que apenas ha probado bocado durante la cena.

A lo mejor debería bajar a la cocina y preparase algo para comer, quizás entonces sea capaz de centrarse en el trabajo. Se levanta de la silla, se dirige hacia la puerta y la abre. El apartamento está absolutamente a oscuras. Perfecto. Willow comienza a bajar por la escalera lentamente, con cuidado de no hacer ningún ruido. Pero al llegar abajo se da cuenta, para su disgusto, de que no está sola. David está en la cocina, sentado a la mesa, rodeado de docenas de papeles. Todas las luces están apagadas menos una. En fin, ahora mismo Willow ya no tiene ningún deseo de entrar en la cocina. Solo puede pensar en la situación tan violenta que se produciría. Pero a pesar de querer regresar arriba, no puede evitar quedarse allí y observar a su hermano. Algo no está bien por el modo en que está sentado.

David tiene la cabeza entre las manos. ¿Está riendo? ¿Pero de qué podría reírse? Le ha oído quejarse más de una vez por tener que corregir los escritos de sus alumnos para saber que no es una tarea divertida. Además, apenas emite ningún sonido. Y entonces, Willow entiende por qué la espalda de David se mueve de ese modo, y la razón la

sorprende tanto, la incomoda tanto, que literalmente la deja sin aliento. A duras penas le deja fuerzas para estar de pie.
Su hermano está llorando, está desolado y roto. A pesar de que sus sollozos son apenas perceptibles, puede verse que su llanto es absolutamente desgarrador. Nunca lo había visto así. Nunca había visto a nadie así. Una muestra tan desnuda de emoción resulta alarmante y aterradora a la vez.
Willow se agarra a la barandilla con una mano insegura y se sienta en el suelo. Sabe que lo que está haciendo no es correcto, que debe dejarle a su hermano algo de intimidad. Pero no puede evitar mirarlo.
Willow lo mira boquiabierta. Ella sería incapaz de algo así, de dar rienda suelta a sus sentimientos. Se pregunta si debería acercarse a él. Pero no puede, porque ella es quien lo ha puesto en esa situación. Sus acciones son las que ahora, a él, le producen dolor.
Mientras piensa en esto, Cathy aparece detrás de David. Él no la ve, pero Willow sí. Sobre la espalda le cae su lacia melena negra, cubierta por el chai rosa que se ha echado a los hombros, encima del camisón.
Cathy abraza a David con ambos brazos y lo coge de los hombros, acercándoselo a su cuerpo.
Willow está paralizada. La nostalgia y el anhelo que emanan del rostro de David la tienen hipnotizada. Willow observa cómo Cathy le abraza cada vez más fuerte, tanto como puede, y baja la cabeza para besarlo.
Willow se siente como una polilla atraída fatalmente hacia la luz. ¿Qué se debe sentir al llorar así? ¿Cómo debe sentar que te consuelen de este modo?
Si ella se dejara llevar, caería en un universo de dolor. Pero no puede permitir que eso le ocurra, porque simplemente no sería capaz de soportarlo, al menos no ese tipo de dolor. Por suerte, ella conoce el modo de prevenirlo.
Willow mete la mano en el bolsillo de la bata para coger lo que ella sabe que encontrará ahí.
No aparta su mirada de ellos dos al hundir la cuchilla en su piel. El mordisco de la hoja es tan profundo que siente que podría desmayarse, y sin embargo, no aparta los ojos de David y de Cathy.
La sangre brota con la misma fuerza que las lágrimas de David. Las gotas caen libremente, le bajan por el brazo hasta estrellarse contra el suelo mientras Willow observa cómo Cathy seca las lágrimas de David con su largo cabello negro.
Willow sabe que debería irse. En cualquier momento podrían levantar la mirada. Pero no puede irse, no puede moverse. Solamente puede seguir cortando cada vez más profundamente.
La cuchilla apenas le duele, por lo menos ya no tanto como al principio.
No duele como otras cosas, de todos modos. Willow vuelve a hender la hoja con brutalidad.
No como otras cosas.

Digitalizado por Drina

4

Willow se recuesta sobre el tilo que hay en los jardines del instituto y cierra el libro con un profundo suspiro. Lleva media hora intentando leer, pero es inútil. Es incapaz de concentrarse. En lugar de ver las páginas que tiene delante, no puede quitarse de la cabeza la imagen de su pobre hermano.

Tiene miedo de lo que pueda ocurrir la próxima vez que hablen. ¿Se delatará con la mirada? Ella sabe perfectamente que David no hubiera querido tener ningún testigo en aquel momento. Había algo tan profundamente... bueno, íntimo es la única palabra que lo podría describir... algo tan íntimo en su tristeza y en el consuelo que Cathy le daba.

Por primera vez, tener que ir al instituto ha sido un alivio. Ha salido de casa especialmente temprano esta mañana para evitar encontrarse con ninguno de los dos, esperando poder olvidar lo que vio al no tener que enfrentarse a la cara de David y a sus ojos rojos esta mañana.

¡Sí, exacto!

Pero saltándose el desayuno no ha conseguido nada más que tener el estómago vacío. Porque, a pesar de que hace un día precioso, y a pesar de tener *un* rato libre para sentarse al aire libre a leer, no puede evitar pensar en David. Ella ya sabía que su hermano estaba sufriendo, claro que lo sabía, pero verle así...

Incluso ahora le cuesta creer que haya ocurrido esto. Desde el accidente David se ha mostrado tan contenido, tan reservado, que verle en ese estado de desesperación... En fin, aún le cuesta creerlo.

El estómago le da un vuelco al recordar cómo intentó animarle con falsos cumplidos. ¿Cómo había podido ser tan ingenua y estúpida? ¿Cómo podía pensar que nada de lo que ella pudiera hacer u ofrecer pudiera ayudarle después del infierno en el que ella misma lo ha metido?

Willow se odia a sí misma por lo que le ha hecho a su hermano. Pero, aún más que eso, se odia a sí misma por ser tan egoísta. Porque, después de presenciar su crisis, es consciente de que su primera preocupación debería ser por él. Pero en lugar de eso solo puede pensar en que, si él es capaz de dar rienda suelta a sus sentimientos de ese modo...

¿Por qué es siempre tan frío y distante conmigo ?

Willow levanta la mirada. Un grupo de estudiantes que acaba de llegar al jardín le llama la atención. Entre ellas reconoce a alguna compañera suya de clase.

—¡Eh, Willow! ¿Qué tal va todo? —le pregunta una de las chicas,

—Tirando. —Willow esboza una pequeña sonrisa a la chica. Se llama Claudia. Willow no sabe mucho de ella, solo puede decir que ha sido simpática con ella un par de veces, y le agradece el detalle.
—¿Quieres venirte un rato con nosotras? —Claudia se sienta en la hierba. Inclina un poco la cabeza y sonríe a Willow con amabilidad.
No. Willow no quiere sentarse con ellas. Quiere quedarse bajo el tilo y tratar de leer. Pero no ha tenido mucha suerte con eso y, de todos modos, ¿cómo podría decir que no? Claudia está siendo agradable, sonaría extraño rechazar la invitación, y tiene la sensación de que ella ya parece bastante rara.
Willow se levanta y se dirige lentamente hacia el grupo. No sabe muy bien qué hacer o qué decirles. Si esto hubiera ocurrido hace un año, ni siquiera hubiera esperado a que la invitaran. Hubiera sido lo más natural del mundo acercarse a Claudia y presentarse al resto de chicas. Pero ahora... No es exactamente que sea una chica tímida, es más bien que ha olvidado cómo comportarse cuando está con otra gente.
Pero hay algo más, piensa Willow mientras Claudia se aparta para hacerle un sitio. Se pregunta si la invitación es tan inocente como parece. Todo el mundo sabe que ella es una chica diferente. Bueno, aparte de todo lo demás, es la nueva, y con eso basta para que surjan todo tipo de preguntas, incluso de las más inocentes. Sin embargo, Willow está convencida de despertar un interés bastante más siniestro, debe haber cientos de rumores circulando sobre ella. Seguro que hay gente que sabe que ha perdido a sus padres. Seguro que hay gente que sabe que ella ha matado a sus padres. Por el momento nadie le ha preguntado nada directamente, pero está segura de que todos quieren saber su historia.
A Willow le resulta muy duro no sentir ansiedad cuando se sienta con ellas. Al hacerlo, es como si abriera una puerta. En cualquier momento, las preguntas que tanto teme pueden empezar. Así que, en lugar de relajarse y disfrutar del sol y de una inocente charla con otras chicas, espera, con tensión, lo que puede ocurrir.
—Si entro en primera opción, me tino el pelo de rojo —comenta la morena que está sentada junto a ella.
—Perdona, pero no veo qué tiene que ver una cosa con la otra —contesta otra chica.
Willow la reconoce. Esta chica sí que es pelirroja. Es la que Willow estuvo mirando tan fijamente el otro día, justo antes de su batacazo en clase. Es la que tenía una herida en el brazo. La que Willow pensaba que podía ser una alma gemela—. Y de todos modos —prosigue la pelirroja—, ¿por qué quieres cambiarte de color?
—Bueno... —La morena se estira en la hierba y se cubre los ojos con una gorra—. Si entro en primera opción mis padres estarán tan contentos que no les importará si me tino el pelo. Además, me gusta ese color. Deberías sentirte alagada.
—Es cierto, Kristen, es muy llamativo —dice Claudia.
—¿Habéis traído algo para comer? —pregunta la morena bajo la gorra de béisbol.
Willow puede ver su nombre escrito en los libros de texto que hay junto a ella: Laurie.

—Tengo una chocolatina de ayer en alguna parte —contesta Kristen, y comienza a rebuscar en su mochila.
—Gracias, pero creo que paso —replica Laurie riendo—. ¿Y tú? Te llamas Willow, ¿verdad? —Laurie levanta la gorra y asoma un ojo hacia ella—. Supongo que no tendrás nada más apetecible, ¿no?
—No, yo... nada —contesta Willow con voz entrecortada.
—¿Por qué no cortas el rollo y vas a por cruasanes? —Claudia mira el reloj.
—No tengo tiempo —contesta Kristen. Se vuelve hacia Willow para ver si tiene algo que decir al respecto.
Willow intenta sonreír, pero no le sale. Parece más bien que haga una mueca. Evita la mirada de Kristen y se pone a mirarse los zapatos.
—Willow —dice Claudia, mientras se abanica con una libreta—. ¿Qué clases haces? Aparte de historia, quiero decir. —Willow y ella van juntas a clase de historia a cuarta hora.
—¡Oh! ¿Y a quién le importa? —se queja Laurie desde debajo de la gorra—. No te ofendas, Willow, pero estoy hasta aquí del instituto —comenta haciendo un gesto con la mano por encima de la cabeza—. Tú no eres del último curso, ¿verdad? Este año solamente pienso en el instituto. ¿Qué voy a hacer el año que viene? ¿Qué actividad extracurricular debería hacer este último semestre para mejorar mi informe? Ya he tenido suficiente. ¿No podemos cotillear o algo así?
—Solamente intentaba dar conversación —replica Claudia amablemente, replica mientras le da un golpe a Laurie con el pie—. Solo intentaba ser educada, ya sabes, Laurie, saber algo de Willow.
—Claro —asiente Laurie—. No pienses que no me interesas, Willow. Me muero por saber cómo crees que quedaré de pelirroja.
Pero Willow se salva de tener que darle las gracias a la autentica pelirroja, Kristen.
—Vamos, Laurie, tú siempre estás dispuesta a hablar de este tipo de cosas. Ahora pasas de esto porque sabes que tu primera opción es una apuesta segura. Tienes el mejor promedio de toda la gente que conozco. —Kristen ha encontrado la chocolatina y le da un bocado—. No tienes nada de qué preocuparte.
—Pero eso no es lo único importante —protesta Laurie—. No soy ninguna eminencia en ninguna de mis primeras opciones. Actualmente no basta con las notas y la media.
—Laurie, Kristen tiene razón —replica Claudia—. Tu media es tan buena que todo lo demás da igual. Además, has hecho tantas actividades complementarias que es como si el Papa en persona hubiera venido a bendecir tu informe. Yo sí que tengo problemas. —Frunce el ceño mientras se recoge el pelo en una coleta—. O sea, no es solamente que mis notas no sean tan buenas sino, que ¿qué más he hecho yo?
—Quizá deberías repetir los exámenes —sugiere Laurie—.¿Y tú, Willow? ¿Vas a hacer algún curso preparatorio este año?
—Valen mucho la pena —asiente Kristen.

Willow sabe que debería decir algo. Cualquier cosa. Se siente mucho más incómoda ahí sentada en silencio, pero ¿qué les puede decir? ¿Un curso de preparación para los exámenes preuniversitarios? Nada podría parecerle menos importante.
Por supuesto, si las cosas no hubieran cambiado tanto, ahora mismo estaría pensando en apuntarse a uno de esos cursos. Pero las cosas han cambiado. ¿La universidad? ¿Y por qué no la luna? Si se pone a pensar en lo que hará después del instituto, lo único que le preocupa es que David tendrá que poner la casa a la venta para poder pagar sus estudios.
Existe un enorme abismo que la separa de todas estas chicas. Y lo sabe porque ella antes estaba al otro lado. Desearía con todas sus fuerzas poder conectar con ellas, pero simplemente ha olvidado cómo hacerlo.
Willow trata de encontrar algo que decir, lo que sea. En ese momento, Kristen hace una bola con el envoltorio de la choco-latina y alarga el brazo para guardarlo en la mochila. Por un segundo, se le puede ver la marca que le llamó la atención a Willow el otro día.
—¿Tú te co...? —salta Willow antes de poder reaccionar. No solamente es que la voz le ha salido casi en grito, sino que es peor...
Pero ¿qué estoy diciendo?
—Quiero decir, ¿tú te co...?
¡Dios santo!
¿Puede salvar la situación? El resto de chicas la están mirando fijamente, tiene que decir algo.
Te cortas, te cortabas, te cortaste, ¿cómo narices puede acabar ahora la frase? Willow mira a su alrededor, mira a Kristen y entonces se le ocurre...
—¿Te comprarías un gato?
Es mejor que cortarse a sí misma, ¿no?
—Quiero decir si... —Willow hace una pausa y cierra los ojos. Si se queda así, ¿se levantarán todas y se marcharán? Imposible. Ella no tiene tanta suerte. Será mejor que acabe lo que ha empezado—, si tú... si tú...
¿Qué? ¡¿Que si ella qué?!
—Si te gustan los gatos, si te comprarías uno —logra decir después de un momento. La chica la mira, sorprendida.
¡Bien! Por poco...
Willow siente que le arde la cara. ¡Y eso que se había sentado con ella para no parecerles rara!
—La verdad es que no —le contesta Kristen—. De hecho, soy alérgica. —Se gira hacia Laurie—. Por cierto, que la crema que me pasaste me ha provocado una irritación terrible. —Se sube la manga y comienza a rascarse con fuerza. Entonces Willow se da cuenta de que lo que tanto le había llamado la atención es, realmente, un rasguño. Y nada más. Lo más probable es que se lo haya provocado la misma Kristen al rascarse. Incluso ahora, mientras la mira, puede ver cómo la chica se arranca un par de costras.

A diferencia de las cicatrices que surcan los brazos de Willow, estas heridas son totalmente inocentes. Esta chica es tan alma gemela suya como cualquiera de las otras que están sentadas en el grupo.
Como cualquier otra persona en cualquier lugar—. ¿Y quieres saber mi opinión o algo así? —Kristen se coloca bien la camisa y mira a Willow—. ¿Estás... Estás pensando en comprarte un gato? —Habla despacio, como si se dirigiera a alguien que no habla muy bien su lengua. Intenta ser simpática, pero está claro que piensa que Willow es tonta. Es peor, no puede evitar percatarse de las miradas de sorna que comparten las oirás chicas.
—Bueno —dice Laurie. Aparta la gorra y se incorpora, apoyándose sobre un brazo—. Mi hermana hace de voluntaria en un refugio de animales abandonados, por si quieres que te ayude a conseguir un gato.
Willow asiente. Se da cuenta de que todas piensan que es rara. Intentarán ser amables y le darán consejos para conseguir un gato, pero a sus espaldas se llevarán las manos a la cabeza y darán gracias de no estar locas como ella. A lo mejor, hasta le cuentan a la gente que han estado charlando con la nueva. No, no saben su historia, pero está claro que es rara... Tal vez hasta se inventen algún que otro rumor.
—Perdonad. —Willow se pone en pie. No puede estar más tiempo sentada con ellas—. Tengo que...
—¿Que qué? No se le ocurre ninguna excusa. Pero tampoco importa demasiado. ¿Es su imaginación o se alegran de que se marche? Al fin y al cabo la habían invitado por educación. —Nos vemos en historia —consigue decir Willow. —Claro —asiente Claudia. Willow avanza todo lo rápido que puede a través del jardín hacia el edificio. Aún le queda algo de tiempo antes de la siguiente clase. Pero no sabe dónde ir. Ni la biblioteca ni la cafetería le parecen una buena opción.
No sabe adonde ir, pero sabe perfectamente lo que quiere hacer.
Sin embargo, le preocupan un poco los detalles prácticos. Tiene ya tantas marcas en los brazos que se podría jugar a unir los puntos. Va a tener que esperar a que se le curen algunos cortes antes de volver a ensañarse. ¿Y en las piernas? Lleva tejanos, ¿cómo podría llegar a las piernas? Y si se lo hace en la barriga, ¿se le enganchará el jersey? Willow sacude la cabeza. Debería haberlo tenido en cuenta. Mañana se pondrá una camisa de botones.
Pero, en su desesperación, pensar en esos detalles ya le ayuda a calmarse y a olvidar la vergüenza que acaba de pasar, lo mal que ha sonado todo ese asunto del corte de pelo gratis. Incluso está a punto de olvidar lo triste que resulta que no vaya a apuntarse a un curso de preparación para los exámenes preuniversitarios.
Willow se dirige con determinación hacia el baño, pero dentro le espera una decepción, porque no está vacío. Hay dos chicas fumando. Otra actividad ilícita, aunque mucho más aceptada.

Willow no sabe muy bien qué hacer. Puede esperar a que se vayan, pero es imposible saber cuánto rato van a estar. Mientras Willow piensa en estas cosas, la chica que está más cerca de ella apaga el cigarro en la pila y se enciende otro.
—¿Quieres uno? —le ofrece, mostrándole el paquete.
Willow niega con la cabeza. Resulta irónico, podría perfectamente dedicarse a fumar, ¿por qué no? Pero los cigarrillos, aunque son perjudiciales, también producen placer y además...
Nicotina, eso tarda años en hacerte daño...
Cruza la puerta, que se cierra tras ella. Willow mira arriba y abajo del pasillo, que está completamente vacío.
Empieza a caminar. No sabe hacia dónde. Ni siquiera sabe adonde conduce este pasillo. Solo sabe que necesita moverse o explotará.
Cada vez se mueve más rápido. Le duelen las piernas y se da cuenta de que está corriendo a toda velocidad pasillo abajo. ¡Al diablo con las normas! Le duelen las costillas por el jadeo y por los golpes de la mochila contra su espalda.
Eso es bueno, todo este tipo de cosas son buenas. No tanto como la cuchilla, pero suficientemente molesto como para mantenerla distraída.
Por desgracia, los pasillos no son eternos y la resistencia de Willow tiene un límite. Está furiosa, furiosa, y cuando llega al final se encuentra a sí misma delante de un muro de ladrillos. Si no fuera un estereotipo, empezaría a darle puñetazos a la pared.
Si no fuera un estereotipo y no fuera tan difícil ocultar heridas en las manos.
En lugar de eso se derrumba frente a la pared, siente que se le van a salir los pulmones por la boca. Está en silencio, intentando concentrarse en el dolor de sus costillas, en la posibilidad de que la carrera por el pasillo no haya abierto alguna de las heridas de la pierna.
Con cuidado, se frota la pantorrilla con el pie para sentir si tiene alguna herida abierta. ¡Bingo! Willow baja la mirada. Una pequeña mancha de sangre empieza a extenderse por la tela de sus vaqueros. No es mucho, no es algo que el resto de gente pueda notar pero...
De repente nota una mano en el hombro. Una voz inquisitiva. Willow se gira y se topa con la cara de su profesor de física, el señor Moston.
Parece preocupado.
Willow no quiere hablar con él. Lo que quiere es poder concentrarse en el dolor que le produce la herida de la pierna. Incluso intenta avivarlo tocándose la herida con la punta de la zapatilla. Pero por desgracia, no puede. En algún lugar de sus entrañas sabe que, si no hace un esfuerzo ahora, habrán consecuencias: una charla con un profesor, un sermón. Puede que hasta citen a su hermano. Lo más seguro es que citen a su hermano. Solo de pensarlo, Willow vuelve a la realidad.
—Willow, ¿estás bien? —Su tono de voz es empático, amable y solícito. ¿Es sincero? No sabría qué decir. Últimamente ha habido tanta gente que le ha hecho la misma pregunta en el mismo tono, que ya no sabe qué pensar.

Ha llegado un punto en el que no soporta este tono.
—¿Estás bien? —El profesor repite la pregunta y Willow hace un esfuerzo por no reírse de lo absurda que suena. ¿Por qué la gente solo te pregunta si estás bien cuando es evidente que no lo estás?
—¿Puedo hacer algo por ti? —continúa.
A Willow le preocupa que lo próximo sea ofrecerse a acompañarla a la enfermería, o incluso peor, llamar a David. Mejor será que empiece a hablar, y rápido.
—No, gracias —logra responder finalmente—. Estoy bien, de verdad. Solo estaba un poco... —No termina la frase, esperando que Moston ya se dé por satisfecho de oírla hablar y no le pida respuestas más convincentes.
—¿Quieres acompañarme a preparar el laboratorio de física? —le pregunta el señor Moston. Se dirige a ella como si se tratara de una niña de cinco años y él le estuviera ofreciendo un helado. Es evidente que la intención de él es buena, pero la situación le sobrepasa. El señor Moston es un chico joven, probablemente sea más joven que David. Willow ha oído decir que este es su primer trabajo como profesor. Está segura de que nunca ha tenido que tratar con una alumna con su misma problemática.
A Willow le da igual que el señor Moston no sepa cómo ayudarle. Le basta con que él no sepa todos los detalles de su situación. Probablemente solo la considera una chica frágil. Quizás hayan dado un toque de atención sobre ella en la sala de profesores: *Dadle tiempo, no le presionéis, necesitará espacio...*
—Vale. —Willow consigue contestar en pocos segundos—. Te ayudo a montarlo. —Al fin y al cabo, su siguiente clase es física, y no tiene nada que hacer. No tiene adónde ir. Willow se incorpora. Puede notar una gota de sangre que le baja por la pierna y tiene que concentrarse en seguir al profe-sor hacia el laboratorio.
Moston abre la puerta y Willow entra en el aula, que huele a cerrada. La clase aún no ha empezado, pero ya hay una chica allí, chapuceando en el laboratorio.
—¡Hola, Vicki! ¿Cómo va el experimento? —le pregunta Moston.
La chica levanta la mirada sobresaltada.
—Mmm... Bueno, no está perfecto —habla tartamudeando, se nota que está nerviosa—, pero creo que esta vez me va a salir.
—De acuerdo —asiente el señor Moston—, en ese caso te dejo que trabajes. —Se pone a rebuscar entre sus papeles con el ceño fruncido—. Willow —levanta la mirada— pensaba que llevaba los deberes de la semana pasada corregidos, pero parece que me los he dejado en el despacho. ¿Quieres acompañarme o estarás bien aquí?
—Estaré bien —asegura Willow, pero se siente avergonzada. La está tratando como si ella fuera un caso especial y, aunque seguramente lo sea, no tiene ninguna intención de gritarlo a los cuatro vientos. Se gira hacia Vicki, pero por suerte la chica está demasiado ocupada con su trabajo para prestarles demasiada atención. Seguramente ni siquiera ha oído nada.

Willow tira su bolsa sobre la mesa. El señor Moston se va y ella se sienta en uno de los taburetes con un suspiro. Ahora ya puede volver a explorar la herida que tiene en la pierna.

Apoya la barbilla en las manos y mira distraída cómo Vicki va de aquí para allá. Es importante mantener una expresión tranquila, que su cara no la delate. Tiene que parecer que no está haciendo nada por debajo de la mesa. Tiene que parecer que no está intentando abrirse la herida, no tiene que notarse que está manchando la punta de la zapatilla de sangre.

Se siente como una mujer haciendo piececitos con su amante por debajo de la mesa. Le duele la pierna. Es sorprendente que una herida de cinco centímetros pueda dolerle tanto. Realmente, es fácil abrirla antes de que se cure, solo hay que encontrar algo liso, como la punta de la zapatilla, e intentar abrirla unos centímetros más.

Ahora que ya tiene su dosis, ahora que el dolor fluye por su sangre como una droga, Willow ya puede pensar en otras cosas. Intenta fijarse en lo que hace Vicki pero el experimento en el que trabaja no le suena de nada. Se pregunta si debería reconocer lo que está haciendo. A lo mejor también va mal en esta clase.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Willow—. Eso no será parte de los deberes de esta semana, ¿no?

—¡Ah, no! —Vicki apunta algo en su cuaderno de laboratorio sin levantar la vista—. Solo lo hago para subir nota. Casi... casi suspendí el año pasado y este semestre tengo que ponerme las pilas. —Se sonroja un poco al contarle esto—. Moston me ha dicho que haciendo un par de trabajos por mi cuenta podría conseguirlo. —Vicki cierra el cuaderno bruscamente y casi tira una parte del material del equipo.

—¿De qué va el experimento? —le pregunta Willow. La pierna ya le duele bastante y, por tanto, ya la puede dejar en paz.

—Oh, estoy intentando pillar lo de la aceleración bajo gravedad. O sea, ¿qué más da? Yo lo único que quiero es... Hola, Cuy. —Vicki corta la frase al oír que se abre la puerta.

Antes de girarse Willow sabe que debe de tratarse del mismo Guy que conoció en la biblioteca. Claro que podría ser otro. Él no va a su clase de física, así que no hay ninguna razón para que sea él, pero ella sabe que sí lo es. ¿Y qué? No tiene nada de lo que avergonzarse. Después de todo, a él no le ha preguntado nada de gatos.

—¡Hola, Vicki! Willow. —Les sonríe—. ¿Está Moston por aquí? Quería entregarle un informe del laboratorio.

—Volverá enseguida —responde Vicki. Ata un peso a un cilindro metálico y hace que se balancee.

Willow no puede evitar pensar que no cabe duda que Vicki necesite trabajos extra. La chica no se entera de nada. No hace falta ser un experto para darse cuenta de que el experimento está tan mal montado que se aguanta con alfileres. La pequeña bolita de metal se balancea peligrosamente junto a unas probetas. Algunas de ellas, llenas de líquido, deben ser parte del trabajo de otra persona.

Está a punto de sugerirle a Vicki que coloque las probetas lejos de su experimento, pero antes de llegar a pronunciar una palabra el peso ya ha chocado contra una de ellas. Willow ve cómo algunas de las probetas caen al suelo con un gran estruendo y quedan hechas añicos. Un líquido azul viscoso empieza a extenderse por las baldosas.
—¡Oh, Dios mío! —exclama Vicki.
—No es tan terrible. —Guy intenta consolarla mientras se acerca a valorar los daños.
—¿Que no? —Vicki le mira con escepticismo—. ¿Estás loco? ¡Es un desastre! Solamente estoy haciendo este ejercicio porque estoy muy atrasada respecto al resto de la clase. Lo último que necesito es cargarme el experimento de otra persona. ¡Me va a matar!
—Quizá deberíamos limpiarlo antes de que vuelva Moston —afirma Willow mientras se aproxima a ellos, cojeando un poco—. Espera. —Coge unas esponjas que hay junto al fregadero y le pasa una a Guy—. Tenemos que ir con cuidado con los cristales. —Se coloca a cuatro patas y empieza a limpiar el líquido azul.
—¡Oh! ¿Para qué? —gimotea Vicki, retorciéndose las manos.
A Willow le sorprende que la chica esté a punto de llorar. ¿Es que no sabe que un par de probetas rotas y un experimento de física fallido no son razón para llorar? Willow se pone de cuclillas y sostiene la esponja sin hacer nada mientras observa a la chica. ¿De verdad que no se da cuenta de lo afortunada que es al poder decir que lo peor que le puede pasar en su vida es cargarse parte del material del laboratorio?
Lágrimas, auténticas lágrimas empiezan a brotar de los ojos de Vicki y a caerle por las mejillas.
¿Por unas probetas rotas?
Willow no se lo puede creer. No puede evitarlo, a lo mejor debería ser más benévola, pero no puede sentir nada más que desprecio por alguien tan débil.
—¿Qué está pasando aquí?
El señor Moston acaba de entrar. Está detrás de Willow observando el estropicio que hay en el suelo.
Los tres se quedan callados por unos minutos. Vicki ha logrado apartar la cara para que Moston no se dé cuenta de que está llorando.
Willow se da cuenta de que Vicki está haciendo acopio de valor para explicarle la verdad al señor Moston.
—Ha sido todo culpa mía.
Willow se sorprende al oír su propia voz.
Tira la esponja al suelo y se pone en pie para mirar al señor Moston a la cara.
—Le pedí a Vicki que me enseñara el experimento —continúa Willow, evitando deliberadamente encontrarse con las miradas de Guy y Vicki—. Intentaba ajustar el peso y mientras estaba en ello —Willow señala el suelo con la mano— parece ser que se me cayó todo.
Willow no sabe muy bien por qué ha salido en defensa de Vicki. Tal vez sea porque piensa que ella, como es la chica nueva, no puede meterse en problemas. O tal vez

porque sabe que Moston ya está suficientemente preocupado por ella para hacerle pasar un mal rato. O quizá sea porque, si es honesta consigo misma, se da cuenta de que lo que le inspira Vicki no es desprecio.
Es envidia
Porque, si lo piensa detenidamente, ¿realmente es tan horrible que lo peor que pueda ocurrir en la vida de Vicki sean unas cuantas probetas rotas? ¿No deberían ser así las cosas?
No hace tanto que unas probetas rotas también podían ser lo peor que le podía ocurrir a Willow...
—Está bien —asiente Moston lentamente—. No os preocupéis de limpiarlo, no quiero que os hagáis daño con los cristales rotos. Parece que tú ya te has cortado en la pierna, "Willow.
Willow se sorprende. Debe haberse abierto la herida aún más de lo que pensaba. Espera que no le sugiera ir a la enfermería.
—Em... No es nada, de verdad. Me lo he hecho antes... afeitándome las piernas —balbucea, y se pone roja.
¿Afeitándome las piernas?
—Si tú lo dices... —contesta Moston con escepticismo—. De todos modos, no quiero que nadie más se corte. Voy a buscar a alguien de mantenimiento para que se encargue de esto. Guy, ¿puedes acompañarme? —Recoge el informe de laboratorio que tiene Guy en la mano—. No quiero que llegues tarde a tu próxima clase, pero voy a necesitar ayuda para llevar material.
—No pasa nada —responde Guy a Moston, aunque Willow puede sentir que no le quita los ojos de encima—. De todos modos, tengo una hora libre.
Los dos salen del laboratorio, y Vicki y Willow se quedan a solas.
—No puedo creerme lo que acabas de hacer —dice Vicki. En sus ojos brilla una especie de admiración.
Willow no ha cargado con las culpas para ganarse la admiración de la chica. Pero la mirada de Vicki, en fin, es difícil no sentirse ni que sea un poco bien... Hacía mucho tiempo que nadie la miraba sin sentir lástima.
—Olvídalo —contesta Willow, encogiéndose de hombros—. Yo ya sabía que no me iba a caer ninguna bronca —dice con una sonrisa a Vicki mientras regresa a su asiento.
—Claro, ya lo sé —dice Vicki, siguiéndola—. Bueno, aparte de que tú no has provocado varios desastres en el laboratorio como yo, Moston no te haría pasar un mal rato por nada del mundo. Debe de sentirse mal por ti, ya sabes, con todo eso de que no tienes padres.
—¿Perdón? —Willow está buscando una tirita en su bolsa, porque no quiere que nadie más se percate de la herida que tiene en la pierna, pero se detiene en seco y mira a Vicki a la cara.
—Porque tú eres huérfana, ¿no? ¿Tus padres no murieron el año pasado o algo así? ¿Verdad? Seguramente puedes aprovecharte de eso hasta que te gradúes.

Willow se siente como si le acabaran de pegar una bofetada. La frase que Vicki acaba de soltar casualmente acaba con los buenos sentimientos que empezaban a aflorar en su interior. Esta chica le ha defraudado, al igual que las otras.

Aunque, en realidad, no debería enfadarse. Vicki no habla con malicia. Simplemente es demasiado insensible para darse cuenta, es tan torpe hablando como manejando el equipo del laboratorio.

El señor Moston y Guy regresan con un montón de material. Un grupo de estudiantes entran tras ellos. La clase va a empezar.

Willow mira cómo Guy ayuda al señor Moston a organizar-lo todo. Piensa en el modo en que él reaccionó cuando se lo dijo.

Se quedó pálido. No le salió con las frases típicas. No le dijo nada cruel. No había nada que decir y tuvo suficiente sentido común para no hacerlo.

Willow se siente tan agradecida al recordarlo que desearía poder levantarse y decírselo, seguirle cuando salga de clase y explicarle cuánto ha significado para ella que fuera tan considerado.

Por un instante sus miradas se encuentran. Willow nota que se está sonrojando pero no sabe muy bien por qué. Seguramente él no tiene ni idea de lo que está pensando y, de todos modos, aquello ya está pasado. Ella no tiene ninguna intención de agradecerle nada, o ni siquiera de hablar con él. Ya ha aprendido la lección. Lo mejor será no hablar con nadie de momento.

Es incapaz de hablar con la gente, y por lo visto, los demás lo pasan igual de mal hablando con ella.

Si vuelve a hablar con Guy, es posible que él ya no sea tan amable. Quizás haya oído cosas sobre ella que le hayan hecho cambiar de idea, o a lo mejor es, simplemente, que aquel día en concreto se sentía así.

Sea lo que sea, nunca lo sabrá. Sin embargo, cuando lo ve salir, se le hace un nudo en el estómago. Se da cuenta de que es la única persona que ha conocido en los últimos siete meses que no ha dicho algo estúpido o insensible sobre el hecho de que sus padres estén muertos.

Y también el único que ha hablado de *Tristes trópicos* con ella.

Digitalizado por Drina

5

¿No podría hablar un poco más bajo? Piensa Willow mientras se estira boca abajo y entierra la cabeza entre las páginas de su libro. Sigue peleando con el Bulfinch; al menos tiene un par de semanas para entregar el trabajo. De normal, le sobraría tiempo, pero últimamente las cosas son de todo menos normales, y el parloteo de la otra chica no se lo está poniendo fácil.

—Me dijo que me llamaría...

Willow intenta ignorarla, pero es una batalla perdida. Había salido pronto de la escuela y se había ido al campus pensando que allí podría trabajar, pero, en lugar de concentrarse en el Bulfinch, no para de distraerse con todo lo que ocurre a su alrededor. Ya ha tenido que moverse dos veces para esquivar un Frisbee y ahora, cuando por fin había conseguido situarse, se le ha sentado esta chica al lado y ha empezado a hablar, muy alto, por el móvil.

—¡Ya han pasado dos días! Pero ¿sabes qué? Él me dijo que tenía que estudiar para un examen muy importante y ya sabes lo estresante que es eso. Seguro que esa es la razón de que...

Willow cierra el libro con un suspiro. Es inútil intentar leer.

Al menos, escuchar conversaciones ajenas promete ser más interesante.

De repente, una ola de soledad invade a Willow. Desearía poder hablar con Markie, ser capaz de hablar con ella. Retroceder siete meses y volver a estar las dos cotilleando así. Su conversación no hubiera sido muy diferente a la de esta chica. Después de analizar el problema de la llamada telefónica desde cualquier ángulo posible hubieran pasado a hablar sobre el cuidado de la piel y luego...

—Tendrías que ver lo quemado que tengo el pelo...

Vale, en lugar de la piel, las puntas abiertas. Bastante cerca. Willow sonríe un poco. A lo mejor todavía es capaz de sentir interés por estas cosas. A lo mejor no tiene por qué ser un desastre cada vez que abre la boca.

—Intenté hacerme los reflejos yo misma y fue catastrófico.

¿Catastrófico? Willow se sienta y mira a la chica sin poder creérselo. *¿Es esa su idea de catástrofe?*

Le gustaría poder enseñarle algunas fotos del accidente.

A lo mejor debería haberse quedado en el instituto pero, la verdad, ¿es peor escuchar esto o los continuos comentarios de Claudia y Laurie sobre la puntuación de los exámenes? Al menos aquí nadie espera que se una a la conversación; además, le gusta pasar el rato en el césped del campus. Antes, cuando sus padres vivían e iba con ellos a la ciudad le gustaba sentarse aquí y leer mientras esperaba a que terminaran de dar sus clases. Luego iban a buscar a David y a Cathy e iban por ahí a cenar.

Willow sacude la cabeza. Es ridículo pensar que pueda ser igual ahora. Al fin y al cabo, ya nada lo es.

Ya no quiere escuchar más. Ya no quiere seguir estirada en la hierba. Solo hay una cosa que quiera hacer ahora mismo. Y es extraño, porque hasta este momento no se le había pasado por la cabeza recurrir a la cuchilla. Willow no es tonta. Sabe perfectamente lo que está ocurriendo. Escuchar este tipo de conversaciones es como abrir una ventana a su pasado. El terrible choque, el ángulo que tomó el cuello de su madre, su propio cabello empapado de la sangre de su padre son imágenes demasiado difíciles de procesar. Sin embargo, las cosas más triviales siempre la pillan des-prevenida.

Ayer, todos sus intentos de cortarse se vieron frustrados. Quizá tenga hoy más suerte. El campus es grande, mucho más que el instituto, y si no encuentra un lugar por aquí, siempre le quedará el parque...

Pero todavía es de día. No quiere correr el riesgo de que alguien la vea en el parque. Willow hurga en su bolsa en busca de su carné de la biblioteca. Aunque odia subir sola al depósito, ese podría ser un buen lugar, si no fuera porque cree que se ha dejado el carné en casa.

Sin duda alguna, lleva todo lo que necesita. Nunca saldría de casa sin llevar repuestos. Pero tiene que ir con cuidado, regirse por unas normas. Si lo hace demasiado a menudo podría meterse en problemas. Cada vez que incurre en ello, las posibilidades de que alguien la descubra, de que se le infecte una herida, o incluso de perder demasiada sangre crecen. Va a tener que empezar a racionar las sesiones. Pensar en la cuchilla igual que otras chicas piensan en tomarse un helado.

No es solo eso, sino que ocultarlo está siendo cada vez más complicado. Resulta tan difícil recordarlo todo, cada pequeño detalle, que tiene que estar al tanto si quiere mantenerlo en secreto. Como hace un par de noches, cuando vio a David llorando. Después de que Willow se quedara dormida, después de que el corte de la cuchilla la hubiera serenado como una nana, se despertó sobresaltada. Sabía que algo no iba bien. Willow se incorporó en lai cama y pensó durante casi media hora, dando vueltas a la *cabeza,* hasta que se dio cuenta de que no había limpiado la sangre que le había caído del brazo.

¿Y si había olvidado limpiarla? ¿Y si Cathy la veía por la mañana?

La chica del móvil se prepara para marcharse. Willow ya no tendrá que oírla. Pero ya no le importa, demasiado tarde. Si pudiera encontrar el estúpido carné... Mete el brazo hasta el final de la bolsa.

—¡Eh! ¿Qué tal?

La interrupción la pilla por sorpresa. Saca la mano de la bolsa abruptamente, como si la hubieran pillado robando. El corazón le late con fuerza, como si acabara de correr un maratón.

Es Guy. Claro, quién si no. Es la única persona de por aquí con la que ha hablado.

—Hola. —Se pone de cuclillas, limpiándose las manos contra los vaqueros. Las tiene un poco sudadas.
—¿Ibas a la biblioteca?
—No —contesta Willow, negando con la cabeza—. Hoy no trabajo.
—Ah, ¿has venido a ver a tu hermano, entonces?
—Yo... no. —Casi le entra la risa. Ha hecho todo lo posible para evitar a David desde que presenció aquella escena en la cocina a medianoche.
—Vale. —Guy piensa unos instantes—. ¿Has venido solamente a leer? Yo también lo hago a menudo. Me resulta mucho más fácil avanzar trabajo aquí que en el instituto. —Mientras le explica esto, Guy se sienta junto a ella. Deja la mochila en el césped y, usándola como almohada, se estira protegiéndose la cara del sol con una mano.
Willow no sabe qué responder. Está demasiado ocupada intentando planear cómo escaparse para poder acudir a su cita con la cuchilla.
—¿Bulfinch? —Guy coge el libro—. Debes estar haciendo Héroes y Mitos. Yo también la hice el año pasado. —Empieza a pasar las páginas, echando una ojeada—. Me gustó, aunque tampoco te creas que era mi clase favorita. O sea, los mitos griegos son de lo mejor que hay, pero Bulfinch... un poco soso, ¿no crees? —Su sonrisa brilla bajo el sol—. ¿Quién la da este semestre?
Habla con una facilidad increíble, como si ya hubieran tenido miles de conversaciones. Como si fueran amigos.
Debería sentarse y hablar con él. No hay ninguna razón para no hacerlo. La conversación que tuvieron en el depósito había estado bien, antes de que se fuera por otros derroteros. ¿Por qué no pueden hablar de Bulfinch, del instituto o de otras cosas?
Pero Willow ya ha decidido que hablar con él es demasiado peligroso. Recuerda el otro día... ¿cómo puede saber que cuando acaben de hablar, cuando se desnude ante él, no le corresponderá con algún comentario torpe y doloroso como el de la chica del laboratorio?
No. No habrá más charla. Ni sobre Bulfinch ni sobre ninguna otra cosa.
Tiene otras cosas que hacer.
—Perdona. Yo.. .Yo no puedo hablar ahora. Tengo como un poco de prisa —dice Willow mientras recoge sus cosas.
—¡Venga, quédate! Si te vas, tendré que ponerme a trabajar y me apetece más perder el tiempo. Mira —Guy se incorpora, apoyándose sobre un codo—, si te quedas y me cuentas algo, te invito a un *copuccino* en el lugar del que te hablé. —Coge una de las asas de su mochila y tira de ella.
—¡No puedo! —contesta Willow nerviosa. Estira en dirección opuesta, pero Guy es más fuerte y se tropieza con él. —¡Eh! ¡Cuidado! —Guy suelta la bolsa y se incorpora para cogerla. La agarra con fuerza y Willow no puede reprimir una mueca de dolor cuando le aprieta las heridas, que todavía están abiertas.
—¿Te ocurre algo? —Guy la mira extrañado.

—No. —Willow estira el brazo rápidamente, pero el daño ya está hecho. Ha tocado las heridas antes de que tuvieran tiempo de cicatrizar y la sangre está traspasando la tela de la camisa. Willow no le mira, solo intenta caminar lo más rápido posible. Ni siquiera le importa en qué dirección va.
—¡Eh! —Guy se levanta. Esta vez le pone la mano en el hombro para que se gire y le mire a la cara—. ¡Estás sangrando!
Willow no sabe qué decir. Se ha quedado helada.
—Eso tiene muy mala pinta. —Guy observa la camisa empapada de sangre, cómo la tela blanca se cubre de rojo.
Me parece que no lo ha entendido, piensa Willow, aliviada. ¿Es posible que no relacione la sangre que le sale del brazo con la herida de la pierna de ayer?
Si pudiera pensar en alguna excusa creíble para justificar las heridas. Si no estuvieran en un lugar tan revelador. No había sido difícil disimular con el corte de la pierna. Claro, si hubiera pensado en otra excusa, una caída, un accidente, cualquier cosa que no fuera afeitarse porque... en fin, con las piernas puede pasar, pero... nadie se afeita los brazos. ¿Qué explicación tendría para las heridas de los brazos?
Guy está cada vez más desconcertado cuando mira la sangre. Levanta la mirada hacia Willow con una mirada inquisitiva.
Vaya, una lástima, piensa Willow. No piensa responder. Aparta la mano sin pensar en el dolor. Por desgracia, al hacer eso, la bolsa se le cae de las manos al suelo y todo el contenido se desparrama por el suelo.
—¡No! —grita Willow mientras Guy se agacha para ayudarla a recoger las cosas. ¿Por qué tiene que ser tan educado? Piensa en empujarlo, zarandearlo o incluso algo tan bestia como darle una patada en la espinilla, cualquier cosa con tal de apartarlo de sus cosas, solo para asegurarse que está bien lejos de su cargamento.
Willow le embiste para recuperar su tesoro, pero es demasiado tarde. Guy ha llegado primero. Tiene unas cuchillas en la mano. Se levanta y se las devuelve, junto con un par de bolígrafos, una goma y el resto de sus pertenencias.
Willow no se lo puede creer. Las ha encontrado y aún así no lo pilla. No encuentra ninguna conexión entre la sangre que le sale del brazo y la cuchilla sucia que le acaba de pasar.
Se siente tan aliviada que no puede evitarlo y se echa a reír. Guy parece confuso unos instantes: al fin y al cabo, no es divertido que se le haya caído la bolsa. Pero él es un chico comprensivo. Su cara dibuja poco a poco una sonrisa y estalla en una carcajada. Willow piensa en la pinta que deben hacer: como una joven pareja de enamorados. Eso la hace reír incluso más. ¿Quién podría imaginar al verles que ella ríe porque él no comprende el significado de lo que tiene entre las manos?
—¡Eh! —dice Guy de repente—. Yo uso la misma marca. —Se queda mirando las cuchillas y para de reír. Willow se da cuenta de que debería haberse ido corriendo, de que lo ha subestimado, de que él, finalmente, la ha pillado.

—¡Eh! —La voz de Guy no puede esconder el pánico. Willow sabe que debería haberse ido, pero está como clavada al suelo. Su mente funciona a toda velocidad, pero no se le ocurre nada que decir, no logra encontrar la manera de garantizar que el no se vaya de la boca.
—¡Eh! —exclama Guy una vez más. Le sube la manga y le mira el brazo. Willow se pone roja como un tomate. No podría sentir más vergüenza ni estando desnuda y con él mirándole los pechos. Puede sentir sus ojos, como se llenan de la terrible visión de las cicatrices viejas que se confunden con las nuevas, la sangre que se extiende por su brazo, las heridas mal curadas.
Levanta los ojos y la mira a la cara con una expresión entre susto y repulsión. Willow le devuelve la mirada. Guy, al igual que ella, no dice ni una palabra. Y no hay ni que planteárselo. Simplemente no hay nada que decir. Willow deja caer el brazo. Lo peor ya ha pasado. Quizás ahora la deje marcharse. Después de todo ¿qué puede hacer él? Pero al volverlo a mirar, Willow ve cómo ese terror que hay en los ojos de Guy se convierte en determinación. Se da cuenta de que, efectivamente, hay una cosa que él puede hacer, que tiene toda la intención de hacer, algo tan terrible que a Willow le flaquean las piernas solo de pensarlo.
Puede explicárselo a David.
Guy se gira repentinamente y echa a correr a través del césped. Willow, sin dudarlo, se lanza tras él. Pero él es rápido, mucho más de lo que ella pueda llegar a ser. Cruza la entrada de la universidad, sube la escalera corriendo. En cuestión de segundos llegará al edificio de antropología, y ella aún no lo ha alcanzado.
Willow quiere pegarle un grito para hacerle parar, pero tiene miedo de atraer sobre ellos más atención todavía. La gente ya ha empezado a girarse para mirarlos. En cualquier caso, se ha quedado sin aliento y además ¿de qué serviría gritar? Gotas de sudor le atraviesan la espalda, y el corazón le late con tal fuerza que realmente teme que le pueda estallar, pero eso no es nada, nada, en comparación con la desesperación que la invade al pensar en lo que está a punto de ocurrir. No puede permitir que Guy acabe con su secreto. No puede permitir que él le quite la única cosa que le ofrece algo de consuelo.
Un grupo de estudiantes sale del edificio de antropología cuando él está llegando a la entrada. Están hablando y riendo y bloquean la entrada. Willow no puede creerse la suerte que está teniendo. Guy se queda parado frente a la puerta, no puede hacer nada aparte de esperar a que se muevan.
Cuando los estudiantes finalmente despejan la entrada Willow consigue alcanzarle. Guy abre la puerta pero ella le está pisando los talones. El sube la escalera de dos en dos. Willow se lanza tras él, extendiendo los brazos frenéticamente decidida a alcanzarle, a detenerle, a evitar como sea que logre su objetivo.
Willow consigue cogerle de la camisa. Estira, pero él es más fuerte y ella le suelta temiendo romper la tela. En ese momento, él se da la vuelta. A lo mejor está sorprendido de lo fácilmente que ella ha abandonado, o quizá le sorprenda lo absurdo,

lo enfermizo que resulta que una persona que no tiene ningún problema en mutilar su propio cuerpo no sea capaz de destruir una camisa. Se quedan quietos en la escalera, respirando aceleradamente, sin decirse nada, midiéndose las fuerzas. Entonces, Guy vuelve a darse la vuelta. Esta vez Willow es suficientemente rápida como para cogerle la mano pero, aunque ella estira con todas las fuerzas, él logra avanzar. Con la otra mano, Willow se aferra a la barandilla y sus pies se enganchan al suelo como si fueran de plomo pero es inútil: él no da su brazo a torcer y lo único que ella puede hacer es caminar con él.

Cuando llegan al cuarto piso, todavía van cogidos de la mano. Guy se para un instante frente a la puerta de la oficina de David. Mira a Willow en silencio.

—Por favor, no le digas nada —le ruega Willow, al sentir como él duda—. Por favor.

Pero no le da tiempo de suplicar más porque, incluso antes de que Guy pueda llamar a la puerta, esta se abre mostrando a David tras ella. Con un gesto, les hace pasar al departamento.

—¡Vaya, hola! —David les mira con una gran sonrisa.

Los dos están sonrojados y respiran con intensidad, de pie, cogidos de la mano.

Es evidente, por la expresión de su cara, que ha malinter-pretado totalmente la situación.

—Ahora mismo no puedo estar por vosotros —dice unos segundos después—. Tengo que devolver un par de llamadas. Si no os sabe mal esperar... —Sin embargo, no se mueve un ápice. No puede ocultar una sonrisa bobalicona al verlos cogidos de la mano.

Willow casi no puede respirar, siente que va a desmayarse. Pero ni siquiera teme por sí misma. La idea de tener que abandonar su vicio es bastante dura. Pero la idea de que Guy se lo explique todo a David, de ver desaparecer esa sonrisa, es mucho peor. Hace meses que su hermano no está tan contento.

De repente, a Willow se le ocurre una idea. Ya sabe cómo salvarse; el alivio que siente es tan fuerte que le fallan las fuerzas.

—Será un segundo —dice finalmente David. Cierra la puerta de la oficina, dejando a Willow y a Guy a solas.

Guy se derrumba en el suelo. Su mano y la de Willow siguen unidas y Willow se ve arrastrada tras él. Este es el único momento en el que ella tiene el control. Ahora sabe lo que debe hacer.

—¿Has visto lo contento que se ha puesto? —le susurra Willow al oído de Guy—. Se ha pensado que estábamos, ya sabes, juntos.

—¿Y? —contesta Guy con rudeza.

—¿No lo comprendes? —prosigue Willow—. Piensa que estamos juntos, que estoy mejorando. No se le veía tan feliz desde... en fin, probablemente desde el accidente. ¿Es que quieres borrarle esa sonrisa de la cara? —No piensa rendirse—. ¿Qué crees que vas a lograr con esto? Esto puede matarle.

Por unos instantes Willow se pregunta si todo esto es realmente cierto. No le cabe ninguna duda de que ha perdido el amor de su hermano, pero eso no significa que él no vaya a hacer todo lo que está en su mano para cuidarla a ella. Eso no significa que verla con Guy no le haya animado al pensar que su hermana estaba logrando tirar hacia delante su vida. Y, sobre todo, eso no significa que la posibilidad de enterarse de algo terrible respecto a su hermana no vaya a destruir su mundo un poco más. Willow no puede permitir que Guy haga algo así.

Pero Guy no parece estar tan seguro como lo estaba hace unos minutos. Mira a Willow y enseguida se vuelve, mirando al infinito.

—Eso le matará —repite enérgicamente.

—Pero servirá de algo. Vas a... —La voz de Guy se apaga. Es obvio que no puede aunar fuerzas para pronunciar las palabras.

—¿Suicidarme? —Willow acaba la frase por él—. No, lo mío no va de eso.

—Perfecto. —Guy la mira indignado—. Solo vas a mutilarte. Tienes razón, eso es mucho mejor.

—Mejor o peor, ¿qué narices te hace pensar que contárselo a mi hermano me va a hacer parar?

—¿No es así?

—Ni de lejos. —La voz de Willow suena como un latigazo—. Lo único que vas a conseguir es trastocarle tanto que... Bueno, no sé lo que puede pasar, no tengo ni idea, pero sí algo terrible, créeme. Ha pasado por muchas cosas. ¿Cuánto más va a aguantar? ¿Y de qué va a servir todo esto? Te lo digo en serio: que se lo cuentes no me va a hacer parar.

—¿Y que se supone que tengo que hacer entonces?

Guy la mira enfadado.

—No me importa lo que hagas. Pero no puedes decírselo.

Willow oye cómo se abre la puerta de la oficina de David. Se apoya contra la pared e intenta parecer calmada.

—Bueno, ¿para qué queríais verme? —pregunta David.

Guy se levanta. Está un poco inestable y se coge a Willow con más fuerza de la que piensa.

Willow está totalmente quieta. Ha hecho lo que ha podido. A partir de ahora, depende de Guy.

—Quería... —Guy se para a mitad de frase y mira a Willow y a David—. Quería saber si ya tienes listos los programas para el próximo semestre —logra decir entre dientes.

No está mal.

Willow mira a Guy con cierto respeto. No es que le importe lo que le diga a David, siempre que no la deje tirada, pero aun así, no cree que ella hubiera sido capaz de improvisar una excusa tan plausible.

En ese instante toma conciencia de la importancia de sus palabras.

No la ha dejado tirada.

Siente un alivio tan grande que las piernas le flaquean. Si Guy no la estuviera cogiendo con tanta fuerza, habría caído al suelo.
—Vaya, debo decirte que tienes una imagen de mí algo imprecisa si piensas que ya tengo el próximo semestre preparado —dice David riendo—. Casi no puedo ni llevar este semestre al día. Pero pasa y te explicaré algunas ideas que tengo en mente y tal vez pueda darte un par de consejos para otras clases que te pueden interesar. Mi hermana me ha dicho que quieres estudiar antropología el año que viene.
Willow mira al techo y empieza a silbar una melodía para disimular.
Pero Guy no parece enterarse mucho de lo que le dice David. Está claro que aún no se ha recuperado de todo lo que le acaba de ocurrir.
—Me parece genial —continúa David. Se sienta en su mesa y les invita con un gesto a que se sienten en el sofá—. De todos modos, aunque estés pensando en especializarte deberías probar asignaturas de otros departamentos.
Hace una pausa y empieza a hojear los papeles que están dispersos por su escritorio. Willow se sienta junto a Guy en el sofá. Nunca se había sentido tan incómoda y no ve el momento de que termine esta reunión improvisada.
—Hum, oh, sí, supongo que tienes razón. —Guy está haciendo un esfuerzo evidente para calmarse—. Pero ya sabes, el año pasado hice un par de asignaturas aquí... las tuyas, que me gustaron mucho, y después un curso básico de redacción de textos. Me sabe mal decirlo pero fue una pérdida de tiempo total. Solo lo hice porque mi instituto recomienda que para hacer clases aquí empieces con eso... —Se vuelve hacia Willow—. Si al final decides hacer algo aquí el semestre que viene, seguramente tendrás que...
—Sí, bueno. No creo que ese tipo de cosas sea lo más adecuado para Willow en este momento —le interrumpe abruptamente David.
Willow se siente un poco como si le acabaran de dar una bofetada. No es que tenga un deseo especial de hacer asignaturas extra, pero le duele oír a su hermano hablar de ella como si no estuviera allí. No le acaba de gustar cómo ha sonado eso de adecuado; está claro que a David le resulta mucho más fácil hablar sobre el futuro de Guy. Quizás haya superado lo de estar celosa de su sobrina de seis meses, pero Guy no está exento de sus tonterías. Le mira con resentimiento.
—¿Sabes qué? —prosigue David—. Pensaba que tenía mis apuntes por aquí pero me los debo haber dejado en casa. ¿Por qué no me das tu dirección de correo electrónico? En cuanto consiga aclararme con todo esto, te mandaré lo que tengo.
—Perfecto, gracias. Mmm... Bueno, espero verte el próximo semestre... —Guy se levanta del sofá, y Willow sale tras él de la oficina de David.
—Joder, joder, joder —murmura por lo bajo Guy, abriendo la puerta del edificio con una fuerte patada.
Se ha hecho de noche. Mientras atraviesan de nuevo el cam-pus, una ligera brisa juega con el pelo de Willow. Con todo lo que acaba de ocurrir, resulta relajante y Willow está contenta de no hacer nada aparte de disfrutar de esa sensación. Está demasiado exhausta para hablar, demasiado exhausta para pensar. Sin embargo, Guy no parece

tener esos problemas. —¿Qué estoy haciendo? —repite una y otra vez—. ¡No puedo creerme toda la farsa que acaba de ocurrir! Debo estar igual de loco que tú. —Guy se para y la mira con una expresión entre indignada y escéptica.
—Has hecho lo correcto —insiste Willow cansada. —Al menos déjame llevarte al servicio médico para estudiantes —dice Guy—. Es totalmente confidencial...
—No.
—¡Pero no puedo dejarte así! No puedes ponerme en este aprieto.
—Yo no te he puesto en ningún aprieto —contesta Willow fríamente. Acelera el paso. Casi han llegado al parque.
—Sí, sí que lo has hecho —contesta Guy, testarudo—. No puedo olvidarme de esto. ¿Y si tú...?
—Ya te he dicho que no tengo ninguna intención de suicidarme.
—¿Y se supone que así lo arreglas todo? —Se sientan en un banco—. ¿Rajarte la piel a tiras es guay siempre que no te mueras?
—Supongo que lo que quería decir es que tú no tienes de qué preocuparte, no tienes que...
—¡Perfecto! —le interrumpe Guy a media frase—. Yo no icngo de qué preocuparme.
—No necesito algo así —continúa después de unos instan-tes—. Si no se lo cuento a tu hermano, entonces ¿qué? ¿Se supone que tengo que vigilarte? ¡No puedo! Estoy haciendo clases aquí, iba a empezar a buscar un trabajo. ¡Maldita sea! Tengo otras cosas. ¡Ahora estoy enganchado contigo!
Willow se pone tensa al oírle.
—¡No, en absoluto! ¡Ya te lo he dicho!
—¿Que no? —La mira enfadado—. Vale, vamos a dejar las cosas claras. Tú no quieres que le diga nada a tu hermano...
Willow asiente con fervor.
—Vale, perfecto, haces que te lo prometa y ahora esperas que simplemente me vaya por donde he venido. ¿Me tomas el pelo? Es posible que tenga mejores cosas que hacer, pero eso no significa que te necesite en mi conciencia.
De repente a Willow se le ocurre una idea.
—Si me acuesto contigo —dice—, ¿me dejarás en paz?
Guy se queda en silencio unos segundos y luego la mira. Se le ve totalmente tranquilo. Tal vez todo lo ocurrido en las últimas horas ha sido tan inquietante que ahora es inmune a cualquier otra cosa. La observa con atención, y Willow tiene La horrible sensación de que él está pensando si ella es lo suficientemente buena como para que valga la pena aceptar la oferta.
¿Y qué va a hacer ella si acepta?
Willow se siente cada vez más intranquila. El corazón le late con tanta fuerza como cuando le perseguía corriendo a través del campus. No puede creerse lo que acaba de hacer. ¿Realmente estaría dispuesta a sacrificar...?
Pero, después de todo, ¿sería muy diferente que con la cuchilla?

—¿Puedo preguntarte algo? —dice finalmente.
—Sí —asiente Willow—. Está segura de que va a preguntarle si es virgen o si alguna vez...
—¿Estás mal de la cabeza?
Sí.
—No, lo digo en serio —continúa sin esperar la respuesta—. ¿Estás mal de la cabeza? Además —continúa, dando una patada a una piedra—, ¿quién dice que yo sienta eso por ti?
Willow se siente aliviada y humillada a la vez. Nunca se le había ocurrido que él tuviera que sentir algo para querer acostarse con ella.
—Bueno, yo solo pensaba que, ya sabes, tú eres...
—Cállate —le interrumpe—, ahora mismo.
Los dos se quedan un rato en silencio. Él aparta la mirada y mira hacia delante. Willow no sabe muy bien qué hacer ahora. Quizá debería simplemente levantarse e irse a casa, pero justo cuando está pensando esto, Guy se gira de nuevo con otra pregunta.
—¿Por qué lo haces? —pregunta—. ¿Podrías al menos explicarme esto? ¿Por qué?
—¿Qué te hace pensar que yo quiera hablar de esto contigo? ¿Qué te hace pensar que yo sienta eso por ti? —dice Willow imitando sus palabras. Quiere inyectar todo el veneno que pueda en su voz. Se siente avergonzada y humillada por la locura de su oferta y lo fácilmente que él la ha rechazado.
—¡Total! ¡Hace un momento estabas dispuesta a acostarte conmigo! —Guy sacude la cabeza ante la absurdidad de todo este asunto. Por primera vez Willow se da cuenta de que él todavía la está cogiendo de la mano. *Y,* aunque la acaba de humillar, aunque acaba de hacerla sentir como una idiota, no quiere soltarse.
—¿Qué se supone que debo hacer contigo? —Guy habla en voz alta, pero es evidente que no se está dirigiendo a ella—. Iba a ser un semestre genial. No puedo pasar el rato... ¡Dios! ¡Yo no quiero esto! —murmura con indignación.
Willow no puede evitar reírse. ¿Es que ella sí que lo quiere?
—¿Qué es tan divertido? —Se vuelve hacia ella—. ¿Te parece divertido?
Willow se encoge de hombros.
—Claro, mis padres están muertos, es tronchante.
Guy le mira avergonzado por unos instantes.
—¿Cómo...? ¿Te importaría explicarme...? ¿Cómo ocurrió exactamente? ¿Cuándo fue?
No es la primera vez que le preguntan eso. La respuesta nunca es fácil, pero Willow le agradece el tacto con el que ha formulado la pregunta.
—Fue... Yo estaba... Yo conducía. Ocurrió hace unos siete meses. —Willow expone los hechos sin rodeos.
—¿Ya tenías el carnet? —Guy frunce el ceño.
—¿Eh...? —Willow hace el mismo gesto. No era la respuesta que esperaba—. No, tenía un permiso provisional. ¿Por qué?
—Bueno...

—Mira —le interrumpe Willow—. En realidad no quiero hablar de esto, ¿vale? Es muy duro para mí. —Sacude la cabeza lo ridículamente inadecuada y suave que suena su expresión.
—De acuerdo, lo comprendo. —Le coge de la muñeca y observa la sangre que empieza a secarse—. Entiendo que sea duro para ti, pero no creo que esta sea la mejor manera de solucionarlo.
—Cuando estés en mi lugar ya me dirás lo que debo hacer. —Willow aparta el brazo con fuerza y la sangre vuelve a brotar de las heridas.
—Ten cuidado, ¿vale? —le suelta Guy. Se pone a buscar algo en su mochila—. Aquí está. —Saca una caja de tiritas, una botella de agua oxigenada y una caja de algodón. Willow le mira inquisitivamente. Una cosa es que ella lleve ese tipo de cosas en la mochila pero...
—Estoy en el equipo de remo —explica Guy—. Salimos al río tres veces por semana. En cualquier caso, me salen un montón de ampollas de remar y lo último que necesito es que me entre agua sucia en una herida abierta.
Willow asiente. ¿Debería limpiarse delante de él? ¿Prolongar este encuentro que no le ha traído más que angustia? Lo más inteligente sería levantarse y huir corriendo. Dejar el trabajo en la biblioteca, evitarle en el pasillo, no volver a verle nunca más.
—Venga, tú misma —dice, señalando los vendajes.
Por alguna razón la idea de curarse delante de él le resulta embarazosa, es algo tan privado e íntimo como el mismo hecho de cortarse. *¡Total!* Inconscientemente repite las palabras de Guy en su interior. *¡Hace un momento estabas dispuesta a acostarte con él!*
Con un suspiro, abre la botella de agua oxigenada y vierte un poco sobre el algodón. Willow debería ser una experta en este tipo de cosas a estas alturas, pero parece que está teniendo dificultades. Por una parte, ella es diestra, y esta herida está situada en una parte del brazo derecho que resulta difícil alcanzar con la mano izquierda, y por la otra... Todo lo ocurrido esta tarde ha acabado con ella. Está completamente agotada. Frota un par de veces la herida con el algodón antes de dejarlo caer sobre su regazo. Cierra los ojos y se da por vencida. Está demasiado cansada.
Willow está recostada en el banco, piensa en si debería quedarse dormida allí mismo, e intenta con todas sus fuerzas olvidar lo ocurrido en la última hora. En ese momento, siente la mano de Guy en su brazo.
Y ahora, ¿qué?
Abre los ojos, preguntándose qué está él haciendo ahora. ¿Se avecina otra discusión? ¿Un sermón sobre su falta de higiene? Pero parece que esta vez Guy pasa de discutir. Está totalmente concentrado en el brazo y examina las heridas que ella misma se ha provocado. Ella le mira con los ojos entreabiertos. Él vuelve a coger el algodón y con suavidad le limpia la herida. Tiene unas manos bonitas, grandes y suaves. Willow no logra recordar cuál fue la última vez que alguien la tocó así. De hecho, él está siendo

mucho más cuidadoso que ella cuando se desinfecta algunas de las heridas más recientes. Con destreza, le venda las heridas y le baja la manga.
Durante todo este rato, los dos han estado en silencio. Y ahora, aunque Willow siente que debería darle las gracias, no solo por lo que acaba de hacer, sino por haberle guardado el secreto, no logra encontrar las palabras adecuadas. Parece que Guy también quiere decir algo, pero no sabe qué decir ni cómo. Así que ambos se quedan ahí sentados mirándose en silencio. La noche va llegando y se apodera de todo a su alrededor.

Digitalizado por Drina

6

Willow observa a su hermano mientras se come los cereales. David tiene una taza de café en una mano y una revista académica en la otra. Se le ve totalmente absorto en la lectura, pero está a punto de acabar el artículo y a Willow le aterra lo que va a ocurrir cuando acabe.

Sabe perfectamente que va a sacar el tema de ayer por la tarde. Le hará todo tipo de preguntas sobre Guy. Querrá saber si hay algo entre ellos.

Willow no ha visto a su hermano desde que ella y Guy irrumpieron en su oficina ayer por la tarde. David tuvo que ir después a una conferencia y llegó a casa cuando ella ya estaba durmiendo. «Buenos días» y «el café está caliente» han sido las únicas palabras que han intercambiado, pero ella sabe que tarde o temprano sacará el tema de la escena de ayer.

Con seguridad, David deja la revista sobre la mesa y se gira hacia ella con expresión seria.

—Entonces, ¿qué hay entre tú y Guy? ¿Os veis a menudo? Por lo que recuerdo de él es buena persona, y también muy responsable...

Es como si su vida se hubiera convertido en el argumento de una novela del siglo XIX. Ella es una joven huérfana que vive en la habitación de la criada, en la buhardilla. Y en este momento su hermano está a punto de preguntarle si las intenciones de Guy son honradas.

¿Y qué será lo próximo? ¿El hospicio?

Willow sabe que él espera una respuesta. Tal vez deba decirle simplemente lo que él espera oír. Al fin y al cabo, ¿no era esto lo que ella estaba buscando el otro día, algo que le hiciera feliz? ¿Por qué no seguirle el rollo? ¿Montarse una historia? Ya lo ha hecho antes. Después de todo, ¿le había dicho algo Guy sobre querer estudiar antropología por David? Pero esta vez es más duro separar la verdadera razón por la que estaban juntos y lo que David cree.

—No, no es que nos veamos mucho —contesta un poco después—. A veces va por el campus, a las clases de las asignaturas que se matriculó, y me lo he encontrado una o dos veces por allí. Eso es todo. O sea, que no te emociones demasiado, ¿vale?

—Ya veo —contesta David lentamente.

Le ha salido un tono más tajante del que ella pretendía. Su última intención era disgustar a David aún más. Solamente quería que dejara de entrometerse. Willow evita su mirada y esconde la cara tras el bol de cereales. Pero puede sentir los ojos de David clavados en ella antes de que él vuelva a concentrarse en su desayuno.

Willow se siente fatal, pero ¿qué puede hacer? Por suerte, cuando Cathy, vestida para ir al trabajo, entra con Isabelle en brazos, la atención de David se desvía.

—Nos vamos —dice Cathy, y le da un beso a David en la mejilla.
—Oh, escucha, Cath. —David levanta la mirada—. ¿No habrás visto unos números antiguos del *American Anthropology?* No los encuentro por ninguna parte. ¿No sabes dónde puedo haberlos dejado?
—Sí claro. ¿No los guardabas en tu estudio?
Un incómodo silencio llena la habitación cuando todos piensan en el hecho de que David ya no tiene un estudio.
—Sí, sí, es verdad —contesta David.
—En ese caso, los metimos en cajas cuando vaciamos las estanterías para Willow. Pusimos las cajas debajo de su cama, ¿te acuerdas?
Cathy le da un beso a Isabelle, escondiendo la cara entre el cabello de su hija. Es un gesto natural, pero Willow se pregunta si no lo hará para evitar su mirada.
—Es cierto, lo había olvidado. —David se levanta y se coloca la revista bajo el brazo—. Iré a buscarlo.
Cathy le lanza un beso de camino a la puerta.
—Hasta luego, Willow —le dice de espaldas.
—Hasta luego —responde Willow.
Oye cómo David sube la escalera y empieza a sacar cajas de debajo de su cama. No tiene nada de lo que preocuparse. Debajo de la cama es territorio seguro.
Pero ¿y si David no se limita a ese área?
Willow empieza a sentir un sudor frío que le recorre el cuerpo. Que no haya escondido nada debajo de la cama no significa que no lo haya hecho debajo del colchón. Siguiendo los estereotipos, Willow no ha hecho nada diferente a cualquier otra chica de su edad. La diferencia es que ella no ha escondido precisamente cartas de amor. Imagina la cara que pondrá David si encuentra su escondite. No es que haya demasiada cosa, solo unas cuantas cuchillas viejas, algo sucias, junto a algunos trapos que ha usado para cortar las hemorragias. Sin embargo, el significado que encierran esas cosas es demasiado evidente.
Claro que debería subir arriba y asegurarse de que su hermano no encuentra nada de todo eso. Pero por alguna razón no tiene energía ni voluntad suficientes para levantarse de la silla. Por un segundo piensa en la posibilidad de quedarse abajo, esperando que el destino decida por ella. Quizás eso sea lo mejor. Al fin y al cabo, es solo cuestión de tiempo. ¿Puede confiar realmente en que Guy vaya a guardarle el secreto?
Willow piensa en la posibilidad de una vida sin la cuchilla, en la reacción que tendrá su hermano si encuentra sus cosas. La simple idea le hace salir disparada. Sube la escalera de dos en dos y se para en la puerta de su habitación prestada, casi sin aliento. Mira cómo su hermano va sacando una a una las cajas de cartón que hay bajo su cama. Hasta ahora las cosas van bien. Él está ocupado buscando entre libros y revistas. Es evidente que no tiene ningún interés en mirar debajo del colchón.
Willow pasea frente al espejo, mirando el reflejo de David. Se da cuenta de que su hermano ha dejado la revista que estaba leyendo sobre la cómoda y se pone a pasar

las páginas sin demasiado interés: parece que es un volumen dedicado a los ritos funerarios de la antigua Grecia. Willow está a punto de volver a dejarlo cuando se encuentra con un papel doblado entre las páginas. Le llama la atención al ver el membrete de su instituto.

Eso solo puede significar una cosa. Deben de haberle citado. Alguien debe haber descubierto algo sobre ella. Le tiemblan las manos. Sin dejar de vigilar el espejo, despliega el papel y se pone a leer.

Pero no es nada de eso. Se trata nada más de una carta genérica escrita a todos los padres de alumnos de su curso. Cada padre o tutor debe pedir una cita para informarse de los cursos de preparación para los exámenes, la orientación para la universidad, bla, bla...

La misma porquería de la que estaban hablando Claudia v compañía el otro día. Nada importante.

Willow se siente tan aliviada que se olvida por unos segundos de las verdaderas implicaciones de la carta. Está claro que no tiene ninguna importancia para ella. Nada le podría importar menos que el que David tuviera que ir a una de esas aburridas reuniones con los profesores.

Pero ¿y David? Ese no era el plan. Él debería estar haciendo ese tipo de cosas por Isabelle, por su hija. Él no necesita un ensayo general. Está segura de que David le odia por haberle traído esa carga a su vida. Si no fuera así, ¿no se lo habría comentado? Al fin y al cabo, el instituto es uno de los pocos temas de conversación que puede tener con ella. Willow vuelve a dejar la carta en la revista, avergonzada de haber pensado primero en ella.

—David, lo siento —dice Willow, girándose de espaldas al espejo.

—¿Que lo sientes? —Contesta con el ceño fruncido mientras husmea entre las cajas—. ¿El qué?

—Bueno... —A Willow se le corta la voz. ¿Qué le puede decir? ¿Perdón por arruinarle la vida? ¿Perdón por haber cogido el coche aquella noche? ¿Qué podría decirle que expresara lo que siente?

¡A lo mejor bastaría con preguntarle si le gustaría comprarse un gato!

Bastaría con decir que siente que tenga que aguantar una reunión padre-profesor con quince años de antelación. Eso podría ser algo por lo que pedir perdón sin sonar demasiado melodramática. Claro, si no fuera porque se supone que ella no sabe nada. Hablar con su hermano cada vez se parece más a atravesar un campo de minas. Tiene que ir con cuidado si no quiere poner el pie en una de las trampas.

—¡Eh, mira esto! —exclama David mientras mete la mano en una de las cajas y saca un pequeño volumen azul—. Lo había olvidado —murmura, sacándole el polvo del lomo.

Willow puede ver que es uno de los libros de su padre. David lo deja en el suelo y vuelve a meter las cajas bajo la cama.

—Perdona —se levanta—, ¿decías algo?

—No, nada —responde Willow con tristeza. Recoge el jersey y la mochila que están sobre la silla. Es hora de irse si no quiere llegar tarde al instituto. Se para un instante en la puerta y mira a David—. No tengo nada que decir.
Al menos eso es verdad.
Willow sabe que, para alguien que no sepa nada, ella parece una alumna ideal. Su mano recorre la hoja a toda velocidad cuando toma apuntes, palabra por palabra, de lo que dice la profesora. Ha perfeccionado tanto su técnica de fingir que hasta parece prestar atención cuando en realidad su mente está a miles de kilómetros de aquí. No es solo eso, sino que también sabe cuándo asentir fervientemente para mostrar un sincero interés.
Pero el hecho es que no ha escuchado ni una palabra. Ni una en todo el día. Podría haber estado perfectamente en otro planeta.
A Willow no le pueden preocupar cosas como los verbos irregulares o la mitología griega. Su mente está en otra parte. Sigue debatiéndose entre el alivio de que David no haya encontrado sus cosas y el miedo a que Guy la delate.
No lo ha visto por ninguna parte. Bueno, eso tampoco tiene nada de especial teniendo en cuenta que no van a ninguna clase juntos, pero aun así... Necesita hablar con él. Tiene que saber qué le depara el futuro. Todavía no ha acabado de digerir el hecho de que *alguien más conozca su secreto.*
Si tiene que elegir a alguien para que sepa su secreto, supone que Guy es mejor que, digamos, Claudia, con la que comparte clase de historia. Pero eso no quita que el estómago le dé un vuelco cada vez que piensa que él sabe lo suyo.
Willow levanta la mirada cuando el resto de sus compañeros se levanta y empieza a recoger sus libros. Debe de haber tocado el timbre.
¡Punto positivo! Willow no puede evitar sonreír. Imagina lo superaplicada que debe parecer en estos momentos, sentada en su silla, acabando de escribir...
Bueno, ya es suficiente. Cierra el cuaderno con contundencia y lo guarda en su mochila. Ha logrado sobrevivir un día más en el instituto sin ponerse en evidencia.
Vaya, al menos es algo.
Willow se dirige hacia la doble puerta de entrada con el resto de estudiantes. Es la hora de su turno en la biblioteca. Con las prisas de la salida, se choca con otra chica que va en dirección opuesta.
—Perdona —se disculpa Willow mientras las dos intentan desembarazarse la una de la otra.
—¡ Ah! No te preocupes. Escucha, ¿puedo hacerte una pregunta?
Willow la mira con cautela. ¿Qué puede querer peguntarle esta chica, una total desconocida para ella?
Tal vez lo único que quiera saber es cuál sería la manera más fácil de matar a sus padres, o quizás esté pensando en comprarse mi patito.
—Necesito... Si me pudieras ayudar... —continúa la chica, con cierta impaciencia—. Soy...

—*¿Disculpa?* —interrumpe Willow, totalmente sorprendida por la pregunta. La idea de que alguien pueda necesitar su ayuda es tan novedosa, tan seductora, que la deja fría.
—Voy un poco perdida. Soy nueva aquí y se supone que he quedado con... Mira, tú ya te conoces todo esto. ¿Sabes dónde está la biblioteca?
¿Que yo me conozco todo esto?
Bueno, sí que sé dónde está la biblioteca.
¿Debería acompañarla? Ella también va hacia allí. Puede resultar algo incómodo, pero será mejor que mostrarle el camino y caminar detrás de ella todo el rato.
A lo mejor no está mal que vayan juntas. Después de todo esta chica no sabe nada de ella, aparte de que también es nueva. Y no solo eso, sino que además ha hecho parecer a Willow la persona más competente del pasillo.
—Sí, de hecho, yo también voy en esa dirección —dice Willow un momento después. Echa a caminar hacia la salida, seguida por la otra chica.
Quizá debería preguntarle qué va a hacer en la biblioteca, podríamos...
—¿La biblioteca está en otro edificio?
—¿Eh?
—¿Cómo es que hemos salido a la calle? —le pregunta la otra chica con cierta irritación en su voz. La expresión de su cara es mucho menos amigable que hace unos minutos.
—¿Estás buscando la biblioteca? —Un chico bastante mono pasa tranquilamente junto a ellas. Parece interesado en la acompañante de Willow—. Está ahí detrás —dice, señalando el edificio.
—Gracias, ya me imaginaba que no estaría fuera.
Los dos se quedan mirando a Willow.
¡Claro! No se refería a esa biblioteca.
Willow no puede creerse que acabe de cometer un error tan tonto. Al oír la palabra «biblioteca» había penado que...
—Yo... Mira, pensaba que te referías a... Yo trabajo en la biblioteca de la universidad y simplemente...
—¿Eres bibliotecaria? —Es evidente que el chico no lo dice en un tono positivo y a la chica se le escapa una risita—. Ven, te indico el camino —le dice el chico. Willow observa cómo el chico aguanta la puerta abierta.
¿Era demasiado pedir pasar el día sin ponerme en evidencia?
—¡Willow!
Y ahora, ¿qué?
Se gira y ve a Guy junto a las barras donde la gente deja las bicicletas. Laurie está a su lado.
Willow les saluda con cautela. Lo que acaba de ocurrir la ha hecho sentirse insegura, y desea con todas sus fuerzas que Guy y Laurie no se hayan enterado de nada. Se pregunta por qué él la estará llamando. Y ¿qué está haciendo con Laurie? No debería sorprenderse tanto de que se conozcan: los dos son alumnos de último curso y este es

un instituto pequeño. Pero no deja de inquietarle. Tal vez los dos hayan estado hablando sobre su obsesión por los gatos; tal vez hayan estado hablando de algo peor. ¿Será Laurie su novia o algo así?

No es que a Willow le importe eso.

—¿Vas a la biblioteca? —le grita Guy a lo lejos.

¿Está bromeando?

—¿A cuál? —pregunta Willow mientras se dirige hacia ellos.

—A la de la universidad —responde Guy con sencillez—. ¿Te acompañamos? Laurie también va en esa dirección. Ya os conocéis, ¿verdad?

—Claro —asiente Laurie.

Willow la mira de reojo. La otra chica la mira con afabilidad, tal vez aburrimiento, pero nada más allá de eso.

Aun así, ¿es todo tan inocente como parece? ¿Cómo puede saber que los dos no han estado intercambiando información, contrastando historias, tal vez?

Willow se siente muy tensa. No acaba de entender por qué Guy quiere acompañarla al campus. Claro que estaba esperando el momento de volver a hablar con él, pero no piensa hacerlo ahora. No con público.

—Vale —contesta finalmente después de un momento. Mira el aparcamiento de bicicletas, deseando ver ahí la suya. Entonces, tendría la excusa perfecta para no tener que unirse a ellos, pero tal y como están las cosas, no se le ocurre ninguna manera de escaquearse. Una gota de sudor le baja por la espalda.

—No sabía que trabajaras en la biblioteca —dice Laurie cuando finalmente se ponen a andar juntos. Saca de su mochila unas gafas de sol—. Eso sí que es un puntazo. ¿Cómo lo conseguiste? Pensaba que tenías que ser universitario. O sea, que debes tener algún enchufe o algo así para conseguir un trato especial como ese...

¿Enchufe? No exactamente. Después de matar a mis padres, la facultad relajó un poco las normas. Una especie de premio de consolación.

—¡ Ah! Casi me olvido —interrumpe Guy. Su tono de voz es suave, pero un poco fuera de lugar y Laurie lo mira sorprendida—. No vendré a clase de historia mañana —continúa—. ¿Me podrás pasar los apuntes?

—Sí, claro —contesta Laurie encogiéndose de hombros.

—Gracias —dice Guy—, te lo agradezco.

Willow no está muy segura de lo que acaba de pasar. ¿Es su imaginación o Guy acaba de salir en su ayuda? ¿Ha evitado que Laurie le haga preguntas dolorosas?

—Bueno. —Willow carraspea—. ¿Cómo es que vais hacia arriba? —Le gusta como ha sonado eso. Un poco aburrido, sí, pero mucho mejor que lo de los gatos.

—Voy a pedir información sobre unas prácticas —dice Laurie mientras cruzan la calle y se dirigen hacia el parque—. Preferiría buscar un trabajo normal o algo así, por el dinero. Pero ¿unas prácticas en la universidad? Ese es el toque final de mi expediente.

—Yo tengo que consultar unos libros en la biblioteca —dice Guy—. Además de devolver el *Tristes.*

—¡Oh, Dios! ¿Todavía estás enganchado con el libro mohoso ese? —Laurie niega con la cabeza—. ¡Estás obsesionado!
—¡Pero si es un libro genial! —exclama Willow. Está un poco sorprendida por la intensidad de su respuesta y, por la cara que tiene, Laurie también, pero Guy sonríe.
—Oh, ¿lo conoces? —Laurie se ajusta las gafas de sol—. No sabía que era tan famoso. O sea, a Guy le gustan todos estos libros oscuros que nadie más conoce. Es como que dices, ¿por qué? Pero supongo que a ti también te van todas esas cosas, ¿no? ¿Qué era? ¿Antropología?
—Yo... Sí —dice Willow, sin fuerzas. Se alegra de ver que solo quedan unas cuantas calles para llegar al campus. Las cosas no están yendo tan mal como el otro día pero, aguantar sin hacer ni decir ninguna tontería... en fin, es una presión.
—Aunque ese tipo de cosas son las que hacen que tu expediente destaque —continúa Laurie, pensativa—. Ya sabes, haber leído cosas que no son obligatorias.
Willow no puede evitar encontrar todo eso un poco ridículo. Está segura que, para Laurie, la antropología no es más que un toque para adornar su curriculum.
—O sea, ir a clases de antropología —sigue hablando Laurie, como si estuviera leyendo los pensamientos de Willow— es muy original.
Willow se pregunta qué hubiera hecho su padre ante este comentario.
Quiere cambiar de tema, pero ¿cómo? No se le ocurre nada que pueda ser apropiado o interesante. Quizá simplemente debería decir algo desagradable. Decirle a la chica que la encuentra aburrida. O mejor aún, atemorizarla con historias de gente con expedientes inmaculados que no pudieron entrar en ninguna de sus primeras opciones.
Eso serviría.
Sin embargo, Willow no quiere ser mala. Solo quiere hablar con Laurie de algo diferente.
—¿Cómo es que te llamó la atención? —Pregunta Laurie, mirando a Willow—. O sea, ¿qué es lo que te hizo interesarte por el tema? —Si se está dando cuenta de la cara de desesperación que se le pone a Willow, no se nota mucho—. ¿Alguien te dijo...?
Pero, de repente, Guy les interrumpe, incluso más bruscamente que antes.
—Oh, pero ¿qué más da? —dice, como aburrido—. Hablemos de otra cosa. Bueno, ¿de qué van las prácticas esas? —pregunta, cuando ya están dejando atrás el parque.
A Willow le sorprende lo hábilmente que sabe cambiar di tema Guy. Lo fácilmente que evita situaciones en las que ella podría decir algo de lo que se pudiera arrepentir. Es la segunda vez que ha acudido en su ayuda justo en el momento en que las cosas empezaban a ponerse feas.
No podría ser más considerado, ni más atento. Después de todo, ella no es más que una pesada carga, alguien que se ha metido en su camino justo cuando iba a tener un semestre genial.
Willow recuerda cómo le curó las heridas.

Sin pensarlo, extiende el brazo y le toca la manga, apenas le roza. Él no se hubiera dado ni cuenta si no la hubiera estado mirando. Al principio se le ve algo confuso. Es evidente que no sabe muy bien cómo interpretar el gesto, pero un segundo después le dedica una media sonrisa. Willow se da cuenta de que Laurie los está mirando y aparta la mano.

—Bueno, pues hay dos tipos de prácticas. —Si a Laurie le ha extrañado que Willow tocara a Guy, no está dejando que se note—. Unas son para trabajar en el centro de salud para mujeres, que es la que más me interesa, y las otras son para hacer una investigación bastante sencilla para un profesor de literatura comparada. Es un trabajo muy básico, y de todos modos, nunca le daría el trabajo a una alumna de instituto. Sin embargo, creo que puede escribirme una buena recomendación y eso ya es algo, ¿no?

—Sí, claro. —Willow intenta prestar atención a lo que está explicando Laurie. Es posible que no pare de hacer preguntas incómodas pero, aun así, Willow le agradece que no saque a relucir el episodio del otro día en los jardines del instituto. Lo menos que puede hacer ahora es escucharla.

—Tiene sentido —continúa Willow—, porque, por lo que yo sé...

—¡Eh! —Esta vez es Laurie la que interrumpe—. ¡Mira eso! —Coge a Willow del brazo, la coge con auténtica fuerza justo por el lugar donde lleva la venda, y la arrastra hasta el escaparate de una droguería.

—Eso es exactamente a lo que me refiero. —Laurie engancha la cara al escaparate—. Es el color en el que estaba pensando, ¿no es genial? —Se saca las gafas de sol y señala una pirámide hecha de cajas de tinte.

—Sí, claro —murmura Willow. El escaparate también le ha llamado la atención, pero no por las cajas de Caoba Rojizo. Willow está mucho más interesada en el montón de la izquierda. El que anuncia las ofertas especiales en material de oficina.

Los recambios de cúter están a muy buen precio.

¿Es su imaginación, o Guy la mira con cara rara?

Willow vuelve a mirar las cajas de Caoba Rojizo.

—Creo que ese color te puede quedar genial —dice con absoluta sinceridad.

—Gracias. —Laurie está encantada con el cumplido.

—¿Y Adrián quiere que te pongas pelirroja? —pregunta Guy.

—Lo único que parece importarle de verdad es que los dos vayamos a la misma facultad —dice Laurie, volviéndose a poner las gafas—. O sea, está tan preocupado por otras cosas que seguramente ni se dará cuenta si me tino el pelo. —Se aparta del escaparate.

—¿Adrián? —pregunta Willow con indiferencia mientras llegan a las puertas del campus.

—Mi novio —sonríe Laurie.

—Le conoces, Willow —señala Guy—. ¿Te acuerdas, conmigo, en el campus?

—¡Oh! ¿Aquel era tu novio? —Willow piensa por unos instantes—. Bueno, yo os dejo aquí —dice cuando llegan a la escalera de mármol que conduce a la biblioteca.

—Sí, yo también. —Guy se para—. Oye, Laurie, gracias por lo de la clase de historia de mañana, ¿vale?
—¡Claro! —Laurie les hace un gesto a los dos mientras se aleja, dejándolos solos.
—¡Buena suerte con las prácticas! —le grita Willow—. Mejor será que me dé un poco de prisa —dice, volviéndose hacia Guy. Sus miradas no acaban de encontrarse. Se siente un poco confundida al sentir que Guy está pendiente de ella. Se lo agradece, pero...
Tendría que ser de piedra para que no le afectara esa preocupación. Sin embargo... Sin embargo, él tiene todo el poder del mundo sobre ella, podría hacer añicos su vida si quisiera, y eso la asusta.
—Llegaré tarde al trabajo. —Empieza a subir la escalera.
—Llamé a tu hermano.
Willow se queda helada. Se vuelve hacia Guy con terror en la mirada.
—Tranquila —dice Guy. Se apoya en la barandilla con los brazos cruzados. Él sí que está tranquilo—. He cumplido con mi promesa, no le he dicho nada. Solamente le pregunté cuándo trabajabas. Quería asegurarme de verte hoy. Tú y yo tenemos cosas de que hablar.
Así que esa era la razón para querer acompañarla. Debería haberse imaginado que él también quería hablar con ella. No debe encontrarse con una situación así todos los días. Aun así, Willow no puede evitar ponerse nerviosa al pensar en lo que le debe querer decir. El corazón le va a cien por hora, y se sienta en un escalón, ajena a los estudiantes que pasan junto a ellos.
—¿Estás bien? —le pregunta Guy. De repente se le nota preocupado. Tiene la misma cara que cuando descubrió las heridas y, ahora que lo ve de cerca, Willow se da cuenta de que su actitud despreocupada no es más que una pose. Va despeinado y le han salido ojeras. Es raro que no se haya dado cuenta de esto mientras caminaban juntos.
—Una pregunta un poco tonta. —Guy se ríe mientras se le acerca—. Lo último que debes estar tú es bien.
Willow no le contesta, pero se da cuenta de que, a pesar de su apariencia desaliñada, el aliento de Guy es fresco, como de manzana.
—¿Por qué...? Bueno, quiero decir... ¿por qué no se lo dijiste? —logra balbucear.
—Porque te prometí que no lo haría —responde Guy con sencillez—. Pero eso no significa que no piense que debo hacerlo, o que no vaya a hacerlo. Tenemos que hablar, decidir algunas normas básicas. —Extiende el brazo y la levanta—. Venga, dile a la bruja de Hamilton que necesito ayuda en el depósito. Allí tendremos un poco de privacidad. —La empuja hacia el interior del edificio y pasan junto al guarda de seguridad.
Willow sonríe ante esa descripción de la señorita Hamilton pero, al entrar, resulta que no está tras el mostrador. Willow ficha y saluda al empleado de turno antes de girarse de nuevo hacia Guy.

—Y ahora, ¿qué? —suspira. Sabe perfectamente de qué quiere hablar él y es lo último que le apetece hacer, pero no hay escapatoria. Después de todo, él tiene todas las cartas en su mano.
—Al depósito —dice Guy con determinación—. De hecho necesito ayuda de verdad. —Le enseña un trozo de papel con un montón de signaturas escritas—. Tengo que buscar unas cosas.
Willow mira las signaturas. Incluso sin haberse pasado los últimos meses en la biblioteca, hubiera sido perfectamente capaz de saber adónde ir. No en vano se había pasado cientos de tardes dando vueltas entre las estanterías del depósito con su padre. Sabe perfectamente que todos los libros que está buscando Guy son de antropología y que los va a encontrar a la primera, en cuanto suba allá arriba.
—Vale —dice después de pensar un rato. Se dirigen al ascensor—. Todo esto está en el piso de arriba.
—Bueno —dice Guy mientras se introducen entre las estanterías mal iluminadas del depósito—. ¿Por qué no vamos a buscarlo primero y así podremos hablar de... —para de hablar unos segundos, Willow se da cuenta de que la situación es igual de violenta para él—, hablar de lo que te pasa? —Y continúa—. A ver qué podemos hacer...
Oh, por favor...
Willow piensa que Guy está hablando como esos tipos que entrevistan en los programas de tarde en la televisión. Ese tipo de gente que te quieren vender un libro que te promete autoestima en siete sencillos pasos.
—Nosotros no tenemos nada que hacer al respecto —dice.
—¿De verdad? —Guy levanta las cejas mientras le sigue por los estrechos pasillos—. Perdona, pero ese no era el trato. Si yo no se lo cuento a tu hermano, entonces tú vas a tener que prometerme un par de cosas. No puedes cruzarte en mi camino sin más, desmontarme todos los esquemas y que todo siga como tú quieres. Esto no funciona así.
—De acuerdo —contesta, encogiéndose de hombros. No tiene elección—. Vamos primero a por tus libros, ¿vale? —Willow se para frente a una estantería llena de polvo, saca unos libros y se los pasa a Guy.
Se detiene un segundo antes de coger el siguiente libro de la lista. Se encuentra mal. De repente hace mucho calor. Le empieza a picar toda la piel, pero no puede hacer nada. Willow toma aire e intenta tranquilizarse, pero es inútil. ¿Por qué se molesta en intentarlo? *Olvídalo,* piensa mientras se apoya en el extremo de la estantería para no caerse. *Dale lo que él quiere y ya está.*
—Aquí está —-dice Willow con brusquedad. Coge el libro, una monografía escrita por su padre hace cinco años. Willow la recuerda perfectamente. Habían viajado todos juntos a Guatemala, donde su padre tenía que hacer un trabajo de campo—. Aquí está —repite al pasárselo a Guy. Pero Guy está ocupado haciendo malabarismos con los otros libros y no lo coge a la primera—. ¿Quieres hacer el favor de cogerlo? —Willow se enfada y se lo tira sin importarle si le da con él o no.

—¡Eh, cuidado! —Guy intenta coger el libro, pero en lugar de eso acaba por tirar el resto al suelo—. ¿Pero qué te pasa? murmura mientras se agacha.
—Mira, casi te has cargado el lomo de este.
Está claramente enfadado. Willow le observa mientras él examina el libro entre sus manos. Una vez más le viene a la cabeza el modo en que le curó ayer la herida. Sostiene el libro con la misma delicadeza. Es evidente que no le gusta ningún tipo de destrucción, ni de la carne ni del papel.
—No deberías tratar así los libros —le sermonea Guy. Sin embargo, Willow no se puede enfadar con él. Sabe que a su padre le hubiera horrorizado ver lo que acaba de hacer—. Quiero decir, se trata de una primera edición —continúa Guy—, ¿por qué querías...? —Guy se queda sin voz al recoger el libro de su padre. No dice nada durante un buen rato.
—¿Hemos acabado? —pregunta Willow duramente.
—Bueno, con los libros sí —dice Guy con voz apagada—. Mira, ¿por qué no nos sentamos aquí un rato?
Se coloca la monografía bajo el brazo. Willow se da cuenta de que lo ha colocado de manera que ella no pueda ver la fotografía de su padre. Tanta consideración empieza a irritarle, parece un poco forzado.
—No habrás montado esta excursión para ponerme a prueba, ¿no? —explota—. ¿Solamente para ver hasta dónde puedes presionarme, o algo así?
Tal vez se haya equivocado con él. Tal vez haya malinterpretado su comportamiento durante el paseo. Tal vez estaba cambiando de tema por aburrimiento, no por no herir sus sentimientos. Se cruza de brazos en postura defensiva y le mira.
—Claro que no —contesta Guy—. Necesitaba este libro, de verdad. Sinceramente, por un momento me había olvidado de lo que era. O sea, de quién lo escribió. Supongo que tendría que haberlo buscado yo solo.
Parece afectado y Willow sabe, en su interior, que no se había equivocado con él. Guy es así de considerado.
—Lo siento —dice Willow tras unos segundos, avergonzada de haber correspondido su amabilidad con hostilidad. Deja caer los brazos e intenta esbozar una sonrisa—. Te gustará el libro, es bueno.
—¿Cómo no iba a serlo? —responde Guy al instante—. ¿Sabes...?—vacila un momento—, una vez estuve en una conferencia de tu padre.
—¿De verdad? —Willow está intrigada—. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Sabes si mi madre también estaba allí? —Las preguntas salen a borbotones—. ¿De qué iba?
—De esto —dice Guy, señalando el libro—. Del viaje que hicieron a Guatemala. Sí, y tu madre sí que estaba allí. Fue en el museo, a finales del invierno pasado.
—¡Oh, Dios mío!
Willow se tapa la boca con las manos. Va a perder el control. Va a perder el control allí mismo entre las estanterías del depósito. Se sorprende al sentir el flujo de bilis que le llena la boca. Pero supone que, de algún modo, tiene sentido que eso ocurra. Se ha

condicionado tanto a transformar el dolor emocional en dolor físico que, al no poder acudir a la cuchilla, su cuerpo responde de la mejor manera que puede. Se está provocando el vómito.

Sabe exactamente de qué serie de conferencias le está hablando Guy. No se había molestado en ir porque... ¿Para qué? Había oído a sus padres hablar millones de veces y les iba a oír un millón de veces más. Si no fuera porque el invierno pasado habían dado su última conferencia. Porque aquella conferencia había sido solo unas semanas antes de que Willow decidiera llevarlos en coche.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a vomitar!

Las luces se apagan en ese mismo momento, y Guy aprieta el interruptor con el puño.

—¡Willow! —Deja los libros en el suelo y la coge por los hombros—. ¿Quieres que te aguante el pelo? ¿Voy a ver si encuentro alguna papelera por aquí? ¿Estarás bien si te dejo para ir a buscarla?

—No, no —logra decir—. Estaré bien, de verdad. Solo estoy un poco... —Se aprieta el estómago con la mano—. Dame un segundo.

—Sí, claro. Así, déjame que... —Guy la coloca de manera que pueda apoyarse en las estanterías—. ¿Mejor?

—Ahá —asiente Willow. Le agradece que se tome tantas molestias—. Gracias —le dice cuando logra recuperar el aliento—. Gracias, de verdad. Siento mucho lo que acaba de ocurrir. Yo, es que... todo esto como que me ha superado. ¡No puedo creerme que me quisieras aguantar el pelo! —exclama al darse cuenta de lo absurdo de la situación.

—¿No? ¿Es que no lo había hecho nadie antes?

—Sí, claro. ¿Quién no se ha hecho una ronda de chupitos con su mejor amiga? Pero, venga, admítelo, es un poco fuerte con alguien que apenas... ya sabes que apenas conoces.

—Oh, bueno, no es que fuera a disfrutar de la experiencia. —Guy se echa a reír—. Pero al menos, creo que puedo entender que reaccionaras poniéndote mala. —Para de hablar y la mira fijamente—. Willow, lo siento. —Ahora ya no ríe—. No debería haber sacado nada de todo esto. —Le suelta los hombros.

—¡No! —le asegura Willow al instante—. Me alegra que lo hayas hecho. ¡De verdad! Y me gustaría oír más cosas. Es solo que me ha desconcertado un poco.

—¿Quieres oír más? —pregunta Guy con inseguridad.

—Sí—insiste Willow—. Sí, aunque te cueste creerlo. David nunca habla de ellos conmigo. Ni Cathy, su mujer. Es como si mis padres no hubieran existido nunca. —Willow hace una pausa, intentando encontrar la manera de que Guy lo entienda—. ¿Sabes? Con todo lo que hicieron mis padres para preservar otras civilizaciones, mantener viva su memoria, resulta tan irónico que David ni los mencione. Solo consigue que sea mucho peor.

—De acuerdo —dice Guy lentamente—. Pero si ves que me estoy pasando, házmelo saber, ¿vale?

—Vale —asiente Willow.

—En primer lugar, vámonos de aquí. Venga, estoy seguro de que este es el lugar menos cómodo de todo el depósito. —Guy recoge los libros y se dirige a un rincón que hay más lejos. Se sienta cruzando las piernas en un lugar iluminado por un tenue rayo de sol que se cuela entre los altos ventanales y le señala a Willow un lugar junto a él.
—Aquí tampoco tendremos que preocuparnos por las luces —le explica.
Willow se sienta en el suelo, a su lado, y coge el libro de su padre. Es un volumen pequeño, encuadernado con una tela azul clara. Siempre le ha gustado el tacto de los libros de sus padres: la textura, casi áspera, tan diferente de las tapas brillantes de los libros de éxito de las librerías. Pasa las páginas, cogiéndolas con cuidado por el extremo superior, tal y como le habían enseñado sus padres. Willow las examina con detenimiento, sin decir ni una palabra, parándose para leer algunas descripciones. Mientras, Guy está en silencio. Unos momentos más tarde, deja el libro en el suelo y le mira.
—¿Me podrías explicar algo de la conferencia?
—¿Qué quieres saber? —pregunta Guy. Coge el libro y se pone a hojearlo. Willow está sorprendida de cómo lo coge, casi, si cabe, con más respeto que ella.
—Bueno, en realidad, todo. ¿Qué pensaste de ellos?
—Mmm... —Guy echa la cabeza a un lado y piensa—. ¿De tu padre? Que era brillante, claro.
—Vale —asiente Willow, animándolo—. Pero no me digas solamente lo que crees que quiero oír.
—Mmm... De acuerdo. Pues, entonces, que contaba unos chistes muy malos.
—¡Los peores! Lo sé. David y yo solíamos cachondearnos de él. O sea, que tenía buen sentido del humor, se reía de las cosas graciosas, pero contando chistes... Un desastre.
—En serio, no le hubiera venido mal salir de su torre de marfil y entrar en el mundo real de vez en cuando. Me dio bastante la impresión que no se había hecho suficientes rondas de chupitos cuando le tocaba.
—Exactamente.
—Pero era tan convincente. —En la voz de Guy se nota la admiración—. Se emocionaba de verdad con lo que explicaba. Amaba lo que hacía.
—¿Y mi madre? ¿Qué pensaste de ella?
—Quizá no era tan impresionante hablando del tema, pero conectaba más con el público, no sé si entiendes lo que te quiero decir.
—Lo entiendo perfectamente.
Willow cierra los ojos un segundo.
—Hablaron un montón del viaje, el de Guatemala. Y tengo que decirte que hacían que el trabajo de campo pareciera la cosa más emocionante del mundo.
—Ya —contesta Willow con un bufido.
—¿No lo es? —Guy la mira con escepticismo.

—Quizá para alguna gente. —Se encoge de hombros—. Pero a mí lo que más me llamaba la atención eran los mosquitos. Siempre había mosquitos, daba igual adónde fuéramos; y las duchas eran una pesadilla.
—¿En serio? —Guy se ha quedado totalmente chafado—. No creo que pudiera soportar algo así.
—Oh, te encantaría —le asegura Willow—. Tú eres el tipo de persona ideal para una situación así. Y no solo eso. —Levanta las manos como para advertirle que no le salga con excusas—. David me dijo que eres muy inteligente. Y trabajador. Créeme, no dice eso de mucha gente. —Willow hace una pausa para pensar en lo que ella misma opina—. Eres cuidadoso con las cosas, podría decir, y considerado... Así es como uno debe ser para hacer ese tipo de trabajo... Supongo que debes pensar que yo soy una niña mimada —concluye finalmente.
—Mimada es la última palabra que emplearía para describirte —dice Guy lentamente—. Y no estés tan segura de mí, tampoco. Tengo que confesarte que también me gusta darme una buena ducha.
¿Y cómo me describirías?
Willow tiene que morderse el labio para evitar formular la pregunta. Le sorprende incluso haberla pensado, que le importe, ni que sea un poco, lo que él piensa de ella.
—Pero tengo que confesarte que estoy sorprendido —prosigue Guy—. Habría jurado que querías continuar en el negocio familiar.
—¡ Ah, no! Eso es cosa de David, no mía. Para nada.
—¿De verdad que no te gustó nada el trabajo de campo? Quiero decir, lo de viajar y todo eso.
—Viajar puede ser muy divertido, especialmente si estás de vacaciones. Pero si lo que me preguntas es por qué no me interesa el tipo de trabajo que hacían mis padres, te diré algo. Yo prefiero ese tipo de lugares al que solo se puede viajar con la imaginación.
Willow se encoge de hombros, con un poco de vergüenza. Mira a Guy, esperando que se ría de ella o que se esté aburriendo pero, en realidad, es todo lo contrario. Está... bueno, quizá fascinado es una palabra un poco fuerte pero...
—Háblame de tu lugar imaginario —dice, acercándose—. No conozco ninguno.
—Vale —dice lentamente—. Te hablaré de un lugar real pero que, aunque existió, yo pienso que solamente se puede conocer de verdad desde la imaginación.
—Continúa.
—Se llama Çatal Hüyük.
—¿Cómo que qué?
—Çatal Hüyük —ríe Willow—. Está en Turquía, o estaba en Turquía. Nunca he estado allí. Bueno, toda su cultura desapareció hará unos siete mil años. O sea, yo nunca he estado allí, pero mi madre escribió su tesina sobre el tema. ¿Quieres saber cuál era el atractivo que tenían para mí?
—Sí.

—Fueron los primeros en tener espejos. Estaban hechos de obsidiana negra pulida. Mi madre escribió sobre eso. Eso es sobre lo que la mayoría escribe. Quieren saber cómo los hacían, qué herramientas empleaban para pulir la piedra, cuánto tardaban en hacerlos. Pero ¿no se dan cuenta de que esas no son las preguntas interesantes? Yo lo que quiero saber es por qué hizo alguien el primer espejo. Bueno, ya sé que la gente se había visto mucho antes a sí misma, reflejados en el agua o cosas así, pero realmente no es lo mismo, ¿no? ¿Qué pensó la primera persona que se vio reflejada en un espejo? ¿Le dio vergüenza o le gustó lo que veía? Quiero saber cosas que no se puedan deducir por la datación del carbono 14 o en una excavación, quiero saber cosas cuyas respuestas uno solo puede imaginar.
—Esas son cosas increíbles en las que pensar—dice Guy pensativo—. Y me encantaría saber cuáles crees... perdón, que respuestas son las que imaginas.
—Oh, en realidad ya no pienso en ese tipo de cosas.
—Willow niega con la cabeza—. Ahora solo puedo pensar en el día que me queda por delante y, si eso es demasiado, entonces pienso en la hora.
Y si es demasiado, entonces sé exactamente lo que tengo que hacer.
Para de hablar. Guy también está en silencio; él parece estar reflexionando sobre lo que ella le acaba de explicar. Willow está sorprendida del giro que ha tomado la conversación. Cuando él le dijo que tenían que hablar, ella jamás pensó que acabaría explicándole este tipo de cosas. Ni siquiera con Markie había llegado a hablar de esto. Le sorprende lo tranquila que se siente y el miedo que tenía de acabar montando una gran escena.
Pero Willow no está preparada para lo que viene ahora.
—¿Es que no quieres dejarlo? —explota Guy, rompiendo la calma. Willow no necesita preguntarle a qué se está refiriendo.
—Quiero decir, ¿cómo puedes estar haciéndote esto...? ¡Quieres escucharte! Eres tan...
—Soy tan ¿qué? —no puede evitar preguntar—. ¿Tan qué?
—No importa. —Guy aparta la mirada, haciendo un esfuerzo evidente por mantener la calma.
Ambos se quedan callados unos minutos. Tan callados que Willow puede sentir la respiración de él. De algún modo, ese sonido la hace sentir más segura. Desearía poder estar allí sentada, no hacer nada más que escuchar su respiración y observar las minúsculas partículas de polvo que flotan en la luz que se cuela por las ventanas.
—¿Es que no quieres dejarlo? —repite Guy. Pero esta vez no está gritando.
Willow no quiere hablar de lo de cortarse. Con él, no. Sin embargo, es una pregunta interesante, una pregunta que a la mayoría de la gente no se le ocurriría. La mayoría de la gente simplemente asumiría el hecho de que, si lo quisiera dejar, ya lo habría hecho. Pero Willow sabe que no es tan fácil, y por lo que parece, Guy también. Después de todo lo que él ha hecho por ella —no contárselo a su hermano, ofrecerse a aguantarle el pelo...— le debe una respuesta.

—Si las cosas fueran diferentes, y no me refiero a que mis padres estuvieran vivos, pero si las cosas fueran diferentes entonces sí, querría dejarlo.
—¿Y qué es lo que debería ser diferente?
—Eso no te lo puedo decir.
Guy no responde nada a esto. Solo la mira con una expresión inescrutable, pero Willow se da cuenta de que él se siente incómodo, hasta nervioso. Eso no era lo que ella esperaba. Tal vez un sermón, o incluso que le gritara, pero no esta mirada inquebrantable, ese foco dirigido irremisiblemente hacia ella.
Mientras busca su mano, Guy no deja de mirarla en ningún momento. A Willow le conmueve lo tierno que es y por un momento se permite pensar que las cosas son diferentes. Que él no sabe que se corta. Que ella *no se corta.*
¿Y si el día anterior le hubiera estado curando una herida porque se había caído patinando? ¡Qué inocente hubiera resultado todo! ¿Y si hubieran subido hasta aquí porque querían estar a solas y no porque no se pueden arriesgar a que nadie escuche su pernicioso pacto? *¿Y* si pudieran seguir hablando y riendo como hasta entonces sin tener que lidiar con tanto horror y crudeza?
Guy le levanta la manga y Willow piensa que quiere comprobar que el vendaje todavía aguanta, pero en lugar de eso levanta la tirita y observa el corte.
—Es tan feo —dice en tono pragmático.
Willow aparta la mano bruscamente. No puede creerse lo que él le acaba de decir ni puede creerse que a ella le importe.
Sabe que los cortes son feos, y no tiene ningún interés en su opinión pero aun así, se siente terriblemente insultada. Herida e insultada. Es casi como si le hubiera dicho que su cara es fea.
Guy aparta la mirada de los cortes y la mira a la cara. Seguramente se da cuenta por la mirada de Willow de que sus palabras le han herido, pero no se disculpa.
—Volviendo a lo que te dije —continúa—. Llamé a tu hermano. Y no solo para preguntarle a qué hora estarías trabajando.
Willow se queda parada. ¿Es que, después de todo, se lo había contado a David? ¿Qué pasó? Se ha quedado sin palabras, pero Guy continúa sin turbarse.
—Lo llamé anoche, después de dejarte. —Golpea el suelo con los dedos—. La cosa es que no tenía ni idea de qué decirle. Así que simplemente colgué después de unos segundos respirando junto al auricular. —Suspira profundamente—. Quería decírselo pero... No podía dejar de pensar en lo que tú me dijiste, lo de que le mataría. ¿Y si tenías razón? Mira, no vas a lograr que me crea que eso acabaría totalmente con él pero, ¿y si el que yo le contara esto pudiera provocar algún tipo de... no sé qué? Y también, ¿y si el contárselo acabara contigo? ¿Y si hiciera que te cortaras tanto... en fin, mucho más que cualquier otra vez? —Guy elige cada palabra con sumo cuidado—. Además, te lo prometí. —Guy vuelve a cogerle el brazo. Esta vez no deja de mirarle a la cara mientras vuelve a colocar la tirita y Le baja la manga—. Y pensé, y quizá pensé mal, que tú estarías bien, que entre la última vez que nos vimos y ahora no tendrías

ocasión de, bueno, de hacerlo. O sea, no paré de pensar. ¿Cuándo tendrías ocasión de hacerlo? En casa no, con tu hermano y su mujer por ahí, y en el instituto tampoco.
A Willow se le pasa por la mente la imagen del lavabo de las chicas, pero no dice nada.
—Aun así —continúa Guy—, seguí debatiéndome entre contárselo o no. No pegué ojo en toda la noche, solo podía pensar qué hacer.
Ahora Willow ya sabe por qué él tiene esas ojeras. Se le ve completamente derrotado y ella siente una inmensa culpabilidad. Ella nunca ha tenido la intención de hacer daño a otra persona.
—¿Me puedes decir una cosa? —Guy la mira con expresión reservada, como si tuviera miedo de la reacción de ella.
—Supongo —dice Willow después de meditarlo. Piensa que ya no debe esconderse delante de Guy. Esto no es como estar con Laurie y las otras chicas en el jardín. No tiene que preocuparse de decir algo incorrecto ni de fingir nada.
—¿Por qué lo haces? Y no me refiero a por qué no eres feliz, creo que eso ya lo he entendido. Lo que quiero decir es, ¿por qué has tomado este camino?
Willow asiente pensativamente. Esta tendría que haberla visto venir. Al fin y al cabo, es lo primero que ella preguntaría.
—No es algo que pueda explicarse tan fácilmente.
—Cuando veníamos hacia aquí... —empieza Guy, pero se para y aparta la mirada.
—Sí... —le anima con delicadeza.
—Me preocupaba que Laurie fuera a decir algo que te hiciera explotar. Y claro, al final ha resultado que he sido yo el que te ha hecho explotar. Me refiero a cuando te he dicho que estuve en la conferencia de tu padre. Yo soy el que ha dicho lo incorrecto. —Su voz suena como si se hubiera decepcionado a sí mismo.
—No existe lo incorrecto —dice Willow. Lo dice de verdad, ella no sabría decir qué será lo próximo que provoque una sesión con la cuchilla—. Tampoco existe lo correcto.
Guy reflexiona sobre esto unos instantes.
—¿Me puedes decir otra cosa? ¿Me puedes decir dónde lo haces? No me gusta pensar en ello pero no puedo evitarlo, y me estoy volviendo loco.
—Cuando dices dónde, ¿estás preguntando en qué parte de mi cuerpo o el lugar donde estoy cuando lo hago?
—Bueno, las dos cosas —dice Guy.
Ahora es él el que parece que vaya a vomitar.
—Sobre todo en los brazos —responde Willow rápidamente, como si así todo pareciera correcto—. Y te equivocas con lo del instituto. También lo hago allí, y en casa, si no hay nadie, pero ya es un poco más complicado.
—Dios mío —murmura Guy—, y yo que pensaba que es-tabas a salvo.
—Y lo estoy —le asegura Willow—, ya te lo he dicho. Tengo mucho cuidado de mantener las heridas limpias. Y procuro no hacerme muchas cada vez... —Para de hablar. El estado de Guy debe ser contagioso porque de repente ya no puede decir nada más.

—Oh, Willow, lo último que tú estás es a salvo.
Willow no sabe cómo responder a eso. Se siente perdida de un modo indescriptible. De repente, el depósito parece más oscuro; su pequeña parcela de luz se está desvaneciendo. Se acerca a Guy.
—¿Puedo ver tu bolsa? —pregunta Guy de repente.
Willow no entiende por qué se lo pregunta, pero le pasa la mochila encogiéndose de hombros.
Guy la abre y empieza a sacar su arsenal: una cuchilla usada y una de recambio, todavía con el envoltorio, junto a las tiritas que él le dio y un poco de desinfectante.
—Está claro que no serviría de nada tirar todo esto —murmura, dando vueltas a las cuchillas en sus manos.
—No —asiente Willow—, no serviría de nada.
—Prométeme una cosa —dice Guy de repente—, ¿vale? ¿Me lo prometerás?
—Depende —contesta Willow con mucha cautela—. ¿Qué quieres?
—Tienes que llamarme antes de volver a hacerlo la próxima vez. Te lo digo en serio. Simplemente, llámame antes.
—¿Para que puedas persuadirme? —le pregunta Willow. No sabe muy bien por qué su voz suena tan tajante—. Quiero decir, ¿para qué?
—¿Persuadirte? —Guy lo niega con la cabeza—. Ni siquiera sabría cómo hacerlo. —Vuelve a dejar las cuchillas en la mochila con reticencia—. Te diré para qué. Me asustaste con lo de llamar a tu hermano. Estoy seguro de que te equivocas al respecto pero, la verdad, no sé, me da miedo arriesgarme. Al menos contigo...
—No te da corte —no puede evitar remarcar Willow.
—Ese es un modo de decirlo. —Guy la mira—. Iba a decir que entre tú y yo hay más confianza y las cartas están al descubierto. Oye, si me llamas, al menos sabré que estás... en fin, evidentemente no estarás bien, pero al menos... —no logra acabar la frase.
—¿Al menos? —apunta Willow.
—Al menos sabré que no estás por ahí tirada desangrándote.
Willow no tiene una réplica para esto. Le sorprende la vehemencia de Guy, le parece tan lejos de su personalidad... Ella mira en silencio cómo arranca un trozo de papel de uno de sus cuadernos y escribe algo.
—Aquí tienes mis números, ¿vale?
—¿Por qué estás haciendo esto? —explota finalmente Willow—. Tú no tienes que ayudarme. No tienes que hablar conmigo. No tienes que aparecer en mi vida con ninguna respuesta. Entonces, ¿por qué estás haciendo esto? Tampoco tenías por qué curarme el brazo anoche, pero lo hiciste de todos modos. ¿Por qué? Podrías haber pasado de largo. No te estoy pidiendo que hagas todo esto. No quiero que hagas todo esto. Lo más seguro es que no te llame.
—No puedo pasar de largo sin más. ¿Y sabes una cosa? Tú tampoco podrías.

—Oh, sí que podría. —Willow le corrige rápidamente—. Ni me molestaría en mirar atrás. Yo...
—Claro —le interrumpe Guy—. Igual que hiciste con Vicki.
Willow tarda unos segundos en recordar de qué le está hablando.
—¿Te refieres a la chica del laboratorio de física?
No se lo acaba de creer.
—Esa misma —asiente Guy.
—Te equivocas conmigo —intenta explicar Willow—. ¿Crees que soy amable? ¿Que soy buena persona? No fue nada de eso, para nada; Pensé que era patética, que era una fracasada.
—Lo sé. Y por eso lo que hiciste fue tan especial.
Willow está callada.
—La ayudaste. —La voz de Guy es tranquila—. No tenías por qué, pero lo hiciste. Así que no vengas con gilipolleces sobre cómo tú pasarías de largo porque eso, simplemente, no es verdad.
—Oye, tengo que irme. —Guy se levanta—. Llámame, o mejor no. Mejor busca otra manera de enfrentarte a tus problemas que no sea haciéndote cortes y heridas. —La mira como si quisiera decir algo más pero, unos segundos después, esboza una pequeña sonrisa, se vuelve y se dirige al ascensor.
Las puertas se cierran y Willow se queda a solas. Coge el papel que él le ha dado, hace una bola y lo lanza tan lejos como puede.
No va a permitir que él la controle de este modo. De todos modos, ¿quién es él para saber cómo se comportaría? Ella pasaría de largo. Y pasará de largo ante las buenas intenciones de Guy.
Willow coge la mochila y baja rápidamente por la escalera lateral —no tiene tiempo de esperar el ascensor— para darse de morros con la mirada asesina de la señorita Hamilton.
—¿Dónde has estado? —le pregunta. Es evidente que está enfadada—. Deberías darte prisa e ir a dejar los libros en su sitio. Vamos muy atrasados y Carlos no está. Hoy no quiero que hagas un descanso. No te hubiera dejado aunque hubieras llegado a tiempo, estamos demasiado faltos de personal. Por cierto, cometiste un error con el préstamo interbibliotecario que solicitaste y me he tenido que disculpar frente a aquel señor mayor tan agradable. ¿Tengo que decirte...?
Hamilton continúa refunfuñando sin tregua con su voz quejumbrosa y desagradable. Con el pelo peinado hacia atrás y su vestido pasado de moda parece un personaje salido de una novela de Dickens. Willow apenas puede soportar escucharla. No sabe cómo logrará sobrevivir a las próximas horas bajo la atenta mirada de esta mujer. Espontáneamente, la imagen de Guy le pasa por la mente. Su cara. Sus manos. El modo en que sostenía el libro de su padre. La manera en que la curó.

—Lo siento —Willow corta a Hamilton bruscamente—. Ahora mismo me pongo con esto. —Willow coge un carro lleno de libros y se dirige a toda prisa al ascensor. Aprieta el botón del undécimo piso sin ni siquiera fijarse a qué piso pertenecen.

Venga, venga, deprisa...

Willow deja el carro a un lado y echa a correr hacia el lugar donde ella y Guy han estado sentados. El papel no está allí. ¡Por el amor de Dios! ¡Pero si únicamente ha estado fuera unos minutos! ¿Quién más puede haber estado aquí? Y, de todos modos, ¿quién querría coger un pedazo de papel arrugado? Cae sobre sus rodillas y empieza a arrastrarse. ¿Dónde lo habrá tirado? Willow mira bajo las estanterías metálicas. No hay nada aparte de suciedad.

¿Qué es eso?

Entre las pelusas de polvo ve un pequeño objeto blanco y extiende la mano para buscarlo. Willow apenas logra alcanzarlo y siente que se le está a punto de dislocar el brazo de tanto estirar el brazo bajo la estantería.

¡Lo tengo!

Deshace la bola y alisa el papel, volviendo a doblarlo con cuidado. No sabe muy bien qué hacer con él. Se ha dejado la bolsa abajo, hoy lleva falda y... no tiene bolsillos. Después de un segundo Willow guarda el papel doblado en su sujetador.

No sabe muy bien para qué quiere sus números. No le va a llamar. Pero en realidad, ¿qué mal hay en guardarlos? Le gusta sentir el tacto del papel en sus pechos. Le rasca, no es doloroso, como la cuchilla, pero tampoco algo que pueda ignorar.

El papel se queda allí el resto del día, hasta que se desnuda para meterse en la cama. Enseguida se queda dormida. Sin problemas, está agotada. Pero aguantar dormida... eso es otra cosa.

Willow no tiene pesadillas, no exactamente. Al menos, no que ella recuerde. Pero siempre hay algo que logra despertarle en plena noche, temblando. Puede ser un coche que pasa bajo su habitación y que le recuerda el accidente o el sonido de la lluvia que golpetea la ventana.

No está muy segura de qué se trata esta vez. Le vienen a la cabeza fragmentos sombríos de un sueño: el ruido de cristales rotos, el tacto al tocarlos, ¿es eso lo que le hace temblar? No importa. Willow coge las cosas que tiene bajo el colchón. Aprieta la cuchilla en su mano compulsivamente.

Está estirada, pero no se está cortando. Todavía no. De repente se incorpora para coger el teléfono, que cae de la mesita de noche. Busca por la mesita de noche hasta que su mano se encuentra con el trozo de papel que había dejado antes. Sin soltar en ningún momento la cuchilla, coge el papel y el teléfono, y se esconde bajo las sábanas.

El teléfono no es inalámbrico y el pitido de la línea rompe el silencio. El sonido es reconfortante, al igual que la idea de llamar a Guy. No va a llamarle, nunca lo haría. Pero aprieta con fuerza el papel en la mano, como si le fuera la vida en ello, y mece el teléfono junto a su pecho, con el insistente sonido haciendo de eco a los latidos de su corazón.

Digitalizado por Drina

7

Willow canturrea una melodía mientras husmea entre varios productos de belleza que están de oferta en la droguería. Por una vez se siente de buen humor. ¿Y, por qué no? En el instituto han salido más pronto que de costumbre, y hoy no tiene que ir a trabajar a la biblioteca. Tiene todo el día por delante para hacer lo que quiera.
Y quiere comprar repuestos.
Así que ha vuelto a la tienda junto a la que pasó con Guy y Laurie. Comprar cuchillas de cúter no siempre resultaba tan fácil. Normalmente las encontraba en tiendas de Bellas Artes pero, desde que había dejado las acuarelas no le gustaba ir allí así que, encontrar un nuevo proveedor resulta especialmente gratificante.
Por supuesto, cualquier superficie cortante podría valer, y Willow ya las ha probado todas: tijeras para cortarse las uñas, *un* cuchillo de carne, cuchillas de afeitar, menos las que tienen protección. Estas últimas son las que llevaba cuando la descubrió Guy. Pero Willow es una purista. Le gusta usar el instrumento elegido solo para ella. No le gusta abrirse la piel con la misma hoja que emplea para cortar la cena.
Willow se para junto a las cajas de Caoba Rojizo. ¿Debería comprar un par? No es que tenga ninguna intención de teñirse el pelo pero siempre se preocupa de coger un par de cosas para no levantar sospechas de los empleados.
Debe tener una docena de blocs de dibujo en casa. Todos en blanco.
Esta vez Willow coge una botella de champú —al menos es algo que usará— y se apresura hacia la caja. Siempre le pone nerviosa pedir las cuchillas. ¿Por qué tienen que ponerlas detrás del mostrador? A medida que va dejando las cosas, el corazón se le acelera. Intenta parecer inocente, pero no puede evitar sentirse como una criminal.
—Tres cajas de cuchillas para cúter, por favor.
—¿Tres cajas? ¿Para qué quieres tres cajas?
El dependiente la mira extrañado.
Veinte por caja, ¡sesenta cuchillas! ¡Tiene que haberse dado cuenta!
—Yo, bueno... Yo solamente... —Willow no sabe qué decir. ¿Debería salir de allí? ¿Echar a correr? En cualquier caso, ¿él puede hacerle algo?
O *sea, que no va a llamar a la policía, ¿no?*
—Porque la oferta es de cuatro por dos dólares —-continúa el dependiente, imperturbable.
Oh.

—Claro, es decir, que ya lo sabía. Yo solo... Claro. Cuatro cajas estaría genial. Gracias.
—Lo peor ya ha pasado. Casi se marea del alivio que siente. Vuelve a canturrear en voz baja mientras paga la compra y se dirige a la puerta.
Ahora, ¿qué?
Willow guarda sus adquisiciones en la mochila mientras echa a andar calle abajo. Todavía no sabe muy bien hacia dónde se dirige. A lo mejor debería ir al campus y pasar un rato estirada en la hierba. Mala idea. Hace un gesto de negación con la cabeza al recordar lo ocurrido la última vez. Quizá debería ir a casa y hacer un poco de trabajo, acabar el *Bulfinch* y ponerse a escribir el trabajo que se supone que tiene que hacer.
No me lo creo ni yo.
Claro que siempre puede ir al parque. Es mucho más agradable que ir al campus y no le vienen asociaciones negativas a la cabeza.
Es curioso que recuerde como malo el momento en que Guy la descubrió y, en cambio, cuando la curaba... bueno, eso no es algo malo, al fin y al cabo. Willow se acaricia el vendaje distraídamente. Está empezando a ponerse sucio, debería cambiarlo pero, por alguna razón, no ha encontrado el momento.
Camina en dirección al parque pero está un poco insegura. Ir al parque sin compañía... Estos últimos meses ha estado muy sola, y la mayoría de veces por su propia elección, pero aun así, Willow recuerda el otro día en el depósito con Guy. Aunque una buena parte de la discusión fue dolorosa, hubo muchas cosas interesantes. La verdad es que el placer de su propia compañía está empezando a desgastarse.
Ese sentimiento no hace más que empeorar cuando ve a un grupo de chicas del instituto que van juntas hacia el parque. Vicki está entre ellas. Willow se pregunta qué haría Vicki si ella se acercara e intentara unirse al grupo. ¿Sería simpática o simplemente volvería a hacer un comentario ofensivo?
Bueno, de todos modos, no tiene ningún deseo de pasar el rato con Vicki y sus amigas. Willow deja atrás el parque y camina en dirección al instituto. Hay varios cafés con terraza esparcidos por aquella zona y quizá ir a tomar algo a uno de ellos no será una mala idea.
Se para frente a uno que tiene un bonito toldo de rayas verdes y blancas y lee el menú. No tiene mucho dinero. Les da a David y a Cathy casi todo lo que gana pero, aun así, tiene suficiente para tomar algo.
—¡Willow!
¿David? ¿Qué hace él aquí?
¿No debería estar su hermano dando alguna clase o trabajando en casa? ¿Qué está haciendo tomándose un café helado en un bar a estas horas del día?
Lo primero que piensa Willow después de recuperarse del susto de ver a su hermano en una de las mesas es que estaba segura de que se lo iba a encontrar. La razón de que les dejaran salir más pronto del instituto es la reunión entre padres y tutores. La misma de la que hablaba la carta que había recibido David.

Mientras Willow piensa esto, se da cuenta de que hay varios estudiantes que pasan con sus padres y entran en otras cafeterías.
—David —dice Willow con inseguridad al acercarse a la mesa en la que él está sentado. ¿Cómo debe actuar? ¿Debería dejarle caer que sabe la razón por la que él está por la zona? Está segura de que su hermano no quiere que lo sepa. Si quisiera, simplemente ya habrían hablado del tema. Habría ido a la reunión con él.
—¿No tienes clase o algo así ahora? —le pregunta Willow. David aparta su chaqueta y un montón de libros que hay sobre la silla de al lado y Willow se sienta—. Quiero decir, ¿qué estás haciendo por aquí?
Si él no es claro con ella, entonces ella ya sabe cómo llevar la conversación. Simplemente hará lo mismo que han hecho siempre desde el accidente: hablar sin decir nada.
—No, ahora no hay clase... —Al decir esto, David no la mira. Juega con la servilleta, le pasa un menú, hace todo menos mirarla a los ojos—. Debería estar preparando la conferencia pero necesitaba un respiro. Así que he venido a pasear por aquí... —Se le apaga la voz. Willow asiente, como si se estuviera tragando lo que le dice. Con un profundo suspiro abre el menú.
—Bueno, ¿y cómo van las clases? —dice, después de pedirse un capuccino.
Genial, ahora eres tú la que suena como si quisieras hacer de madre.
—Bien —contesta David, encogiéndose de hombros.
¡Y desde el lateral derecho, David reacciona con una fabulosa y aguda repuesta!
— ¿Qué clases das este año?
—Oh, ya sabes, lo mismo de siempre, lo mismo de siempre.
¡¿Cómo narices quieres que lo sepa?! ¡Ya nunca me cuentas nada! ¿Cómo se supone que debe de ser lo mismo de siempre? ¡Ni siquiera llevas tanto tiempo dando clases!
—Aquí tienes. —El camarero deja el café frente a ella y Willow se toma su tiempo en echarle el azúcar y removerlo intentando encontrar algo que decir. Sin embargo, no tiene que preocuparse, porque David siempre tiene a mano su tema favorito.
—¿Qué tal hoy en el instituto? —le pregunta—. ¿Qué ha pasado con aquel examen de francés? Ya te lo deberían haber devuelto a estas alturas. ¿Algún problema o te ha ido bien? ¿Y qué tal con el trabajo que mencionaste? ¿El del Bulfinch?
¿Por qué no me dices tú qué tal hoy el instituto si acabas de estar allí?
Willow tiene que morderse el labio para evitar pronunciar estas palabras en voz alta. ¿Por qué su hermano está allí sentado, haciendo como que disfruta de su bebida, haciendo ver que ha bajado al centro solo porque necesitaba un descanso?
Ella ya sabe por qué él no quiere hablar de esto. Tal vez ya estaba preparado para encargarse de temas como los exámenes o los trabajos, pero tener que ir a una entrevista con el tutor, tener que ver cómo le pasan por la cara el hecho de que, sí, ahora él es el padre...
Willow lo entiende, lo entiende perfectamente. Pero aun así...

¡Grítame! ¡Pégame! ¡Haz algo, pero deja de estar así! ¡Deja de actuar como si nada hubiera ocurrido! ¡Para de comportarte como si todo esto no te afectara!

—Entonces, ¿te han devuelto el examen?

David la mira expectante.

Willow ni siquiera se molesta en contestar. No piensa seguir allí sentada y alargar esa farsa, y si no puede hablar de lo que realmente está pasando, al menos quiere hablar de algo más interesante. Trata de encontrar algo que decir. No le importa el qué, siempre y cuando no sea esta charla sin sentido entre dos desconocidos.

Echa una mirada a la estantería llena de libros que hay junto a su brazo, en busca de alguna inspiración.

—¿Qué estás leyendo ahora? —le pregunta Willow y, por primera vez en toda la conversación, su voz es natural. Esto es seguro, mejor que seguro. Es familiar. Es la conversación que han tenido durante toda su infancia a la hora de la cena. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—Bueno, ya sabes... —A David se le ilumina la cara por un segundo. Por un momento, parece la persona que solía ser—. He estado trabajando en unas excavaciones, volviendo a cuestionar algunas teorías. ¿Te acuerdas de aquella revista que estaba buscando el otro día? La buscaba porque estoy casi seguro de que hay nuevos hallazgos que contradicen totalmente la versión aceptada de los ritos funerarios. —Está más animado de lo que ha estado en siglos, tan interesado en su materia que ni siquiera se ha dado cuenta de que Willow no ha contestado a su pregunta.

Willow no puede evitar reírse. Sabe que si sus antiguas amigas estuvieran aquí, estarían revolviéndose en la silla, deseando salir de aquí. Todas ellas solían suplicarle para que dejara que la acompañaran a la ciudad a hacer algo con David. A todas les gustaba porque era muy mono y, en fin, mayor que ellas. Pero en cuanto llegaban allí se aburrían terriblemente con su brillante y excéntrico hermano.

Willow no se aburre para nada. Probablemente los ritos funerarios no sean su tema favorito pero ¿qué más da? Él está hablando, habla de algo auténtico para él y ella se siente feliz.

—Es curioso —Willow se inclina hacia delante—, porque ¿sabes qué he estado pensando volver a leer? *Tristes trópicos.* No me lo he vuelto a mirar desde... hace años. —Habla con cuidado para no mencionar a su padre—. Pero el otro día pensé que debería releerlo. Es un libro tan bonito...

—Es genial —afirma David—. Y lo que le hace tan extraordinario es que, cuando lo lees, es mucho más que un texto de antropología porque... Espera un segundo... —La sonrisa se le borra de la cara tan bruscamente como si se hubiera apagado la luz—. Willow, no creo que tengamos tiempo para esas cosas ahora. ¿No estás totalmente liada con las clases? No te estarás quedando atrás, ¿verdad? Y no me has contestado lo del trabajo. ¿Ya tienes escrito el borrador? ¿Por qué te molestas en pensar en lo de *Tristes trópicos?*

Es como si ese breve y agradable interludio nunca hubiera existido.

—Sí, tienes razón —dice Willow, demasiado abatida como para contradecirle—. Debería ponerme las pilas con las cosas del instituto. Ten —dice, hurgando en el interior de la mochila—, ayer cobré el cheque de mi paga y olvidé darle a Cathy el dinero para la casa antes de ir al instituto esta mañana.
Pone un puñado de billetes sobre la mesa y se los pasa a su hermano. David mira el dinero como si estuviese envenenado y lo guarda en su billetera a regañadientes.
—Gracias —murmura.
—De nada. —Willow está completamente tensa. No soporta que le agradezca su penosa contribución. No lo soporta.
—¡Oye! —David le mira el brazo, con una expresión ceñuda que ya empieza a ser familiar—. ¿Te has cortado?
Willow se queda parada por un momento. Entonces se mira el brazo. Intenta ver el vendaje de Guy tal como David debe estar viéndolo. Está sucio, por supuesto, pero no hay mucho más que eso. Un solo vendaje es algo bastante inocente.
—Sí, David —contesta, mirándole fijamente—. Me he cortado.
La ironía de todo esto es aplastante. Toda la experiencia de estar allí sentada con él lo es. No puede seguir allí, hablando sin decir nada. Tiene que irse, pero ¿cómo? De repente un grupo de gente que habla y ríe ruidosamente al otro lado de la calle le llama la atención.
Guy.
Laurie también está en el grupo, y Adrián, al menos Willow cree reconocer al chico que lleva a Laurie cogida de la cintura. Willow no conoce al resto de gente que está con ellos.
—Me tengo que ir. —Willow mira a su hermano—. He quedado con mis amigos. —Casi se le escapa una mueca de dolor al decir esta mentira. Evidentemente, ellos no la están esperando. Y, evidentemente, ellos no son sus amigos. Bueno, Guy es algo más que un amigo, aunque aún no tiene muy claro qué es. Sin embargo, son una excusa bastante verosímil y le ofrecen una escapatoria.
Willow cruza la calle a toda prisa. Está convencida de que su hermano la está mirando y espera que, si bien no la van a recibir con los brazos abiertos, al menos la dejen unirse al grupo.

Le preocupa que Guy no quiera verla. ¿Por qué habría de querer, al fin y al cabo? Ella no es nada más que un problema para él. Su pacto no va más allá de llamarle si se corta.
Willow está ahora unos pasos por detrás de ellos. No la han visto y, a pesar de que ella se siente sola, sabe que, si no fuera porque su hermano la está mirando se iría lo más rápido que pudiera en la otra dirección.
Willow toma aire.

Salir del fuego para...

—Hola —dice, tocándole el brazo a Guy.
Guy se gira, al igual que el resto del grupo. Hace acopio de valor para seguir allí y mantenerse firme, pero se ve recompensada, porque Guy le sonríe y Laurie actúa como si fuera la cosa más natural del mundo que se uniera al grupo.
—¡Eh, Willow! ¿Quieres venir al parque un rato con nosotros? Puedes ayudarme a convencer a Adrián de que me tengo que teñir el pelo.
A Willow no le importa que los intereses de Laurie sean bastante limitados, por no decir totalmente. Se siente tan aliviada por el modo despreocupado en que la acepta que no puede ser crítica.
—Hola. —Guy no se muestra tan abierto, y tarda un poco antes de presentarle a los demás—. ¿Te acuerdas de Adrián? Estos son Chloe y Andy. —Señala al resto del grupo—.¿Conocías a Willow?
—Ah, sí. Te he visto por el instituto —afirma Andy.
Chipe no le presta demasiada atención. Está demasiado ocupada husmeando en el interior de su bolsa en busca de algo.
—¿Alguien me puede prestar dinero?
—¿Para qué? —Andy busca en el bolsillo.
—Para un helado. —Chloe señala con la barbilla el pequeño camión que hay parado frente a la entrada del parque.
—Cómprame uno a mí también.
Andy le da un puñado de monedas.
—¿Quieres uno? —le pregunta Guy a Willow.
—No... —Willow niega con la cabeza. Se pregunta si a Guy le ha extrañado que se les uniera. Le mira de reojo. Da la impresión de que su aparición no le ha alterado.
—¿Hacia dónde? —pregunta Andy cuando Chloe regresa con el helado.
—Me parece increíble que te puedas comer eso —exclama Laurie con un gesto de desaprobación al ver a Chloe.
—¿Por qué? No tiene hidratos de carbono.
Chloe le muestra su polo fucsia a Laurie.
—Prueba a no comer grasa. Solo hidratos —dice Laurie, a lo que Chloe contesta encogiéndose de hombros.
—¿Qué os parece el río? —Andy mira a Guy—. Quiero mirar las barcas.
—Al río no —contesta Adrián con firmeza—. Necesito estirarme. Ya sabes, césped.
—Además, ¿no habéis tenido suficiente río por hoy? —pregunta Chloe mientras disfruta con su polo.
—Tienes razón. —Guy mira a Willow—. Andy está en el equipo de remo conmigo. Me parece que ya te comenté que salimos a remar tres mañanas a la semana.

—Sí, aunque esta mañana ha ido bastante mal —dice Andy frunciendo el ceño—. Realmente me gustaría mejorar nuestra marca, no sé, como diez segundos.
—Entonces te va a tocar hacer un poco más de cardio —dice Guy—. Ya te digo yo que ese es nuestro problema. Pero tengo una noticia para ti, no me interesa pasar más tiempo en el gimnasio.
—¡Parad de hablar de remo! —insiste Chloe—. Es súper aburrido.
—Aquí está genial —dice Laurie, señalando un claro bajo unos cerezos. Se estira en la hierba antes de que nadie tenga tiempo de objetar.
—¿Te has traído lo de las uñas? —Mira a Chloe mientras saca una lima de su bolso y se pone manos a la obra.
—Sí. —Chloe empieza a sacar sus cosas—. Pero ya no me queda el color que te gusta a ti.
—¿Estás cómoda? —pregunta Guy a Willow mientras ella intenta colocar su mochila a modo de almohada.
—No mucho. —Saca el *Bulfinch* de la mochila para ver si consigue que sea más blando.
—Se me han quedado las manos pegajosas —dice Andy con una mueca.
—Sí, a mí también. —Chloe pone cara de asco.
—Toma, prueba con esto. —Guy le pasa a Willow una sudadera enrollada que saca de su mochila.
—Gracias. —Willow la coloca con cuidado en el suelo y se gira hacia Andy—. Tengo toallitas húmedas de esas —se ofrece Willow. Siempre lleva un paquete encima, son perfectas para limpiarse después de una sesión con la cuchilla.
—Genial. —Andy coge el paquete.
—¿Le vas a dar tu vieja sudadera sucia? —ríe Adrián.
—Todavía no hace frío para llevarla.
Guy le echa una mirada.
Willow se estira sobre la sudadera enrollada. Es el cojín perfecto y la verdad es que tampoco huele mal.
—¿Me pasas el limpiauñas? —Laurie deja la lima y extiende la mano.
—Toma, dáselo —le dice Chloe a Andy, dándole un codazo—. ¿Quieres, Willow? —Le muestra el frasco de limpiauñas.
—No, gracias. Willow gira las manos para esconder las uñas, que tiene en carne viva de tanto mordérselas.
—¿Vamos a ver una peli? —Adrián estira las piernas y apoya los pies sobre el regazo de Laurie.
—Más tarde. —Laurie le da un empujón—. ¡Quita! ¡Pesas un quintal!
—¿Te apetece una peli? —Guy habla en voz baja y nadie más puede oírle.
—Tal vez —dice Willow, para su propia sorpresa.
—¿Quién se está leyendo el *Bulfinch*—pregunta Chloe.
Agita las manos en el aire para que se le sequen las uñas.

—¡Mitos y Héroes! —Laurie coge el libro y se pone a pasar las páginas—. ¡Me encantaba esa clase!
—Le tendrían que cambiar el nombre. Debería llamarse Dioses y diosas —apunta Chloe.
—Tienes razón —dice Guy—. Toda la asignatura va de eso.
—¿Te gusta la mitología griega? —Willow mira a Laurie.
—Ah, bueno, no está mal. Es más que nada una asignatura bastante fácil. Me encantan los excelentes fáciles. Si pudiera tener un par de asignaturas como esa este año... —Deja el libro y busca el frasco de esmalte—. Este semestre es clave. Es como que todas las escuelas quieren ver que estás totalmente comprometido...
—¡No, no, no! —Andy se sienta y se tapa los oídos con las manos—. Adrián, párala. ¡No puedo volverla a escuchar hablar de esto otra vez! ¡Está obsesionada! ¡Por Dios! ¿Y vosotras pensáis que hablar de «remo» es aburrido?
Laurie le hace una mueca, pero Adrián solo se ríe y se gira hacia Willow.
—Bueno, ¿y tú qué? —le pregunta—, ¿te gusta esta asignatura?
—Debería —contesta Willow con una sonrisa irónica—. Porque la verdad es que me gustan los clásicos pero, ciertamente, me está costando un poco.
—¿En serio? —Guy parece sorprendido—. Venga, pero si tú debes haber crecido con todo esto. No me puedo creer que te parezca difícil.
—¿Que has crecido con esto? —Chloe está confundida—. ¿A qué se refiere? —Mira a Willow expectante.
—Bueno, yo... —Willow hace una pausa—. Mis padres eran los dos profesores —dice a toda prisa. Ya está, ya lo ha hecho. Ahora ya pueden todos volver a hablar de Mitos y Héroes.
—¿De qué? —pregunta Adrián.
—¿Eran? —pregunta Andy.
No, no está. Ya no hay escapatoria. Este tipo de preguntas le van a perseguir hasta el día en que se muera. Por el rabillo del ojo puede ver cómo Guy se prepara para intervenir. Tiene la sensación de que él va a intentar cambiar de tema. Darle un respiro, igual que hizo con Laurie el otro día.
Pero esta vez no va a dejarle. Se merece estas preguntas, este castigo.
—Están muertos —dice, sin rodeos.
—¡Qué fuerte!, ¿no? —Andy hace un gesto de sorpresa—. Ya sabes, creo que ya había oído algo por ahí.
¿Fuerte? ¿Fuerte? ¡Serás imbécil! Fuerte es que Laurie no entre en la facultad que quiere. Fuerte es que tú no puedas mejorar tu marca en remo. Esto no es fuerte.
—Lo siento mucho. No tenía ni idea. —La voz de Laurie no es más que un susurro. Le extiende la mano y le aprieta suavemente el brazo.
Willow solamente asiente, pero está emocionada. Jamás hubiera esperado apoyo de alguien como Laurie.

El resto del grupo está en silencio. Willow se alegra de no estar recibiendo la mirada asesina que le está echando Guy a Andy.
—Bueno. —Adrián se aclara la voz—. Quizá deberíamos consultar a qué hora empiezan las películas.
—Sí, buena idea —responde Chloe. Abre la bolsa y saca el móvil. Pulsa un botón—. Necesito un boli —dice, con el ceño fruncido.
—Un segundo. —Andy busca en su mochila, pero no encuentra nada, y se fija en la bolsa de Willow, que está medio abierta con la mitad de cosas esparcidas por la hierba.
—¿Te importa? —Se acerca para coger un bolígrafo.
—¿Perdón? —Willow se sorprende. No tenía ni idea que la mayoría de sus cosas estuvieran a la vista.
—Espera, ya lo cojo yo.
Intenta cortarle el paso, darle ella el bolígrafo en lugar de dejar que husmee en sus cosas. Con todo el lío, consigue que se le caigan las cajas de cuchillas al suelo. En sí, las cajas son marrones, pero las brillantes letras rojas que tienen a los lados son como sangre en contraste con la hierba.
Andy levanta una ceja, pero es Guy el primero en hablar.
—Gracias por comprármelas. ¿Cuánto te debo?
Willow se sorprende, pero le sigue el juego.
—Ah, no te preocupes, no han costado casi nada. —Seguramente no hubiera ocurrido ninguna calamidad si Guy no hubiera cogido las cuchillas. Unas cajas de cuchillas nuevas son mucho menos sospechosas que la cuchilla sucia que se le cayó delante de Guy. Y no solo eso, sino que lo más probable es que Andy no sea tan perceptivo. Jamás hubiera imaginado nada.
Pero le alegra no tener que preocuparse ante esa posibilidad. Le alegra que Guy se haya preocupado de eso. Por un segundo siente que Guy y ella están metidos en una conspiración contra todos los demás.
—¿Para qué necesitas todas esas cuchillas? —le pregunta Laurie a Guy.
—Es una cosa en la que estoy trabajando.
Guy sale por peteneras.
—¿Un trabajo extra? —pregunta interesada.
—Vale. —Chloe cierra el móvil con contundencia—. Hay una sesión en veinte minutos. Si nos damos prisa, llegamos. —Se pone de pie de un salto y empieza a recoger sus cosas.
El resto empieza a hacer lo mismo, excepto Willow que está en silencio pensando en el modo en que Guy la ha cubierto delante de todos, y Guy, que está mirándola.
—¿Venís? —Adrián mira a Willow.
—¿Quieres quedarte en el parque?
Guy guarda las cajas en su mochila.

Willow no está segura de si lo hace para continuar con la farsa o porque realmente se las está confiscando. Pero ¿realmente haría él algo así? Ella ya le dijo el otro día en la biblioteca que quitarle las cuchillas resultaría inútil.
Vaya, ahora tendrá que quedarse con él. Solamente para recuperar las cuchillas.
¿Lo ha hecho por eso? ¿O para que me quede con él?
—¿Te quedas?
—Solo si a ti también te apetece.
—A mí, sí —contesta después de un instante.
—Creo que vamos a pasar de la peli —dice Guy, apoyándose sobre sus codos.
—Vale. —A Adrián no parece que le preocupe demasiado. Chloe está demasiado ocupada quitándose la hierba de los vaqueros y Andy y Laurie ya están saliendo del parque.
—No tenías por qué hacerlo —se dirige Willow a Guy en cuanto todos se han alejado—. Me refiero a lo de las cuchillas. Él es incapaz de sacar conclusiones, estoy segura. —Se sonroja al darse cuenta de lo desagradecidas que parecen sus palabras—. Gracias, de todos modos.
—Tenía que hacerlo —dice Guy moviendo la cabeza—. Oh, tienes razón, él nunca se lo hubiera imaginado, pero estaba enfadado conmigo mismo. Te puse en el aprieto de tener que hablarles de tus padres. —Calla por un segundo—. Me puedo imaginar lo duro que es para ti. —Su tono de voz suena especialmente suave al decir esto.
Pero a Willow le sorprende la empatía que hay en su voz.
—¿No hubiera sido mejor que él se hubiera enterado? —Levanta el tono de voz y una pareja que camina por allí cerca se gira y les mira. Sabe que Guy está siendo amable, sensible, no como el zoquete de Andy, pero odia dar pena a otra persona—. ¿No sería mejor así? Entonces no tendrías que preocuparte en guardar mi secreto, otra persona podría ir y contárselo a mi hermano.
—Sí, bueno, tal vez tengas razón —le suelta Guy—. Sería mucho más sencillo para mí. Pero algo me dice que Andy no es la persona más indicada para estar metida en esto.
—Lo siento —dice Willow después de un momento en silencio.
—No pasa nada. —Guy se sienta de repente. Coge una ramita y se pone a dibujar algo en el suelo.
—Tú eres el que tiene razón —continúa Willow—. Sería la persona menos indicada. Es un bruto. ¿Cómo es que os conocéis?
—No le conozco muy bien... O sea, está en el equipo de remo y a veces salimos juntos, pero nunca hablamos mucho. Se ríe de Laurie, pero él es igual. Lo único es que, con él, en lugar de hablar de los exámenes y las recomendaciones, prefiere el remo y la fraternidad en la que quiere ingresar.
—Laurie no está mal —dice Willow pensativamente, al recordar el gesto compasivo de la chica. Se estira boca abajo y apoya la barbilla en las manos; los codos se apoyan sobre la sudadera enrollada.
—Sí, es buena chica. Un poco obsesiva...

—¿Tú crees? —ríe Willow—. ¿De qué la conoces? Ella no está en el equipo de remo, ¿no?
—No, en realidad la conozco por Adrián. —Guy tira el palo y se estira bocabajo—. Somos amigos desde siempre. A Laurie la conocía de verla por los pasillos pero nunca llegamos a hablar hasta que empezaron a salir, hace un par de años. Igual que Chloe: la conozco por Laurie. Creo que Andy le va detrás y habrá pensado que, como estamos en el mismo equipo, ya tiene excusa para salir con nosotros —dice, encogiéndose de hombros.
—Laurie no te habrá contado nada sobre mí, ¿no? —pregunta Willow jugueteando con un diente de león.
—¿Como qué? ¿Ella sabe lo de que te cortas?
Guy la mira sorprendido.
—¡No! No. Únicamente es que estuve hablando con ella y otras chicas en el jardín del instituto hace un par de días. Y, bueno, como de costumbre toda la situación se fue de madre y dije unas cuantas tonterías. Pensé que quizá te lo había contado.
—¿Sabes, Willow? No creo que la gente realmente hable de ti. Al menos no del modo en que tú te imaginas. Al menos yo no he oído a nadie decir nada. —Guy le coge de las manos el diente de león que está destrozado—. Creo que todo está en tu cabeza.
—Parecía que Andy lo sabía todo de mí —murmura Willow. Empieza a morderse las uñas y entonces se vuelve para meterse las manos en los bolsillos—. La chica del laboratorio de física, ¿cómo se llamaba? ¿Vicki? Ella también dijo algo.
—Vale, te doy la razón en lo de Andy, y lo de Vicki también. Y es posible que hayan otras personas que vayan diciendo cosas pero, en seno, diría que es lo menos importante con
lo que tienes que lidiar ahora mismo. Te lo digo en serio, aunque Andy se haya comportado como un perfecto idiota, ¿ha estado tan mal? ¿No has estado a gusto aquí con nosotros? —Guy coge otro diente de león—. Toma, coge este. —Le saca la mano del bolsillo y le coloca la flor entre los dedos.
—¿Estás de broma? —Willow echa un bufido, coge la flor y empieza a destrozarla—. Muy bien. Entonces, después de contarle a todo el mundo que mis padres están muertos y después de que Andy sea tan comprensivo van todos y se marchan corriendo como si yo tuviera algo contagioso. ¡Sus padres no van a morir porque hayan estado hablando conmigo!
—Creo que la cosa no iba de eso —dice Guy pensativo—. Estoy seguro de que Adrián no iba en ese plan. Él intentaba ayudar, cambiar de tema para que dejaras de ser del centro de atención.
—Oh. —Willow se queda pensando un minuto. No sabe si creer a Guy, pero le gustaría, y debe admitir que tiene parte de razón. Con todo lo que le está pasando, que la gente hable o no de ella realmente no importa tanto.
—Pero ¿qué le dijiste a Laurie? Por alguna razón no te puedo imaginar diciendo ninguna tontería.

—Ponme a prueba. —Willow suelta un profundo suspiro—. Es una larga historia. Yo... En fin, una cosa de un gato.
—¿Un gato? —Guy se echa a reír—. No me esperaba nada de eso. ¿Es porque la hermana de Laurie hace de voluntaria en el refugio de animales?
—¡No voy a volver a pasar por esto! —Willow le da con la mano a Guy, pero también se está riendo.
—Te lo preguntaba porque no me pareces una persona di gatos.
—Sí, bueno, no lo soy. Pero ¿a qué te refieres? —pregunta Willow con curiosidad.

—Bueno, ya sabes... Existe ese tipo de personas a las que le gustan los gatos... —Guy se para y la mira. Willow hace un gesto decidido de negación—. Y luego hay gente como tú. Y como yo. Gente a la que le gustan los perros.
—Ya lo pillo —asiente Willow—. Te refieres a que hay un tipo de persona a quien le gusta el helado de chocolate y otro a quien le gusta el helado de vainilla... Aunque claro, hay alguna gente que prefiere los polos de colores fosforito. —Le mira de cerca—. Café, ¿verdad?
—Muy buena. —Guy se acomoda con las manos detrás de la cabeza—. Pero era demasiado fácil.
—¡Vete por ahí! ¿Cómo iba a saberlo?
—Sí, sí... Creo que te di una buena pista cuando el otro día te invité a un capuccino.
—Vale —dice Willow, poniendo los ojos en blanco—. Pero si vamos a dividir el mundo en dos tipos de personas, ¿podrías decirme alguna categoría más interesante?
—*Odisea* o *Ilíada* —contesta enseguida.
—¡Por favor! ¡La *Ilíada*
—Sin duda. —Guy le da la razón.
—Vale, oye, como tú muy bien has dicho, yo crecí con todo esto. Pero ¿cuál es tu excusa?
—Tienes una hoja en el pelo. —Guy extiende la mano y se la quita. Ambos se quedan callados.
—Venga —insiste Willow tirándole de la manga—. Cuéntamelo.
—Vale. —Guy deja caer la mano. Se sienta y estira las piernas—. Mis padres no son profes de universidad. Mi padre es banquero y, cuando yo era pequeño, viajábamos un montón. Me refiero a lugares muy lejanos. —Hace una pausa.
—Sigue —le anima Willow con gesto de interés. Se cambia de postura, la pierna se le ha dormido y está un poco incómoda. Un segundo después vuelve a estirarse boca abajo apoyando la cara en la sudadera de Guy y le mira de lado.
—Pasaban dos cosas —sigue Guy—. En primer lugar no había buena televisión, pero tenía total libertad para encargar libros. Y en segundo lugar, para que no perdiera el hilo y como las escuelas no siempre eran de lo mejorcito, mis padres me pusieron un profesor particular que era un poco chapado a la antigua. Me refiero a que vestía chaleco y consultaba la hora en su reloj dorado de bolsillo, ¿me entiendes? Debía tener

unos ciento cincuenta años. Era de Inglaterra y según tengo entendido también había sido banquero, pero hacía años que se había jubilado. Había estado en Oxford y en Cambridge...
—¡La gente no suele ir a las dos! —protesta Willow entre risas.
—Créeme, él sí. O tal vez estudió en una y dio clases en la otra. Quién sabe. Es igual, el caso es que hizo que me interesaran los libros.
—¿Qué leíste? —pregunta Willow intrigada.
—Cualquier cosa. De todo. Podía hacerme leer desde ciencia ficción hasta Milton.
—¿Ciencia ficción? —Willow hace una mueca.
—¿Qué hay de malo con la ciencia ficción?
—¿Digamos... todo? ¿Y Milton? ¿Por qué no Shakespeare?
—También lo leímos. Pero ahora que lo dices, esa también es una buena categoría. —Guy pone cara pensativa—. Gente a la que le gusta Milton y gente a la que le gusta Shakespeare.
—¡Si no fuera que la gente que prefiere a Milton antes que a Shakespeare está loca!—responde Willow indignada.
—Es verdad... De hecho a mi profesor le encantaba Milton.
—Sí. Y además te hacía leer ciencia ficción. ¿Cuál es tu Shakespeare favorito? —Willow se pregunta si será el mismo que el suyo.
—Mmm... Probablemente *Macbeth.*
—¡Oh, por favor! Pero solo porque eres un chico.
—¿No te gusta? —Guy la mira como si estuviera loca.
—Sí, claro, pero no es nada en comparación con *La Tempestad.* ¿Quién quiere un viejo castillo en Escocia cuando puedes quedarte atrapado en una isla encantada?
—No me lo he leído.
—¡Oh! Pero si es el mejor. ¡Tiene esa fantástica relación entre Ferdinand y Miranda! Es mucho más romántico que *Romeo y Julieta...* —Willow se para de repente, no puede evitar sonrojarse un poco.
—Imagino que esta isla encantada es uno de esos lugares imaginarios que tanto te gustan.
—Correcto —afirma Willow—. Pero, hablando de lugares exóticos, ¿dónde vivías cuando tuviste que leer todos estos libros.
—En el Lejano Oriente. Singapur. Kuala Lumpur.
—¿Hablas... —Willow busca la palabra correcta— kualalumpuriano?
—Malayo —ríe Guy—. No, ojalá.
—Quedaría bien en tu expediente, ¿no?
Willow le da un ligero codazo.
—¡Exacto! Supongo que hablo lo suficiente como para pedir un helado de café, pero la verdad es que todo el mundo habla inglés allí.
—¿Tienes hermanos?

—¿Qué es esto? ¿El cuestionario de las veinte preguntas? Sí, una hermana, Rebecca. Es seis años menor, ¿vale? Venga, ahora te toca decir a ti una categoría.
Mmmm... —Willow se lo piensa un ralo—. Vamos a ver... —*Qué tal gente que prefiere la ciudad y gente que prefiere el campo... Muy aburrido. Gente que... vota a los Republicanos. .. Pasando de este... Gente que es como Andy y gente que es como Guy. Exacto, pero ¿quién más es como Guy? Gente que mata a sus padres y gente que no... Gente que se corta y gente que guarda el secreto...*
Pero Willow no quiere insistir en eso ahora. Está pasando lo que se podría decir un buen rato, así que rastrea en su cabeza en busca de una categoría interesante.
—Lo tengo. —Le mira triunfante—. Gente a quien le gustan las historias de Sherlock Holmes...
—Sí. —Guy se inclina hacia delante.
—Con Watson... y gente que las prefiere sin él.
—¡A nadie le gustan las historias sin Watson!
Guy no se lo acaba de creer.
—¿Cómo lo sabes? —Willow se sienta sobre sus rodillas.
—A ver, ¿alguna vez has conocido a alguien que le gusten?
—No, pero eso no significa que no existan. Además, ni siquiera conozco a tanta gente que se las haya leído, para empezar.
—Sí, bueno, a cualquiera que le gusten las historias sin Watson... —Guy hace una mueca—. Espera, ¿no serás tú una...?
—¡No! —exclama Willow—. Fan de Watson total. Ni siquiera me puedo leer las otras.
—Vaya, es un alivio. —Guy se deja caer sobre sus codos.
—Vale, ahora explícame algo de Kuala Lumpur.
—Mmm... El clima es espantoso.
—¿Es lo único que se te ocurre? —pregunta Willow, riendo—. Vale, háblame de tu hermana, entonces. ¿Estáis muy unidos?
—Bueno, puede ser. Lo hemos estado, pero ¿ahora mismo?
Ella tiene doce años, así que tenemos problemas muy diferentes.
—Lo entiendo perfectamente —afirma Willow—. David y yo antes estábamos igual, pero cuando creces, las cosas mejoran. Lo único es que ahora están peor, mucho peor.
—Lo siento. —Sus palabras parecen sinceras.
—Yo... estaba con él en aquella cafetería cuando os vi pasar a ti y a Laurie. —Willow habla muy deprisa, precipitadamente—. Y, en fin, no aguantaba más allí sentada, era demasiado duro. Así que le dije que había quedado con vosotros. Espero que no te haya importado. Que haya venido con vosotros, me refiero. —Willow aparta la vista.
—Mmm... Déjame que lo piense un momento. —Guy hace ademán de reflexionar sobre el problema—. ¿Qué es más interesante, hablar del equipo de remo, de laca de uñas... o de Sherlock Holmes?
—De acuerdo. —Willow esboza una sonrisa.
—¿Pero qué os ha pasado?

—No estábamos hablando. —Willow hace una pausa—. listábamos sentados el uno frente al otro diciendo cosas, pero no estábamos, lo que se dice, hablando. Es como con todo lo demás. —Se apoya sobre un costado, mirando a Guy—. Las cosas ya no funcionan.
—¿Qué cosas exactamente?
—Hoy ha estado en el instituto. Tenía una de esas entrevistas con el tutor, ya sabes, de esas en las que hablan sobre tus planes de vida y todo eso.
—Claro, ya me lo conozco. Mis padres también han estado hoy allí. Tuve que acompañarlos. —Guy se para de repente—. Continúa —dice en voz baja.
—Hizo como si no hubiera estado allí. —Willow no puede contener la amargura en su voz —No ha podido hablar conmigo del tema. ¿Por qué no puede decirme sin más que le toca las narices tener que ocuparse de estas cosas?
—A lo mejor no te lo ha dicho por otra razón. Tal vez se sienta mal por ti. Si me pasara lo mismo con Rebecca dentro de diez años, me sentiría fatal por ella. Me entristecería mucho pensar que yo he tenido a mis padres para ayudarme a crecer y ella no.
—Quizá. —Willow no está del todo convencida—. Pero no es lo único. ¿Qué me dices de esto? Le doy a David, bueno, a David y a Cathy, casi todo el dinero que gano. Ni siquiera es mucho, probablemente solo llega para pagar la factura de la luz y un paquete de pañales o algo así. No creo que Isabelle, mi sobrina, estuviera planeada. —Vuelve a sonrojarse—. Y tener que vivir conmigo ya te digo yo que tampoco estaba planeado. Me refiero a que de repente hay tantos gastos extraordinarios, y hasta que no cobremos el seguro de vida de mis padres, tengo que colaborar en ellos. Pero David siempre se enfada cuando coge mi dinero. ¿Por qué no puede simplemente decirme que no es suficiente?
—Creo que estás absolutamente equivocada con eso —responde Guy, negando con la cabeza—. Me juego lo que quieras a que no va de eso, a que el problema es que se siente culpable de tener que aceptar tu dinero.
—¿Él se siente culpable? —Willow no se lo cree—. Él no es el que debería sentirse culpable.
—¿Es ese el problema? ¿Es por eso que te cortas, me refiero? —Guy la mira—. ¿Porque te sientes culpable?
—Para nada —dice Willow. No le gusta el rumbo que ha cogido la conversación. Creía que ya habían superado eso de que él la analizara.
—¿Es por...?
—¿Me puedes devolver mis cuchillas?
—Sí, claro. Lo que tú digas. —Guy se sienta bruscamente, busca en su mochila las cosas de Willow.
—Lo siento, pero no me resulta fácil hablar de ello. No puedo explicártelo sin más, y ni siquiera...
—Da igual —interrumpe Guy—. No me puedo creer que te esté devolviendo esto. ¡Toma! —Le tira las cajas de cuchillas.

Willow no las coge al vuelo. Se siente humillada al ver cómo las cajas caen al suelo y se abren con el golpe, llenando el césped de brillantes cuchillas metálicas. Pero su deseo de recuperar las cuchillas es más fuerte que la vergüenza que pueda sentir y se pone a escarbar en la hierba a cuatro patas para recuperar hasta la última cuchilla.
—No debería haber hecho eso —dice Guy—. Es que... No lo entiendo, ¿vale? No entiendo absolutamente nada.
—Yo misma hay veces que no lo entiendo. —Willow lo mira directamente a la cara durante un buen rato. Luego se gira y se dedica a guardar las cuchillas en su bolsa. Al hacerlo se da cuenta de que tendrá que limpiarlas antes de usarlas.
—No lo has vuelto a hacer desde que nos vimos en la biblioteca, ¿verdad? En fin, ¿Qué es lo que te ha frenado? Quizá deberías intentar descubrir qué es lo que te hace explotar. ¿Cómo logras controlarte entonces?
—¿Cómo sabes que no lo he hecho? —le suelta Willow—. ¿Y qué te hace pensar que puedes comprenderme tan fácilmente?
—Ah, ya veo. —La voz de Guy es incluso más mordaz—. Supongo que he sido un estúpido. Yo solamente pensé que, tomo te di mi palabra de contárselo a tu hermano, tú cumplirías tu parte del trato.
—Yo no te he prometido nada —dice Willow enfadada.
—Vale. Tienes razón. No, en serio. —Guy sostiene la mano frente a él—.¿Crees que he estado todo el ralo pendiente del teléfono esperando noticias tuyas? Perdona, pero las cosas no funcionan así conmigo. Yo únicamente pensaba que tú eras de ese tipo de personas que mantienen su palabra, y me alegraba sinceramente que no te hubieras vuelto a hacer daño. —Hace una pausa para tomar aire—. Mira, todo esto me supera. Puedo intentar ser tu amigo, pero para el resto de cosas, estás sola.
—No me he cortado desde la última vez que te vi. —Willow, de repente, necesita desesperadamente convencerle de esto, ganarse su aprobación, que le vuelva a sonreír. No sabe cómo se ha podido girar la conversación, pero está segura de que no le gusta.
—Bien. —Pero en realidad, su voz suena indiferente. Se levanta y empieza a recoger sus cosas.
—Por favor, no te vayas —dice Willow precipitadamente.
—¿Por qué? —Él la mira impávido.
¿Por qué?
Tiene algo de razón, ¿no? ¿Es que ella no quiere estar sola? ¿Es que su primer impulso al conocerlo no fue de rechazo? ¿No estaba ella absolutamente decidida a no sentir nada?
Pero lo cierto es que las últimas veces que se ha reído en los últimos meses ha sido en compañía de Guy. Cuando está con él, ella es capaz de olvidar el deseo de cortarse durante más de cinco minutos seguidos. Y cuando habla con él, realmente tiene la sensación de conectar y no solamente de intercambiar palabras como le ocurre con otras personas.

Pero Willow no está segura de poder explicarle nada de todo esto.
Busca en su interior alguna razón que le pueda dar. Algo que le pueda convencer de quedarse, pero tiene la mente en blanco. El se está apartando, unos segundos más y será demasiado tarde.
—¡Espera! —Le coge de la pierna—. No te vayas, ¿vale? Porque, porque...
—¿Porque qué? —Sigue sin sonar muy amable, pero al menos no se está yendo a ninguna parte.
—Mmm, porque, ¿sabes qué? Aún no me has confesado cuál es tu historia de Sherlock Holmes favorita —balbucea.
Willow cierra los ojos. No puede creerse lo estúpido, lo idiota, que ha sonado eso. Por el amor de Dios, que no se piense que está intentando ser mona o algo así. ¿Por qué tiene que alejarse del único aliado que le queda? Aprieta entre sus manos una de las cuchillas que ha recogido del suelo.
—¿Lo dices en serio? —exclama Guy. Willow abre los ojos y lo mira. Se da cuenta de que se está echando a reír.
—Más o menos —dice, en voz baja.
—Eres...
Rara, patética, una loca.
—Eres tan diferente de los demás. —Se está riendo a carcajadas, pero de buena manera.
¡¿Eso es lo primero que se te ocurre?!
—Bueno. —Guy vuelve a sentarse—. Ya que preguntas, *El perro de los Baskerville.*
—¿Qué?
—Mi Sherlock favorito.
—¡Ah! ¡Ah, claro!
—¿Willow?
—Mmm.
—Decía en serio lo de...
—¿Lo de que no sé acabar con las cosas? ¿Lo de que todo esto te supera? No te preocupes, ya me imagino lo...
—No. —Guy la interrumpe. Le coge la mano, la que con-tiene la cuchilla. No intenta quitársela, solamente cierra su mano sobre la de ella.
—¿Entonces qué? —Willow está desconcertada—. Porque yo...
—Lo de que me alegra que no te hayas hecho daño.
—Oh... —dice Willow unos segundos después. No deja ir la cuchilla, apenas si la suelta un poco, pero pone la otra mano sobre la de él.

Digitalizado por Drina

8

¡Dios, cómo duele!
Willow hace una mueca de dolor al quitarse el vendaje de Guy de un tirón. Nunca deja de sorprenderle que, a pesar de sus sesiones con la cuchilla, haya pequeñas cosas que sigan causándole dolor.
Está claro, el escozor de la tirita no es nada en comparación con el pinchazo de la cuchilla. Es solamente una pequeña irritación, no es suficiente para darle lo que ella necesita.
Willow examina la herida con actitud crítica. Le sorprende el aspecto inocente de esta herida en comparación con otras de sus laceraciones. Tiene el aspecto de un corte normal que cualquiera podría hacerse a lo largo del día. El resto de heridas que le marcan el brazo no tiene, ni por asomo, este aspecto tan saludable.
Es evidente que Guy sabe un par de cosas sobre cómo hacer curas.
—Willow. —Cathy la llama desde el piso de abajo—. Será mejor que te des prisa o llegarás tarde al instituto.
Sí, sí.
Willow coge su mochila *y* empieza a bajar la escalera. Oye a David trasteando en la cocina y los dulces gorjeos de Isabelle mientras Cathy le da de comer. Se sienta en el tercer escalón para oír mejor.
Todo parece normal, todo está bien. Así es como las cosas deberían ser: una familia normal preparándose para afrontar un nuevo día.
Willow no soporta unirse a ellos porque sabe que, en el preciso instante en que ella entra en la cocina, esa ilusión desaparece. Su presencia les recuerda que no son una familia normal con sus problemas del día a día. Son una familia diferente, una familia rota.
Sigue sentada en la escalera, retrasando todo lo que puede el momento.
—¡Willow! —Ahora la voz de Cathy suena irritada.
Willow se levanta de un salto. Sabe que Cathy tiene mil cosas que hacer —dar de comer a Isabelle, prepararse para ir al trabajo—, y lo último que desea Willow es hacerle la vida más difícil.
—Buenos días.
David levanta la mirada al oírle entrar en la cocina.
—Buenos días —murmura Willow. Mientras se prepara los cereales con leche no aparta los ojos de su hermano. Como de costumbre, está rodeado de libros. Se

pregunta qué estará leyendo, pero la experiencia de ayer sigue viva en su memoria. Está claro que hablar con David de libros ya no es una opción.
—¿Cómo va el tema ese en el que estabas trabajando? —le pregunta Cathy mientras limpia la boca a Isabelle con una servilleta.
Obviamente, Cathy no tiene problemas para hablar con David.
—¿Va como esperabas? —continúa entre sorbo y sorbo de café.
—Mmm, es difícil de decir. —David cierra el libro que está leyendo con un suspiro—. Tengo que echarle una ojeada a otra fuente de información antes de seguir. Por desgracia, encontrar algunos de los libros que necesito está resultando simplemente imposible, ya que llevan mucho tiempo descatalogados.
—¿Y en la biblioteca? —Cathy vuelve a estar centrada en Isabelle. Willow se da cuenta de que la está escuchando a medias, pero ella misma, Willow, no pierde una aunque se mantenga apoyada en la encimera como si estuviera concentrada en los cereales.
—Tienen casi todo lo que busco menos un libro en particular que necesito ahora mismo —dice David disgustado—. Me han dicho que el préstamo interbibliotecario tardará semanas.
—Seguro que lo puedes encontrar por internet —le contesta Cathy.
Desata el babero que lleva Isabelle y la coge en brazos.
—No te creas —niega David con la cabeza—. La mayoría de webs que trabajan con libros descatalogados no tienen este tipo de información.
Willow está segura de que ella podría encontrar cualquiera que sea el libro que su hermano está buscando. Pasando de internet. La manera más fácil es ir al centro, a su librería favorita. La misma sobre la que estuvieron hablando con Guy. La que le enseñó su padre hace años, cuando él aún estaba en primaria. Allí tienen todo lo que existe, esté o no descatalogado.
¿Es posible que David haya olvidado ese lugar?
¡Pues claro que no lo ha olvidado!
Willow sabe por qué no va allí. Seguramente es demasiado doloroso, levantaría demasiados recuerdos. Sus acciones no tolo Les han privado de sus padres. Prácticamente todo lo que envuelve su día a día ha cambiado por su culpa. Ahora, una simple visita a la librería es algo imposible para David.
—Tengo que prepararme —dice Cathy—. Perdona, Willow. —Deja su taza de café y los platos de Isabelle en el fregadero, y se dirige a la puerta de la cocina con la niña en brazos—. ¿No tienes clase está mañana? —Se para un momento para darle un beso a David—. ¿No deberías ir yendo?
—Tienes razón. —David echa atrás la silla—. Será mejor que me dé prisa.
—¿Y tú, Willow? —Cathy se vuelva hacia ella—. ¿Trabajas esta tarde o llegarás pronto a casa?
—Trabajo —dice Willow. Se aparta de en medio para que David pueda dejar los platos en el fregadero. Espera a que David deje su pila de libros y apuntes sobre la mesa de la cocina mientras se va a afeitar o a hacer lo que sea.

—Nos vemos en la cena, entonces —le dice Cathy con una sonrisa.
—Hasta luego —le dice David de espaldas. Sale de la cocina detrás de Cathy.
Willow deja su bol de cereales y se acerca a hurtadillas a la mesa. Si tiene suerte, el bloc de notas en el que David ha estado escribiendo todo el rato le podrá dar alguna pista de lo que su hermano está buscando.
Mira por encima del hombro. Lo último que quiere es que David venga y la pille husmeando en sus asuntos, pero parece que no hay moros en la costa, y coge el bloc. Hay un montón de cosas apuntadas, y no solo eso, además la letra de David es ilegible. Aun así, Willow se pone a pasar las páginas, para ver si es capaz de sacar algo en claro.
¿Qué es esto?
Parece una lista de obras de referencia. David ha apuntado abajo los títulos de varios artículos con algunas anotaciones, su disponibilidad. Uno de ellos está subrayado con fuerza en rojo. Willow está convencida de que ha dado en el clavo.
¿Un estudio sobre los orígenes sociales de la religión griega? ¿Publicado en 1927? Pues parece que esto es lo que está buscando.
Si ir a la librería resulta demasiado doloroso para David, entonces Willow lo hará por él. Por supuesto, a ella también le resultará difícil, pero no le importa. Desea tanto poder hacer algo por David que se atrevería casi con cualquier cosa. Y al menos esto tendrá un significado para él. A diferencia de sus anteriores intentos de animarle, ahora ha encontrado algo que él quiere de verdad y necesita.
Si se salta la última clase tendrá tiempo de bajar hasta allí antes de fichar en la biblioteca. No es que saltarse clases sea la mejor idea del mundo, pero últimamente el instituto no ocupa un lugar muy alto en su lista de prioridades.
Willow sonríe mientras arranca una página del bloc y escribe la referencia. No sabe muy bien cómo lo hará para darle el libro, pero no se puede imaginar que no vaya a estar contento.
Por fin, algo que puede hacer por su hermano.
—Oh, ¿Willow?
Y ahora, ¿qué?
Willow se para en seco. Ha salido pitando de la clase de francés en cuanto ha sonado el timbre, algo inusual en ella, pero es que se muere de ganas de ir en busca del libro de David.
—¿Sí? —Willow se vuelve lentamente. Mira a la señora Benson con detenimiento intentando imaginar qué es lo que quiere. ¿No será que sospecha que Willow va a saltarse la siguiente clase? ¿O que Willow se corta?
—Te has ido de clase tan rápido —dice la señora Benson. Su voz es agradable pero su expresión es más bien seria—, que no he tenido tiempo de darte esto.—Le da el control que hicieron la semana pasada.
¿Eso es todo?

Willow se siente aliviada hasta que mira el control con más atención. No se lo puede creer. Simplemente, no se lo puede creer. Justo cuando había encontrado la manera de ayudar a David...

—No es nada de lo que debas preocuparte, estamos a principio de semestre y tienes aún tiempo de mejorar la nota. Sin embargo, la normativa de la escuela dice que cuando un alumno suspende un control, este debe ser firmado por uno de los... —La señora Benson no termina la frase. Es evidente que se siente mucho más incómoda que Willow—. Debe ser firmado —dice un momento después—. Solo quiero que sepas que esto no tiene por qué afectar tu nota final. Hay un montón de trabajos extra que podemos pensar para solucionar las cosas. Si me pudieras traer esto firmado mañana sería genial. El viernes como muy tarde, ¿vale?

—Claro —dice Willow, aunque es incapaz de mirar a su cara. No puede apartar la mirada del papel que tiene en la mano, de la «F» escrita en rojo arriba de todo.

No es por haber suspendido el examen —que ya es malo, pues nunca antes había suspendido uno—, sino que es más bien por haberle fallado a su hermano. La idea de enseñárselo a David, de presentarle una prueba más de que la está cagando resulta insoportable. No puede darle otra preocupación, volverle a recordar que él es ahora el padre. ¿Qué sentido tiene encontrar el libro si va a tener que enseñarle esto al mismo tiempo?

Le va a tocar hacer una pequeña falsificación. Es extraño que le dé reparo cometer una falta tan leve.

Después de todo, un pequeño juego de manos no es nada en comparación con un asesinato.

—Te lo traeré —afirma—, mañana, sin problemas.

—Perfecto—dice la señora Benson antes de desaparecer entre la multitud de estudiantes que invaden el pasillo.

Willow sale rápidamente del instituto a la calle. Lo más probable es que la manera más rápida de llegar a la librería sea a pie y camina hacia el centro tan rápido como sus piernas se lo permiten.

Está tan abstraída pensando en su objetivo que apenas se da cuenta de que hay más gente en la calle. Willow atraviesa la calle en zigzag evitando a la gente cuando puede, aunque la mayoría de veces choca con alguien. Pero no le importa, siempre que...

—Podrías disculparte, ¿no? —Una voz indignada interrumpe sus pensamientos—. Oh, eh, Willow, ¿verdad? —Chloe se calma un poco al reconocer a Willow—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Lo siento mucho —dice Willow casi sin aliento—. Es que... Tengo que ir al centro, no me estaba fijando por dónde iba. —Mira a Chloe y a Laurie.

—Nosotras también íbamos hacia allí —dice Laurie entre sorbo y sorbo de café helado—. De compras —susurra, como si fuera un secreto—. Hay un par de zapaterías interesantes en el centro.

—¿Zapaterías? —Willow mira a Laurie confundida. Jamás la hubiera tomado por el tipo de estudiante que se salta una clase para ir a comprar zapatos—. ¿No tenéis clase?
—Tenemos una hora para estudiar tres veces por semana al final del día. Teóricamente estamos en la biblioteca, pero les da igual si nos vamos —explica Laurie.
—Nos pasamos todo el año pasado intentando planear una manera de conseguirlo —añade Chloe con una carcajada.
Privilegios de los mayores. —Laurie se encoge de hombros—. ¿Quieres venir con nosotras?
—Sí... o sea, no. —Willow niega con la cabeza—. Quiero decir, voy hacia el centro, pero no tengo tiempo de ir de compras.
—Bueno, acompáñanos de camino —insiste Laurie.
—Vale —dice Willow con un poco de reticencia.
Ahora mismo se siente más cómoda con ellas de lo que se hubiera sentido hace una semana. Ya no le preocupa meter la pata cuando habla. El rato que pasó en el parque con ellas le ha hecho sentir que puede estar con gente sin quedar como una tonta. Pero quiere estar sola. Necesita pensar en cómo lo va a hacer para falsificar la firma de su hermano. Necesita pensar en cómo va a encontrar el libro. Aunque desearía poder hacerlo, no puede pensar en zapatos.
¿No será demasiado evidente que ha falsificado la firma de su hermano? ¿No le saldrá letra de chica?
A lo mejor debería calcarla...
—Bueno, Chloe y yo queremos saber qué hay entre tú y Guy.
Tiene que haber alguna factura o algún papel con su firma por casa. Solo tengo...
—¿Perdona? —Tarda un segundo en darse cuenta de que Laurie le ha hecho una pregunta, y tarda un poco más en darse cuenta de cuál es la pregunta.
—Perdona. —Es evidente que Laurie ha interpretado la confusión de Willow como vergüenza.
—Oh, no le hagas ni caso —le dice Chloe a Willow—. Lo tiene que saber todo el mundo. Ni le contestes, solo la animarías a que preguntara más.
—Yo no tengo que saberlo todo —protesta Laurie—. Me lo estaba preguntando, nada más. Simplemente me da la impresión de que entre vosotros dos pasa algo. —Hace una pausa y mira a Willow.
No tienes ni idea...
—Bueno, de todos modos, me interesan más los zapatos —dice Laurie—. Espero que aún estén en la tienda aquel par rojo que estaba rebajado la semana pasada.
—¿Los que estaban a mitad de precio? ¿De tacón bajo? Tendrás suerte si los encuentras.
Chloe y Laurie se enzarzan en una discusión sobre la altura de los tacones. Willow asiente como si estuviera siguiendo la conversación, pero no puede parar de pensar en el examen que ha suspendido.
¿Cómo puedo calcar la firma? El papel es tan grueso... ¿se verá a través?

Sin pensarlo, Willow saca el control de su bolsa y lo mantiene en alto para ver lo opaco que es.
—¿Estás de acuerdo, Willow? ¿No crees que los zapatos de tacón de aguja de piel de cocodrilo son un poco monjiles para ir al instituto?
—¿Eh? —Willow ni siquiera finge estar enterándose.
—¡Sabía que la iba a pillar con eso! —Laurie sonríe a Chloe—. ¡Estás totalmente en tu mundo! —Le quita a Willow el papel de las manos—. Venga, ¿qué puede ser más interesan-te que los zapatos? ¡Oh! —Mira a Willow con cara compungida y, por un momento, Willow no puede reprimir una sonrisa. Está muy claro que para Laurie nada puede ser peor que una mala nota—. Lo siento —agrega Laurie un segundo después—. No debería habértelo cogido. —Le devuelve el papel a Willow.
—No pasa nada. —Willow se encoge de hombros. Que Laurie y Chloe sepan que ha suspendido le da bastante igual a estas alturas.
—¿Sabes? —dice Chloe—. No te costará recuperarlo. Ben-son siempre está dispuesta a aceptar trabajos extra y cosas de estas. Si haces bien el resto de controles del semestre es muy posible que ni tenga este en cuenta.
—Tiene toda la razón. —Laurie afirma enseguida—. Yo le hice algún trabajo el año pasado para subir nota.
—No es tanto eso —dice Willow—. Lo que me preocupa es más bien que mi hermano lo tenga que firmar. —Se sorprende de oírse a sí misma explicándoles una confidencia.
—Claro —asiente Laurie lentamente; la escucha con atención pero está un poco confundida. Y Willow sabe que, aunque Laurie es de lo más comprensiva con el tema de las notas, no entiende nada de las cuestiones importantes que hay detrás.
—¡Me refiero a que esas son cosas que los padres deberían hacer! Pero es que ahora él es quien tiene que encargarse de eso —explota Willow con frustración.
—¡Oh! —Laurie hace una pequeña pausa—. Es terrible lo de tus padres —dice en voz baja—, pero al menos tu hermano está dispuesto a hacer ese tipo de cosas. Yo no me puedo imaginar que el mío reaccionara así. O sea, que es todo un detalle, ¿no crees?
Un detalle.
Laurie es maja, de verdad. Está dispuesta a incluir a Willow en cualquier cosa que haga, está dispuesta a pasar por alto comentarios estúpidos sobre gatos, a sentirse fatal por un suspenso e incluso, a diferencia de mucha gente, a sentir compasión por la situación de Willow.
Pero está claro que, con lo amable que es, con lo considerada que es, para algunas cosas no tiene ni puñetera idea.
—Sí —contesta Willow mecánicamente. Se para en la puerta de la librería—. Supongo que es todo un detalle.
—Tengo que entrar aquí —dice después de una incómoda pausa—. Necesito un libro —añade innecesariamente.

—Claro —dice Chloe en tono de aprobación—. Cuando acabes, si te apetece, vente con nosotras. Estaremos en la acera de enfrente, dos calles más abajo. —Señala hacia unas tiendas que hay a cierta distancia—. Hay varias zapaterías en esa dirección.
—Vale. —Willow esboza una sonrisa—. Buena suerte con los zapatos, Laurie. Te quedarán bien con el pelo. Cuando te lo tiñas, quiero decir.
—Gracias. —Laurie le devuelve la sonrisa—. Mañana llevaré al instituto lo que me compre.
Willow las mira mientras se alejan y se vuelve hacia la puerta de la librería.
Es como si hubiera un muro de cristal entre ella y la entrada.
Así de duro es para ella cruzar la distancia que la separa de la puerta. Por supuesto, Willow ya sabía que venir aquí iba a ser difícil, pero había pensado que sería capaz dominar la situación. Ya que iba a hacer algo por David, había imaginado que podría con lo que fuera.
Pero no había contado con la posibilidad de que el propio lugar resultara tan abrumador. Todas las veces que había estado aquí, todas y cada una de ellas, había sido en compañía de sus padres.
Willow se queda quieta observando a la gente que entra y sale de la tienda. Imagina que se acerca a uno de ellos, a ese tilico tan mono que ahora viene por ahí, por ejemplo, y le pide que le coja del brazo y le acompañe como si fuera una señora mayor que necesita ayuda para cruzar la calle. ¿La miraría como si estuviera loca? Y, aunque hiciera lo que ella le pide, ¿sería suficiente?
Por un segundo Willow considera la posibilidad de abandonar todo su proyecto, correr detrás de Chloe y Laurie y ver si las puede ayudar a encontrar los zapatos rojos de tacón bajo.
Pero ya hace rato que se han ido y, además, ella quiere hacer esto...
Será mejor que se dé prisa, no le queda mucho tiempo.
Vale, venga, toma aire y...
Está segura de que debe parecer una viejecita al cruzar los pocos metros de acera que la separan de la puerta. Nunca antes había caminado tan despacio, con tanto dolor.
Una persona le aguanta la puerta abierta para que pase, pero no de la misma forma que lo haría si las cosas fueran normales, sino más bien como si se diera cuenta de que ella se encuentra terriblemente mal y quiere ahorrarle más sufrimiento.
—Gracias —dice Willow.
Su voz suena como la de una mujer mayor.
Willow mira a su alrededor. El lugar no ha cambiado desde la última vez que estuvo aquí. En fin, es probable que no haya cambiado en los últimos cincuenta años, pero aun así, esta estabilidad le resulta inquietante. No puede evitar pensar que la muerte de sus padres debería haber cambiado a todo el mundo y no solo a su familia.
Avanza unos pasos y enseguida se siente asaltada por los olores, la gente, la atmósfera del lugar. Pero está bien, ahora ya lo tiene bajo control. Lo importante es conseguir el libro de David y regresar a la universidad lo más rápido posible.

Willow camina por la sección de antropología —la podría encontrar con los ojos cerrados— y se saca del bolsillo el trozo de papel donde ha escrito el título.
Harrison, J.E.
Al menos no estará cerca de los libros de sus padres.
Sin embargo, unos minutos después de buscar por los estantes se da por vencida: el libro no parece estar por ninguna parte.
Bueno, entonces tendré que tenérmelas con el personal.
Willow se acerca al mostrador de información y le entrega el trozo de papel al empleado. Probablemente el chico tenga cinco o seis años más que ella. Tiene un aspecto desaliñado, como el resto de la tienda. No parece una persona a quien le encanten los libros. Willow se fija en que está leyendo una revista de música alternativa.
—¿Qué pasa? —Como era de esperar, parece que la interrupción no le ha gustado nada. Por lo visto, leer la revista es mucho más importante que ayudar a un cliente.
Willow sonríe al recordar la descripción que hizo Guy de los trabajadores.
—No he podido encontrar esto por ninguna parte —dice Willow lo más amablemente que puede—. ¿Crees que podéis tenerlo? ¿Arriba, tal vez, en el almacén de libros raros?
—Un segundo —dice el chico después de darle un mordisco a su bocadillo—. ¿Qué es esto, antropología, arqueología, religión? —Entrecierra los ojos, intentando descifrar la letra de Willow.
—Parece antropología —dice Willow—, pero supongo que técnicamente podrías encontrarlo...
—Yo te lo encuentro, ¿vale? —le interrumpe—. Tú espérate por la sección de antropología y te digo algo en unos minutos.
Willow pasea lentamente por la sección de antropología, y se para en el estante donde están los libros británicos.
Pasa las hojas sin mucho interés. Es extraño, pero hace meses que no lee nada que no sea para el instituto. Exactamente desde la muerte de sus padres. Los libros solían ser para ella más importante que la comida. Leer, hablar de ellos, pero ahora...
Aunque, claro, Guy y ella estuvieron comentando...
—Te dije que esperaras en la sección de antropología. —El cinco le da un susto a Willow, que estaba absorta en sus pensamientos—. Es igual, lo tenemos. Quiero decir, que podemos tenerlo.
—¡Genial! —Willow se siente aliviada. Por un segundo había llegado a pensar que tendría que irse con las manos vacías.
—Sí. —La mira de arriba abajo escarbándose entre los dientes con la lengua—. Es un encargo especial, ciento ochenta y seis dólares, seis semanas máximo, lo más probable es que sean tres. Ah, tienes que pagarlo ahora, ya sabes, por ser un encargo especial y todo eso.
—Yo... Que... Es...

¿Ciento ochenta y seis dólares? ¿De tres a seis semanas?
Ya tenía asumido que iba a ser caro, y contaba con tener que hacer unos cuantos turnos extra en la biblioteca pero...
¡Ciento ochenta y seis dólares!
Willow se ha quedado, literalmente, sin palabras.
—¿Qué me dices? ¿Lo quieres?
Willow se queda mirando al chico. La mente se le ha quedado totalmente en blanco.
—¿Te interesa? —insiste—. Oye, ¿te pasa algo? Porque parece que vayas a...
—Alergias. —Willow se seca los ojos con el dorso de la mano.
—¿Sí? Yo también. Bueno, ¿quieres encargarlo?
—Yo...
—¿Vives por aquí? —le interrumpe. Es evidente que nada le importa menos que el que ella vaya o no a comprar el libro—. Toco con mi grupo en un local que está un poco más abajo. Después del trabajo, miércoles y viernes. Podrías pasarte, escucharnos y después te vienes a tomar algo.
¡Esto no me está pasando!
—Gracias, yo... No, lo siento, no tengo el dinero para el libro y vivo...
Willow se da la vuelta sin saber muy bien hacia dónde va, pero necesita estar sola. Y rápido.
Se abre paso entre la gente a empujones, desesperada por encontrar un lugar donde pueda estar sola. Mira en cada pasillo, pero en todos hay alguien que busca entre los libros viejos y polvorientos.
Willow se siente cada vez más desorientada. Tiene calor, y el polvo le hace sentir como si realmente tuviera alergia. El lugar está demasiado lleno de recuerdos y ella está terrible, terriblemente decepcionada.
Finalmente, cuando ya se acerca al final de la tienda, encuentra un pasillo en el que solamente queda un cliente a punto de marcharse.
Willow pasa junto a él empujándolo sin apenas disculparse y se derrumba al llegar a las estanterías metálicas. Respira con dificultad y ni siquiera se da cuenta de cómo se va chocando con los libros. Poco a poco, se derrumba en el suelo y esconde la cara entre las manos.
Bueno, ¿y qué te pensabas? ¿Qué te pensabas que iba a pasar?
Debería haberlo sabido. Ya nada le sale bien, así que, ¿por qué esto iba a ser una excepción? ¿Por qué había pensado que ella iba a conseguir lo que a David le había resultado imposible? Su historial más reciente deja bastante que desear. Willow cuenta con los dedos los errores que ha cometido. Uno: debería haber imaginado que el libro sería así de caro. Dos: debería haber sabido que un libro tan poco conocido no estaría esperando en el primer estante a que ella lo cogiera y se fuera tan fresca. Tres: debería haber sabido que, aunque hubiera encontrado el libro, nada hubiera sido diferente.
Pero yo esperaba...

Willow levanta la cabeza lentamente. No se había dado cuenta de la cantidad de energía que había invertido en conseguir el libro para David. Por la mañana le había parecido una idea perfecta pero, en verdad, ahora que lo piensa con detenimiento, ¿no es igual de superficial que intentar animarlo con un par de estúpidos cumplidos? Le da vergüenza pensar en cómo había creído que algo tan simple hubiera hecho la vida de su hermano más fácil. Le da vergüenza ser tan superficial.

Y especialmente, le da vergüenza haber pensando que comprando el libro a David podía volver a ganar su amor.

Willow abre la bolsa despacio, con calma. No tiene esa urgencia, esa necesidad imperiosa que acostumbra a acompañar sus necesidades. Por alguna razón, en este momento simplemente le resulta inevitable. Ella es alguien que se corta. Así de simple. Es alguien que ha matado a sus padres. Es alguien que ha perdido a su hermano. Y es alguien que se corta.

Se levanta la manga, pero mueve la cabeza en un gesto de desaprobación. Va a tener que esperar a que se le curen algunas de esas heridas antes de volver a atacar el brazo. Lo mejor será que vaya a por las piernas, aunque es un lugar más difícil de acceder.

Aun así, Willow se inclina hacia delante y se levanta el pantalón.

—Perdona.

Alguien le pasa por encima para coger un libro y Willow levanta la cabeza.

¿Es que nada puede salir bien?

Aprieta la cuchilla en su mano con rabia. Al hacerlo, se corta la palma de la mano.

¡Bien!

Pero eso es todo lo que puede hacer ahora. Y, de todos modos, es hora de irse. Tiene que ir al trabajo.

Willow se coloca bien el pantalón, guarda sus cosas en la bolsa y se levanta. Mientras se pone de pie, le llama la atención un pequeño volumen encuadernado en piel, muy bonito a pesar de estar viejo y gastado. Está puesto de cualquier manera entre los otros libros.

Se pregunta qué hará aquí este libro y mira el cartel al final del pasillo.

Drama isabelino y de la Restauración.

Willow no se había dado cuenta de la parte de la tienda que había escogido para desmoronarse. Coge el libro, mira la cubierta azul de piel y empieza a pasar las páginas manoseadas y con las esquinas dobladas de *La tempestad,* intentando leer las anotaciones al margen que algún lector anterior debió hacer y que ahora apenas resultan legibles porque la tinta se está borrando.

—¿Me dejas pasar ya?

Levanta la mirada y ve a un chico particularmente guapo. Puede que sea un actor.

—Sí, lo siento. —Finalmente se pone de pie y hace una pausa para volver a dejar *La tempestad* en su sitio. Pero en lugar de eso, se pone el libro bajo el brazo y se dirige hacia la caja.

Willow no sabe muy bien por qué lo quiere comprar. Se ha leído esta obra un millón de veces. Además, ahora mismo no tiene tiempo de leer nada que no sea para el instituto y, aunque lo tuviera, tiene varias ediciones en casa.
Además...
¿No dijo que su padre era banquero? Lo último que necesita es una edición vieja y mohosa como esta.
Seguramente le parecerá raro que le regale un libro de segunda mano, subrayado y lleno de anotaciones. Probablemente le parezca raro que le haga cualquier tipo de regalo.
Y, de todos modos, ¿por qué está pensando en comprar algo para Guy?
Sin darse cuenta, Willow se toca la herida que él le curó.
No tiene por qué dárselo. No tiene por qué hacer nada con el libro. Incluso podría tirarlo a la basura. O simplemente quedárselo. Pero la verdad es que Guy debería leerse *La tempestad.* No importa, simplemente es algo para tener.
Tal vez su visita no haya sido una total pérdida de tiempo, piensa mientras paga y sale corriendo hacia el trabajo.
—Vaya, fíjate. —Carlos le guiña el ojo al verla entrar corriendo, sofocada y sin aliento, casi veinte minutos tarde—. Espero que te lo hayas pasado bien.
—No exactamente. —Willow deja su bolsa debajo del mostrador—. ¿Qué humor tiene hoy? —susurra mientras se coloca la tarjeta de identificación.
—Tienes suerte, hoy no está. Urgencias odontológicas.
—Oh... —Willow hace una mueca de dolor. Se sienta en uno de los altos taburetes que hay detrás del mostrador y enrosca los pies en las patas metálicas.
—Pregúntame si ha pasado algo más —dice Carlos. Se apoya en el respaldo de su silla y la mira arqueando las cejas.
—¿Ha pasado alguna cosa más? —Willow recita la pregunta pero no escucha con demasiada atención. Está pensando si tendrá tiempo de hacer deberes. Después de todo, la señorita Hamilton no está aquí...
—Alguien ha preguntado por ti.
—¿Por mí? —Willow se sorprende—. ¿Te refieres a mi hermano?
—¡Venga ya! —Carlos pone los ojos en blanco—. ¿Crees que no conozco a tu hermano? Alguien más joven, de tu edad, un chico —añade, anticipándose a cualquier pregunta—. Ya le había visto antes por aquí.
—Oh... —Willow piensa durante un minuto. La única persona que se le ocurre es Guy—. ¿Qué quería?
—Saber si trabajabas hoy. Le he dicho que sí.
—Ah...—Se encoge de hombros intentando fingir indiferencia—. Bueno, puede que se vuelva a pasar.
—Puede, no. —Carlos se recuesta en el respaldo y se levanta de un salto mientras Guy se acerca al mostrador.

—¡Hola! —Guy sonríe a Willow—. He venido aquí a trabajar y había pensado que, cuando hagas una pausa, podríamos...
—Ahora mismo iba a hacer una —interrumpe Carlos.
—¡Pero si acabo de llegar! —protesta Willow.
—Hoy estoy al mando —dice Carlos—. Además, no hay mucho movimiento. Venga, nos vemos en media horita.
—Bueno, gracias —dice Willow lentamente.
Por supuesto que está contenta de poder hacer una pausa, pero de repente le ha entrado vergüenza. Se quita la identificación, se la mete en la bolsa y se queda quieta un segundo.
Es totalmente seguro dejar la bolsa aquí. Siempre lo hace cuando se toma un descanso, solo coge el monedero y se lo guarda en el bolsillo.
Pero Willow no puede evitar pensar en la copia de *La tempestad* que lleva en el fondo de la mochila.
No es que sepa muy bien lo que va a hacer con ella, pero también podría llevarse la bolsa, por una vez.
—Hasta ahora —le dice a Carlos mientras se cuelga la mochila en el hombro.
—¡Que majo! —dice Guy.
Bajan por la escalera de mármol y salen a la calle.
—Mmm... —asiente Willow.
Aunque su mochila ya pesa por sí sola, Willow siente la presencia del libro al fondo de su mochila. Debe de ser su imaginación. Al fin y al cabo, no puede pesar mucho.
—Bueno. —Guy le sonríe—. Estaba trabajando en la biblioteca y necesitaba un descanso. Pensé que quizá podría arrastrarte hasta el lugar del que te hablé.
—¿El de los capuccinos? Claro. —Willow hace una pausa—. ¿Qué estabas haciendo?
Willow realmente quiere saber qué estaba haciendo Guy en la biblioteca, pero hay un montón de cosas que le gustarían saber antes, como por qué quiere pasar su rato de descanso con ella en primer lugar.
¿Será porque cree que tiene que controlar sus actividades ilícitas ya que no se lo ha contado a David?
¿Será porque, por alguna razón, le apetece estar con ella?
Quizá, después de todo, debería darle el libro.
—Oh, estaba con unas lecturas que tengo que hacer para una asignatura que estoy haciendo aquí. ¡Eh, cuidado!
La coge de los hombros para evitar que se choque con un mensajero que pasa a toda velocidad en bicicleta.
—Gracias. —Willow está sobresaltada. No tanto por la bici, a pesar de que casi la atropella, sino por sentir el contacto di sus brazos. Sin embargo, ya debería estar acostumbrada a esto. Al fin y al cabo, le ha vendado el brazo, la ha arrastrado por la escalera, cogido de la mano...

Quizá le ha afectado tanto porque todavía se siente descolocada por la experiencia en la librería. O quizá porque esta es la primera vez que la toca por una razón que no tiene nada que ver con sus cortes.
—Este es el lugar. —Guy abre la puerta.
Willow se sienta frente a él en una de las mesas de mármol y coge un menú; luego lo deja y empieza a morderse las uñas.
Encantadora.
Vuelve a coger el menú, pero ni siquiera intenta abrirlo y empieza a jugar con el servilletero.
—¿Estás bien?
—Sí, sí, claro. Solamente un poco...
Nerviosa e incómoda.
Pero eso no tiene ningún sentido. Al fin y al cabo, él lo sabe todo de ella, no tiene nada que temer.
Entonces, ¿por qué está tan tensa?
Vuelve a pensar en el otro día en el parque, cuando le convenció para que se quedara con ella. Debería haber dejado que se fuera entonces. Ha roto el propósito que se hizo después del accidente. Está empezando a sentir cosas. *Un montón de cosas.*
Willow no se lo puede permitir. Nunca debería haber permitido que entrara en su vida de esta manera. No es asunto suyo lo que le guste, o lo que lea, o en qué lugar creció ni todas Mas cosas.
¿Y qué está haciendo comprándole regalos? En cuanto vuelva al trabajo, lo tirará a la basura. Lo primero que...
—¿Ya sabes lo que quieres? —le pregunta Guy.
—¿Eh? —Willow ni siquiera se había dado cuenta de que el camarero estaba allí. Abre el menú, pero está boca abajo.
—No importa, yo me encargo. —Guy se ríe de ella, pero con buena intención—. Mmm, dos cappuccinos helados y dos... Dios, ¿qué podrías querer? A ver, ella tomará... una tarta de fresa.—La mira—. ¿Te va bien?
—Sí, claro —asiente Willow—. Pero en realidad no tengo tanto tiempo. Tengo que volver en...
—Ya lo sé, pero algo me dice que Carlos no va a ser muy estricto contigo hoy. —Guy se vuelve otra vez al camarero—. Entonces, dos cappuccinos helados, una tarta de fresa y...
—Espera. —Willow consigue darle la vuelta al menú—. Mmm... Él tomará la tarta Mocha Napoleón.
—A la primera. —Guy le devuelve la carta al camarero—. Bueno, ya sabes, me estaba preguntando... Un segundo...
—De repente para de hablar y le coge la mano a Willow. Esta vez la coge con fuerza, casi con violencia, y Willow ahoga un grito.
Él le abre la mano y mira la línea de sangre seca que atraviesa la palma.

—No es lo que piensas.
—¿Ah, no?
—No. —Willow se revuelve en su silla. La mirada de Guy es demasiado intensa y ella tiene que apartar los ojos—. Vale, ¿quieres saber la verdad? No es lo que tú te crees, pero no porque no lo intentara, ¿vale? —Aparta la mano.
—¿A qué te refieres?
—Me refiero a que quería hacerlo pero no he podido. No estaba sola. Mira, ¿de verdad quieres ayudarme?
—Sí.
—Entonces hablemos de otra cosa.
—Vale —dice Guy—. ¿De qué?
—Bueno... —Willow apoya la barbilla en las manos y piensa unos instantes—. No sé, lo que sea. Del tiempo.
—¿Del tiempo?
—Vale, ¿qué te parece el tiempo en Kuala Lumpur?
—Ya hemos hablado de eso.
Guy se cruza de brazos y le echa una mirada.
—Bueno, pues explícame el resto. ¿Cómo eran las cosas allí?
—Tienes fijación con el sitio, ¿no?
—Me gusta el nombre. —Willow se encoge de hombros.
—Lo que tú digas. —Guy hace una pausa mientras el camarero deja las cosas sobre la mesa—. Vale, ¿quieres saber cómo era la vida allí? Todo era muy diferente. Me refiero a todo. La gente, los edificios, la comida... la cultura en general. Era casi como estar en otro planeta. Pero la verdad es que no pude apreciarlo porque, en fin, fue una época difícil para mí.
—¿Difícil? Pero si parece divertido —protesta Willow—. Estabas viviendo en una sociedad muy diferente, tenías todo el tiempo del mundo para leer... —Se le corta la voz al darse cuenta de lo frívolo que suena lo que dice. Únicamente le falta decirle que suena encantador—. Perdona, ¿por qué fue difícil?
No puede creer que le esté preguntando esto. Debería levantarse e irse en lugar de seguir allí metiendo el dedo en la llaga. Lo último que necesita es oír cosas que hagan que él sea cada vez más importante para ella.
Demasiado para mantener su propósito. Se siente como una ex fumadora en una fábrica de cigarrillos.
—No me malinterpretes. —Guy niega con la cabeza—. No es exactamente que se estuviera mal. Tenía muchas cosas buenas. Pudimos hacer cosas increíbles, como viajar por toda aquella zona, conocer Tailandia... Además, es increíblemente maravilloso poder ver este mundo tan diferente de cerca. Pero es como si yo nunca acabara de encajar allí. Es decir, yo me esperaba que Kuala Lumpur fuera diferente. Lo extraño era, sin embargo, que tanto los otros chicos con los que solía ir como la escuela fuesen tan diferentes a lo que yo conocía. Eran todos británicos, de familias muy, muy ricas.

Para mí, eran tan extraños como el resto de cosas que me rodeaban, pero la cuestión era que se suponía que yo debía ser como ellos. Y no era así. Y esto era...
—Difícil —dice Willow lentamente—. Por lo que dices, tenía que ser duro. Siento que no tuvieras una buena experiencia pero, ¿sabes lo que pienso?
—No, dime.
—Bueno, lo de no acabar de adaptarte, creo que eso es lo que ha hecho que ahora te intereses por la antropología. Quiero decir, incluso antes de que empezaras a leer libros o fueras a
las clases de mi hermano. Observar otra cultura desde fuera, más o menos es de eso que lo trata la antropología, ¿no?
—Nunca lo había pensado desde ese punto de vista. —Guy bebe un poco de café—. Yo solo me quejaba por no sentirme parte de eso, pero supongo que tienes razón. —Para de hablar y la mira un minuto—. ¿Sabes qué? Creo que se me da fatal eso de distraerte.
—¡Oh, no! Oír hablar de los problemas de los demás... Créeme, la distracción perfecta.
—Pero ese también es tu problema, me refiero a no acabar de adaptarte. Bueno, al menos eso es lo que tú piensas, y como es uno de tus problemas, lo último que quiero hacer es recordarte cosas de estas.
—Oh... —Willow baja la mirada hacia su plato. Tiene parte de razón, claro, pero aunque parezca raro, escucharle no le ha hecho pensar para nada en su propia situación. Además, sería agradable poder hablar de cosas simples aunque fuera por una vez.
—De acuerdo —dice Willow—. No creo que el tiempo en Tailandia fuera mucho mejor. Espera. —Un objeto rojo llama la atención de Willow desde la calle—. Parece que tenemos suerte, ahí hay algo más interesante. —Willow se inclina hacia un lado, casi se levanta de la silla, y estira el cuello para mirar por la ventana—. Perdona, falsa alarma.
—¿Qué estabas mirando? —Guy mira por la ventana.
—Me había parecido ver pasar a Laurie, perdón, a los nuevos zapatos de Laurie. —Willow se deja caer sobre su silla—. Ha salido de compras esta tarde, a por zapatos. Dice que va a llevarlos mañana.
—¿Y eso es más interesante?
—Mil veces. Pero, da igual, no era ella.
—Ya... Me he perdido. ¿Has ido de compras con ella?
—No —suspira Willow—. Debería haber ido, pero no. Chloe y ella iban hacia el centro y yo tenía que ir a la librería que nos... que te gusta. Así que hemos ido juntas por el camino.
—¿Dónde me compré *Tristes?*—Guy se anima—. ¿Has comprado algo?
—No —dice Willow tras pensarlo unos segundos—. En realidad no.
—Ojalá hubiera sabido que ibas a ir, te hubiera acompañado. ¿Buscabas algo en concreto?

Willow tarda un minuto en contestarle. Está demasiado ocupada recordando sus desastrosos recados. Está demasiado ocupada pensando que no tiene nada que darle a David cuando lo vuelva a ver, nada excepto un control suspendido, y no piensa darle eso a su hermano.
—¿Willow?
—Perdona, es que... Mira. —Willow coge su mochila y saca el control, con cuidado de que Guy no vea *La tempestad*—. Se supone que tengo que darle esto a David. —Le pasa el papel a Guy—. Tiene que firmarlo. Pero no puedo dárselo. Voy a tener que falsificar su firma o algo así. —Juega con la tarta de fresa y aparta el plato.
—Esto debe de ser nuevo para ti —dice Guy al darse cuenta de la «F» escrita en rojo.
—No me tomes el pelo.
—Se va a notar que es letra de chica a menos que la calques. —Guy mira el papel al trasluz—. Y este papel es demasiado grueso. —Le devuelve el control—. Ya sé lo que me dijiste en el parque, pero creo que puedes estar equivocándote con todo esto. Quiero decir, ¿estás segura de que no puedes ir y, simplemente, decirselo? Vale, has sacado muy mala nota, pero sabrá cómo llevar la situación. Firmar un control no es algo tan grave, ¿no?
—Es por lo que significa firmar, lo que representa. Pero si apenas pudo con la entrevista con el tutor. ¿Cómo voy a... ? Es que... Es... Es demasiado. Y tampoco es por la nota, es mal bien por... —Willow niega con la cabeza sin saber qué más decir. Nadie lo entiende, nadie lo pilla—. Seguro que tú crees que es todo un detalle, ¿no? —dice Willow, un segundo después, con un tono de urgencia en su voz.
—¿Un detalle? —exclama Guy, desconcertado.
—Que haga ese tipo de cosas por mí, ya sabes, como firmal un control, hacerme de padre.
—¿Un detalle? —repite, sin poder creérselo—. ¿Me tomas el pelo? A mí me parece que debe ser durísimo, pero sigo pensando que tú...
—Te he comprado una cosa —le suelta Willow.
—Que has comprado... ¿Qué?
Willow cierra los ojos un segundo. Le sorprende que vaya a dárselo después de todo, pero ya no hay vuelta atrás. Ahora tiene que hacerlo.
—En la librería. —Busca en su mochila y le tiende el paquete a través de la mesa.
Guy saca el libro de la bolsa lentamente. Willow se espera que ponga cara de decepción, de no entender por qué le regala un libro tan viejo y hecho polvo,
—Me encantan los libros usados con anotaciones en los márgenes, es lo mejor —dice Guy mientras pasa las páginas—. Siempre imagino quién lo debió leer antes de que lo hiciera yo. —Hace una pausa para leer uno de los discursos de Próspero—. Tengo un montón de deberes como para leérmelo ahora pero, ¿sabes qué? Que les den, quiero saber por qué es tu Shakespeare favorito. Gracias, es genial. O sea, no tenías por qué hacerlo.
—Pero lo he hecho —dice Willow, tan bajo que duda mucho que la haya oído.

—Oye, no has escrito nada —dice Guy con el ceño fruncido.
—Oh, ni siquiera había pensado... Yo, bueno... Ni siquiera sabría qué poner —dice Willow con timidez.
—Bueno, a lo mejor se te ocurre algo después.
Willow mira cómo Guy lee el principio. No cabe duda, su sonrisa es auténtica y Willow no puede evitar pensar que, si no puede hacer algo así por David, al menos sí que lo puede hacer por alguien.

Digitalizado por Drina

9

—Solamente puedes sacarlo hasta mañana —dice Willow mientras comprueba el carnet de la chica para ver qué régimen de préstamo tiene.
—Es justo lo que necesito, porque el trabajo es para mañana —contesta la chica como si le faltara el aliento. Coge el libro con ambas manos—. Gracias.
—Buena suerte con el trabajo —dice Willow mientras la mira cómo sale disparada escalera abajo.
Vuelve a sentarse en el taburete, haciendo esfuerzos por no volver a mirar el reloj. Le queda más de una hora para que acabe su turno, pero está tan aburrida que no cree que sea capaz de aguantarlo.
—Bueno, ¿cómo ha ido? —Carlos aparece por detrás.
—Mmm... Nada del otro mundo —dice Willow inocentemente—;, Un préstamo normal, no me ha pedido préstamo interbibliotecario ni nada de eso.
—¡Imbécil! —Carlos le da un manotazo en el brazo—. Sabes exactamente de qué te estoy hablando. —Acerca la silla hacia Willow y se sienta—. Alégrame el día, reina. Vamos, cuéntame algo.
—¿No tienes a nadie más a quien puedas molestar? —-dice Willow.
—No.
—Vale —suspira—. Mmm... Ha estado bien. Tienen una tarta de fresa deliciosa en ese local que está unas calles más abajo.
—Si quiero una crítica gastronómica, me leo el periódico.
—¿Por qué te interesa tanto lo que ha pasado?
Willow se vuelve para mirarlo.
—Porque nunca te había visto sonreír de ese modo. —Carlos se apoya en el respaldo de la silla y la mira con solemnidad.
Oh.
—No importa. —Carlos se ríe—. Es divertido tomarte el pelo. ¿Por qué no te vas ya?
—¡Pero si aún me queda una hora! —protesta Willow.
—Ya te lo he dicho antes. Hoy este sitio está muerto. Sinceramente, me las puedo apañar solo —asegura Carlos—. Además, trabajas demasiado.
—Uf, un montón. —A Willow le viene a la mente la «F» gigante sobre su examen, que está guardado entre el resto de deberes fuera de plazo que le esperan por hacer en la mochila—. Pero gracias, Carlos. Eres muy amable. —Si él está dispuesto a dejar que se marche, no va a ser ella quien lo contradiga. Willow se baja del taburete y recoge sus cosas de debajo del mostrador.

—Tranquila, que esto ya me lo cobraré —dice Carlos secamente—. Ya me cambiarás algún turno más adelante, a lo mejor la semana que viene.
—Por supuesto —le contesta Willow, ya de espaldas, mientras baja la escalera de dos en dos. Debe ser la cafeína que acaba de tomar, no hay otra razón para sentirse tan optimista.
Difícilmente será por la emoción de salir cuarenta minutos antes. Y menos aún por las ciento cincuenta páginas del *Bulfinch* que tiene que leer para mañana, o por el trabajo que tiene que ponerse a escribir de una vez.
Y definitivamente, no es por el hecho de que tiene que encontrar la manera de falsificar la firma de David en el control.
Willow disminuye la velocidad, su buen humor se va apagando al pensar en la tarea que le queda por delante. Calcar parece la mejor alternativa, aunque el papel sea grueso. Seguro que si busca por el escritorio de su hermano podrá encontrar algún cheque cancelado. Únicamente tiene que poner el papel en algún lugar al trasluz...
Odia en lo que se ha convertido su vida.
Willow se para en seco. Un poco más adelante está David. Él también la ve y la saluda desde lejos mientras se le acerca. No es tan extraño encontrárselo en el campus. Al fin y al cabo, David trabaja aquí.
En este momento, Willow recuerda un día a principios de marzo, poco antes del accidente. Había hecho un día frío y gris, llovía a cántaros, si no recuerda mal. Cathy y ella estaban temblando de frío porque esperaban que hiciera más calor. ¿No se suponía que la primavera estaba a la vuelta de la esquina? David se había enfadado mucho con Cathy por no abrigarse más. En realidad, más que enfadarse, se había puesto en plan protector. Al fin y al cabo, Cathy estaba embarazada de siete meses y medio y ya se le iba despertando ese instinto.
Habían salido todos juntos a cenar. Willow se había aburrido como una ostra oyéndolos discutir durante horas y horas para escoger el nombre del bebé. Bueno, en realidad no se había aburrido tanto. La idea de ser tía era bastante emocionante. A los dieciséis años, ninguna de las amigas de Willow tenía sobrinos. Aun así, hacer como que se aburría y pedir que cambiaran de tema le debió parecer lo más adecuado en aquel momento.
Helen. Ese era el nombre por el que finalmente se habían decidido. Tampoco era una sorpresa, su hermano también era, desde siempre, fan incondicional de *la Ilíada.* David estaba seguro de que a sus padres les gustaría.
Seguramente les habría gustado el nombre. Willow no llegó a preguntárselo. Pero no vivieron para ver nacer a su primera nieta.
Isabelle era el segundo nombre de su madre. Nació seis semanas antes de tiempo, nada preocupante en los tiempos que corren, pero que tampoco hubiera ocurrido si Cathy no hubiera estado sometida a tanto estrés. Willow está convencida de ello.
A veces le sorprende que Cathy pueda mirarle a la cara.

—¡Eh! —dice David acercándose a ella—. Iba para casa. No esperaba verte por aquí. Has salido antes, ¿no? —Cambia de brazo la pila de libros que lleva—. ¿Ha pasado algo? ¿Te encuentras mal, o has tenido algún problema?
—No, para nada. —Willow se apresura en asegurarle—. Es solo que la biblioteca estaba muy calmada hoy y me han dejado salir antes de tiempo.
—Vale —asiente David—. Podemos ir a casa juntos. Quería. .. Stephen, ¿qué haces por aquí? —David saluda al tipo alto y despeinado que camina hacia ellos.
—David, ¿cómo estás? —Stephen le da la mano—. ¿Sabes? No tenía ni idea de que iba a venir hoy aquí. De haberlo sabido te habría mandado un mail para hacértelo saber.
Willow *no* tiene ni idea de quién es este Stephen, no lo había visto nunca, y espera pacientemente a que David se lo presente.
—Bueno, ¿cómo te va la vida? —pregunta David.
—Estoy haciendo entrevistas en algunas universidades de la zona y pensé en pasarme por aquí y echar una ojeada al departamento. —Stephen pone cara de preocupación—. He oído que van a necesitar a alguien para el semestre que viene.
—Sí, lo sé. Creo que van a sacar algún anuncio —pronuncia David pensativo—, pero me parece poca cosa para ti.
—Déjate de historias, cogería cualquier cosa que me dieran. Por cierto, he oído que te has casado. ¿Es posible que sea verdad?
—Casado y con una hija —afirma David—. ¿Te lo puedes creer? ¿Te acuerdas de Cathy? Nos casamos. Tenemos una hija. Isabelle.
—¡Madre mía! Solamente ha pasado un año y medio desde la última vez que te vi. Es increíble lo que pueden llegar a cambiar las cosas en tan poco tiempo. ¿Qué más ha pasado desde entonces?
Willow mira a su hermano con ansiedad. Sabe lo violenta que resulta esta pregunta para él, lo doloroso que es tener que contestarla.
—Sí, es realmente sorprendente lo que puede llegar a pasar en tan poco tiempo —dice David después de una pausa considerable.
—Pero ¿qué más te puede haber pasado aparte de casarte y tener una hija? —Stephen se ríe—. Por favor, no me digas que te has sacado la plaza de profesor ya... Ni siquiera tú eres tan superdotado para conseguirla tan rápido.
—Por Dios, no. Ojalá. —David se ríe con él.
Willow es ahora la que está sorprendida. Lo cierto es que no estaba deseando oír a David recitar la letanía de desgracias que han asolado su vida desde la última vez que vio este tipo, pero ¿de ahí a no decir nada... ?
—¿Y quién es esta chica? —Stephen mira a Willow—. ¿Una estudiante?
—Oh, perdona. Hoy no pienso con claridad. Stephen, esta es mi hermana, Willow.
—¡Tu hermana! —Stephen le tiende la mano—. ¿Vas al instituto por aquí?
—No, yo...
—Willow está viviendo con Cathy y conmigo ahora —interrumpe David. Sin embargo, esto es todo lo que dice. No da ninguna explicación de por qué las cosas son así.

—Tiene que ser divertido para ti. —Stephen le sonríe—. Dios, cuando era un adolescente hubiera dado cualquier cosa por escapar de mis padres. Hablando de eso, casi se me olvida preguntarte. ¿Cómo están tus padres? ¿Sabes? Hace siglos que no hablo con ellos, pero nunca olvidaré la recomendación que me redactó tu padre. Fue hace años, pero siempre me acuerdo de eso. Y de él también.

Willow cierra los ojos un segundo. El buen humor despreocupado de Stephen resulta simplemente horrible dadas las circunstancias. Se acerca un poco a su hermano. Quiere cogerle de la mano, darle seguridad con algún gesto si es posible, hacer algo para darle apoyo durante este terrible momento. A diferencia de antes, ahora no hay manera de poder evitar responder sin tener que enfrentarse a la pura y dura verdad. El silencio se alarga, Stephen mira a David expectante.

—El... El tenía un gran concepto de ti —dice David finalmente. Eso es todo lo que dice.

Willow está anonadada. No se lo puede creer. De verdad que no se lo puede creer. ¿Por qué no le ha contado David lo que ocurrió? ¿Por qué no ha permitido a Stephen que sepa que el hombre a quien tanto admira ha muerto? ¡Muerto! Y su mujer también. Que Willow estaba con ellos cuando eso pasó. Que estaba conduciendo. Que la razón de que ella viva con David y Cathy no es porque quiere escapar de sus padres sino porque sus padres están muertos.

¿Qué le pasa? ¿Por qué lo niega todo de esta manera tan horrorosa?

Por una vez, Willow está enfadada con su hermano. De hecho está furiosa. ¿De qué se está escondiendo? ¿Por qué actúa siempre, siempre, como si nada hubiera ocurrido? Algo explota en su interior. Se acabó ser la chica que haría lo que fuera por mejorar su vida. Ya no es la misma persona que salió de casa esta mañana. Ya no tiene constantemente el deseo de halagarlo con cualquier pretexto para poder verlo sonreír, ya nada le importa menos que encontrar el libro con la esperanza de hacerle sentir mejor. No tiene ningún deseo de consolarlo... o aún peor, ser su cómplice en esta deliberada negación de los hechos. En ese momento, prácticamente lo odia. Casi tanto como él la debe odiar a ella.

Desea desesperadamente dejar las cosas claras. Decir «No», gritar la verdad a los cuatro vientos. Y lo va a hacer.

Perdona, Stephen, pero David no te está contando todos los detalles. Mis padres están muertos. Yo los maté. Por eso vivo con él y su mujer, ¡porque yo he matado a nuestros padres! ¿Vale? Eso es lo que ha pasado durante este último año.

Por desgracia no es tan fácil romper con las costumbres adquiridas durante diecisiete años. Willow no puede, simplemente no puede plantarse en medio del campus y ponerse a gritar a pleno pulmón.

Si hubiera alguien que ella conociera por allí cerca. Laurie, por ejemplo. O Andy, aún mejor. Alguien a quien poder coger y presentarle a David... Alguien a quien ella pudiera contar la versión de los hechos mientras David y su amigo los escuchan.

Willow mira a su alrededor como una loca, pero evidentemente, no hay nadie que ella conozca por aquí. Le hierve la sangre de rabia al sentir la impotencia de hacer lo que

desea. Allí está, parada, escuchando a David ya su estúpido amigo hablando del estúpido trabajo que busca.
—En fin, espero poder encontrar algo por aquí. Ya sabes, yo soy de esta zona y...
De repente, a Willow se le ocurre una idea. Ya sabe qué hacer para sacar a David de su absurda complacencia, forzarlo a explicar a Stephen la verdadera situación. ¡Se acabó lo de no querer recordarle a David que él es el padre ahora! ¡Basta ya do intentar evitarle el mal trago! Como una loca empieza a rebuscar por su mochila.
—¡Toma! —dice en voz alta, tan alta como se atreve, interrumpiendo a Stephen a media frase—. ¡Toma! —Repite, plantándole a David el control en las narices—. ¡Tienes que firmar esto!
Los dos chicos la miran sorprendidos.
¡Bien!
—Venga, David —insiste Willow, poniéndole un bolígrafo en la mano a su hermano—. Tienes que firmarme esto. Necesito que un padre o tutor legal me lo firme. —Mira triunfal mente a su hermano y Stephen, esperando que este último le pregunte a qué se refiere con lo de tutor legal, esperando ver la expresión desencajada de terror en la cara de David.
Pero la escena no ha tenido éxito. Stephen no parece haber pillado las palabras clave y David está demasiado ocupado estudiando el examen como para prestarle demasiada atención. Cuando su hermano asimila el significado del control, lo cierto es que se preocupa, pero también está claro que, a diferencia de Willow, no tiene ninguna intención de montar una escenita delante de su amigo. Willow se da cuenta de que lo único que ha conseguido es parecer una loca o, al menos, una maleducada increíble.
—Debería irme —dice Stephen después de una incómoda pausa.
—Que tengas mucha suerte buscando trabajo —dice David mientras garabatea su firma en el control y se lo devuelve a Willow.
Willow mira con una sonrisa en la cara cómo Stephen se aleja de ellos. Seguramente sus acciones no han tenido el efecto que ella esperaba, pero está segura de que al menos habrá provocado alguna reflexión. Por fin David le va a echar la bronca. *Y* no solamente por haber suspendido el examen, sino por haber sido tan grosera. Y en cuanto lo haga, ella tendrá su oportunidad. Finalmente podrán poner las cartas sobre la mesa.
—Vamos a casa —dice David después de un momento. Es más que evidente por la expresión de su cara que está furioso. Pero también lo es que no tiene ninguna intención de llamar la atención a Willow ni por sus notas ni por su comportamiento. Mi siquiera la mira mientras salen por las puertas del campus y se dirigen al parque.
Y Willow no tiene más opciones que seguirle en silencio.
—Vaya, sí que habéis llegado pronto los dos —les llama Cathy desde la cocina mientras entran por la puerta—. Perfecto, porque me estaba muriendo de hambre. De hecho ya he encargado comida.

—Hola, Cath —dice David entrando en la cocina. Deja los libros sobre la mesa y se dirige a la trona de Isabelle para darle un beso antes de acercarse a su mujer y rodearla con los brazos.
—Espero que os apetezca comida japonesa. —Cathy sonríe a Willow por encima del hombro de David—. Llegará en cualquier momento.
—Genial —dice Willow con el mínimo entusiasmo que puede. Desearía poder desaparecer, escapar de la presencia de los dos, subir a su habitación y estar sola un rato. Pero por lo visto eso no es posible. Simplemente, no hay tiempo antes de que se sienten a cenar. Le va a tocar actuar como si todo fuera bien, como siempre hace, aunque no cree que sea capaz de ello esta noche. No después de lo que acaba de pasar.
—Oh, y ¿sabes qué? —continúa Cathy pasándole a Willow el mantel y los cubiertos—. Markie te ha vuelto a llamar y tengo la sensación de que tenía muchas ganas de hablar contigo.
—Ah... —Willow apenas intenta formular una respuesta. Empieza a poner la mesa, dejando los libros de David en el suelo sin ninguna ceremonia.
—Aquí está la comida —dice Cathy al oír el interfono. Se apresura en ir a contestar.
—Probablemente te convendría ver a Markie —apunta David mientras saca unos platos del armario y ayuda a Willow a poner la mesa—. ¿Por qué no has contestado a ninguna de sus llamadas? —David está a punto de tropezarse con los libros, pero consigue agarrarse a la mesa justo a tiempo. Los coge y los deja sobre una silla con el ceño fruncido. Luego se sienta y se coloca la servilleta sobre el regazo.
¿Eso es todo lo que le va a decir? ¿Es que va a seguir sin mencionar lo que acaba de pasar? A Willow le parece increíble que ni siquiera saque el tema del control. Al fin y al cabo la faena del instituto es la única cosa de la que pueden hablar. A lo mejor es que la escena le ha afectado más de lo que ella pensaba.
Bien.
—Porque ella no entiende qué significa ser huérfana —responde Willow un momento después. Pronuncia cada una de las palabras sucintamente. Se sienta enfrente de David y, cruzándose de brazos, lo mira impertérrita.
Esa no es la verdadera razón por la que Willow ha perdido el contacto con sus antiguas amigas, pero quiere plantear su situación de la peor manera posible. Quiere pasárselo por la cara a David, hacer que reaccione. No sabe cómo, pero de alguna manera, va a hacerle responder.
David no responde, pero a Willow le queda la satisfacción de poder ver cómo se estremece.
David se apoya en el respaldo de su silla y mira a Willow pensativamente. Se le ve confuso, quizás incluso un poco enfadado. Una cosa está clara, sin embargo, los ataques están empezando a hacer mella.
—He pedido California Maki para nosotros —dice Cathy volviendo a entrar en la cocina—, y tempura para ti, Willow. ¿Os parece bien?

Ni David ni Willow responden.
—Interpretaré eso como un sí —murmura.
Abre la caja de comida y la coloca sobre la mesa.
Aparte del ruido que hace Isabelle jugueteando en la trona, el silencio es total.
—Bueno, ¿qué tal en el trabajo, hoy? —le pregunta Cathy a David. La tensión que hay en la mesa es palpable, y espera poder relajar la situación con un poco de charla.
—Bien —responde David después de un momento. Aparta la mirada de Willow—. Nada en especial.
Willow se pregunta si debería mencionar el incidente de Stephen. ¿Le sorprenderá a Cathy que David no haya mencionado la muerte de sus padres? ¿Se provocará finalmente una crisis?
—¿No crees que ver a tu amigo... ?
—Pensaba que podríamos...
Willow y Cathy empiezan a hablar a la vez.
—Perdona —dice Willow después de un segundo—. Tú primera.
—Iba a decir que yo sí que he tenido un día terrible en el trabajo y que me encantaría hacer algo esta noche —dice Cathy como si ya no pudiera aguantar más.
Willow mira a Cathy de reojo. Lo cierto es que sí que pare-
ce que haya tenido un día duro, tiene unas terribles ojeras y lleva el pelo de cualquier manera. No es extraño, trabaja en un bufete de abogados y tiene una hija de seis meses. Tiene pinta de necesitar un descanso, ir al cine o algo así. Willow piensa que debería ofrecerse a hacer de canguro.
Es extraño que no se lo hayan pedido antes.
De hecho, es extremadamente raro que una pareja joven con una niña de seis meses no le haya pedido a la hermana de diecisiete años que les haga de canguro de vez en cuando. ¿Es que tener una canguro a todas horas no supondría una diferencia más palpable en su vida que los pocos y miserables dólares que les da cada semana?
Pero, ahora que lo piensa, ¿no ha sido Cathy quien ha sugerido más de una vez que Willow se encargue de Isabelle? Pero por alguna razón, siempre han conseguido quedar a la vez con otras parejas que tienen hijos y, o se han llevado a Isabelle con ellos, o han compartido canguro.
Pero no pasa nada, a Willow no le importa que no la hayan dejado antes a cargo de su sobrina. De hecho, se alegra, porque hoy tiene las provisiones que necesita.
—Sí que pareces estresada, Cathy —dice Willow—. Deberías tomarte un descanso. ¿Por qué no salís los dos a ver una película o algo así? —Mira por encima de su gamba frita a David, que es todo ojos grandes e inocencia.
—Me encantaría ir al cine. —A Cathy se le ilumina la cara—. ¿No sería genial? —Sonríe a David.
—Bueno, supongo... —A David se le corta la voz con ¡n~ certidumbre.
—¿A qué hora te iría bien? —pregunta Cathy mientras coge el periódico que tiene detrás—. Creo que hay una sesión que empieza en media hora.

—¿Esta noche? —David deja el tenedor y mira a Cathy como si estuviera loca—. No podemos ir al cine esta noche. —David hace que la idea parezca ridícula, como si Cathy acabara de sugerir saltar en paracaídas o alguna barbaridad por el estilo.
—¿Y por qué no esta noche? —pregunta Cathy distraídamente mientras hojea el periódico—. ¿Tienes trabajo?
—¿Y por qué no esta noche? —pregunta Willow al unísono.
Willow sabe perfectamente bien por qué David no quiere salir de casa, pero quiere oírselo decir a él. Va a hacérselo decir aunque sea lo último que haga.
—No, no es que tenga trabajo. —David se encoge de hombros—. Es que no me apetece.
—¿Por qué no? —repite Willow.
—No estoy de humor para ir al cine —dice David, pero nunca ha sabido mentir bien y su voz suena apagada.
—¿Por qué no? —Cathy parece molesta—. Sería genial hacer algo así, de improviso.
—¿Por qué no? —Willow escupe las palabras. Se levanta arrastrando la silla, que hace un sonido espantoso.
—¿Pero qué te ha dado? —David la mira sin comprender nada—. ¿Por qué tienes tantas ganas de que nos vayamos de casa?
—Willow—dice Cathy—, quizá deberías...
—¿Por qué no le dices a Cathy por qué estás tan desesperado por quedarte? —Willow hace callar a Cathy con un gesto salvaje.
—No estoy desesperado por quedarme...
—Vale. —A Willow le tiemblan las manos. Las apoya en el respaldo de la silla para mantenerlas firmes—. Yo se lo diré.
Se vuelve hacia su cuñada—. ¿Sabes, Cathy? David tiene miedo de dejarme sola con Isabelle. Le asusta demasiado. Supongo que piensa que quiero cargarme al resto de la familia. Con papá y mamá no bastó.
Por un segundo un silencio sepulcral invade la cocina. Incluso Isabelle deja de alborotar en su trona. Willow no se puede creer que haya tenido agallas de decir esto, pero a juzgar por lo pálido que se ha puesto David, parece que por fin le ha tocado la fibra.
—¡Willow! —exclama Cathy horrorizada—.¡¿Cómo puedes pensar algo así?! —Mira a los dos hermanos. Es evidente que espera que David diga algo para negarlo, pero él no dice nada.
—Tengo razón, ¿verdad? —dice Willow.
No le quita el ojo de encima a David, pero él está concentrado en su plato y evita su mirada.
—¿Qué? —insiste ella—. ¿Por qué no lo dices sin más? ¿Por qué no le dices simplemente a Cathy que tú...?
—Aquello fue un terrible accidente —le interrumpe David, con la cara incluso más pálida que hace unos momentos. Está claro que le está costando controlar la voz.
—¿De verdad? Entonces por qué tienes miedo de dejarme sola con...

—Aquello fue un terrible accidente —repite—. Pero que-darse con una niña de seis meses... Bueno, tienes que estar al tanto de todo. Es...
—Oh, venga, David —le interrumpe Willow—. ¡Puedes hacerlo mejor que eso! No será porque no haya hecho de canguro mil veces. Admítelo. Te aterra dejarme a solas con ella. Te aterra porque crees que soy una...
—Creo que está todo muy reciente todavía —David la corta—. Te están pasando un montón de cosas últimamente, sería injusto esperar que tú...
—¡Para! —Willow respira con dificultad—. Por favor, para.
—No puede soportar oírle hablar así—. ¡Di la verdad! ¡Solamente dila, de una vez! ¡Admite que me culpas de haberlos matado! ¡Admite que me odias!
Willow se tapa la boca con las manos. Está cerca, peligrosamente cerca de venirse abajo. Si algo le pudiera hacer sentir el más absoluto horror, el dolor de su situación es esto... saber con seguridad que ha perdido el amor de su hermano. Si no se estuviera aferrando a la silla con tanta fuerza, caería al suelo hecha un mar de lágrimas, y eso es algo que simplemente no se puede permitir. No está preparada para asimilar ese tipo de dolor.
Cierra los ojos con fuerza, desesperada por encontrar algún tipo de control. Empuja la silla lejos de ella lanzándola al suelo provocando un fuerte ruido, y se lanza escalera arriba.
Willow sabe que Cathy y David la están llamando, pero no los escucha. Está demasiado ansiosa por llegar a su santuario. Llega a su habitación y cierra la puerta detrás suyo, agradecida de que el anterior propietario hubiera puesto una cerradura.
Todavía puede oírles gritar su nombre mientras se derrumba en el suelo tapándose los oídos con las manos. Cualquier cosa con tal de no oírlo. Porque el ruido amenaza con superarla. No solo las voces de Cathy y David, sino el chirrido de los frenos. El golpe seco al chocar la cabeza de su madre contra el salpicadero. El chasquido del parabrisas al romperse en mil pedazos.
Willow no puede soportarlo más. Tiene que conseguir que pare, tiene que bloquear el alud de sentimientos que la invaden. Por desgracia se ha dejado su mochila abajo, pero en su habitación tiene todo lo que necesita. Se arrastra por el suelo hasta llegar hasta la cama y busca debajo del colchón hasta dar con MIS provisiones, tirando el teléfono al suelo en el proceso.
Una parte de ella percibe el sonido de la línea que cruza el aire. Pero no es suficiente, nada lo es en comparación con todos los sonidos que ahora invaden su cabeza. Coge la cuchilla convulsivamente, preparada para hacer lo que tiene que hacer.
Willow hace una brevísima pausa. No sabe en qué está pensando, no sabe qué está haciendo, pero de repente está marcando un número, apretando los botones en el orden que ya se ha aprendido de memoria.
—¿Hola? —La voz de él suena como si viniera de un lugar muy lejano.
—¿Hola? —repite Guy.

Willow no puede hablar. Se apoya contra la cama y se desabrocha la camisa con dedos temblorosos. Se mira el estómago intentando encontrar un lugar apropiado y hace el primer corte, esperando el momento en el que el dolor de la cuchilla borre todo lo demás. No ocurre tan rápido como las otras veces, y su respiración se convierte en pequeños jadeos cuando la cuchilla se va introduciendo más y más profundamente en su piel.

—¿Willow? —pregunta Guy, ahora más fuerte.

Willow cierra los ojos intentando que el sonido la alcance. Es una lucha. No puede dejar de oír el parabrisas haciéndose añicos, y cada vez es peor. Ahora está empezando a recordar las imágenes. Ve la cara de su padre destrozada hasta quedar irreconocible, una masa ensangrentada. Ve la cara de su madre, intacta, pero con los ojos muertos. Hunde la cuchilla más profundamente, como si su sangre pudiera limpiar la de ellos.

—¿Willow? —repite Guy.

Willow no habla, apenas respira levemente. Mira la sangre que sale del corte que se acaba de hacer, pero no cambia nada. Esta vez no. Vuelve a cortarse, más profundamente. Siente dolor, pero ¿será suficiente?

—Willow—dice Guy una tercera vez. Pero esta vez no es una pregunta. Está vez está claro que solo quiere hacerle saber que cuenta con su presencia.

Willow intenta concentrarse en su voz, en el salvavidas que le está lanzando. Las imágenes no se borran de su mente pero, mientras escucha la respiración de Guy, los sonidos del accidente se van debilitando.

Deja de cortarse. La cuchilla cuelga sin ningún valor en su mano: ya ha cumplido su cometido. Willow mira las gotas de sangre que le corren por la piel con los ojos entrecerrados.

Su respiración se vuelve más intensa, más regular, en armonía con la de Guy. El sonido de sus respiraciones conjuntas es sorprendentemente íntimo y, pronto, el único sonido que se filtra en el dolor de Willow es el suave silbido de sus inhalaciones mientras se queda dormida aferrándose al teléfono como si fuera un ser vivo como si fuera su amante.

Digitalizado por Shuk_Hing

10

Lo primero que piensa Willow al despertarse es que la lámpara no está donde se supone que debería estar. Tarda un segundo en darse cuenta de que es ella la que está en el lugar equivocado. En vez de estar en la cama está estirada en el suelo, aún lleva puesta la ropa de ayer, y en la mano tiene un teléfono que se ha quedado sin batería. No se había sentido tan aturdida, tan desconcertada, desde que despertó en el hospital después del accidente.

Pero esa desorientación pasajera respecto a la lámpara es lo único que le produce confusión. En su mente, todo lo demás está claro como el agua. Sabe por qué está en el suelo, sabe por qué aún lleva la ropa de ayer, sabe por qué la ropa se le pega y por qué en el aire flota un olor metálico a sangre.

Willow recuerda todo lo que sucedió la noche anterior. La cara de David, la cara de Cathy....

Incluso la voz de Guy al otro lado del teléfono y el sonido de su respiración mientras ella se cortaba.

Se da la vuelta sobre su estómago, dejando el auricular del teléfono y haciendo una mueca de dolor al sentir sus cortes aún tiernos entrar en contacto con el suelo. Apoya la barbilla en las manos y piensa en el hecho de haberle llamado. Nunca se le hubiera ocurrido, cuando le pidió su número de teléfono, que realmente acabaría por llamarle, pero tampoco se hubiera imaginado estar en el parque con él, regalarle un libro o hacer cualquiera de las cosas que han hecho juntos.

Pero nada de eso significa que Willow se sienta bien por haberle llamado. Una ola de vergüenza la invade al pensar en los sonidos inarticulados que hace cuando se corta. ¿Por qué ayer decidió hacerle partícipe de eso? ¿Por qué le dio acceso a su mundo de dolor? Él merece cosas mejores.

Willow sabe que Guy fue el primero que se ofreció para que le llamara, pero ella tiene que creer que él no podía saber en qué se estaba metiendo. Es posible que Guy supiera que ella se cortaba, pero saberlo y ser testigo —aunque sea a través del filtro del teléfono— son cosas muy diferentes.

Se pregunta cómo reaccionará cuando se lo encuentre en el instituto. ¿Le sacará el tema de la llamada telefónica? Más aún, ¿cómo reaccionará ella? Por supuesto, es posible que ni siquiera se lo cruce.

En cualquier caso, tiene cosas más urgentes en que pensar. Da igual la reacción de Guy. ¿Cómo se va a enfrentar a David y a Cathy?

Willow mira el reloj. Se ha quedado dormida, así que es muy posible que ya se hayan ido. Cualquier otro día, Cathy o David se hubieran asegurado de que se levantaba, pero lo más probable es que ellos tengan las mismas ganas de evitarla.
Consigue ponerse en pie, cosa que no resulta fácil teniendo en cuenta lo cansada y desgastada que está, cuelga el teléfono y se acerca de puntillas a la puerta. Da una vuelta a la llave con el máximo cuidado, abre la puerta y asoma la cabeza.
La recibe un absoluto silencio.
Ya deben haberse marchado. Bien. Tiene un poco de espacio para respirar. Tal vez, con tiempo suficiente, pueda encontrar qué decirles cuando les vea. ¿Debería disculparse por lo ocurrido la noche anterior? Tal vez David es quien deba disculparse. Tal vez ella debería actuar como si nada hubiera ocurrido.
¡Sí! ¡Eso será fácil!
Willow cierra la puerta sin hacer ruido aunque sabe que nadie la puede escuchar y se dirige hacia el baño. Es hora de empezar el día. Se detiene un segundo para sacar ropa limpia de la cómoda.
Lo primero que tiene a mano es una camiseta de manga corta: no es lo más apropiado para llevar estos días, teniendo en cuenta todo lo que deja al descubierto mostrando los brazos. Willow detiene en el momento en el que va a guardarla en el cajón. Claro que, si no va al instituto, puede llevar lo que quiera... Quizá debería quedarse en casa, abrir de una vez el libro de francés, o ver si finalmente puede avanzar algo con el *Bulfinch,* acabar de leerlo o empezar a escribir el trabajo. ¿No tendría más sentido eso que ir al instituto, donde solo irá de clase en clase como una sonámbula, aturdida por lo ocurrido el día anterior? Y no es solo eso, si se salta las clases resuelve el problema, al menos por un día, de cómo actuar cuando vea a Guy.
Bien, un problema resuelto. Una pena que no pueda saltarse el resto de su vida. Se cuelga la ropa del hombro, entra en el cuarto de baño y enciende la ducha.
Se apoya en las baldosas húmedas dejando que el agua la cubra como si estuviera bajo una cascada, observando fascinada cómo la sangre seca entra con el remolino de agua por el desagüe. A diferencia del acto de cortarse, que siempre la alivia, esta visión no la ayuda. De hecho, incluso la pone un poco mala. Willow sabe que hay una terrible desconexión entre lo que hace y lo que siente cuando ve los frutos de su labor, pero no es fácil ser racional cuando aparece la necesidad de cortarse.
Willow apaga la ducha, se viste y baja por la escalera a la cocina.
Para comer no hay gran cosa, aparte de una bolsa medio vacía de galletas saladas y unos cuantos tarros de potitos. Cathy nunca tiene tiempo de ir a la compra, por eso siempre están encargando comida. A lo mejor debería ir ella más tarde, esa sería una buena manera de intentar hacer las paces o algo así. *Claro. ¡Como si con eso se arreglara todo!* Willow coge un puñado de galletas saladas rancias y camina hacia la mesa. Allí, apoyada sobre el azucarero, hay una nota escrita por Cathy con su nombre.

La mira unos instantes con miedo a abrirla. Pero la verdad es que nada de lo que diga Cathy puede empeorar más las cosas. Willow se pregunta si la carta es una reprimenda o un intento de suavizar las cosas.
Solo hay una manera de saberlo.
Coge el papel antes de cambiar de idea.
Querida Willow:

He decidido dejarte dormir hoy.
Debes saber lo mucho que David y yo te queremos. ¡No pienses nunca que él te culpa por lo que pasó o que no confía en ti! Nada podría estar más lejos de la realidad.
David me ha dicho que pensaba que estabas tan alterada por algo que había pasado en el instituto. ¡No te preocupes por eso! Tienes todo el tiempo del mundo para mejorar tus notas. En cualquier caso, los dos pensamos que lo estás llevando muy bien dadas las circunstancias. Tómate el día libre si quieres. Tal vez podrías ir al parque a pintar con las acuarelas. Espero que te sientas mejor. Te quiere,

CATHY

Willow dobla la nota con cuidado y se la guarda en el bolsillo. Sabe que debería sentirse aliviada y le ha emocionado que Cathy se preocupe tanto pero, aun así, por alguna razón, la carta solo la deprime aún más. Los intentos de Cathy de tranquilizarla no hacen más que probar que no tiene ni idea de lo que está pasando. En cierta forma, sus muestras de amor no son tan diferentes de la negativa de David a discutir lo que ha ocurrido. En ambos casos simplemente hay una tremenda falta de conexión.
Se aparta de la ventana, a punto de volver arriba para ponerse a trabajar cuando algo en el exterior le llama la atención. Siempre hay algo que mirar: madres jóvenes empujando carritos, hombres de negocios estresados caminando a toda prisa hacia el trabajo, gente vestida de mil colores *haciendo footing...* Pero esta mañana hay algo más. Porque esta mañana, Guy forma parte del bullicio de la calle.
Al principio Willow está segura de que se lo está imaginando. Pero no, él está realmente allí, a la salida del parque, parado, mirando su edificio. La explicación más obvia, la única que se le ocurre, es que la está esperando.
Menos mal que me iba a saltar las clases...
Willow no está segura de lo que debería hacer. Siempre podría quedarse en el apartamento y evitarlo de esta manera pero, ¿quién dice que él no vaya a cruzar la calle y llamar a la puerta?
Y además, tampoco está tan segura de querer evitarlo.
Sí, sí que quiero... O sea, que quiero, ¿no?
A Willow le da vergüenza haberlo llamado, no le cabe duda, y le da vergüenza que haya oído su agonía durante uno de sus... episodios. Aun así, la vergüenza está acompañada de otro sentimiento. Están conectados, tal vez por un hilo de sangre, tal

ve/ por el vínculo de la cuchilla, o tal vez por algo más, pero sea cual sea la causa, es algo que no puede negar.

Sería bastante grosero por mi parte pasar de él...

Willow no se queda allí analizando la situación, sino que coge las llaves y se dirige hacia la puerta.

Se para delante del edificio y lo mira con un millón de interrogantes rondándole la cabeza. Quiere saber por qué ha venido, quiere saber qué pensó cuando ella le llamó, pero por alguna razón, lo único que logra articular allí de pie temblando y en manga corta es:

— ¿Cómo has sabido dónde vivo?

—Hay una cosa que se llama listín telefónico —dice Guy mientras cruza la calle—. Además, tu hermano puso su dirección en la web de la asignatura.

—Oh, evidente —contesta Willow mientras se frota los brazos.

— ¿Qué haces descalza? —dice Guy cuando la mira de arriba abajo.

Willow baja la mirada y ve sus pies contra el pavimento. Ni se había dado cuenta de que no llevaba zapatos.

—Yo... Cuando te he visto he salido corriendo de casa sin más. No me he parado... —Willow para de hablar. No entiende por qué están ahí hablando de cosas tan triviales. ¿Es porque él tampoco quiere sacar el tema de la llamada?

—Bueno, ¿no crees que deberías ponerte zapatos? —Sí, claro, supongo. —Willow se mueve hacia delante y hacia atrás, incómoda—. Vamos, entra —dice después de un momento, y le muestra el camino.

Guy tiene los ojos clavados en Willow mientras ella abre la puerta del apartamento. Su mirada la pone nerviosa. Debe estar pensando en la llamada, en lo que debe significar, pero no dice nada, parece que está...

—Tus brazos... —Guy interrumpe sus pensamientos. — ¿Sí? —Willow se para en la entrada del salón y se vuelve para mirarle—. ¿Qué les pasa? —Se los mira, intentando imaginar cómo los ve él. Tienen un montón de marcas, pero, ¿y qué? Guy ya le había visto los cortes antes. Seguramente él es la única persona delante de la cual puede llegar una camiseta de manga corta.

—No hay ninguno nuevo —dice después de un momento. Señala las finas líneas rojas que marcan sus brazos—. No son recientes.

Willow sabe perfectamente a qué se refiere, pero no tiene ninguna intención de contestar a esta pregunta tácita.

—Pasa —dice, mientras se dirige al sofá y se derrumba en él. Un momento después, Guy también se sienta.

—Bueno, entonces... ¿dónde te lo has hecho?

Está claro que ahora que ha sacado el tema, no tiene ninguna intención de dejarlo.

—En la barriga —dice, pensando que, a la larga, es más fácil decírselo.

—Pero eso es... Yo pensaba... O sea, tú me dijiste que solo te lo hacías en los brazos —protesta Guy.

Willow lo mira, confusa por sus protestas. ¿Quiere decir que sería mejor si se hubiera cortado en los brazos? ¿Es que no se cree que se ha cortado en la barriga? ¿Es posible que piense —por Dios, no— que se lo ha inventado todo? ¿Que estaba fingiendo cuando le llamó para llamar su atención o algo así? Willow está horrorizada solo de pensarlo.

—Te dije que me lo hacía sobre todo en los brazos —contesta con furia—. Mira, si no me crees. ¿Quieres verlo?

Se sube la camiseta por encima del sujetador, se desabrocha los vaqueros y se los baja justo por encima de la ropa interior.

— ¡Mira! —le dice enfadada, prácticamente gritando—. ¡Échale una miradita si no te lo crees!

A Willow le sorprende su propia reacción. No puede evitar pensar en lo diferente que hubiera sido esta escena si se estuviera quitando la ropa por las razones normales. En ese caso, se estaría preocupando de si la ropa interior que lleva le queda bien, de si está guapa, y no de si las cicatrices parecen lo suficientemente recientes como para que Guy le crea.

Sin embargo, Guy está decidido a no mirarle la barriga. Aparta la mirada, tiene los ojos clavados en la alfombra persa desgastada, las estanterías, cualquier cosa excepto su cuerpo.

— ¡Venga! —le ordena una vez más.

Guy gira la cabeza lentamente, con cuidado de mirar a Willow solamente a la cara.

—Yo no te he dicho que no te creyera. Solo pensaba... —pero su voz se apaga con tristeza.

Willow le mira fijamente. Nunca había visto a nadie sentirse tan incómodo y tan infeliz como Guy en este momento.

Finalmente él baja la mirada y le mira la barriga, la mira de verdad, parándose en cada uno de los cortes.

Willow echa el cuerpo hacia atrás y le mira con los ojos entrecerrados. Él está paralizado. Ella sabe que hay algo perverso en esta escena. La razón de que él la esté observando en absoluto silencio no es porque esté cautivado por su belleza, sino por el horror de lo que está viendo.

Lentamente Guy extiende una mano y la coloca sobre el abdomen de ella. Tiene la mano grande y con ella cubre todos los cortes que Willow se ha hecho. De esta manera, con las cicatrices cubiertas, es fácil imaginar que no hay nada malo en la piel que está tocando. Es fácil fingir que la mano de Guy no está allí para cubrir las cicatrices sino por otra razón totalmente distinta.

Pero Willow no puede fingir. Es cierto que la mano de Guy en su estómago le afecta de un modo que es completamente nuevo para ella. Pero esa maravillosa sensación se mezcla con el dolor que le provoca al irritarle la piel en carne viva.

Y, por lo que respecta a Guy, no parece que esté disfrutando, o ni siquiera captando las posibilidades románticas de las circunstancias. Como mucho, parece que se está mareando. Se ha quedado blanco como el papel.
De repente, aparta la mano y se cubre la boca con ella. — ¿Quieres que te aguante la cabeza? —pregunta Willow, con una clara urgencia en su voz. Recuerda el día en que, estando en el depósito de la biblioteca, Guy se ofreció para aguantarle el pelo. Recuerda lo mucho que le chocó su increíble amabilidad, lo mucho que le choca ahora. Desearía poder corresponderle siendo igual de considerada, pero está demasiado traumatizada por lo que acaba de ocurrir como para actuar con tanta delicadeza.
—No, no... —Guy niega con la cabeza—. Yo... no. —Vale. —Willow se baja la camiseta y se sube la cremallera del pantalón.
Guy no habla durante unos segundos. Está sentado como ella, desplomado en el sofá con la mirada perdida.
— ¿Qué...? ¿Me podrías decir qué te llevó a hacerlo? —dice (¡uy con voz entrecortada.
—Mi hermano y yo discutimos —responde Willow. No sabe muy bien cómo describir lo que pasó.
— ¿Qué... sobre qué? La pelea, me refiero. ¿Por qué discutisteis? —pregunta Guy. Parece que su facilidad habitual para hablar le ha abandonado. Willow se da cuenta de que es la primera vez que lo oye hablar de esta manera tan inarticulada.
—Por ver a quién le tocaba lavar los platos —dice Willow. Está demasiado cansada para entrar en el tema.
—Vale —dice Guy—, muy bien. —Se incorpora para sentarse en la posición correcta—. No te molestes en explicarme la verdad, me importa un bledo. O sea, que yo he venido aquí por pura diversión esta mañana, ¿vale? A mí todo esto me da bastante igual. No es importante. No hace falta que te mates intentando darme una respuesta directa o nada de eso.
Willow asiente con la cabeza. No le sorprende su enfado; la verdad es que ya se esperaba que no se lo creyera.
—Mira, lo siento —dice Guy después de un momento—. No debería haberme enfadado tanto...
—No —le interrumpe Willow—. Tienes razones para enfadarte. No estoy siendo muy agradable contigo y tú estás siendo...
Mucho más amable de lo que jamás hubiera esperado de nadie.
Está más emocionada de lo que puede expresar por el hecho de que Guy se haya plantado en su puerta. La ambivalencia se ha convertido en gratitud. Quiere preguntarle por qué está aquí, pero le da un poco de miedo saber la respuesta. ¿Y si le dice que es porque se asustó? Willow sabe que ha perdido el derecho a ser considerada normal pero, aun así, no soporta pensar que él pueda tomarla por... loca o algo por el estilo.
¿Está aquí porque prometió que no se lo contaría a su hermano y eso le hace sentirse responsable?

¿Está aquí porque le importa?
Willow suspira profundamente. Se siente incapaz de hablar con él sobre nada de todo esto. Se siente incapaz de expresar lo que sus acciones significan para ella y se da cuenta de que, por todas estas razones, lo mínimo que debería hacer es contarle la verdad sobre lo que pasó anoche.
—Nos peleamos porque David, ahora, me odia —dice Willow sin rodeos, sin dramatizar—. Me odia porque maté a nuestros padres.
Willow espera oír lo inevitable. Oír a Guy decir lo mismo que los demás, que solamente fue un accidente, que ella no planeó matar a sus padres. Que su hermano la quiere ahora más que nunca porque se ha quedado huérfana. Willow ha oído miles de veces esas respuestas vacuas.
Pero Guy está callado. Únicamente la mira.
—No me puedo imaginar lo duro que debe ser para ti —dice finalmente. Se le ve afectado—. Para los dos, de hecho —añade, después de un momento.
—Tienes razón, no puedes —dice Willow en voz baja. Debería haber sabido que él no intentaría engatusarla con respuestas superfluas, que no intentaría convencerla para que no se sintiera así, o decirle que estaba imaginando cosas—. Pero... gracias por, bueno, gracias por no decirme, al menos, que está todo en mi cabeza.
—Bueno, de nada, supongo. —Guy se queda en silencio unos segundos—. Mira, quizá no debería decir esto después de lo que acabas de decir tú. Sé que no puedo llegar a entender por lo que estás pasando, y me creo que tú te creas que tu hermano te odia. Quiero decir, que no pienso para nada que todo esto esté solo en tu cabeza. Estoy seguro de que la situación está... en fin, realmente cruda entre vosotros dos. —Se mueve para sentarse mirándola a la cara—. Pero ¿estás segura de que, tal vez tú, bueno, tal vez estés malinterpretando un poco las cosas? Estoy pensando en el David Randall que me daba clases el año pasado. No es posible que pueda odiar a su hermana. O sea, ¿quién podría? Pero él en concreto, no me lo puedo imaginar.
—Creo que yo le conozco mejor que tú —dice Willow fríamente.
—No estoy tratando de decirte lo que sientes o lo que dejas de sentir. Supongo que solo esperaba poder hacerte sentir mejor, quizá que miraras las cosas desde otro punto de vista... —No acaba la frase.
—No el tan sencillo —-dice Willow. Ahora es a ella a quien le cuesta mirarle a la cara. Le duele ver lo triste que está porque sabe que ella es la única responsable—. Mira, no quiero que pienses que hablar contigo no me hace sentir... —Trata de encontrar las palabras adecuadas—. Bueno, tú no me hablas como las demás personas —dice finalmente sin mucha convicción. No es lo que realmente quiere decir, ni de lejos.
—Bueno, tú tampoco me hablas como las demás personas
—dice Guy.
— ¿No? —Willow se sorprende.

—A ver... Discusiones sobre *Tristes trópicos* mezcladas con charlas sobre en qué lugar del cuerpo te cortas porque crees que eres una asesina. Supernormal, exactamente igual que con cualquiera de las otras chicas que conozco. ¿Pero qué os pasa a las mujeres? Te lo digo en serio, si tengo que volver a escuchar otra de estas conversaciones y hacer como que no me aburro... —niega con la cabeza.
Willow no se lo puede creer, no se puede creer que se esté riendo. Guy también se ríe. Por un momento los dos están partiéndose a carcajada limpia.
—Yo no me corto por eso —dice, cuándo consigue calmarse.
—Entonces, ¿por qué no...? —empieza Guy, pero Willow lo interrumpe.
—Mira, lo que te estaba intentando decir hace un minuto es que, bueno, tú eres la única persona que me escucha, que no hace ver que todo marcha perfectamente. —Para de hablar, no está segura de si debería continuar, pero, la verdad, es lo mínimo que puede hacer por él teniendo en cuenta todo lo que él la ha ayudado.
— ¿Sabes? Después de que murieran mis padres me di cuenta de una cosa. —A Willow le tiembla la voz—. Me di cuenta de que lo que la gente te dice, su manera de reaccionar, te dice más de ellos que cualquier otra cosa. Piensan que te están dando el pésame o como quieras llamarlo, pero en realidad se están mostrando ante ti tal y como ellos son.
—Creo que no sé por dónde vas —dice Guy frunciendo el ceño.
—A ver, vale, esto es lo que quiero decir. —Willow coge aire—. Después del funeral, una mujer mayor se acercó a mí para decirme cuánto lo sentía. Yo apenas la conocía, mis padres un poco más. Es igual, me dijo que lo sentía mucho y entonces añadió: al menos ellos no han muerto solos. —Willow cierra los ojos al sentir que las imágenes y los sonidos de aquel día vuelven a su mente. No es fácil, pero hace acopio de valor y continúa—. Si lo piensas bien, es un comentario bastante extraño. O sea, mis padres estaban muertos, se acababan de morir en un accidente de tráfico, es una manera horrible de morir, y ella estaba diciéndome que era bueno que hubieran muerto juntos.
Willow para de hablar por un segundo y mira a Guy. Puede ver que la escucha con toda su atención.
—Cuando digo que era mayor —continúa Willow—, es que era mayor, ochenta y pico, creo. Yo ya sabía, en fin, todo el mundo sabía, que su marido había muerto hacía treinta años, y su único hijo murió en Vietnam poco después. Y me di cuenta que todo lo que le quedaba por delante era la conciencia de que iba a morir sola. No estaba siendo una insensible: para ella, mis padres lo habían tenido fácil.
—Y aquí tienes otro ejemplo: el otro día le hablé a Laurie de mi hermano, sobre lo de que tenga que cumplir con el rol de padre y, ¿sabes qué me dijo? Que le parecía todo un detalle. Tampoco estaba siendo insensible, sino simplemente que no lo Comprendía. —Willow se mueve y aparta la mirada de Guy—. Pero contigo, bueno, las cosas que dices... Tú sí que lo comprendes, y eso me hace sentir... mejor. —Willow puede sentir cómo se sonroja.

—Te estás poniendo roja —dice Guy después de un momento.
—No puedo evitarlo.
—Bueno, pues no lo evites. O sea, ponerse roja... es bonito.
—Oh.
—Me alegra saber que puedo hacer algo para que te sientas mejor.
—Oh. —Ahora Willow sí que está roja pero no aparta la mirada. Solo deja que la mire, con la cara roja y todo.
—Vamos a llegar tan tarde al instituto... —dice Guy—. A primera hora ya no llegamos.
—Hoy no voy a ir al instituto —le cuenta Willow—. Es que no puedo, no después de lo de anoche. Además, de todos modos, voy tan atrasada con los deberes que me irá bien quedarme en casa e intentar ponerme al día.
—A lo mejor yo tampoco voy. —Guy estira las piernas y cruza las manos por detrás de la cabeza—. Puede estar bien tomarse el día libre.
—No tienes que hacerlo por mí —dice Willow rápidamente—. Quiero decir que no tienes que preocuparte de que vaya a hacer algo...
—A lo mejor lo estoy haciendo porque me apetece —responde él—. Pero ya que estoy aquí, ¿hay algo que te apetezca hacer? Quiero decir, antes de que te pongas con los deberes.
Willow piensa en todas las cosas que le gustaría hacer: dormir durante tres días seguidos, acabar el trabajo, por fin; tal vez incluso hacer algo por Cathy y David, como limpiar la casa o ir a la compra. Pero todas estas cosas no son nada en comparación con una necesidad imperiosa que tiene ahora mismo.
— ¿Sabes qué me gustaría hacer más que nada en el mundo? —Willow se inclina hacia delante—. Me encantaría ir a desayunar. Me estoy muriendo de hambre.
—Me parece un plan estupendo —dice Guy—. Yo también me estoy muriendo de hambre. Salgamos de aquí. —Se pone en pie y Willow imita la misma acción.
— ¿Qué te apetece? —pregunta Willow cogiendo un jersey del armario de la entrada—. ¿Conoces algún lugar por aquí cerca donde podamos desayunar? —Cierra la puerta de la entrada y baja la escalera unos pasos por delante de Guy.
—Conozco el mejor lugar —le asegura él—. Y solamente está a un par de minutos de aquí.
—No hay ningún lugar a un par de minutos de aquí —objeta Willow mientras avanzan por la calle.
—Eso demuestra lo poco que sabes —dice Guy al girar la esquina, parándose frente a un bar de aspecto anticuado. Abre la puerta con el hombro—. Dos bocadillos de bacón, huevo y queso para llevar —le pide al chico que hay detrás de la barra—. Nos los tomaremos en el parque, en algún banco o algo.
—Está bastante bueno —dice Willow dándole un mordisco a su bocadillo unos minutos después.
— ¿Nunca te habías tomado un bocata de bacón, huevos y queso? —Guy no se lo puede creer—. Es el remedio perfecto para la resaca.

—Ya, bueno, es que nunca había tenido resaca.
— ¿Y lo de las rondas de chupitos con tu mejor amiga? —Guy la mira con desconfianza mientras entran al parque—. Pasando del banco, conozco un lugar mejor.
—Si te acuerdas, te dije que vomité después de la ronda de chupitos, no que tuviera resaca —dice Willow mientras le sigue por el parque—. Y si quieres saber la verdad, esa fue la única vez que hice algo así.
—Aquí está genial —dice Guy. Se sientan en lo alto de una pequeña colina, bajo un castaño japonés, apoyando la espalda en el tronco del árbol. Es un lugar especialmente bonito, a la sombra, rodeado de flores y con vistas a un lago artificial—. Y, ¿aún tienes contacto con alguna de tus antiguas amigas? O sea, ¿qué pasó con la chica de los chupitos?
Guy cambia de postura para estar más cómodo. Willow puede sentir cada movimiento que hace. Él estira las piernas y empuja las de ella como si, por un instante, estuvieran unidos por la cadera.
La primera reacción de Willow es apartarse, darle más espacio. Pero un segundo después se echa hacia atrás y deja la pierna muerta, apoyada contra la de él. Guy no parece darse cuenta. ¿Por qué? Aunque el contacto es muy sutil, especialmente después de lo ocurrido en el sofá, Willow es muy sensible a cada roce de su cuerpo contra el de él.
—No, la verdad es que ya no hablo con mis antiguas amigas —dice poco después—. Con Markie, la chica de la ronda de chupitos, hace meses que no hablo. —Willow se acaba el bocadillo y hace una bola con el papel.
— ¿No las hechas un poco de menos? —Bueno, sí, pero... —Willow piensa en las conversaciones telefónicas que solía tener con Markie. Se pregunta qué pensaría Markie de Guy y se imagina a las dos hablando de él. Es una lástima que no vaya a llamarla—. ¿Sabes por qué ya no llamo a mis antiguas amigas? —Willow se vuelve hacia Guy—. No puedo porque es demasiado doloroso. Al principio creía que el problema era que no podían entender mi situación. Verlas con sus padres haciendo las mismas cosas de siempre, en fin, es demasiado duro. Al principio parece que las cosas siguen igual pero, entonces, al final del día, ellas vuelven a sus vidas de siempre, al mundo que siempre han conocido, y yo sigo encallada en el mío, en este nuevo mundo en el que me he despertado. Soy como una turista en sus vidas. —De los nervios, empieza a romper el papel del bocadillo en mil pedazos.
Guy le coge los papeles de la mano con suavidad, hace una bola con el suyo, y los tira en una papelera que hay cerca.
—Tú dices que me equivoco con mi hermano —continúa Willow—. Pero en parte es por eso que sé que tengo razón. Yo no hago más que recordarle cómo solía ser su vida. Nunca podrá librarse de eso, ni siquiera durante cinco minutos. He invadido su mundo. Cada vez que me ve sabe que algo ha cambiado para siempre. —Hace una pausa—. Perdona. Tú me haces una simple pregunta y yo... Mira, es que ni siquiera me apetece hablar de estas cosas. Hazme un favor, ¿vale?

—¿El clima de Kuala Lumpur? —Guy arquea las cejas.
—Bueno, lo que sea, da igual
—Vale... ¿sabes qué estaba haciendo cuando me llamaste?
—Mmm... —Willow piensa un poco—. ¿Mirando el partido?
— ¿Qué partido? —pregunta Guy confuso.
—No sé, ¿no hacen algo de deporte?
— ¿Te refieres a Las Grandes Ligas de Béisbol?
—Por ejemplo.
—Vas unos diez días adelantada.
—Vale, pues, ¿qué estabas haciendo?
—Estaba leyendo *La tempestad.*
—Oh. —Willow se queda pensativa—. Y... —empieza.
—Puede que tengas parte de razón —reconoce Guy—. Es mejor que *Macbeth.*
— ¡Te lo dije!
—He dicho que puede que tengas parte de razón. No puedes compararlas porque son muy diferentes. Quiero decir, que *La tempestad* es romántica y mágica... ¡Eh! ¡Mira eso!—interrumpe Guy—. Mira, en el estanque.
— ¿Qué? —Willow sigue su mirada pero no ve qué es lo que le interesa tanto, solamente hay un hombre saliendo de la barca.
—La está dejando allí mismo —dice Guy. Está emocionado—. Se supone que las tienes que devolver, lo sé porque he alquilado una barca un par de veces. Es muy caro, pero ¡el tipo ese la está dejando allí! Vamos. —Se levanta, coge a Willow de la mano y la arrastra detrás de él colina abajo.
— ¿Sabes lo que estás haciendo? —dice Willow cuando Guy se mete en la barca.
—Perdona. —Guy la mira fijamente—. Salgo a remar al río tres veces por semana, ¿crees que podré remar en un estanque?
—Lo que tú digas —contesta Willow encogiéndose de hombros. Luego monta en la barca con cuidado y se sienta mientras él coge los remos y la lleva hacia el centro del estanque—. Entonces, ¿Andy y tú conseguisteis bajar tres minutos o el tiempo que fuera —no me acuerdo— de vuestra marca?
—Dirás diez segundos. —Guy sigue remando—. Hacemos los 2.500 en ocho minutos y doce segundos ahora mismo. Si bajamos tres minutos estaríamos batiendo el récord mundial con un buen margen. De todos modos, no creo que vayamos a mejorar los ocho con doce. Andy no se esfuerza demasiado y a mí no me importa lo suficiente. Únicamente hago remo porque me gusta salir al río pronto por la mañana.
Willow observa la habilidad de Guy al remar. Hay algo relajante e hipnótico en sus movimientos. No puede apartar la mirada del suave vaivén de sus brazos, fuertes y un poco bronceados.

Sumerge la mano en el agua y deja que el movimiento de la barca la arrastre, formando una pequeña ola. Quizá sea por lo destrozada que está de la noche anterior, o tal vez el suave sonido de los remos entrando en el agua, Willow no lo sabe y no le importa. Lo único de lo que está segura es de la paz que siente en su interior, de que se siente mejor de lo que se ha sentido en días, o incluso semanas. Mira a *Guy* con los ojos entrecerrados y lo último que ve antes de caer dormida es su sonrisa.

Digitalizado por Joksan

11

—Mira ahora, aquella parece un conejo.
—¿Estás loco? —Willow vuelve la cabeza para mirar a Guy que está estirado junto a ella en la hierba mirando las nubes—. Si se parece a algo, es a un cisne.
—Tú sí que estás loca, mira. —Señala hacia el cielo—. ¿No ves las orejas?
—Eso es el cuello.
—Orejas.
—Oye. —Willow se da la vuelta y apoya la cabeza sobre las manos—. No sé cómo decírtelo, pero me parece que tienes un serio problema.
—¿Ah, sí? ¿Y eso?
—¿Sabes que es la prueba de Roschach? Debes haber leído sobre ella. Es una prueba en la que un psiquiatra te enseña unas manchas de tinta.
—Ah, sí. —Guy se pone de lado para mirarla.
—Vale, pues la cosa funciona aunque la mayoría de gente mira una de las manchas de tinta y dicen que se parece a una casa o algo, pero hay personas que dicen que parece... no sé, una araña...
—O un conejo.
—¡Exactamente! Y a esas personas se les diagnostica algún tipo de locura.
—¿Qué quieres decir?
—Bueno, eso de pensar que una nube parece un conejo... no puede ser buena señal.
—Tal vez pensar que se parece a un cisne sea más preocupante —dice con un bostezo y se vuelve a dejar caer sobre su espalda—. Bueno, ¿de qué van esos deberes que deberías estar haciendo ahora?
—Por favor, no me lo recuerdes —gruñe Willow. Por la mañana, cuando había decidido no ir al instituto realmente tenía la intención de pasar el día mirando el examen de francés o poniéndose con el trabajo. Lo que menos esperaba era pasar el día en el parque con Guy. Pero en las tres horas que han pasado desde el desayuno lo más complicado que han hecho ha sido remar, dar un largo paseo y sentarse en la hierba a charlar.
Willow sabe que no debería estar haciendo esto y a pesar de ello, no puede parar. Porque aunque no ha conseguido procesar aún lo que ocurrió la noche anterior, y está muy atrasada con el trabajo, no siente la necesidad de hacer nada que no sea estar allí sentada hablando con él. La chica que mató a sus padres, la chica que se corta, esa chica está a miles de kilómetros de aquí. Aquí y ahora, Willow es simple y llanamente una chica pasando el día en el parque con un chico.
—Bueno. —Guy le da un codazo—. Venga, cuéntame.

—Voy super atrasada en la clase aquella que os gusta tanto a todos, Mitos e Idiotas, o como quiera que se llame —dice Willow arrancando una brizna de hierba—. Tengo un montón que leer y ya debería haber empezado a escribir el trabajo. —Intenta usar la hierba como un silbato—. ¿Por qué no me funciona? Pensaba que se podía usar la hierba como un silbato o algo así.
—¿Mitos e Idiotas? —Guy se ríe—. Está bien, a Andy le gustaría. Y sí, se puede silbar con una brizna de hierba pero no lo he hecho desde que tenía cinco años, así que no me preguntes.
—Eres de gran ayuda. —Willow suelta la hierba que sale volando con el aire—. ¿Sabes de qué se supone que tengo que escribir? Sobre Deméter y Perséfone, pérdida y redención, como después de que Perséfone baje a los infiernos están muertos el uno para el otro. O sea, que esto tendría que ser bastante fácil para mí. Lo más seguro es que sea la única de la clase con experiencia en el tema, ¿no? —Willow hace una pequeña pausa—. Aunque, ¿sabes qué? No se trata de la pérdida, sino sobre el renacimiento, como logran volverse a unir...
—¿Has escogido el tema tú? —Guy parece sorprendido.
—No... ¿cómo se llama? Adams. Él me lo encargó.
—Sí, bueno, toda una muestra de sensibilidad por su parte.
—Bueno, seguramente ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.
—Por lo visto no. —Guy vuelve la cabeza y la mira atentamente—. Mira, si realmente te está costando tanto tal vez te pueda ayudar. Debo tener mis apuntes por alguna parte, a lo mejor si los consultas encuentres por dónde empezar. —Se vuelve a girar y observa las nubes.
—Gracias —dice Willow—. ¿Qué... qué estás haciendo? —Guy está estirado boca arriba mirando las nubes, pero con los brazos en alto, estirados. Los mueve como si quisiera...
—¿Qué crees tú?
—Mmm, si tuviera que adivinarlo, diría que estás intentando dirigir el tráfico o una orquesta.
—Casi, casi. En realidad estoy intentando mover las nubes para que estén más cerca la una de la otra —dice, con toda seriedad—. ¿Ves aquella que parece un conejo, vale, un cisne, y la que parece un pastel de cumpleaños? Pues las estoy acercando.
—Vale. —Willow se incorpora de golpe—. Ya te he dicho que ver un conejo no era buena señal, pero es evidente que se te ha ido la olla, esto es precisamente...
—¿Lo has visto? —le interrumpe Guy—. La he movido, ¡no lo puedes negar! Y relájate, no estoy loco. Estoy usando una antigua y respetada técnica.
—¿Eh?
—Es del *Manual de magia para chicos,* descatalogado desde 1878, lo compré en el centro. Este es el truco número diecinueve. Cómo controlar el clima y dejar a tus amigos boquiabiertos en las meriendas al aire libre.
—¿Meriendas al aire libre?

—Ya te lo he dicho, está descatalogado desde 1878. Además, es inglés. Está lleno de referencias a cosas como convites en el jardín, o juegos de criquet, o cómo comportarse cuando hagas trucos para tus mayores.
—Aaah... Y tú... ¿Te lo compraste hace poco?
—Lo compré cuando tenía doce años —dice Guy—, y, vale, me da un poco de vergüenza, pero yo me creía de verdad todas estas cosas de hechizos para controlar el clima. ¡Mira! ¡Has visto eso! Te lo digo, estoy moviendo las nubes.
La mira con una expresión triunfante en la cara.
—Por favor. —Willow ni siquiera se molesta en levantar la mirada hacia el cielo—. Es el viento. En la última hora se ha levantado aire y hace más frío. —Se estira sobré la hierba—. *¿Manual de magia para chicos?* Suena a algo que le hubiera gustado a aquel profesor tuyo.
—Estoy seguro de que lo escribió algún pariente lejano suyo —le responde Guy, aunque sigue totalmente concentrado en el cielo—. De hecho, creo que es el último libro que compré antes de que nos fuéramos a vivir a Kuala Lumpur.
—Imagino que te ayudaría a encajar con todos esos niños
británicos —dice Willow mientras le mira. Él es muchísimo más interesante que las nubes. Se pregunta cómo debía ser con doce años.
—Tal vez, si hubiéramos vivido hace cien años, y si yo hubiera aprendido unos cuantos trucos. Pero la única magia que he conseguido hacer en mi vida son los típicos juegos de manos con la baraja de cartas que no hacen más que poner a tus amigos de los nervios y hacerte parecer un memo en las meriendas al aire libre. —Guy hace una mueca—. La verdad es que no había pensado en el libro desde entonces. Enseguida me aburrí de él, pero al leer *La Tempestad* me acordé. ¿Te acuerdas de cómo Próspero conjura una tormenta? ¡Mira! No estás mirando. —Le da un pequeño empujón—. Venga, ¿por qué no me crees? Está claro que el libro no era de mentira, sino que yo era demasiado joven para entender lo difícil que es controlar el tiempo. En serio, las nubes se están moviendo, va a haber una tormenta. —Se para y la mira—. ¿Ves? Igualito que Próspero.
—¡Tú no eres para nada como Próspero! —protesta Willow—. Si tengo que decir uno, tú eres...
Bueno, él es exactamente como Ferdinand.
Willow se queda parada de lo cierto que es esto. Por supuesto que es como Ferdinand: él es el perfecto héroe romántico. También ha recordado las palabras que pronuncia Miranda cuando ve por primera vez a Ferdinand:
Oh, admirable nuevo mundo que posee tales gentes...
A diferencia de Miranda, Willow está en un nuevo mundo y, aunque nunca escogió estar aquí, le sorprende haber encontrado a una persona tan increíble en él.
—Oye —le dice Guy interrumpiendo sus pensamientos—. Me parece que se va a poner a llover de verdad. Deberíamos irnos del parque. A menos que te quieras quedar.

No está mal que te pille la tormenta al aire libre; deberías ver los rayos cayendo sobre el río.
—No —dice Willow tajantemente—, no soporto la lluvia.
—¡No! ¡No digas eso! —Guy parece realmente disgustado—. O sea, esa sí que es una categoría importante: gente que sabe apreciar lo genial que es la lluvia y gente a la que le destroza los nervios solamente porque el tráfico se pone fatal. Por favor, no me digas que odias la lluvia.
—Antes me encantaba. —Willow se pone a recordar todas las veces que, en casa, pasaba horas acurrucada en un sillón con un libro mientras la lluvia repiqueteaba contra las ventanas.
—¿Y entonces por qué no... ?
—Aquella noche estaba lloviendo —dice Willow de repente—. Aunque no parecía que fuera a llover. Y era una lluvia preciosa, como la que tú estás describiendo. Una lluvia torrencial. Siempre me he preguntado qué hubiera ocurrido si el tiempo hubiera sido un poco mejor. —No quiere seguir explicándose. Seguro que él ya ha entendido a qué se refiere.
—Pero ¿por qué conducías tú? —Guy enseguida entiende la referencia. Se acerca ella y le coge de la mano—. No lo entiendo. Me dijiste que ni siquiera tenías el carnet de conducir, y hacía tan mal tiempo. ¿Qué estaba pasando?
—Nada. No pasaba nada. ¿Qué quieres decir? Habíamos salido. A mis padres les apetecía beber. —Willow se encoge de hombros—. Hice algo simplemente horrible. No hay ninguna manera... Anoche tuve una... escena con mi hermano. La pelea. ¿Sabes cómo empezó? Nos encontramos a un amigo de David que le preguntó por nuestros padres, y David no le dijo nada. No pudo decirle nada. No puede enfrentarse a lo que hice. No puede enfrentarse a lo que soy.
—A lo mejor es que no quería entrar en el tema. A lo mejor estaba intentando protegerte. Ahorrarte tener que escuchar a ese tipo haciendo preguntas.
Willow le mira sin hablar, considerando esta posibilidad un momento antes de rechazarla como imposible.
—Tal vez deberíamos irnos del parque —dice Guy cuando se pone a llover. Se levanta tirando de la mano a Willow para que se levante—. ¿Quieres que volvamos a tu casa, o que vayamos a comer algo? Te diría de ir a la mía pero es que mi madre estará allí y se preguntará qué hago en casa en mitad del día. Es pintora —añade—, así que trabaja en casa.
—Aún no tengo hambre —dice Willow—. Y mi casa está demasiado lejos. —Aceleran el paso para evitar la lluvia, pero parece una batalla perdida.
—¿Sabes adónde podríamos ir? —dice Guy de repente—. Podríamos... —Pero no consigue acabar la frase, y tampoco puede mirarla a los ojos mientras salen del parque a toda prisa y cruzan la calle.

Willow está segura de que sabe en lo que está pensando Guy. Es el lugar más obvio, apenas a una calle, gratis si eres estudiante, un lugar fascinante y, por desgracia para ella, lleno de recuerdos.
Podrían ir al museo. A aquel en el que Guy estuvo para la conferencia de los padres de Willow, el mismo en el que ella ha estado millones de veces.
—Ibas a decir el museo, ¿verdad? Es buena idea, vamos. —Le da un tirón en la manga.
—¿Estás segura? —pregunta preocupado.
—No, pero vayamos de todos modos —dice Willow a la vez que suena un trueno. Llueve a mares, es una locura quedarse por la calle y el museo es, de lejos, la mejor opción.
—Vale.
Corren tan rápido como pueden por la calle y suben la escalera del museo.
—¡Estoy empapada! —Willow agita la cabeza y caen gotitas de agua a su alrededor. Guy también está chorreando a su lado sobre el suelo de mármol.
—Tengo la sudadera que te dejé el otro día en la mochila —dice Guy—, podemos usarla de toalla.
—Sí, por favor. —No acaba de pronunciar estas palabras que nota cómo Guy la empieza a frotar vigorosamente con la sudadera—. ¡Oh, para! —Se ríe Willow—. ¡No tan fuerte!
—¿No quieres secarte?
—¡Sí, pero no soy un cachorro!
—No sería tan...
—¡Chist! —Un guardia de seguridad les llama la atención.
Willow para de reír, no tanto por el toque de atención del guarda sino más bien porque, de repente, se ha dado cuenta de dónde está. Mira a su alrededor lentamente, comprueba cómo se siente. ¿Será igual que en la librería?
Sin embargo, al ver a su alrededor el gran vestíbulo de mármol no experimenta ninguna de las sensaciones que le han invadido en la librería. Tal vez sea porque, a diferencia de la librería, el museo es totalmente diferente a como ella lo recordaba. Willow nunca lo había visitado por la tarde entre semana. Está prácticamente vacío. No es que lo haya llegado a ver nunca lleno hasta los topes, pero ahora parece que tengan todo el lugar para ellos solos. A lo mejor es porque aquí tiene muchos recuerdos que no están conectados con sus padres, ya que ha estado muchas veces sin ellos.
O tal vez sea porque ahora no está sola.
—Bueno, ¿qué quieres hacer? —dice Guy mientras se acaba de secar—. ¿Qué te apetece ver?
—Olvídate ahora de lo que me apetece a mí —responde
Willow mientras se dirigen hacia la escalera—. Sé exactamente lo que te apetece ver a ti. Los dinosaurios, ¿verdad?
—Lo has pillado a la primera.

Caminan a través de los amplios pasillos, pasando junto a las salas llenas de ornamentos de jade y máscaras tribales, el auditorio donde sus padres daban conferencias hasta que finalmente llegan a la exposición de dinosaurios.
—Estos son mis favoritos —dice Guy caminando con determinación hacia un par de ornitomímidos. Se inclina sobre la cuerda de terciopelo y, por un segundo, Willow cree que va a acariciarlo.
—No tocar —les advierte un guarda aburrido.
—Como si fuera a hacerlo —murmura Guy por lo bajo—. Creo que soy capaz de entenderlo desde esta perspectiva. —Se pone recto y se vuelve hacia Willow—. He estado aquí los fines de semana y siempre está lleno de niños pequeños. Tendrías que verlos, solo les falta subirse a alguna de estas cosas, sobre todo al *Tiranosaurus Rex.* Les vuelve locos. —Cruza la sala para examinar otro esqueleto.
A Willow se le escapa una pequeña sonrisa. Por lo que puede ver, él no es tan diferente de los niños de cinco años, a menos, en lo que a dinosaurios se refiere.
—Bueno. —Guy aparta la mirada de una mandíbula reconstruida y mira a Willow—. ¿Adonde vamos ahora? ¿Cuál es tu exposición favorita? Espera, no me lo digas. Creo que lo puedo adivinar, dame un segundo. Vale, seguramente a ti te deben gustar las gemas y los minerales, ¿no? No me refiero a la cosas esas de lujo, las joyas de la corona o lo que sea, eso es demasiado formal para ti. Yo me refiero a las piedras semipreciosas, los pedruscos de amatista y topacio.
—Has acertado —dice Willow. De hecho, los grandes cristales dorados y violetas con ese brillo peculiar que tienen están
entre las cosas que más le gustan del museo. No le sorprende que lo haya adivinado, no después de todo lo que han compartido. Pero aun así, eso de que pueda dar en el clavo con tanta facilidad acerca de lo que ella quiere y desea la hace sentir algo incómoda. De repente vuelve a sentir la ambivalencia que le invadía esta misma mañana.
Se aleja unos pasos de él retorciéndose las manos y piensa. No es que se avergüence, como hacía antes. Que él la conozca tan bien no es malo, todo lo contrario. El vínculo que han forjado es lo único positivo que hay en su vida. Es más bien que Guy lo sabe todo sobre ella. Sabe las cosas más terribles y, al estar frente a él, Willow no puede evitar sentirse increíblemente vulnerable.
—Bueno, ¿qué me dices? ¿Quieres que bajemos?
—Lo sabes todo de mí —le suelta Willow. Guy la mira sorprendido y ella se da cuenta de que lo que está diciendo no tiene sentido, que, por lo que él sabe, acaba de decir esto sin motivo alguno—. Lo que quiero decir es que no solo sabes que quería ver la amatista... —Se le rompe la voz, no sabe cómo continuar.
—Bueno, tú sabías que yo quería ver los dinosaurios, no entiendo...
—Es diferente —le interrumpe Willow—. Tú eres un tío, estás programado para que te gusten los dinosaurios.

—¿Sabes? Si yo te hubiera dicho que querías ser la amatista porque tú estás programada para que te gusten las joyas me estarías diciendo que soy un machista...
—No lo entiendes —dice Willow exaltada—. Me refiero a que tú sabes lo peor de mí y yo... no sé lo mismo de ti. Sé todo lo bueno pero... no sé qué es lo que te da vergüenza, no sé si hay algo en ti que no quieres mostrar a los demás.
—Oh... —Guy parece bastante sorprendido del giro que ha tomado la conversación.
—No importa —murmura ella después de un segundo—. Mira, vayamos a ver las piedras preciosas y ya está. —Le tira de la mano—. Vamos, olvida lo que he dicho.
Pero a Willow le está costando olvidar. Y por desgracia, cogerle de la mano no le está poniendo las cosas fáciles. Con cualquier otra persona cogerse de la mano sería la cosa más inocente del mundo, pero con Guy no es el caso. Sus manos, bonitas y grandes, que le han curado las heridas, solo le recuerdan que él sabe su peor secreto.
—Aquí estamos —dice cuando los dos entran en la sala de las gemas y los minerales. Al igual que en la exposición de los dinosaurios, están a solas. Ni siquiera hay un guarda de seguridad, probablemente porque aquí todo está guardado en vitrinas.
La sala no tiene ventanas, es un sótano. Pero el lugar está iluminado por la luz artificial y el peculiar brillo de las joyas. Este resplandor fantasmal y las irregulares formas que toma el cristal siempre le han hecho imaginar a Willow que estaba caminando por la superficie de la luna.
—¿Sabes? Creo que hay una ostra inmensa en algún lugar. Quizá no te guste pero yo la encuentro fascinante. Contenía la perla natural más grande que jamás se haya encontrado. No me acuerdo de cuánto pesaba pero... Espera un segundo, está justo ahí, si no recuerdo... —Willow se da cuenta de que está tartamudeando pero no sabe qué más hacer. Todo lo que ha dicho cuando estaban arriba está en el aire, y Willow desea desesperadamente poder volver a bromear amigablemente como hacían en el parque.
—¿Qué te parece? —le pregunta a Guy con un falso entusiasmo cuando se paran frente a la ostra.
—No creo que, en fin... No creo que haya nada de lo que me avergüence —dice Guy ignorando completamente la ostra
y volviéndose a mirarla—. No siento que haya hecho algo que deba ocultar a los demás. Nada que no sea completamente trivial. Seguramente habré copiado en algún examen de álgebra cuando estaba en octavo o algo así.
—Oh —dice Willow débilmente.
—Lo que quiero decir es que no hay nada en particular que me dé miedo que los demás descubran —continúa Guy—, las cosas no son así para mí. Lo que a mí me pasa es que no soportaría que mis amigos, ni siquiera Adrian, supieran lo que hay dentro de mí la mayoría del tiempo. —Hace una pausa y mira a Willow a los ojos. Ella se da cuenta de que, a pesar de toda la fuerza que tiene Guy, es tan vulnerable como ella.
—Ya ves, yo... Bueno, supongo que la mejor manera de describir cómo me siento. Es que tengo miedo, tengo muchísimo miedo. Y ya sé que en el fondo mucha gente

también lo tiene, pero aun así... Es decir, ya sé que Laurie también te diría que ella tiene miedo. Tiene miedo de que no la acepten en la universidad adecuada, o de que Adrian y ella tengan que ir a universidades distintas. Y no estoy diciendo que esos temores no sean reales para ella, pero lo mío es algo diferente. Lo que a mí me da miedo es entrar en la universidad adecuada, conseguir un trabajo adecuado y que, para los demás, todo parezca que va perfectamente, pero, en cambio, no lograr hacer o pensar nada excepcional. Y aunque mi vida esté bien en la superficie, yo sabré que he fracasado, y no en algo poco importante como los estudios, si no en la vida. —Para de hablar un segundo.

—Continúa —dice Willow, apretándole la mano.

—Vale, ¿recuerdas aquel día, en el depósito de la biblioteca, cuando me explicabas cómo es el trabajo de campo?

—Sí —asiente Willow.

—Bueno, estábamos bromeando y ya sé que te parecerá un ejemplo sin importancia, pero te dije que quizás a mí tampoco me guste el trabajo de campo porque me gusta darme mis buenas duchas. En fin, a veces me preocupa que toda mi vida esté basada en lo que es cómodo y fácil. Me preocupa poner demasiado empeño en lo que me hace sentir bien y nunca arriesgar para conseguir nada. Y me preocupa arriesgar y, aun así, no conseguir nada.

Willow no dice nada. Está demasiado ocupada pensando en todo lo que él le acaba de decir y no puede entender por qué ahora que él se ha expuesto completamente, se ha hecho totalmente vulnerable, solo le parece más fuerte.

—Pero estos últimos días ya no me preocupo tanto por esto —dice Guy—. Supongo que lo que me asusta ahora es no ser capaz de protegerte.

Willow le mira. No sabe muy bien cómo responder a esto tan maravilloso que le acaba de decir. Aprieta su mano con más fuerza y se da cuenta de que él se está acercando a ella lentamente, muy lentamente. Se siente como si los dos estuvieran debajo del agua, y sabe que él va a besarla.

—Ejem. —El guarda de seguridad se aclara la voz y los dos pegan un bote del susto.

Guy esboza una media sonrisa. Aunque Willow deseaba que Guy le besara se siente algo aliviada de que el guarda de seguridad lo haya evitado. El corazón le late con fuerza de miedo y de pensar cómo se hubiera sentido si la hubiera besado.

Porque ahora ella es la que está asustada, muy asustada. Y no de él, sino de ella misma o, mejor dicho, de lo que está sintiendo por él.

¿No lo sabías? Bueno, ¿es que no sabías que las cosas iban a acabar así?

Debería haberlo previsto. Desde la primera vez que hablaron en la biblioteca, que ella le habló de un modo en el que nunca le había hablado a nadie, ¿no podía ver entonces que esto iba a

pasar? Ella, además, había intentado evitarlo. El primer día, cuando él quería acompañarla a casa, ella intentó quitárselo de encima.

¿Qué había pasado con su resolución? No debería haberle llamado anoche. No puede creerse que haya pasado tanto tiempo con él, descubriendo cosas sobre él, que prácticamente le haya rogado que le cuente los secretos más profundos de su alma.
Y más que nada, no se puede creer que haya dejado que se le meta dentro y que signifique tanto para ella.
Willow sabe que, hace un año, si se hubiera encontrado en una situación así, con un chico así, se hubiera sentido increíblemente afortunada, pero ella ya no tiene nada que ver con la chica que era hace un año.
Es absolutamente sorprendente que su nuevo mundo —que es de todo menos admirable— posea una persona así. Pero, por desgracia para Willow, ella no puede permitirse sentir por él lo mismo que cuando vivía en su antiguo mundo.
El silencio entre los dos está empezando a ser violento. Willow sabe que Guy espera que sea ella la que diga algo en primer lugar. Que está esperando una respuesta para las cosas que le ha dicho y, aún más, quizás esté esperando una respuesta a su intento de besarla. Ella debería decir algo, corresponder a este regalo que le está ofreciendo, pero no puede. No puede decirle que se ha emocionado porque no se permitirá emocionarse. No puede decirle que le importa porque está haciendo todo lo que puede para que no le importe.
Willow no sabe qué hacer. Necesita huir de él, huir antes de que las cosas se compliquen, pero no sabe cómo salir de esta. No sabe cómo ignorar el ruego que él tiene escrito en la cara.
—Me juego lo que sea a que ha parado de llover. Debería ir a casa y ver si puedo avanzar algo del trabajo —es lo que
Willow se resuelve a decir—. Por el cambio de expresión de Guy —parece que le hayan dado una bofetada— juraría que es lo peor que se le podría haber ocurrido.
—¿El trabajo? —dice Guy como si no se lo pudiera creer—. ¿Me tomas el pelo? ¿Esa es tu respuesta? Vale. —Se aparta de ella y la empuja. A diferencia de antes, está claro que no ve el momento de perderla de vista—. Vale, haz lo que quieras. Supongo que yo iré a la biblioteca a ver si también puedo avanzar faena—. Habla con frialdad y Willow se da cuenta de que Guy está herido y confuso.
—Te acompaño —le dice sin pensarlo. Ahora Guy está más confuso que nunca. ¿Y cómo no iba a estarlo? Debe parecer una loca después de cómo le ha rechazado. Pero Willow todavía no se siente con fuerzas para separarse de él.
Y no puede soportar dejarlo con esa expresión en la cara.
—Como quieras —le dice Guy con indiferencia—. Venga, vamonos de aquí.
Ha parado de llover. El sol vuelve a brillar y corre una ligera brisa, pero Willow y Guy están completamente ajenos al maravilloso día que hace. Ninguno de los dos dice ni una palabra de camino a la biblioteca.
—Bueno, yo iba al depósito, como siempre. ¿Quieres venir? —Guy no la mira mientras le dice esto y Willow no entiende por qué él se molesta en preguntar. Si la situación

fuera al revés, ella no cree que se tomara la molestia de volver a hablarle. Tal vez Guy, al igual que ella, note que ha quedado algo pendiente en el aire.
—De acuerdo —asiente Willow.
Caminan en silencio por el campus hacia la biblioteca. Después de enseñarle los carnés a Carlos suben en el ascensor hasta el piso once. Corno de costumbre, están solos. Guy pulsa el interruptor de las luces y Willow cierra los ojos deslumhrada.
—No creas que lo que has dicho me ha dejado indiferente —dice de repente, cogiéndole de la muñeca y acercándose a él—. No es que no quisiera que me besaras. Es que no puedo permitir que me beses. No lo entiendes, no puedo permitirme eso a mí misma.
Guy se desenreda el brazo y le coloca las manos en los hombros.
—Tienes razón —le dice—, no lo comprendo. —Pero en su voz ya no hay ninguna frialdad.
—Quiero decirte algo. Voy a decirte algo —le corrige Willow. Ha tomado una decisión. El ha hecho tanto por ella que debe darle algo a cambio. Le coge las dos manos—. Ven, vamos a algún lugar donde al menos estemos cómodos. —Camina junto a él hasta el lugar donde estuvieron hablando de la conferencia de su padre.
—Voy a decirte algo —repite Willow. Se sienta con las piernas cruzadas y le estira del brazo para que se siente junto a ella, cerca, tan cerca como si estuvieran unidos desde el hombro a la cadera.
—Te escucho.
Guy parece tener sus reservas, pero escucha con atención.
—De acuerdo. —Willow toma una bocanada de aire—. Después del accidente estuve una semana en el hospital. No tenía nada, pero ya sabes, te tienen ahí en observación o algo así. En fin, lo único bueno de estar allí es que estaba tan sedada que no me daba cuenta de lo que estaba ocurriendo en realidad. Bueno, lo sabía, vale, pero no era consciente de ello. Estaba consciente solamente dos o tres horas al día. El resto, dormía. —Hace una pausa para ordenar sus pensamientos.
«Entonces, David y Cathy vinieron a recogerme. Por supuesto, me habían estado visitando todo el tiempo, pero habían venido a buscarme para llevarme a casa, a su casa. Obviamente tenía que irme a vivir con ellos, no podía volver y vivir sola, y David no quería irse de la ciudad. Lo arregló todo para que pudiera acabar el curso enviando trabajos extra y otras cosas. Iba bastante avanzada en la mayoría de las clases y, de todos modos, en mi antiguo instituto las clases acababan a mitad de mayo, así que solo faltaban unas ocho semanas. —Willow para de hablar. Sabe lo que va a decir pero simplemente es demasiado duro explicar algo que nunca antes ha habado con nadie.
»Fue terrible después del hospital. El hospital era, no sé, como vivir en una inconsciencia de todo. Pero estar con David y Cathy, sin sedantes ni pastillas para dormir, era una pesadilla. Estaba todo el rato como ida, pero no por las drogas, sino porque finalmente era consciente de lo que había hecho. Es decir, que entendí lo que

había pasado, me di cuenta realmente, pero no sentía dolor, no en aquel momento. Supongo que aún estaba en estado de *shock.*

»Después de una semana de pasarme todo el día en bata y durmiendo, David decidió que quería ir a casa a buscar los libros de nuestros padres para traerlos al apartamento. Ya te puedes imaginar que nuestra casa está llena de libros: te estoy hablando de miles y miles. Cuando llegamos a casa David me dio un destornillador para que desmontara una vieja librería que teníamos en el sótano mientras él se ocupaba de una que había en el primer piso. Ahora que lo pienso, no tiene sentido. O sea, ni siquiera hay espacio para tantos libros en el apartamento y, ¿para qué tenía que desmontar una estantería vieja y cutre? ¿Por qué no empaquetar los libros sin más? ¿Sabes qué creo que estaba pasando? Creo que, para David, destruir las estanterías era como para los griegos desgarrarse las vestiduras y arrancarse el pelo en señal de duelo. Creo que la cosa iba por ahí, pero la verdad es que no tuvimos mucho éxito en nuestra empresa.

»El caso es que yo estaba abajo, en el sótano, con el destornillador. Esta herramienta y yo nunca hemos sido buenos amigos, es como subir el Everest con zapatos de tacón, cosas que no casan. Y de repente, no sé, quizás era por lo de volver a estar en casa, no sé, o lo mucho que esos libros significaban para mis padres y el hecho de que yo estuviera a punto de desmontar la colección, pero, de repente, lo empecé a entender. No me refiero a pensar en ello, sino a comprenderlo, a asimilarlo. Fue como si de repente tuviera un inmenso dolor llamando a las puertas de mi conciencia: una sensación abrumadora, extrema, y sabía que, si la dejaba pasar, me vendría abajo.

»Y entonces, justo cuando pensaba que no tenía control sobre lo que iba a pasar me di cuenta de dos cosas: la primera era que el dolor emocional estaba desapareciendo, se iba, no iba a consumirme, y la segunda era que me estaba clavando el destornillador, que me estaba literalmente atacando a mí misma, y que el dolor físico que me estaba produciendo era mejor que cualquiera de los sedantes que me daban en el hospital. Simplemente estaba consiguiendo que todo lo demás desapareciera. Este dolor, este dolor físico, fluía por mis venas como si fuera heroína y yo era insensible, inmune al resto de cosas. No podía sentir nada más allá del dolor y entonces supe que había encontrado la manera de salvarme.

»Cuando viste esas heridas, pensaste que me quería suicidar, pensaste que todos esos cortes eran como prácticas antes de hacer acopio de valor para realizar mi siguiente objetivo. No lo entiendes, no has comprendido nada. Yo me estoy salvando.

»Me he enseñado, me he entrenado para no sentir nada más allá del dolor físico. Tengo un control absoluto sobre eso. ¿Lo entiendes? ¿Comprendes lo que esto significa?

Guy no dice nada, está pálido. Willow también está en silencio, agotada después de haber revelado tanto de sí misma, pero hay algo más que está ocurriendo. Allí lentada, junto a

él, Willow es absolutamente consciente de cada sensación de su cuerpo, del aspecto que tienen sus brazos con las mangas subidas, de la textura de la piel de Guy en contacto con la suya y de cada sensación que todas estas cosas despiertan en su interior. Y se da cuenta de que, por mucho que intente evitarlo, por mucho que intente sentir solamente dolor, ahora mismo está sintiendo algo más y no hay nada que desee más que besarlo.

Le sorprende que su estado de ánimo haya cambiado tan repentinamente. ¿Cómo ha podido transformarse la angustia en deseo?

Tal vez sea porque jamás se había mostrado tanto ante otra persona. Tal vez porque quiere descubrir si su hipótesis es acertada. ¿De verdad es tan peligroso para ella sentir algo? ¿Besarle, sentir algo por él, enamorarse de él será realmente tan desastroso?

Esta vez ella es la primera en inclinarse. Está arrodillada frente a él, le coge del cuello de la camisa y lo atrae cerca de ella. Él está claramente más sorprendido que ella por todo esto, pero se deja llevar. Sus labios se encuentran, ella se acerca aún más hasta sentarse en su regazo, le coge las manos, que él había colocado sobre las caderas de ella, y las coloca sobre sus pechos. Solamente le falta devorarlo, en su desesperación por ver si puede tener algo en la vida más allá de su dependencia con la cuchilla.

Willow no sabe el momento preciso en que ese extraordinario placer que está sintiendo se convierte en el terrible dolor que tanto temía. Las imágenes del accidente empiezan a colarse entre sus párpados cerrados luchando por acaparar la atención de Willow, alejarla del rostro de él al que ella se aferra. Un terremoto de emociones amenaza con asaltarla. De repente vuelve a sentarse en el suelo junto a las estanterías.

—No puedo. —Willow aparta a Guy de su lado—. ¡No puedo!

Respira con dificultad. Apenas se da cuenta de que Guy está de rodillas, frente a ella. El salpicadero lleno de sangre, los brazos y piernas de su madre, rotos, eso es todo lo que ve. Willow se tapa los oídos en un vano intento de ahogar los terribles sonidos del accidente.

Se levanta de un salto, se aleja corriendo de él, busca en el bolsillo la cuchilla que siempre lleva con ella.

Pero en el instante en que se dispone a cortarse, a salvarse, a acabar con esas visiones de pesadilla, las manos de Guy caen sobre las suyas. La obliga a volverse a sentar en el suelo.

—No. —Guy hace un gesto firme de negación—. No aquí. No ahora. No delante mío.

—Pero tengo que hacerlo —Willow jadea—, déjame en paz. ¡Déjame hacerlo!

Guy se coloca de cuclillas frente a ella y la mira con solemnidad.

—De acuerdo —dice finalmente—. Entonces hazlo, pero no de esta manera, como un animal acorralado. Tendrás que hacerlo delante de mí.

—Tú... quieres... —Lo mira boquiabierta. No puede imaginarse a sí misma cortándose frente a él. Es algo tan íntimo que hace que su beso parezca un simple apretón de

manos. No puede hacerlo. Simplemente no puede hacerlo. Se sienta en el suelo con la cuchilla pendiendo inútilmente de su mano.
Pero las imágenes que invaden su cabeza no paran y solo hay un modo de acabar con ellas.
Willow ni siquiera parpadea mientras introduce la cuchilla en su piel. Mira a Guy consciente de que, aunque está vestida, es como si se hubiera desnudado frente a él. Le duele. Le duele muchísimo pero en unos segundos el dolor fluye por su cuerpo como un opiáceo, apartando completamente todo lo demás.
—Oh, Dios mío. ¡Oh, Dios mío! —Ahora Guy es el que se cubre la boca con una mano— ¡Para! ¡No puedo verlo!
Coge la cuchilla y la lanza al otro extremo de la sala, le coge del brazo y mira la sangre, coge a Willow con fuerza y la estrecha contra su pecho.
Willow está tan cerca que vuelve a sentarse en su regazo.
Está tan cerca de él que es como si respiraran el mismo aire.
—¿Es que no te vas a permitir sentir nada que no sea dolor?
—Él la coge con más fuerza de la que ella se pudiera imaginar.
Willow se deja caer sobre el pecho de Guy. Ahora que la cuchilla ha cumplido su función ya no le resulta tan abrumador estar allí con él. Le mira con los ojos medios cerrados mientras él le limpia la sangre del brazo con la camisa. Ahora que se ha sedado, a Willow nada le gustaría más que estar así con él, para siempre.
Pero en lugar de eso hace lo siguiente que le gustaría más. Se queda allí hasta que las luces se apagan y se quedan los dos a oscuras. Se queda allí tanto tiempo que se le pasa la hora de llegar a casa. Simplemente se queda allí, sentada de aquella manera, todo el tiempo que puede.

Digitalizado por Shuk_Hing

12

Willow estaba segura de haber perfeccionado la técnica de fingir que presta atención en clase cuando tiene la cabeza en la luna de Valencia. Sabía cómo hacer ver que estaba produciendo apuntes a nivel industrial cuando en realidad no hacía más que garabatear en el papel, sabía cómo fingir que seguía la lectura del libro aun teniéndolo abierto por donde no tocaba, y sabía cómo asentir a lo que decía la profesora en los momentos clave y parecer que estaba escuchando.

Pero, por alguna razón, esas discutibles habilidades parecen haberla abandonado. Porque hoy Willow sabe que, para cualquiera que se moleste en mirarla, es demasiado obvio que, aunque físicamente está en clase de francés, su mente está muy lejos de aquí.

No puede parar de pensar en lo que pasó en el depósito. No puede parar de pensar en lo que pasó con David hace dos noches, y no puede parar de preguntarse cómo actuará, cómo debería actuar la próxima vez que vea a Guy o a su hermano.

Al menos ha tenido un respiro en lo que se refiere a su HERmano. Anoche, cuando finalmente llegó a casa temiendo un enfrentamiento inevitable, Cathy le recordó que David había tenido que ir a otra conferencia y no volvería hasta mucho más tarde. Y Cathy tampoco mencionó el altercado. Ya le había expresado sus sentimientos en la nota, y Willow le agradeció que no tuviera intención de volver a sacar el tema.

Willow está segura de que, cuando vuelva a ver a David, la situación será muy violenta, pero no tiene absolutamente ni idea de cómo serán las cosas cuando vuelva a ver a Guy No hay ninguna razón para pensar que no vaya a ir bien, mejor que bien, de hecho, si no fuera porque ella misma está lejos de sentirse bien.

Willow cierra los ojos y un torrente de imágenes de la tarde anterior le pasan por la mente. Es imposible pensar en el día que pasaron juntos sin que se le mezclen los sentimientos: fue genial hablar con él; jamás debería haberle explicado cómo empezó a cortarse. Fue maravilloso besarle; fue aterrador besarle. Fue increíble oírle hablar de sus miedos y esperanzas; ella no es suficientemente fuerte para enfrentarse al dolor de otra persona.

Las cosas eran más simples antes de que él apareciese en su vida. Estaba el accidente por un lado y la cuchilla por el otro. Toda su vida giraba en torno a eso. Ahora las cosas distan mucho de ser simples.

Suspira profundamente, no puede evitar darse cuenta de que la chica que se sienta a su lado la mira de un modo extraño.

Tal vez solo necesite un poco de tiempo para poner las cosas en orden. Al fin y al cabo, ¿quién le dice que lo vaya a ver hoy? Ya es la última hora de clase, puede ser que él no esté fuera, no la ha llamado, ella es la que...

A Willow se le escapa la risa. No muy fuerte, pero lo justo para que la chica que se sienta a su lado la mire otra vez con cara rara.
Pero esta vez, no le importa. Le parece absurdo que, después de todo lo que ha pasado, lo primero que piensa sea *¿Me llamará él o debería llamarle yo?* El tipo de cosas que Markie y ella pasaban horas discutiendo. Por un segundo vuelve a sentirse como una chica normal.
La clase termina y Willow sale del aula con el resto de sus compañeros. Mientras avanza por el pasillo va mirando a los lados entre aliviada y decepcionada de no verle por allí.
Bueno, tú querías estar un rato sola para pensar, ¿no?
Hay un montón de estudiantes yendo de acá para allá en la entrada del instituto pero, una vez más, Guy no está por ninguna parte. Sin embargo, Willow ve a Chloe y Laurie y se acerca a ellas.
—Bueno, ¿qué te parece? —Laurie sonríe a Willow girando sobre uno de sus talones.
Willow está algo confusa hasta que se da cuenta de que le está pidiendo su opinión sobre los nuevos zapatos.
— ¡Oh, son geniales! —dice Willow con admiración—. Y me encanta el color.
— ¿Verdad que sí? No me puedo creer que les quedara un par de mi talla. Y son muy cómodos.
—Tendrías que haber venido con nosotras —dice Chloe—. Tenían un montón de cosas geniales rebajadas. Yo me compré dos pares, pero hoy no me los he puesto —añade cuando Willow le mira los pies.
— ¿Qué te compraste?
—Los mismos que Laurie, aunque le he prometido que no me los pondría hasta el año que viene, que iremos a facultades diferentes. —Chloe pone cara de pena—. Y otro par que son más bien para ir de fiesta que para llevarlos al instituto, pero son una pasada. Negros. Superaltos. De tiras.
—Íbamos hacia el parque —dice Laurie—. Ya no nos queda dinero para hacer mucho más. ¿Te apetece venir con nosotras hoy?
—Sí, claro —responde Willow unos segundos más tarde. Probablemente eso sea precisamente lo que ella necesita. Ni escenitas con su hermano, ni ensayar las escenas de antemano, ni pasarse el rato pensando en Guy y en cómo van a ir las cosas con él. Nada más simple que pasar la tarde en el parque hablando de algo tan poco emocional como son los zapatos. Perfecto.
—Oye, ¿te han dado las prácticas aquellas para las que hiciste la entrevista? —le pregunta Willow a Laurie mientras cruzan la calle y se dirigen hacia el parque.
— ¿Es que a estas alturas aún no te has dado cuenta de lo peligroso que es preguntar cosas como esa? —dice Chloe apartando una piedra del camino de una patada.
Willow la mira sin entender nada pero las dos chicas se sonríen en cuanto Laurie se lanza con su diatriba sobre los pros y los contras de trabajar por una recomendación en lugar de por dinero.

—O sea, que quedaría muy bien poder tener este tipo de experiencia. —Laurie se muerde el labio con impaciencia—. Pero, por otra parte, me encantaría poder tener dinero ahora mismo. Sobre todo después de haberme gastado casi todo lo que tenía el otro día. Aunque la cosa es que ni siquiera sé si me han dado las prácticas. Esta semana me tendrían que decir algo...
— ¿Qué piensas de Andy? —interrumpe Chloe de repente.
— ¿Quién, yo? —pregunta Willow.
—Sí, bueno, ya sé lo que piensa Laurie.
— ¿Y cómo va a saberlo Willow? —protesta Laurie—. ¡Si apenas se han hablado!
—Es verdad —coincide Chloe—. Tiene unos buenos brazos, ¿verdad? El remo es el mejor deporte para los brazos, es lo que más los desarrolla.
—Sí, claro. —Willow no recuerda para nada los brazos de
Andy, pero está totalmente de acuerdo con Chloe. El remo realmente pone unos brazos increíbles. Se gira, consciente de que a no todo el mundo le va a parecer bonito que se sonroje—. ¿Te... te gusta? —le pregunta Willow después de un momento.
—Digámoslo de esta manera —suspira Chloe—. Ahora mismo es el único chico que muestra interés en mí.
—Tal vez deberías darle una oportunidad —interviene Laurie—. Al fin y al cabo no le conocemos mucho más que a Willow.
—No es nuevo, ¿verdad? —Willow frunce el ceño—. Quiero decir, ¿cómo es que no lo conocéis apenas?
—No, no es nuevo ni nada por el estilo —dice Chloe al entrar en el parque—. Pero es que antes nunca íbamos con él.
—Antes salía con la chica más horrible del mundo —añade Laurie mientras se sientan en el césped—. Elizabeth no sé qué. Pero el año pasado ella se fue del instituto. —Se quita los zapatos y se frota el pie con la mano—. No me los tendría que haber puesto dos días seguidos.
—Sí, me parece un poco preocupante que se haya fijado en mí después de ella. —Chloe reprime un escalofrío—. O sea, ¿es que me parezco en algo a Elizabeth? —Mira a Laurie.
—Sí, eres clavadita a ella. Por eso eres mi mejor amiga desde hace tres años. Por Dios, estas ampollas me están matando.
— ¿Pero no nos acabas de decir que son tan cómodos? —Chloe arquea una ceja.
—Cómodos para ser de tacón.
—Yo tengo tiritas —se ofrece Willow. Se pone a buscar por su mochila la caja que le compró Guy.
—Vas siempre tan bien preparada... —observa Chloe.
— ¿Qué quieres decir? —pregunta Willow con precaución. Le pasa las tiritas a Laurie.
—No sé —Chloe se encoge de hombros—, es como si siempre llevaras las cosas que la gente necesita, como cuando estábamos aquí con Andy y tú llevabas las toallitas esas.

—Oh —asiente Willow. Se pregunta si Chloe se habrá dado cuenta de que lleva un repertorio de cosas bastante inusual, más aún que la laca de uñas y toda la parafernalia que suele tener Chloe. Siente que se ha puesto en evidencia, incluso un poco culpable, como si fuera una heroinómana y la acabaran de pillar en sus trapicheos.
—En fin, volviendo a lo de Andy... ¡Ay! —exclama Laurie al reventarse una de las ampollas que tiene un aspecto bastante feo—. No tomes ninguna decisión sobre él todavía, quién sabe, tal vez resulte ser majo. Seguro que cuando venga Adrián se lo traerá y...
— ¿Viene Adrián? —suelta Willow. No sabe por qué le sorprende tanto. Tiene sentido, es obvio que él y Laurie están juntos pero...
—Sí, tiene que hacer un par de cosas después de clase y nos ha dicho que nos veríamos aquí. —Laurie le vuelve a pasar las tiritas a Willow.
—Oh. —Willow se pregunta si Guy también se apuntará.
—Seguramente Guy vendrá con ellos —dice Laurie, como si pudiera leer la mente de Willow—, porque tenía que acompañar a Adrián a no sé qué recado.
—Me da igual quien venga, solamente espero que traigan Coca-Cola light.
—Pues sería una buena idea, ¿no? —Laurie mira a Willow—. Quiero decir, y no te metas conmigo, Chloe —dice cuando la otra chica se dispone a hablar—. Te gusta, ¿verdad? No quería molestarte el otro día pero, venga, cuéntanoslo.
—Sí—dice Willow—, me gusta. —Para sus adentros piensa lo suave y pálida que suena la palabra gustar para describir sus sentimientos. Pero, por mucho que sienta por él, solo desea que no aparezca. Esperaba tener un poco de tiempo a solas pan poner sus ideas en orden y no esperaba que, la primera vez que se vieran, fueran a estar en compañía.
—Él sí que es alguien que vale la pena que se interese por ti. —Chloe se inclina hacia delante con los ojos chispeantes—. Oh, no te preocupes. —Le toca el brazo a Willow—. Hace tres años que lo conozco y... nada. —Se encoge de hombros con elocuencia.
—Bueno, no es exactamente lo que estáis pensando —dice Willow—. O sea, que solo...
—Hablando del rey de Roma... —le interrumpe Laurie mirando a Willow de lado.
—Y no llevan Coca-Cola light —refunfuña Chloe—. A lo mejor le puedo pedir a Andy que vaya a comprar una a los tenderetes de perritos calientes. Siempre hay un par en el parque, por alguna parte. No tardará mucho.
Willow se gira para mirar a los tres chicos que se acercan.
Las manos le tiemblan un poco y deja la caja de tiritas en la hierba. Maldice entre dientes y se enfada consigo misma por estar tan nerviosa. Bueno, al menos ya no tiene que preguntarse cómo se sentirá cuando vea a Guy.
— ¡Ay! Benditos tiempos aquellos en que ellos hacían todo lo que les ordenabas —dice Laurie riendo.
—Claro, como si comprarme una Coca-Cola light se pudiera comparar a todas las cosas que hace Adrián por ti.

— ¡Chist! —Laurie le da un codazo a Chloe—. Se piensa que todo el mundo es así. Por favor, estuve meses para entrenarlo, no vayas a darle ideas ahora. —Para de hablar en cuanto los chicos están lo suficientemente cerca para oírlas.
—Hazme un favor —le dice Chloe a Andy mientras él se acerca y deja la mochila junto a ella.
Willow mira cómo Adrián se acerca y besa a Laurie. Antes de verlo, puede sentir cómo Guy se sienta enfrente suyo. Deja la caja de tiritas en la mochila. No debería haber nada raro en esto. Él le gusta de verdad y, a menos que se equivoque totalmente, ella le gusta a él. Entonces, ¿dónde está el problema? No hay nada inusual en ello.
A menos que no sea porque todo el tiempo que han pasado juntos ha sido de lo más inusual.
—Cómprame una Coca-Cola light —le pide Chloe a Andy—. No, dos, por favor.
—Hola —le dice Guy a Willow. Le sonríe. No del mismo modo que lo hacía cuando estaban juntos. No hay nada especialmente íntimo en ello, pero sigue siendo genuino. Willow le mira. Vale, él no se siente incómodo, así que ella tampoco va a sentirse incómoda.
—Oye, ya que vas, cómprame un Sprite. —Laurie busca en los bolsillos a ver si lleva suelto.
—Hol... —empieza a decir Willow.
— ¿Alguien más quiere algo? —le interrumpe Andy al pasar entre ella y Guy No solo le pega cortes al hablar, también lo hace físicamente—. ¿Qué me dices, Willow?
—Em... No quiero nada. —Willow sabe que solo intenta ser amable, pero aun así, le irrita. ¿Era necesario que se pusiera en medio de este modo?
Ahora Willow tiene la posibilidad de sonreír a Guy pero él está demasiado ocupado buscando algo en su mochila para darse cuenta. Mientras Guy revuelve las cosas en su mochila, Willow puede ver el lomo azul de piel de *La tempestad* metido entre el resto de libros. No iría todo el día cargando con el libro a menos que significara algo para él, ¿no? A menos que ella signifique algo para él.
El levanta la mirada de repente y sus ojos y los de Willow se encuentran. Willow no puede evitarlo *y* se sonroja. Aparta la mirada un segundo, le da vergüenza, pero enseguida se vuelve a girar hacia él decidida a superar la extrañeza del momento y, finalmente, poder decirle hola. Lo único es que, al mirarle, es imposible no pensar en todas las cosas que han pasado. Su mente se impregna del recuerdo de lo que sintió al besarle, anulando el aquí y el ahora. Parece como si los rasgos de Guy estuvieran fragmentados, es como si las imágenes de lo que ocurrió en el depósito le cubrieran la cara.
Willow se sonroja aún más al recordar cómo le cogió las manos y le forzó a que le tocara los pechos. Y luego, como si no fuera suficiente, recuerda cómo empezó a cortarse delante de él. No puede pensar en todo esto ahora. Sería diferente si estuvieran solos pero, ¿rodeados de todos los demás? Willow deja caer la cabeza entre

las manos un instante como si, al taparse los ojos, pudiera conseguir apartar todas las imágenes.
— ¡Willow! —exclama Laurie alarmada—. ¿Estás bien?
—Oh. —Levanta la cabeza rápidamente.
Esto no va bien.
—Me duele la cabeza. Siempre me cogen unas migrañas tremendas —balbucea.
Evita mirar a Guy y evita mirar al resto del grupo.
— ¿Y no llevas una aspirina en esa bolsa tuya? —le pregunta Chloe.
—No, bueno, el caso es que tengo muchísimo trabajo... Debería ir tirando. —Willow sacude la cabeza con pesar—. Nos vemos luego, ¿vale? —Recoge sus cosas y se levanta. Lentamente, con calma, como si en realidad deseara poder quedarse más rato.
Willow se gira y camina hacia la salida del parque resistiendo a la tentación de echarse a correr.
Bueno, ha ido bien, ¿no?
Si antes ya se sentía avergonzada e incómoda, ahora ya no tiene palabras para describir cómo se siente. Por un momento sopesa la posibilidad de darse cabezazos contra el muro que rodea el parque. Sería un cambio en lugar de cortarse.
Lo que tiene que hacer ahora es irse a casa, olvidar los últimos veinte minutos, borrarlos. Llegar a casa y...
Bueno, y como si no hubiera ya pillado el hecho de que soy un poco diferente...
Y si le sigue, ¿que hará ella? Tal vez su primera reacción fuera la adecuada, tal vez solo tenga sitio para una relación.
Una lástima que esa relación resulte ser con un trozo de metal afilado.
¡No pienses en ello! ¡Ya lo solucionarás más tarde! ¡Ve a casa! ¡Abre el libro de francés! ¡Ponte con el trabajo!
Willow no puede evitar revivir todo el incidente de camino a casa. Se debate entre convencerse de que lo que ha pasado no ha sido tan terrible y sentir que lo ha echado todo a perder.
Pero ¿echar a perder el qué?
¿Es que tengo algo que pueda echar a perder?
Se muere de ganas de poder sentarse en su escritorio. A lo mejor ponerse a trabajar resulte ser la distracción que realmente necesita. Pero, por desgracia, al abrir la puerta oye los sonidos de Isabelle que grita como si le fueran a estallar los pulmones. Cathy la sostiene en brazos mientras camina de acá para allá hablando por teléfono. Se nota que está totalmente agobiada. Willow deja las llaves en la mesita del recibidor y entra en la cocina.
— ¿Cathy?
— ¡Qué bien que estés aquí! —dice Cathy entre los gritos de la niña—. ¿Qué? —Habla por teléfono—. De acuerdo, gracias, sí, encarga la receta en la farmacia. —Cuelga y mira a Willow.

— ¿Qué pasa? ¿Qué haces en casa? ¿Está enferma Isabelle o algo así?
—Está ardiendo, pobrecita. —Cathy coloca los labios en la frente de la pequeña—. Me han llamado al trabajo para que fuera a recogerla. Solo es una infección de oído, el médico dice que no hay nada de que preocuparse, que fiebres tan altas son de lo más normal... —Está claro que intenta convencerse a sí misma tanto como a Willow—. Tengo que ir a la farmacia a por unos medicamentos. ¿Estarás bien hasta que vuelva?
—Claro —dice Willow cogiendo a Isabelle de los brazos de Cathy. Ahora no es el mejor momento para recordarle que David no aprobaría que ella se quedara con el bebé—. Estaré bien —dice con calma—. Ve a la farmacia.
—Gracias —dice Cathy poniéndose el jersey y cogiendo el monedero—. No sé cuánto voy a tardar, a veces te hacen esperar mientras preparan la receta. Volveré tan rápido como pueda. —Sale a toda prisa por la puerta.
Willow se acerca a la ventana con Isabelle en brazos y mira a Cathy correr calle abajo.
—Me sabe mal que te encuentres tan mal —le dice a Isabelle mientras la mueve arriba y abajo sobre su cadera. Pero Isabelle parece haberse calmado un poco y ya no llora con tanta fuerza como hace un rato. Apenas le caen un par de lágrimas acompañadas de pequeños sollozos. Willow piensa en lo maravilloso que sería, aunque solamente fuera por Isabelle, que cuando Cathy regresara todo estuviera perfectamente bajo control, Isabelle calmada, puede que incluso durmiendo, la cocina limpia...
— ¿Verdad que sería genial, cariño? ¿A que te sentirías mejor?
Willow desea con toda su alma poder corresponder de algún modo la fe que Cathy tiene en ella. No es solo eso, está segura de que cuidar de Isabelle, hacerlo a la perfección, puede ser una minera de suavizar las cosas con David cuando finalmente llegue a casa.
Y si está totalmente concentrada en Isabelle no tendrá tiempo de pensar en lo que ha ocurrido en el parque.
Aunque, por supuesto, no está muy segura de lo que significa cuidar a Isabelle a la perfección. Al fin y al cabo, no hay muchas opciones con un bebé enfermo. Tal vez darle de comer, cambiarla, pueden ser buenos comienzos. De hecho, parece que está mojada.
—Bueno, pues vamos a cambiarte y después haremos algo de comer. Quieres, ¿verdad?
Willow entra en la habitación de Isabelle y la estira en el cambiador. La verdad es que debería tener experiencia cambiando pañales a estas alturas —ha hecho de canguro desde que tenía trece años—, pero nunca ha cambiado a Isabelle. No es que sea un reto pero es un poco más difícil de lo que había pensado porque Isabelle, a diferencia de todos los bebés que Willow ha conocido en su vida, lleva pañales de tela.
David siempre le da la tabarra a Cathy con el tema, ya que estos pañales son muchísimo más caros que los pañales desechables, difíciles de encontrar, y mucho más incómodos en cualquier aspecto, pero Cathy, que ha estudiado derecho medioambiental, siempre insiste en ello.

—Vale, no puede ser tan difícil... —Willow coge uno de los pañales y dos imperdibles. Sin embargo, Isabelle no parece querer cooperar. Está claro que la pobre criatura no se encuentra bien. En lugar de estar quieta no para de moverse y dar patadas y Willow, que no está acostumbrada a usar imperdibles con los pañales, la pincha. Bastante fuerte, a juzgar por los gritos del bebé.
— ¡Oh, no! —Willow está horrorizada. ¿Cómo ha podido hacer algo así? Observa paralizada el diminuto punto rojo que marca la piel tierna y perfecta de su sobrina. Hay algo terriblemente obsceno en destruir a algo tan perfecto.
Lentamente Willow extiende la mano y toca el lugar donde ha pinchado a Isabelle. Al igual que hizo Guy, la mano de Willow cubre completamente la marca que le ha hecho. Bueno, no es tan sorprendente. Lo que le ha hecho a Isabelle es muy diferente de los cortes que marcan su propio estómago. Pero ¿y si esta pequeña marca en la piel de Isabelle se hiciera más grande? Por unos instantes Willow imagina la piel de Isabelle llena de marcas, infligida por la cuchilla del mismo modo que su propia piel. ¿Cómo se sentiría si dentro de pongamos diez o quince años descubriera que Isabelle se corta? Willow aparta la mano bruscamente.
¿Y si hubiera matado a David y a Cathy, entonces qué? ¿Seguiría pensando que es tan horrible que se cortara?
Termina de cambiarle el pañal a Isabelle sin más incidentes, aunque con las manos temblorosas, y la lleva a la cocina.
—Eso no ha sido exactamente un buen comienzo, ¿no crees? —dice con la voz rota. Hasta aquí han llegado sus intenciones de cuidar perfectamente de su sobrina. Al menos Isabelle ha parado de llorar. Willow no puede evitar sentir que la pequeña se ha recuperado mucho más rápido que ella del episodio.
— ¿Qué te parece si te hago algo para comer? —Abre los armarios y busca en su interior. Hoy ya ni siquiera quedan las galletas saladas y los potitos—. Era de esperar. —Willow cierra las puertas y se dirige a la nevera.
Al menos parece un territorio más prometedor. Hay media docena de huevos y un poco de mantequilla entre otras cosas. Willow sienta a Isabelle en la trona y coge un par de huevos y un bol. Coloca la sartén sobre el fogón y echa un poco de mantequilla. Mientras bate los huevos piensa en lo que acaba de ocurrir. Sin pensar en lo que hace tira los huevos en la sartén y deja el bol en el fregadero.
Willow mira por la ventana pero apenas ve el parque en el exterior. Lo único que ve es la piel perfecta de Isabelle. Está tan metida en sus pensamientos que por un momento se olvida de que la sartén está en el fuego.
Willow da la espalda a la ventana y se queda sin aliento. Los huevos están ardiendo. La sartén está ardiendo. La cocina está ardiendo.
Otra vez no.
Eso es lo primero que piensa. *Lo ha vuelto a hacer.* David tenía razón, no hay duda de que Willow va a acabar con el resto de la familia. Cuando le empiezan a llorar los ojos

del humo se le ocurre otra idea. ¿Y si esta vez lograra salvar a Isabelle? ¿Y si esta vez las cosas pudieran ser diferentes?
Se recrea imaginándose a sí misma como una heroína.
Sin embargo, el humo empieza a disiparse y Willow puede ver que, efectivamente, no hay ningún fuego. Al fin y al cabo, ¿qué probabilidades había de que un par de huevos revueltos quemados se convirtieran en un incendio de primer orden?
Ni hay fuego, ni va a matar a Isabelle, ni la va salvar en un gesto heroico. Ella no es más que una chica que ha dejado la cocina hecha un cisco, que es incapaz de cuidar de su sobrina del mismo modo que es incapaz del resto de cosas últimamente.
Willow recoge la sartén humeante y la tira en el fregadero, donde chisporrotea y hace mil ruidos furiosos. Al mirar el humo que se le eleva hasta el techo Willow piensa que, por una vez, David estaba siendo totalmente honesto cuando dijo que tenía reservas a la hora de dejarla a cargo de una niña de seis meses simplemente porque está demasiado alterada por todo lo ocurrido. Basándose en las evidencias, a Willow no le queda más remedio que estar de acuerdo con él.
Suena el timbre de la puerta. Willow solamente espera que no sea Cathy que va tan cargada de bolsas que no puede ni coger las llaves, o aún peor, David, que ya regresa de la conferencia.
Al menos dejadme un poco de tiempo para limpiar, por el amor de Dios.
Pero al abrir la puerta, Guy es quien la espera al otro lado.
Esta vez Willow no se sonroja ni se pone nerviosa de lo aliviada que está al ver que no se trata ni de Cathy ni de David.
— ¿Migrañas? —Guy está apoyado en el marco de la puerta.
—Sí. Bueno, pensé que decir que lo de la peste bubónica no iba a colar. Entra.
Da un paso hacia atrás y abre la puerta del todo.
—Huele a quemado.
—No me digas —dice Willow.
Camina frente a él hacia la cocina.
— ¿Qué estás haciendo?
—Mmm... —Willow mira la cocina llena de humo. Su plan, cuidar de Isabelle a la perfección no podría haber fracasado más estrepitosamente—. Supongo que seguir con lo de destrozar mi vida y la de cualquiera que tenga el valor de acercarse a mí. —Se acerca al fregadero y coge una esponja, dispuesta a limpiar la sartén quemada—. Creo que eso suena bastante bien, ¿tú qué crees?
—Solo porque has quemado unos... —se acerca a ella y mira la sartén—, mmm... imagino que en algún momento eso eran huevos, ¿no?
—No, esa no es la única razón. —Willow ataca la sartén con la esponja. No se le va la suciedad. Debería haberla dejado en remojo primero.
De repente todo el proceso de limpiar la sartén le parece inútil. Se pregunta qué pasaría si simplemente la tirara por la ventana. En lugar de eso, busca el cubo de la

basura que hay bajo el fregadero. Tal vez si la cubre con el resto de basura David y Cathy ni se den cuenta.
— ¿Vas a tirarla? —Parece que a Guy hasta le divierte.
Willow se encoge de hombros.
—Por cierto, esta es Isabelle.
—Acerca de las migrañas de las que hablabas en el parque... —empieza a decir Guy, pero le interrumpe el sonido de la llave en la puerta y la voz de David saludando.
—Eo, he vuelto. ¿Quién hay?
Willow se alegra de que ya no haya casi humo y de haber conseguido deshacerse de la sartén, pero preferiría que su hermano no entrara en la cocina todavía. Coge a Isabelle y sale al recibidor.
—Hola —dice con cautela. Después de todo, esta es la primera vez que ve a David después del choque que tuvieron hace dos noches. No tiene ni idea de cómo debe actuar frente a él. Teniendo en cuenta lo taciturno que ha estado David últimamente, es difícil que sea capaz de decir algo delante de Guy. Aun así, imagina que hará algún tipo de referencia a lo de la otra noche, aunque solamente sea porque quedarse ella sola con Isabelle pueda volver a desatar la pelea.
—Hola —saluda David a Guy, aunque es evidente que está preocupado—. ¿Qué ocurre? —pregunta confuso—. ¿Dónde está Cathy? —David extiende los brazos para cogerle la niña a Willow.
—Ha ido a la farmacia —dice Willow—. Isabelle está enferma. Creo que Caty dijo que tiene una infección de oído.
— ¿Y no has intentado ponerla a dormir un rato? —pregunta con suavidad.
Willow no puede creerse que haya sido tan tonta. Por supuesto, eso hubiera tenido mucho más sentido que todas las demás cosas que ha intentado hacer. Se prepara para la bronca de David.
Sin embargo, no parece que a David le preocupe mucho echarle una reprimenda. Está mucho más interesado en el bienestar de Isabelle. Willow sabe que esto es lo natural y lo correcto. Además, no tiene ningún tipo de interés en revivir la situación de la otra noche. Pero al ver como David besa a su hija se siente atacada por un dolor tan brutal, tan intenso, que casi se dobla en dos.
Se lleva la mano al estómago. Por un segundo está convencida de que se va a desmayar. El dolor es tan intenso que ella misma se sorprende cuando ve que no le está saliendo sangre a través de la ropa, que su dolor no es nada que ella misma se haya autoinfligido. Este es el dolor contra el que ella llevaba tanto tiempo luchando.
Es evidente que la principal preocupación de David es su propia hija. A Willow no le duele el hecho de no ser la primera para él. Lo que a Willow le duele es que ya nunca más será la primera para nadie. Ya no será la hija de nadie. Esto es algo que le ocurre a todo el mundo. Algún día también le ocurrirá a Isabelle, pero seguramente no a una edad tan temprana como le ha pasado a ella.

— ¿Willow? —David la coge del hombro, lo que no es fácil ya que todavía tiene a Isabelle en brazos—. ¿Qué te pasa?
—Estoy bien, solo es que... —Willow se pone recta. El dolor se ha ido. No sabe muy bien cómo, solo puede sentirse agradecida de que se haya ido—.Únicamente es que estoy un poco... —Busca las palabras adecuadas. Las migrañas no funcionarán con David—. Estoy muy cansada, eso es todo. Vamos.. . Voy arriba a estirarme. —-Hace una mueca al oír las palabras que ha escogido y se pregunta si David o Guy se han dado cuenta, pero parece que David vuelve a estar ocupado con Isabelle.
—Venga —le dice Willow a Guy—, vamos.
Willow sube por la escalera hacia su habitación. Lo ocurrido acaba de dejarla agotada emocionalmente. Siente como si pudiera dormir durante miles de años. Abre la puerta de su habitación y mira su cama con ansiedad. Se pregunta qué hará Guy si ella simplemente se mete bajo las sábanas y cierra los ojos.
En lugar de eso se sienta en su escritorio y es Guy el que se estira en la cama. No se mete debajo de las sábanas sino que se sienta y se reclina sobre las almohadas. Willow se siente de todo menos cómoda al verlo así en su cama y tiene que apartar la vista unos segundos para serenarse.
Pero, a pesar de sentirse tan incómoda, a pesar de que aún se está recuperando de lo que ha ocurrido abajo, al verlo así, sin las complicaciones del resto de la gente, se da cuenta de repente de cuáles son sus sentimientos. Es incapaz de decir racionalmente que estar con él le resulta demasiado difícil, que solamente puede serle fiel a la cuchilla. No tiene fuerzas para tomar una decisión así. No puede hacer nada que no sea estar con él.
—Respecto a lo del parque —dice Guy—, me preguntaba si lo de esas migrañas tuyas eran una manera de...
—Oh —Willow le interrumpe—, yo... estaba... —Desearía poder decirle que se ha marchado corriendo del parque porque no podía parar de pensar en el modo en que la besó, pero decir eso le resulta aún más intimidante que el propio recuerdo—. Yo, es que, yo solo... Bueno, no iba a hacer nada.
Espera que Guy haya pillado la indirecta. Seguramente esa sea la razón por la que le está preguntando esto, porque le preocupa que haya tenido un encuentro con la cuchilla.
—Ya, bueno, no estaba pensando en eso. Solo me preguntaba si tenías migraña de verdad o es que estabas intentando evitarme. En cualquier caso, has sido un poco borde. —Su voz no suena en absoluto tan calmada como de costumbre y Willow está segura de que quiere decirle algo más.
—Yo estaba... ¿eh? —Parpadea cuando por fin le llega el significado de lo que él está diciendo. Pero debe admitir que, aunque ella no acabaría de definir su actitud como borde, era consciente, al menos mientras lo hacía, de que estaba actuando de un modo algo extraño.
—Te he preguntado si intentabas evitarme.

Ahora Willow sabe qué le pasa. Quiere tranquilizarle, quiere decirle que no puede parar de pensar en el día que pasaron juntos, que ahora mismo desea más que nada en este mundo colarse bajo las sábanas con él. Sin embargo, estas palabras se le quedan como atascadas y en su lugar dice:
—Es que es todo como complicado... Quiero decir que tú eres complicado y... difícil...
— ¿Yo soy complicado? ¿Yo soy difícil? —le pregunta Guy con incredulidad—. ¿Estás loca?
—Por lo visto, sí—dice Willow con tristeza.
— ¿Tú te crees que no eres complicada y difícil? —Guy continúa como si no la hubiera oído—. ¿Y tú crees que es fácil tratar contigo? ¿Crees que lo que pasó después de que nos besáramos es lo normal en estos casos?
—No, nunca he pensado algo así —niega Willow con vehemencia. Sabe que él tiene razón pero no puede evitar sentirse herida. ¿Es que lo único con lo que él se ha quedado del otro día es lo raro que fue? ¿Es que él no sintió nada de lo que ella sintió?—. Pero pensé que quizá... que quizá lo habías pasado bien...
¿Bien? ¡Pasarlo bien! Perfecto, supongo que hemos vuelto a la fase de hablar de gatos.
Willow no se puede creer que haya dicho algo tan profundamente estúpido y, a juzgar por la mirada de Guy, él tampoco se lo cree.
— ¿Bien? ¡Si me lo he pasado bien! Oh, sí, me lo he pasado
GENIAL... ¡Hay que joderse! —Guy habla como si escupiera las palabras. Willow parpadea. No está acostumbrada a oírle hablar en este tono—. ¿Te crees que tú no me estás haciendo pasar por un infierno? Apenas he podido pegar ojo desde la primera vez que te vi el brazo, y no me hagas hablar de todo el trabajo que tengo pendiente. ¿Te crees que me gusta? ¿Que es divertido? Hay que joderse... ¡Y que te jodan a ti también!
Willow se siente como si le hubieran dado una bofetada. No se había dado cuenta que el Guy despreocupado, el chico que siempre se lo toma todo con calma, pudiera enfadarse así. No se había dado cuenta de que el día que habían pasado juntos no encerraba ninguna magia especial para él. No se había dado cuenta de que él tuviera el poder de herirla tan profundamente.
—Yo no creo que esto sea solo diversión —dice Willow después de un instante. Su voz suena ahora fría y dura. Ya no tiene ningún interés en hacerle sentir seguro—. Pero ¿sabes qué, Guy? Yo nunca te pedí que te quedaras en mi vida. Yo no te he invitado a que vengas hoy. Puedes irte.
—Vale, puedo irme —dice Guy con sarcasmo—. ¿Y tú crees que me puedo, así, ir sin más después de lo que pasó en la biblioteca?
Willow se muere por preguntarle de qué momento en la biblioteca está hablando. ¿Es que él siente que no puede irse porque se besaron o porque ella se cortó delante de él? Pero él no dice nada.

—Sí, claro —continúa Guy—. A lo mejor sí que preferiría estar con una persona que no necesite que la tranquilicen todo el rato, pero ¿y entonces qué? No te necesito en mi conciencia.
Willow tiene la respuesta. No le gusta ser la buena acción del día y, si eso es lo único por lo que él está aquí, entonces ella no quiere ser parte de esto.
—No soy tu proyecto, Guy. ¿Iba de eso? ¿De que no quieres sentirte culpable? ¿Que no quieres tenerme en tu conciencia? Ya eres un poco mayor para ir de Boy Scout. —Willow intenta que su voz suene lo más dura posible, pero le está saliendo igual de mal que cuando intentaba cuidar de Isabelle. De hecho su voz solo está sonando asustada y vulnerable—. Puedes volver con las otras cosas que decías que tenías que hacer este semestre. Esas cosas que decías que yo iba a complicar. Todas esas clases que vas a hacer en la universidad, el remo. Venga. Márchate. Ve y baja diez segundos tu marca, pero no te preocupes más por mí.
— ¿Que no me preocupe por ti? —Guy niega con la cabeza—. ¿Y estarás bien? ¿No te cortarás la piel a tiras? ¿Estás preparada?
Willow no tiene una respuesta para eso. En su lugar piensa en todas las cosas que ella le ha dicho, todas las cosas que le ha dicho él y todas las cosas que han hecho juntos. ¿Cómo se ha podido estropear tanto ahora? Desearía poder apretar un botón y rebobinar, borrar estos últimos diez minutos, pero por desgracia, esto no es posible y se da cuenta de que, a pesar de lo difícil que pueda llegar a ser, le toca a ella arreglar la situación.
—Estaré bien —dice después de un momento—. Si te vas a quedar porque crees que vas a evitar que me corte, entonces vete. Si de lo que tienes miedo es de que si te vas, siempre me cortaré, entonces sal de aquí tan rápido como puedas. No quiero que te quedes a mi lado por eso. Ni siquiera sé cómo va a acabar esa parte de la historia. Lo único que sé es que si te vas... —A Willow se le corta la voz. Apoya los codos sobre el escritorio y apoya la cabeza en las manos. Es más fácil cortarse, autolesionarse, que decirle cómo se siente,
— ¿Entonces qué? ¿Si me voy, qué? —Guy está enfadado, lo suficiente como para que Willow se plantee no decir lo que va a decir.
—Vamos, dime. Si me voy, ¿entonces, qué? —vuelve a decir Guy.
Willow podría darle muchas respuestas a esta pregunta. Le puede decir que si se va ella estará mejor. Que no tendrá miedo de experimentar todas las cosas que le asaltaron en el depósito, que la están asaltando incluso ahora, sentada con él. No tendrá que preocuparse por si hay alguien empeñado en que ella abandone sus actividades extraescolares. No tendrá que preocuparse de proteger los sentimientos de otra persona. Pero tampoco tendrá a nadie con quien hablar, nadie que la conozca, nadie que la entienda. Willow le mira y la única respuesta que le puede dar, la más honesta, es simplemente:
—Si te vas... te echaré muchísimo de menos.

—Oh —dice Guy. Se levanta de la cama, cruza la habitación y se agacha hasta estar arrodillado frente a ella. Willow se pregunta si él se habrá dado cuenta de que está prácticamente en la misma postura de ayer—. Tú no eres mi proyecto —dice finalmente—. Tú no eres mi proyecto —repite, con más fuerza—. Y no me quiero ir a ninguna parte.

Willow se ha quedado sin palabras. No tenía ni idea, jamás se hubiera podido imaginar que alguien la pudiera mirar de aquel modo.

Se inclina hacia delante hasta que su frente está contra la de él. Lo más natural ahora mismo sería que se volvieran a besar, pero Willow sabe que no puede hacerlo, que no puede arriesgarse. Se pregunta por qué él querrá quedarse. Podría encontrar mucho más en otra parte, en cualquier parte, sin todas esas dificultades añadidas.

—Yo... yo tampoco quiero que te vayas —dice finalmente.

—Entonces, ¿qué quieres? —le pregunta Willow.

Willow no está segura de tener suficiente energía para contestar a esto. Está agotada. Exhausta. Intentar cuidar de Isabelle la ha dejado sin fuerzas. Decirle la verdad a Guy la ha dejado sin fuerzas. Su propia vida la deja sin fuerzas. Pero todo eso se desvanece cuando mira a Guy. Y, al recordar el aspecto que tenía en la cama, tan sereno, tan fuerte, tan correcto, solo hay una cosa que ella quiera hacer. Tal vez no sea la respuesta que él esté buscando, pero es la única que le puede dar.

—Quiero dormir —dice finalmente—. Solamente dormir, dormir mucho, y no despertarme hasta que esté lista.

Guy no contesta nada. Solamente asiente como si esta no fuera la respuesta más natural que ella le pudiera dar, sino la única.

—De acuerdo. —Guy se pone de pie, levanta a Willow de la silla y la acompaña hasta la cama. Guy vuelve a estirarse como estaba antes, pero Willow solo se sienta en el borde de la cama y le mira. Se pregunta si él puede notar el arsenal secreto que guarda debajo del colchón. Esboza una tímida sonrisa porque, por mucho que desee esto, sigue resultándole difícil. A él no parece que le esté costando tanto. Simplemente le sonríe y le tiende la mano.

Willow se quita los zapatos y, cogiéndole la mano, se sube a la cama y se estira junto a él. Su cuerpo ha ido más allá del agotamiento y el pecho de Guy es la mejor almohada que jamás hubiera podido imaginar. Pero, por todo eso, está temblando. Lo que le ha dicho la ha dejado desnuda; siente como si se hubiera arrancado una capa de su piel. Willow siente cosas, cosas buenas, sin duda, cosas maravillosas, pero ella está acostumbrada a ser insensible, a estar anestesiada, y solamente se le ocurre un modo de procesar esto.

Guy se duerme enseguida. Pero a Willow no le resulta tan fácil. Mira el techo. Intenta imitar su respiración pausada. Pero no acaba de conseguirlo, su respiración todavía es un poco aterrorizada. Intenta concentrarse en lo bien que se siente estando entre los brazos de Guy. Hasta se le escapa la risa al recordar los comentarios de Chloe sobre los

chicos que hacen remo. Pero aun así, no puede parar de temblar. Busca el borde del colchón con la mano, la introduce y toca sus provisiones.

Puedes manejar esta situación, ¿no? No es tan difícil.

Willow piensa que se ha visto en momentos peores. Podría ocurrir lo que fuera abajo, con David, cualquier barbaridad, sería superable. Al darse cuenta de esto se levanta de un bote. ¿Cómo ha conseguido sentir ese dolor sin recurrir a su infalible amiga?

Willow sabe que esto debería parecerle reconfortante pero en realidad le asusta más que otra cosa. De repente se ve bañada en un sudor frío. Pensar en poder sobrevivir sin lo que ha sido un compañero inseparable en los últimos siete meses, aunque sea fugazmente, es demasiado inquietante. Empieza a buscar bajo el colchón con más avidez. Cuando su mano por fin se encuentra con la cuchilla, la coge con fuerza. Ahora mismo no necesita nada más, pero sí que necesita saber que puede haber más.

Guy se cambia de postura, moviéndolos a los dos y, de algún modo, hace que Willow suelte su presa. La cuchilla cae al suelo con un ruido metálico.

Willow sale de la cama para recuperarla y, al hacerlo, su mirada se encuentra con la mochila de Guy. Se le pasa una idea por la cabeza. Se asegura de que él está realmente dormido y se dirige a su escritorio para coger un bolígrafo. Se para un momento a mirar la caja de acuarelas que aún está por estrenar. Sería fantástico poder hacer alguna ilustración, algo para acompañar lo que está a punto de escribir, pero tardaría demasiado en secarse y, además, tiene demasiada prisa por volver con él a la cama. Se acerca a la mochila de Guy, abre la cremallera tratando de hacer el menor ruido posible, y saca la copia de *La tempestad.*

Ni siquiera necesita pensarlo dos veces.

Para Guy:

Oh admirable nuevo mundo que posee tales gentes...

Sonríe al imaginar la reacción de él cuando lo encuentre, se pregunta cuándo será eso: ¿hoy?, ¿mañana?

Willow vuelve a meterse en la cama. Sigue aferrada a la cuchilla, pero no importa porque esta vez su respiración sí que va al compás de la des Guy y también se duerme.

Digitalizado por Shuk_Hing

13

Al principio Willow cree que se ha despertado repentinamente por culpa de una pesadilla. Después está segura de que solo es el ruido de los pocos coches que pasan de noche que se cuela por la ventana. Pero al mirar la calle iluminada por la luz de la luna, ve que no hay ni un coche, la calzada está vacía.
Willow está acostumbrada a despertarse sobresaltada en mitad de la noche pero esta vez es diferente. No hay ninguna razón para que esté sentada en la cama a las tres de la mañana. No tiene escenas horribles que se repiten en sus sueños, ningún sonido que le haga revivir el accidente.
¿Será simplemente que está demasiado alterada por todo lo ocurrido los últimos días? La biblioteca, la siesta con Guy, el dolor que ha sentido al ver a David con Isabelle. Sobre todo el dolor que ha sentido al verlos a los dos. Son cosas que la descolocan, pero ¿son lo suficiente como para despertarla en mitad de la noche?
Willow abraza sus piernas contra el pecho, apoya la barbilla en las rodillas y piensa.
¿Debería...?
¿Qué es eso?
Levanta la cabeza al oír un sonido, muy débil, pero inconfundible.
Oh.
Ahora Willow sabe exactamente qué es lo que la ha despertado tan abruptamente. No es un sonido que pudiera llegar a despertar a cualquier otra persona, pero a ella le llega directamente al corazón. Su hermano está llorando otra vez.
Balancea las piernas sentada en el borde de la cama y coge la bata. No tiene ningún plan en mente, no tiene pensado ir a ayudar a su hermano y, de hecho, no se trata solo de que ella no tenga ni idea de cómo hacerlo sino que sabe que su aparición puede resultar una profunda invasión. Sin embargo, no puede seguir en la cama mientras su hermano está llorando, sobre todo cuando ella misma es la causante de esas lágrimas.
Baja la escalera sin hacer ruido, parándose a cada paso decidida a no levantar ninguna evidencia que pueda alertar a su hermano de su presencia.
Oírlo llorar es más doloroso que cualquiera de los sonidos que recuerda del accidente.
Willow se sienta en un escalón de manera que David no pueda verla si decide levantar la mirada. Aunque no parece que vaya a hacer algo así. Tiene la cabeza enterrada entre los brazos y las gafas junto a él.
Willow no cree que haya visto nunca a nadie llorar tan desconsoladamente. Mirarlo es como un castigo, y ella sabe que no puede presenciar este dolor, no puede ver una emoción tan desnuda, sin sucumbir a su punto de apoyo, su medicina, su cuchilla.

Se mete la mano en el bolsillo de la bata en busca de la cuchilla que siempre guarda allí dentro, pero se para justo cuando está a punto de introducir la afilada hoja en la carne. De repente se le ocurre que sí hay algo que puede hacer por su hermano. No puede hacer resucitar a sus padres, y cualquier intento de ayudarle, por superficial que haya sido, ha fracasado, pero aquí y ahora hay algo que puede hacer.
Puede quedarse sentada y mirarle, soportar el espectáculo de su dolor. Puede obligarse a sí misma a pasar por esto, a vivir cada sollozo con él sin recurrir a la única cosa que la ha protegido a ella de vivir esta tortura. ,
El nunca sabrá lo difícil que es esto para ella, su acción pasará sin reconocimiento alguno, pero Willow sentirá que, finalmente, ha hecho algo por David.
Willow recuerda la última vez que le vio llorar, lo mucho que le afectó, prácticamente sintió miedo de verlo reducido, *a* ese estado. Ahora no siente miedo, sino más bien respeto. Está impresionada, más de lo que nunca lo ha estado, por la fuer/.i que debe tener su hermano para soportar tanta tristeza. Ella sabe mejor que nadie qué tipo de fortaleza interior se necesita para dejarse llevar de este modo.
Es algo que ella nunca será capaz de conseguir. Incluso mirarle > sin recurrir a la cuchilla es casi más de lo que puede soportar.
Los sollozos de David duelen como la herida más profunda que ella fuera capaz de auto infligirse; pero no solo sienta dolor al mirarle. Encuentra un cierto consuelo agridulce en el hecho de que su hermano pueda llegar a sentir una pena tan profunda. Que él no tenga que recurrir nunca al mismo tipo del remedio que ella, que él tiene una infinita reserva de fuerzas que le permite llorar de este modo.
No, ella misma está lejos de poder ser tan fuerte. Pero se va a sentar allí y lo va observar, va a observar cada lágrima hasta que él no pueda más.
Después de un buen rato, finalmente David para de llorar. Está sentado junto a la mesa, con la barbilla apoyada en las manos y se queda mirando la pared un rato antes de levantarse y salir de la habitación.
Willow también se levanta. Vuelve a subir por la escalera un silenciosamente como la bajó. Se mete en la cama y mira el techo. Cuando el cielo empieza a iluminarse con la luz del día, ella aún no se ha dormido. De hecho, no vuelve a dormirse. Se queda estirada en la cama mirando el techo hasta que el resto de habitantes de la casa están despiertos y Cathy la llama para ir a desayunar.
La imagen de David llorando acompaña a Willow durante el resto del día. Está tan cansada que apenas puede mantener los ojos abiertos, pero cada vez que el sueño amenaza con derribarla consigue mantenerse despierta recordando el aspecto de David sentado en la mesa de la cocina. Willow logra, de este modo, sobrevivir a las clases pero, para cuando llega a la biblioteca, está exhausta.
— ¡Eh, Carlos! —Willow casi no puede ni pronunciar las palabras, no para de bostezar—. Lo siento —dice cubriéndose la boca—. Casi no pude pegar ojo anoche.

—Bueno, entonces es tu día de suerte —dice Carlos al darse cuenta de las tremendas ojeras que tiene Willow—, porque esta tarde estoy al mando. Tal vez podrías pasarte la tarde ordenando los estantes, ¿vale? Seguramente sea lo más fácil.
—Lo que tú digas —dice Willow dejando la bolsa debajo del mostrador. Sabe que Carlos está intentando ser amable, y ordenar los estantes suele ser más fácil que estar de cara al público contestando preguntas, pero hoy ella preferiría no tener que quedarse a solas con sus pensamientos.
—Tienes trabajo suficiente para estar ocupada durante todo el turno. —Carlos señala con la mano al montón de carritos de metal que están a rebosar de libros bloqueando la entrada del ascensor.
— ¿Pero qué has hecho? ¿Me los estabas guardando o qué? —refunfuña Willow mientras coge el primer carrito y entra en el ascensor.
Sin embargo, para alivio de Willow, colocar todo este montón de libros resulta ser distracción suficiente para apartar todos los pensamientos de la noche anterior. Realmente es mucho más agradable que torturarse recordando el sufrimiento de su hermano. El tiempo pasa rápido, no ocurre nada y Willow le está agradecida a Carlos por haberle encomendado esta tarea hasta que ve la última tanda de libros, todos ellos de la undécima planta.
Al salir del ascensor no puede evitar pensar en todas las cosas que han ocurrido allí entre ella y Guy. Desde la primera conversación que tuvo con él hasta su primer beso, el otro día, Willow siente que estas paredes han sido testimonio de los acontecimientos más importantes de su vida desde que sus padres murieron.
Willow deja el carrito y camina hacia la zona que está cerca de las ventanas. Se arrodilla y toca el suelo donde ellos estuvieron sentados. Sabe que su comportamiento es algo extravagante, pero le parece extraño lo frío y árido que es el hormigón en comparación con el intenso calor que ellos generaron.
Cierra los ojos y se deja llevar por el recuerdo de aquel abrazo, pero se levanta sobresaltada al oír el ruido del ascensor. Ya le pone suficientemente nerviosa tener a más gente merodeando por el depósito mientras ella trabaja, pero se moriría de vergüenza si alguien la encontrara en comunión con el suelo.
Se apresura a volver junto al carrito, lo coge y se coloca en posición frente a uno de los estantes con un libro en la mano cuando se abren las puertas del ascensor. Willow mira por encima del hombro. Siente cierta curiosidad por saber quién es.
— ¡Oh! —Se sorprende al ver a Guy saliendo del ascensor y por un momento cree que no es más que una visión generada por mi propio deseo.
—Hola —dice Willow después de un segundo—. No sabía que estarías hoy aquí.
—Hola —se acerca hacia ella—. El tipo que está abajo, en el mostrador, me dijo que estarías en el once.
— ¿Carlos?
—Sí, lo siento. Siempre se me olvida su nombre. Es igual. Te he traído una cosa.

— ¿De verdad? —Willow vuelve a poner el libro que tiene en la mano en el carro y mira a Guy—. Qué detalle, ¿Qué es?
—Contrabando. —Guy saca las manos de detrás de la espalda. Lleva una bolsa marrón de papel de la que saca un vaso de café helado.
— ¡Oh, Dios mío! —ríe Willow—. ¡Qué mono! Es justo lo que necesitaba. ¿Cómo lo sabías? ¿Y cómo has conseguido colarlo hasta aquí? —Aparta el carro y se acerca a él.
—Mmm, Carlos me ha dicho que estabas muy cansada y me ha dado la sensación que no le importaría si te traía esto.
—Oh, es perfecto. —Willow le coge el café de las manos y se sienta apoyando la espalda en la pared. Cierra los ojos y bebe un poco—. Incluso has puesto la cantidad exacta de azúcar.
—Soy un observador. —Guy se sienta junto a ella.
—La verdad es que sí. —Willow se cambia de postura de manera que las piernas de los dos se tocan—. ¿Quieres un poco?
—No, gracias —responde Guy—. Está demasiado dulce para mí. ¿Y cómo es que estás tan cansada? Pensé que podríamos hacer algo después del trabajo, pero si no estás para eso... —no termina la frase.
—Oh, no, no estoy cansada. Quiero decir, sí que lo estoy. —Willow bosteza entre sorbo y sorbo de café—. Pero sí que me gustaría hacer algo y, además —levanta el vaso de café—, esto me está yendo bien.
— ¿Has estado toda la noche en vela haciendo el trabajo o qué?
—No exactamente —suspira Willow—. Ni siquiera lo he empezado. Yo... —Hace una pausa—. No he podido dormir, eso es todo. —Se pregunta por qué, después de todas las cosas importantes que le ha contado, duda en explicarle la verdadera razón de que no haya pegado ojo—. Me ha sentado genial —dice Willow al acabarse el café—. Muchas gracias. —Sonríe a Guy un segundo antes de levantarse con desgana.
— ¡Eh! ¿Sabes qué? —Guy también se levanta—. Por fin me he acabado de leer *La tempestad.*
— ¿De verdad? —Esto anima a Willow mucho más que el café—. ¿Qué te ha parecido? ¿No te ha encantado? Admítelo, es su mejor obra, ¿no? —Coge un puñado de libros y se pone a organizados.
—Sí, la verdad es que me ha gustado mucho. Vale —rectifica rápidamente al ver que Willow deja de sonreír—. Me ha encantado, en serio, te lo juro. ¿Si es su mejor obra? No lo sé, porque no me las he leído todas, pero te diré una cosa. También me gustan los lugares imaginarios. Y te diré algo más.
— ¿Qué? —Te diré cuál ha sido la parte que más me ha gustado.
—No me lo digas, déjame adivinarlo. —Willow para de colocar libros y se apoya en las estanterías para pensar—. Mmm, alguno de los geniales monólogos de Próspero, porque...
—No. —Guy niega con la cabeza—. Frío, frío.

— ¿No? —Willow está sorprendida—. Vale, ¿no irás a decirme que te ha gustado más Caliban? Ya que te gustan las categorías, esa podría ser una bien rara. O sea, ¡gente que cree que Caliban es mejor que Próspero!
—Olvídate de Caliban —dice Guy—, frío, helado, congelado. —Cruza los brazos, los apoya en uno de los estantes y sonríe—. ¿Quieres probar una tercera o te lo digo ya?
—Dímelo.
—Vale, mi parte favorita ha sido la dedicatoria.
— ¿La dedicatoria? —Willow frunce el ceño—. Shakespeare no escribió ninguna dedicatoria en *La tempestad.* Ni creo que lo hiciera en ninguna de sus obras, ¿no?
—No estoy hablando de la dedicatoria que Shakespeare escribió.
—Oh. —Willow se muerde el labio cuando comprende lo que quiere decir Guy—. Vale.
—Sonríe, y sigue colocando libros.
— ¿Sabes qué? —dice Guy lentamente—. Te estás...
— ¡No! —protesta Willow.
— ¿Cómo sabes lo que iba a decir?
—Ibas a decir que me estoy poniendo roja, y no es verdad
—Sí, sí que lo es. —Guy se inclina más cerca de ella.
Willow se desespera al darse cuenta de lo perfecto y romántico que es este momento y de lo que se supone que debería ocurrir. Desea más que nada poder acercarse a él, dejarse llevar por el momento. Pero no puede, sabe demasiado bien cuáles serían las consecuencias.
—Bueno, me alegra que te gustara lo que escribí —dice Willow torpemente. Se aparta un poco y observa los estantes como si en ellos estuviera escrito el secreto de la vida. Le tiemblan las manos al meter los libros y hace que se le caigan unos cuantos al suelo.
— ¿Alguna vez te has parado a mirar estos títulos? —dice Guy mientras recoge los libros que han caído y se los pasa a Willow—. *Trabajos de investigación acerca del ferrocarril sur-manchuriano 1907-1945.* ¿En serio que alguien escribió esto? ¿Y alguien lo sacó de la biblioteca? Y yo pensaba cinc me gustaban las cosas raras.
—Eso no es nada. —Willow consigue reírse—. Si hubieras llegado hace una hora, me habrías podido ayudar con las *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Entomólogos Lituanos.*
—Vale, me parece que ese te lo has inventado.
—No, te lo juro. ¡Ve a la quinta planta si no me crees!
—Te creo —sonríe Guy—. Bueno, ¿y a qué hora sales?
—Oh. —Willow mira el reloj—. Dentro de... bueno, ahora, de hecho.
— ¿Quieres ir al parque? Hace un día sensacional. O no sé, a lo mejor te apetece ir al sitio aquel donde fuimos el otro día a tomar otro café.
—Prefiero ir al parque. ¿A quién le puede apetecer meterse en un local cuando hace tan buen tiempo fuera? —dice Willow mientras se dirigen al ascensor—. Pero si te apetece tomar algo, entonces te acompaño encantada.

—No, no te preocupes. Estoy bien —le asegura Guy mientras salen del ascensor a la planta principal.
— ¡Eh, Carlos! —Willow coge sus cosas de debajo del mostrador de préstamo—. Supongo que nos veremos en un par de días.
—Pásalo bien —contesta él guiñándole un ojo, lo que Willow ignora deliberadamente.
— ¿Alguna vez has ido al río? —pregunta Guy mientras los dos salen del edificio y se ponen a caminar a través del campus. A Willow le tranquiliza que Guy no se haya dado cuenta del gesto de Carlos y, aunque se haya dado cuenta, no tiene intención de mencionarlo.
— ¿Quieres decir en barca? —contesta algo confundida.
—Mmm, vale, dime si no, ¿de qué otra manera se puede ir al río?
—A mi no me lo preguntes.
Willow se encoge de hombros.
—Deberías intentarlo —dice Guy al entrar en el parque—. Algún día te llevaré. De todos modos, vayamos a caminar junio al agua, ¿vale? Por aquí. —La conduce por un sendero estrecho, bajo una bóveda formada por las copas de los castaños, hacia el río.
— ¡Qué bonito! —dice Willow—. Nunca había venido por aquí antes. —Apoya los codos en el muro de piedra que los separa del río y observa las barcas.
—Deberías verlo cuando salimos a remar por las mañanas. Es perfecto. Es como si no hubiera nadie más en el mundo. —Guy se sube al muro de un salto.
— ¡Te vas a caer! —exclama Willow asustada.
—Seguro, pero si esta cosa debe medir más de medio metro como mínimo.
—Dirás la mitad de eso, tal vez. —Willow mira con inseguridad el estrecho muro de piedra—. En serio, a menos que me digas que con el *Libro de magia-para chicos* te compraste el *Libro de funambulismo para chicos* o algo así, será mejor que te bajes.
— ¿Te crees que no me he caído un millón de veces al agua desde que empecé a remar? Ven aquí. —Le extiende la mano.
—No. —Willow niega con la cabeza—. ¿De verdad te has caído allí? Pensaba que estaba muy contaminada.
—Claro que me he caído, y claro que está contaminada. Ya te lo dije, por eso llevo siempre la botella de agua oxigenada, todo el mundo lleva una, así puedes desinfectarte cualquier... —Para de hablar un instante—. Es igual, no te puedes creer lo fría que se pone el agua hacia finales de octubre.
—Sí, sí que me lo puedo creer. ¡Por eso me quedo dondl estoy!
—Sube —dice Guy. Ignorando las protestas de ella, coge a Willow de la mano y la sube al parapeto de piedra-—. No es tan terrible, ¿verdad? —dice a pesar de los gritos *de* indignación de Willow al tirar de ella para que se acerque—. No te vas a caer, y aunque lo hicieras, yo te cogería.
—Ya lo sé —dice Willow lentamente—. Ya sé que lo harías. —Se quedan de pie, cara a cara. Willow está segura de que debe parecer una postal: sus siluetas contra los

últimos rayos de sol. Pero también sabe que, en esta estampa, hay algo que no funciona, y que ese algo es ella.
— ¡Eh, Guy! ¡Aquí!
Willow se vuelve y ve a Andy saludándoles con la mano. Chloe, Laurie y Adrián caminan un poco más atrás.
— ¿Has visto ese barco? —Andy corre hacia ellos y se sube al muro de un salto tan bruscamente que casi tira a Willow.
—Ten cuidado, ¿no? —dice Guy cogiendo a Willow con más fuerza.
—Sí, lo siento. —Andy apenas la mira—. ¡Venga, mira eso! —Señala un velero que se ve a lo lejos—. ¿Te imaginas cómo debe ser navegar en un barco tan grande? Debe medir lo menos veinte metros. Necesitará una tripulación de, digamos, veinte personas.
—Creía que te interesaba el remo —dice Willow.
—Sí, ya sabes. Lo hago por el instituto. —Andy se encoge de hombros—. Pero me encanta navegar. Me pasé el verano pasado en un barco.
—Es de lo único que habla todo el tiempo —dice Chloe acercándose a ellos. Se cubre los ojos del sol con la mano cuando levanta la mirada para ver a Willow.
—Mataría por poder trabajar en un barco de esos. —Andy gesticula con la cabeza—. Sería genial.
—Bueno, primero deberías... —empieza a decir Guy.
—Oye, ¿os apetece ir a comer algo? —pregunta Andy cambiando bruscamente de tema—. Estoy cansado de pasear por el parque, preferiría meterme en algún sitio.
¡Ni que lo digas! ¡Estaría mucho mejor! Piensa Willow mientras se separa de Guy y salta del muro.
—Willow. —Chloe le tira de la manga—. Anda, ven con nosotros —murmura—. Necesito una segunda opinión.
— ¿De qué? —Willow no entiende de qué le habla.
—De él —dice Chloe señalando con la barbilla a Andy, que sigue subido al parapeto de espaldas a ellas—. Laurie no me vale. Está demasiado desesperada porque las cosas funcionen entre nosotros. No parará hasta que todo el mundo esté emparejado como ella y Adrián. —Se vuelve hacia donde están ellos dos besándose. Willow sigue su mirada y siente un pinchazo al ver cómo Laurie se separa y sonríe. Obviamente está encantad de recibir la atención de su novio.
— ¿Quieres ir? —Guy salta junto a ella.
—Yo... bueno... claro —dice Willow. Desearía no haberse encontrado con todos, pero se siente halagada de que Chloe quiera que vaya con ellos.
—Podemos ir al local que hay en el muelle —propone Andy mientras baja del muro y se coloca junto a Chloe.
—Pero es muy caro —dice Laurie mientras se acerca.
— ¿Qué más da? —responde Andy encogiéndose de hombros—. Está cerca y es bueno.

—Tiene razón —dice Adrián—. Podemos ir allí. Le coge la mano a Laurie y los dos se ponen a caminar hacia el muelle. Andy y Guy van detrás de él.
—Entonces, ¿te interesan los barcos? —le pregunta Willow a Chloe. Las dos chicas caminan unos metros por detrás del resto.
—Depende. ¿Te refieres a si me gustaría que me llevara a navegar en un barco de esos? Claro. ¿Te refieres a si me gustaría que cambiara de tema de vez en cuando? Por supuesto.
—Ya lo pillo.
—También quería hablar contigo de otra cosa —suspira Chloe—. Tengo un montón de deberes, ni siquiera debería estar ahora aquí. Pero es que, no sé, soy todo lo contrario a Laurie. Ahora que me queda tan poco para acabar el instituto, estoy cada vez menos concentrada.
—Sé cómo te sientes. —Willow se muerde las uñas con nerviosismo y se las mete en los bolsillos.
—Deberías hacerte la manicura —dice Chloe al llegar al café—. ¡No te lo tomes a mal ni nada de eso! Normalmente se la hago a Laurie y, si quieres, también te la puedo hacer a ti.
—Oh... gracias. No me ofende para nada. Ya sé que tienen una pinta terrible. Mi mejor amiga, en casa, también solía darme la paliza con el tema —admite Willow con una sonrisa compungida.
—Está superlleno. No vamos a conseguir mesa —dice Laurie desde la entrada del restaurante, donde ella y Adrián esperan al resto.
—Pues esperamos un par de minutos —dice Andy con total despreocupación.
Guy se acerca a Willow.
—No tenemos por qué quedarnos si no te apetece.
—Oh, no importa. Gracias, de todos modos —dice en voz baja para que nadie más les oiga.
—Oíd, hay una mesa libre si queremos sentarnos al fondo —dice Adrián después de hablar con la camarera.
—Pero no veremos el agua —protesta Andy.
—Eres el único que insiste en venir aquí —interviene Chloe.
—Vale, pues sin vistas al agua. —Andy sigue a Adrián y Laurie mientras cruzan el café.
—La verdad es que se está muy a gusto aquí —dice Laurie mientras se sientan alrededor de una pequeña mesa cubierta por una sombrilla a rayas.
— ¿Quién quiere qué? —Andy busca un menú.
—Yo solamente quiero un postre —dice Chloe.
—Yo también —dice Laurie—. No, perdón. Una ensalada.
—Entonces yo también tendré que cogerme una. Venga, pídete un postre. ¿Tú qué quieres, Willow?
—Mmm, a lo mejor...

Willow la ve antes que el resto. Es un esqueleto andante, víctima de algún terrible trastorno alimenticio, parece sacada de los libros de historia, superviviente de un campo de concentración. Willow tarda un momento en darse cuenta que esta chica no es nada de todo eso. No es más que una chica, una chica como Willow que ha decidido destruir su propio cuerpo. La única diferencia es que el arma, en lugar de la cuchilla, es el hambre.

Willow casi no puede ni mirarla, pero está paralizada, hipnotizada. Cada rasgo del cuerpo desgastado de la chica es un indicio de su caos interior. Willow solamente puede imaginar qué tipo de dolor debe ser el que ha llevado a esta chica a auto-destruirse de este modo. Sabe que hay mucha ironía en la compasión que siente por ella, pero no puede evitar tener la sensación de que esta forma de torturarse el cuerpo es mucho peor que ninguna de las cosas que ella se hace a sí misma.

—Oh, Dios mío, pobre chica —susurra Laurie. Claramente, ella también se ha dado cuenta de su aparición.

— ¿Quién? —dice Adrián en voz mucho más alta que la de Laurie.

—Chist. —Laurie le contesta con un codazo.

Guy se da la vuelta para ver de quién están hablando y Willow se da cuenta de que a él también le afecta la aparición, como a todos los demás.

Willow aparta la vista del espectáculo y se fija en Andy. Tampoco puede apartar la vista de la chica, pero su reacción es muy diferente de la de Willow y los demás. Es evidente que él está mirando a este esqueleto andante y solo ve a una chica sin pechos, asexual, fea.

—Ya. No me da mucha pena, que digamos —le dice a Laurie con una sonrisa sarcástica.

— ¿Perdona? —Chloe le lanza una mirada.

—Vamos, si está en un sitio como este, está claro que tiene dinero para comer. No es como si fuera un pobre niño desnutrido en África, ¿sabes?

—No. —Chloe niega con la cabeza—. No lo sé. ¿De qué estás hablando?

—O sea, esto es algo que ella se hace a sí misma...

—Sí, se llama trastorno de la alimentación —dice Laurie indignada.

—Eh, ya lo sé, ¿vale? No me hables como si fuera imbécil.

— ¿Y por qué no? Te estás comportando como si lo fueras —le suelta Chloe.

—Oh, perdona que no me arrodille porque una chica que no puede enfrentarse a cualesquiera que sean los problemas que la vida le pone delante, se esconda tras la enfermedad de moda.

— ¿Qué narices sabes tú de lo que la vida le pone delante? ¿Qué narices sabes tú de las razones que tiene para hacer eso? —le pregunta Chloe.

El resto de la mesa está en silencio. Willow está segura de que no es la única que desearía estar en cualquier otro lugar ahora mismo. No mira a Adrián ni a Laurie, apenas puede mirar a Guy.

—Mira, me conozco este tipo de gente —continúa Andy sin ni siquiera molestarse en bajar el tono de voz. La sociedad, los medios de comunicación, todo el mundo es

responsable de sus problemas. Parece que se haya puesto de moda eso de matarte de hambre y quejarte de que el resto del mundo te está arrastrando a hacerlo. Créeme, simplemente está chica no puede enfrentarse a las cosas, así que se ha inventado este problema...

— ¡Cállate! —explota Willow. No puede evitarlo. Es incapaz de escuchar una palabra más. Apoya la frente en la mano. Tal vez sí que esté cogiendo migraña. Siente la mano de Guy en el hombro y levanta la mirada hacia Andy.

—Gracias, Willow —dice Chloe.

Willow sabe que Chloe está ofendida por lo insensible que está siendo Andy. Pero ella misma se ha molestado por razones mucho más egoístas. Es como si Andy le hubiera dirigido todas esas palabras a ella. ¿Qué diría Andy si ella se levantara las mangas de la camisa y le enseñara los cortes tal como hizo con Guy? ¿Le diría que ella misma se ha creado su propio problema?

¿Tendría razón?

—Sí, vale. Mira, mejor me voy —dice Andy después de unos instantes.

—Yo también, pero ¿sabes qué?, voy precisamente en dirección contraria a la tuya. —Chloe tira la servilleta sobre la mesa—. Hasta mañana, chicos.

— ¿Podemos irnos también? —le dice Willow a Guy—. Lo siento —se disculpa con Laurie y Adrián.

—Tú no tienes por qué disculparte. —Laurie le lanza una mirada asesina a Andy—. Pensaba que ya te ibas —dice sarcásticamente.

—Sí, vámonos de aquí. —Guy se levanta—. Ah, Andy, para que lo sepas. Estoy totalmente de acuerdo con Chloe en esto.

—En fin, supongo que Chloe ya no necesitará una segunda opinión —dice Willow mientras salen del café. El sol se ha puesto completamente y hace una noche fresca y preciosa. — ¿Eh? —Guy parece no entender nada—. ¿De qué estás hablando?

—Chloe quería saber qué pienso de Andy —le explica Willow—. Ya sabes, si debería salir con él y todo eso.

— ¿De veras habláis de este tipo de cosas? —Guy la mira con incredulidad—. ¿Es que no se puede decidir sola?

—No sé —contesta Willow encogiéndose de hombros—, supongo que no. La verdad es que ahora mismo Willow no está para hablar de tonterías. Está demasiado preocupada, lo ocurrido en el café es demasiado reciente. Está enfadada, y no solo por lo que Andy ha dicho de esa pobre chica, sino porque sus palabras también la implicaban a ella.

—No me apetece demasiado caminar ahora —dice Guy—. ¿Te importa? -—Se sienta en la hierba y le tira del brazo para que ella se ponga junto a él—. ¿Te parece bien? Podemos ver el agua desde aquí.

—Yo no provoco mis propios problemas —dice Willow de repente—. Yo no hago lo que hago solo porque esté de moda o sea guay. —Se queda callada unos instantes—.

Lo hago porque tengo que hacerlo —dice finalmente—. No tengo otra salida. —No —Guy niega con la cabeza—, tú no te permites encontrar la manera. Esa es la diferencia.
— ¡No me puedo permitir encontrar otra manera! ¡Tú lo sabes! ¡Lo viste! —insiste Willow. Guy no dice nada y los dos se quedan en silencio, sentados durante unos minutos, observando el agua que brilla con la luz de la luna.
—Tal vez Andy tenía razón —continúa Willow—. Esa chica y yo... simplemente no sabemos enfrentarnos a lo que la vida nos trae y por eso nos escondemos detrás de nuestra enfermedad. Tal vez, todo lo que ha dicho sobre ella también sirve para mí.
— ¿Por qué deberías hacerle caso a esas...?
—Mi hermano llora por las noches —le interrumpe Willow de repente—. No te rías —dice enseguida—. Ya sé que no eres como Andy, que no vas a decir nada insensible o estúpido, pero bueno, hay personas que creen que... en fin, un chico que llora es...
—No me estoy riendo.
—Por eso no pude dormir anoche. Él llora. Y yo le miro.
— ¿Por qué me estás contando esto? —pregunta Guy.
—No lo sé. —Willow se sorprende—. No lo sé —repite—. Es que... Él es muy fuerte, si crees que llorar así es una tontería te equivocas. No sé ni cómo consigue hacerlo, como puede pasar por eso, quiero decir. —Willow hace una pausa—. ¿Tú crees que yo soy como aquella chica? —Willow busca los ojos de Guy, apenas si le ve bajo la tenue luz de las estrellas.
—No lo sé —dice él lentamente—. Pero sí que sé una cosa. Lo que tú has sentido al ver su cuerpo es lo que siento yo al ver tus heridas.
—Oh. —Willow no sabe cómo responder a esto. Qué maravilloso que a ella le pueda afectar tanto, qué horrible que tenga que ser de este modo. No puede evitar pensar que prácticamente cualquier otra reacción sería preferible y que solo es culpa suya que, cuando él la mire, no vea a una chica más, sino a una chica que se corta.
Willow se sube la manga y examina sus heridas. Las mira igual que si estuviera sola, intenta verlas del modo que cree que él las ve.
No cabe duda de que son horribles. Está más que claro por qué él le dijo que eran feas cuando estaban en el depósito de la biblioteca.
Eso no debería importar. Sus cortes tienen una finalidad y esa finalidad es independiente de consideraciones tan triviales.
Nunca antes había estado tan convencida de nada. Pero con todo, por un momento desearía que tuvieran otro aspecto, que parecieran arañazos hechos por un gato.
Empieza a bajarse las mangas pero Guy la detiene. Le coge el brazo, le mira los cortes y se pone a reseguir las marcas que ha dejado la cuchilla con sus dedos.
—No... Es...
Willow deja de hablar al ver que Guy se inclina y empieza a besarle las cicatrices.
Sabe que debería pedirle que parara, pero no puede porque en realidad quiere que siga para siempre. También sabe que tendrá que pagar por estos sentimientos con

otros mucho menos placenteros, pero aun así no encuentra fuerzas para apartar el brazo.
Y entonces, Willow hace algo que lo sorprende mucho más que cualquier otra cosa que haya hecho. Mueve el otro brazo y, con mucho cuidado, le pone la mano en la mejilla, le levanta la cara hasta que sus labios y los de él se encuentran y le besa. No puede creerse que sea capaz de arriesgarse así, no después de lo que ocurrió en el depósito. Teniendo eso en cuenta, este hecho es mucho más sorprendente que, hace meses, cuando se vio así misma clavándose el destornillador en el brazo y supo que había encontrado su destino.
Espera a que ocurra un cataclismo, que la situación le supere igual que ocurrió en la biblioteca, pero, al menos en ese momento, solamente siente lo maravilloso que es besar a alguien, besarlo, bajo las estrellas, y lo extraño y reconfortante que resulta el que, después de todo por lo que ha pasado, poder finalmente reaccionar a algo igual que lo haría cualquier otra persona.
— ¿Me puedes hacer un favor? —le murmura boca contra boca. Está temblando ligeramente, de emoción y de miedo y no se acaba de creer que su acto no tenga consecuencias.
—Sí —le contesta Guy, también en un susurro—. Solamente dime qué quieres.
—Llévame a casa.
Willow no tiene ni idea de por qué le ha pedido eso, de dónde ha surgido este deseo; si es algo que ha ido creciendo poco a poco en su interior o si es una necesidad repentina. Pero está segura de que es un deseo genuino, de que es lo que quiere de verdad.
— ¿Ahora? —Guy se separa de ella—. ¿Quieres decir que te acompañe al piso de tu hermano?
—No. —Willow niega con la cabeza—. Quiero ir a casa. A la casa de mis padres, donde crecí. A casa.
—Oh —asiente Guy Se le ve confuso, pero pensativo—. No está lejos, ¿verdad? O sea, que le podrías pedir prestado el coche a tu hermano y conducir hasta allí, ¿no? —Hace una pausa—. Perdona, ¿has vuelto a conducir desde...? No estaba pensando.
—No, no he vuelto a conducir. No puedo ir sola hasta allí y no puedo pedirle el coche a mi hermano. Querrá saber para qué lo quiero y no se lo puedo decir. Necesito que tú me lleves, Guy, por favor.
— ¿Por qué quieres ir a tu casa? ¿Es porque tienes miedo de que se haya convertido en un lugar que solo puedes visitar en tu imaginación?
—No, no creo que sea eso... —No termina la frase.
Willow desearía poder contestarle. Desearía poder saber ella misma la respuesta. Piensa en las dos únicas veces que ha estado allí desde el accidente, la vez de David y las librerías y cuando fue a por su ropa. No hay ninguna razón para pensar que esta vez vaya a ser diferente. Willow no tiene ni idea de qué está buscando, qué espera sacar de esta excursión, ¿Y por qué (reí que si su hermano, su hermano que es tan

increíblemente fuerte, ha sido incapaz de soportar el impacto emocional que supone regresar a la casa de sus padres, ella podrá?

Tal vez únicamente necesite volver a conducir por la carretera donde todo ocurrió. Tal vez necesite volver a meter la cabeza en el armario de su madre y ver si aún puede percibir su olor. Tal vez necesite mirar, una vez más, todas aquellas estanterías repletas de libros.

—Quiero un libro —suelta Willow al final. Supone que esta respuesta debe de tener más sentido que cualquier otra—. La *Historia de dioses y héroes* de Bulfinch. Quiero la copia de mi padre.

Guy asiente lentamente, como si no cupiera duda de esta respuesta. No dice, al contrario de lo que haría la mayoría de gente, que puede entrar en cualquier librería y comprarse una copia, no dice que él ya sabe que ella ya tiene una copia, que la ha visto un montón de veces con el libro en las manos, o que él le puede prestar el suyo. En lugar de todo esto, Guy simplemente la mira y dice:

—Vale, pues parece que yo soy el que va a tener que encargarse de que le presten un coche.

Digitalizado por Drina

14

Pues claro que iba a llover.

Willow mira por la ventana lánguidamente aunque en realidad no se ve nada. Nada, claro, a excepción de la tromba de agua que está cayendo, el inútil recorrido que las varillas limpiaparabrisas se empeñan en hacer una y otra vez y la luz de un relámpago que ilumina la noche ocasionalmente.

A pesar de que el hombre del tiempo había asegurado un cielo azul, a pesar de que en la última semana había hecho unos preciosos días de otoño, en el momento en el que se subió al coche Willow supo que iba a empezar a diluviar.

Se pregunta si Guy estará nervioso, si le preocupará conducir con este tiempo tan asqueroso; la única vez que ha parado de llover ha sido para granizar. O quizás a él le preocupe que ella pueda estar preocupada. Preocupada de estar involucrada en un accidente. En otro accidente.

A Willow eso no le inquieta, pero se siente claramente incómoda. Tanta lluvia le pone nerviosa.

—Me desvío por aquí, ¿verdad?

Willow no le responde. Está mirando por la ventana es-forzándose por ver algo a través del cristal lleno de gotas. Pero, por supuesto, sus intentos son en vano —apenas reconoce la carretera—, aunque también es innecesario. No necesita ver nada. Sabría dónde está incluso con los ojos vendados.

—Oye, ¿no se supone que tengo que girar por aquí?

—Para.

—¿Qué?

—Para el coche.

Guy para en el arcén de la carretera junto a un campo.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras...?

Willow no espera a que termine la frase y no duda más que un breve instante antes de ponerse a caminar bajo la lluvia.

No va vestida para un día como este y en pocos segundos la lluvia le cala hasta los huesos, pero ella apenas se da cuenta mientras camina sin rumbo fijo a través del campo. Allí, tal vez a cinco o seis metros de la carretera, hay un enorme y viejo olmo.

—¿Qué estás haciendo? —le grita Guy. Sale del coche y corre hasta donde esta Willow de pie, frente al árbol.

—Willow. —Tiene que gritar para que ella le oiga entre tanto trueno—-. Vamos, vuelve a entrar en el coche.

Willow le mira, pero sin verle. Extiende la mano y toca un lado del árbol, un fragmento del tronco que no tiene corteza, como si la hubieran arrancado, y en su lugar hay una mancha de pintura azul oscura.
Qué extraño que, después de tantos meses, después de tanta lluvia, la pintura siga allí.
Cae de rodillas frente al árbol. Siente el crujido de papel de celofán y mira hacia el suelo. Tarda un segundo en darse cuenta de que está arrodillada sobre docenas de ofrendas florales que se han ido descomponiendo y que son ahora irreconocibles si no fuera por las sucias lazadas y los envoltorios de plástico.
La escena le debería afectar, inquietar, incluso dejarla hecha polvo y, sin embargo, Willow no siente nada más que la incomodidad de la lluvia empapándole la ropa y la piel. No siente nada, el drama del tiempo, la importancia del lugar no ejercen ningún efecto sobre ella. No sabe muy bien qué estaba buscando, pero lo cierto es que no era esto, este vacío, este sinsentido.
A Guy se le ve mucho más afectado que a ella. Se va quedando pálido al comprender el significado de la corteza arrancada del tronco, la mancha de pintura y los ramos de flores destruidos en el suelo.
—Vámonos. —Willow se levanta—. Vamos. —Coge a Guy del brazo, él también está empapado—. Salgamos de aquí. —Le lleva hacia el coche.
Guy entra y cierra la puerta con contundencia, le lanza una mirada escrutadora pero no dice nada más que:
—Quedan dos quilómetros y medio, ¿no?
—Sí. Ve por la siguiente salida a la izquierda, y a partir de ahí es todo recto.
Ninguno de los dos dice ni una palabra durante el resto del viaje. Willow espera a que Guy no esté tan incómodo ni tan congelado como está ella.
—¿Es aquí?
—Ahá, exacto. Aquel buzón que hay más arriba.
Guy aparca en el camino de entrada y apaga el motor. Willow está en casa. Después de todos estos meses, está en casa.
Willow sale del coche lentamente, con cuidado, como si de repente hubiera envejecido y se hubiera quedado débil. Está paralizada observando la casa, ya no nota la lluvia que le cae por la cara y le sigue empapando la ropa que se engancha contra su piel.
—Tal vez deberíamos entrar—le sugiere Guy con tacto.
—Oh, sí. —Willow le mira sin verlo—. Deberíamos entrar.
Empieza a caminar pero tropieza con la grava del camino.
—¿Estás segura de que esto está bien? —Guy la coge del brazo—. ¿Seguro que quieres hacer esto?
—Quizá... Tal vez... No lo sé. —Willow niega con la cabeza. De repente no está segura—. A lo mejor podríamos ir a algún sitio... a comer, antes —dice finalmente.
Willow sabe lo absurda que suena esta propuesta. Solo son las diez y pico de la mañana, los dos están totalmente mojados y la casa, aunque resulta intimidante, al

menos les ofrece posibilidad de estar cómodos. Podrían entrar y cambiarse de ropa. Casi toda su ropa sigue estando ahí y seguramente podría encontrar algo para Guy.
—Lo que tú digas. Depende de ti.
—Eres tan... Eres demasiado... —Willow no acaba la frase.
Perfecto, maravilloso, adorable.
—Bueno —dice Willow finalmente. La palabra es totalmente inadecuada—. Eres demasiado bueno.
—Vaya, no tengo ninguna intención de meterte ahí dentro a rastras. Mira, sea lo que sea lo que quieras hacer, este es tu momento. Totalmente. Pero tal vez deberías empezar a decidirte, esta lluvia me está empezando a tocar las narices.
—Volvamos al coche —dice dirigiéndose al asiento del copiloto.
—¿Y ahora? —Le pregunta Guy después de entrar y girar la llave de contacto—. ¿De veras te apetece ir a comer?
—Al menos aquí no nos mojamos. —Willow no contesta directamente a su pregunta—. ¿De quién es el coche, por cierto?
—Del hermano de Adrián.
—¿Le has dicho para qué era?
—No. No me lo ha preguntado.
—Oh —asiente Willow—. Escucha, lo que he dicho allí fuera... —Pica con los dedos en el salpicadero—. Es verdad.
—¿El qué?
—Eres tan... tan... —Para sorpresa de Willow, se le rompe la voz. Le choca que la amabilidad de Guy tenga el poder de emocionarla tanto. Qué extraño que esto le afecte tanto después de que el escenario del accidente la dejara fría.
—¿Willow?
—¿Sí? —Su voz es ahora más firme y siente que vuelve a tenerlo todo bajo control.
—Tú también.
—Oh. —Apoya los codos en el salpicadero y aprieta la frente contra las palmas de sus manos—. Si tú lo dices...
—¿Estás llorando?
—No. —Willow levanta la cabeza—. Ya deberías saberlo a estas alturas. Yo no lloro. Mira, vamos a comer algo, ¿vale? Ya sé que es muy pronto, pero vamos igualmente. Hay un sitio donde solían ir todos los de mi antiguo instituto. Solo está a tres quilómetros de aquí. —Mira el reloj—. No habrá nadie a esta hora.
—De acuerdo. —Guy conduce marcha atrás para salir del camino de entrada—. Supongo que me sentará bien algo caliente. ¿Tienen buen café?
—Chocolate caliente.
—¿Eh?
—Chocolate caliente. Es un local pequeño. Lo llevan una pareja de Francia y el chocolate es su especialidad. Al menos es lo que todos se pedían siempre. Pero te puedes pedir mitad café, mitad chocolate. Te gustará, te lo prometo.

—¿Sigo recto?
—No, a la derecha y después otra vez a la derecha. Enseguida lo verás.
—¿Es aquí? —Guy aparca frente a la puerta del café. Está situado entre una serie de tiendas que forman un semicírculo alrededor de la estatua de un héroe de la Guerra de la Independencia—. Se me engancha la ropa —dice al salir del coche.
—Lo siento. —Willow no puede evitar sentirse culpable—. A mí también. A lo mejor dentro nos secamos un poco.
—¿Es demasiado pronto para pedirme un postre? —pregunta Guy mirando el menú.
—No, para nada. —Willow se revuelve incómoda en el banco. Los vaqueros mojados le están haciendo la vida imposible—. Yo sé lo que vas a querer. El helado ese de café moca. Ni siquiera sé cómo se pronuncia. Tienes que probarlo.
—¿Hay camarera aquí?
—Tienes que ir a pedir a la barra.
—¿Tú solamente quieres un chocolate caliente?
—Mmm, sí, porque...
—¡¿Willow?!
—¡¿Markie?! —Willow está tan sorprendida que apenas puede hablar. Se levanta y mira a lo que debe ser un fantasma, porque no se puede acabar de creer que lo que está viendo sea real. Después de todos estos meses, después de las llamadas de teléfono que ha evitado, finalmente se encuentra cara a cara con su mejor amiga.
—¿Qué haces aquí? —le pregunta Willow mientras Markie se acerca a la mesa. O sea, ¿cómo es que no estás en casa?
—¿Qué hago yo aquí? Vivo aquí. ¿Qué haces tú aquí? — Mira a Willow con escepticismo, como si no pudiera creer que lo que ve es real.
—Te has cortado el pelo —dice Willow estúpidamente.
—Sí, casi cuatro dedos... —Markie se queda en silencio. Mira a Willow y a Guy.
—Oh, eh, perdona, este es Guy y supongo que a estas alturas ya te habrás imaginado que esta es Markie.
—He oído hablar de ti —dice Guy, que está claramente mucho más cómodo que ellas dos.
A Willow le sorprende el comentario. Parece sacado de una conversación formal en una fiesta elegante pero Willow le agradece el detalle. Ahora se da cuenta, al mirar a Markie, de que ha herido los sentimientos de su mejor amiga. Espera que las palabras de Guy le hagan ver a Markie que no la ha olvidado, que ha pensado en ella y ha hablado sobre ella en estos últimos ocho meses, que todas las cosas que han hecho juntas durante todos estos años aún le importan.
—Hola. —Markie le hace un gesto con la cabeza—. Bueno, ¿y qué haces aquí? —Vuelve a centrar su atención en Willow.
—Yo... necesitaba recoger unas cosas de casa —le contesta Willow después de un segundo. Es lo único que se le ocurre decir, y de hecho, la única razón con algo de

sentido que tiene para ir allí es recoger el Bulfinch—. Y tú, ¿qué haces por aquí a estas horas? —vuelve a preguntarle a Markie.
—Oh, tengo que recoger unas cosas para mi madre —contesta Markie encogiéndose de hombros—. Está organizando una cena. Hubo un escape de agua en el instituto y se inundó todo el edificio. Tenemos dos días libres hasta que lo limpien todo. —Habla con frases breves y tajantes.
—Tiene sentido, supongo... —Willow intenta sonreír pero no le sale bien.
—Iré a pedir. —Guy se levanta y mira a Willow. Está claro que espera que Willow le pregunte a Markie si se quiere sentar con ellos.
—Yo tengo que volver enseguida —dice Markie. Las palabras le salen a trompicones. Es obvio que no quiere darle a Willow la oportunidad de que le vuelva a rechazar. Pero en cuanto Guy se va, ella se sienta en el banco. Mira a Willow fijamente, pero ninguna de las dos dice una palabra y el silencio que se crea no es el agradable silencio compartido por dos amigas.
—Me gusta cómo te queda el pelo —dice Willow finalmente.
—Gracias. —No parece que Markie se sienta especialmente halagada. Mira a Willow con atención—. Yo no te había visto llevar trenza desde que tenías seis años. Me acuerdo de que tu madre siempre te la hacía.
¿De verdad?
Parpadea intentando apartar esa visión, volver a concentrar-se en el momento presente.
Willow lo había olvidado completamente, pero ahora le viene la imagen a la cabeza. Recuerda revolverse en un taburete, desesperada por liberarse y poder ir a jugar con Markie mientras su madre estaba detrás suyo con un cepillo en la mano.
—¿Y te cuesta menos arreglarte el pelo ahora que lo llevas mucho más corto? Es que tardabas siglos en secártelo... —Willow no se puede creer que eso sea todo lo que se le ocurre decir a su amiga después de tantos meses, que su relación se haya visto reducida a esta charla superficial, y sabe que es todo por su culpa.
Pero Markie no quiere tomar parte en el asunto. Ahora que las dos están solas, decide ir al grano.
—Mi madre me dijo que tú no me llamabas ni me contestabas a los correos electrónicos ni nada porque las cosas para ti simplemente eran demasiado duras en este momento...
—Tiene razón —empieza Willow con avidez, contenta de poder tener la oportunidad de explicarse. Se inclina sobre la mesa—. Sabes...
—Pero yo le dije que no era posible —le corta Markie—. Porque yo le dije que si este fuera el caso tú me dirías algo tipo «¡Eh, Markie! Ahora mismo no puedo estar por ti, en cuanto esté preparada, tú eres la primera...». Le dije que tú no ibas a ignorarme sin más, que tú no eras así. Tú no podías ser tan... falsa. Emocionalmente falsa, quiero decir.
Willow se incorpora de la sorpresa.

—Lo... lo siento muchísimo —dice entre balbuceos. Siente como si le hubieran dado una bofetada pero no puede enfadarse con Markie porque sabe que su amiga tiene razón—. No tendría que haber...
—¡Odio decirte cosas así! —explota Markie—. ¡No quiero hablarte de esta manera! ¡Me siento como si fueras mi ex o algo así y te estoy suplicando que me llames! ¡Y, además, me siento tan egoísta! Debería estarte preguntando cómo lo has llevado estos meses, no enfadándome contigo. —Hace una pausa—. Bueno y, ¿qué tal te han ido estos meses? —dice después de un momento.
—No demasiado bien.
¡A eso le llamo yo quedarse corta!
Willow se pregunta qué ocurriría si le enseñara los brazos a Markie. ¿Le perdonaría por no haber llamado? ¿Comprendería entonces en qué se ha convertido su vida?
¿Se lo diría a su madre? Pues claro que lo haría. Ni siquiera lo pensaría dos veces. No sería como Guy. Markie conoce a toda su familia desde que las dos tenían cinco años. No se pararía a escuchar las protestas de Willow. Se lo diría a su madre. Y su madre se lo diría a David. Le quitarían las cuchillas. Harían algo al respecto. Esta parte de su vida se habría acabado.
Willow no está aún preparada para que esto ocurra, pero por un breve instante le invade una necesidad tan grande que, literalmente, tiene que reprimirse el impulso de mostrarle los brazos a Markie. Solamente tiene que subirse las mangas y todo se pondrá en marcha.
Pero, en lugar de eso, esconde las manos bajo la mesa. Las apoya en su regazo. Se pone a retorcer una servilleta. Hace cualquier cosa para mantenerlas ocupadas.
—Te... Te echo de menos —dice finalmente Willow sin poder apartar los ojos de la servilleta—. Te echo de menos y echo de menos cómo eran las cosas entre nosotras antes. Y, aunque tu madre tenía razón... tú también la tenías. —Willow mira a Markie—. Debería haberte dicho que no podía hablar contigo. —De nuevo, y para su sorpresa, siente que se le rompe la voz. Pero, al igual que antes, es solo un instante.
—¿Y ahora? —pregunta Markie.
—Te... te llamaré —dice Willow—. Me gustaría quedar contigo.
—¿De verdad? —Markie la mira con escepticismo.
—De verdad —le asegura Willow—. Pero, oye... —se sonroja al pensar en los reproches que le ha hecho antes Markie—. No creo que vaya a ser dentro de poco.
—Oh —dice Markie lentamente—. Bueno, supongo que, en ese caso, me tendré que esperar. Espero... bueno, espero que esta vez no vayan a ser ocho meses más. Y Willow... —Markie sonríe tímidamente—, de algún modo sí que me llegué a creer lo que mi madre me decía. Si no, no hubiera seguido llamándote todos estos meses.
Se miran a través de la mesa sin decir una palabra. La diferencia es que, esta vez, el silencio no es incómodo.

—Bueno. —Markie se inclina hacia delante con algo de la chispa que solía tener—. ¿Tiene él algo que ver con que no me llamaras? —pregunta señalando a Guy que está de pie junto a la barra dándoles la espalda—. Porque en ese caso podría perdonarte.
—No, pero me preguntaba qué pensarías de él —le confía Willow inclinándose también ella sobre la mesa. Sus codos se encuentran y, por un momento, es como si no se hubieran separado nunca.
—Es supermono. —Markie lo mira fugazmente—. ¿Es tu novio o algo así, o es solo un amigo? O sea, ¿quién es?
—Bueno... —Willow mira en la misma dirección que Markie. ¿Cómo podría explicar lo que Guy significa para ella? El es mucho más que un amigo. Algo diferente a un novio, tal vez un amante, en todo excepto en el sentido técnico de la palabra...
Y, entonces, vuelve a mirar a Markie y le dice las palabras más ciertas y honestas que nunca le ha dicho a nadie:
—El es alguien que me conoce, y alguien a quien yo conozco.
—Oh. —Markie asiente pensativa mientras piensa en esto—. Mmm, tal vez deberíamos cambiar de tema —murmura—, porque viene hacia aquí. ¿Sabes qué? —continúa con voz normal cuando Guy llega a la mesa—, debería ir tirando. O sea, no me apetece nada. Ojalá me pudiera quedar, pero mi madre me espera y supongo que tú preferirías que no supiera que te he visto...
—Sí, por favor, no se lo digas.
—Vale, así que parece que no puedo usar la excusa de que me he encontrado contigo para llegar tarde. —Markie se levanta—. En fin, supongo que me tendré que reservar todo lo que quería hablar contigo hasta que vuelva a tener noticias tuyas... —dice con torpeza, aunque sin la hostilidad de antes.
Willow también se levanta.
—Espero que... —empieza, pero las palabras le fallan. Se acercaría su amiga, con cuidado, le da miedo abrazarla estando ella tan mojada. Pero Markie no lo duda ni un momento y le da a Willow un fuerte abrazo.
—Hasta pronto. —Markie la deja ir después de un momento. Mira a Guy, sonríe un poco y se va.
—Adiós. —Guy le devuelve la sonrisa. Se sienta en el lugar
que acaba de quedar libre—. Nos traerán lo nuestro en un par de minutos —le dice a Willow.
—Oh... vale. —Willow tiene la mirada perdida. Está demasiado concentrada en lo que acaba de pasar con Markie para poder captar lo que él le está diciendo.
—¿Va todo bien? —le pregunta él—. Quiero decir, ¿te ha gustado volver a verla?
—Sí, estoy contenta, pero... Oye, ¿te importa si cogemos las cosas para llevar?
Guy se la queda mirando.
—Lo sé, soy difícil y complicada. Pero mira, tú me has dicho que todo dependía de mí. Y ahora mismo tengo ganas de ir a casa. Lo siento.

—No, no... O sea, que no me cuesta nada pedir las cosas para llevar y, tampoco es que me haga ilusión estar sentado en un local de chicas, pero ¿estás segura de que esta vez estás preparada?
—¿Te parece un local para chicas? ¡A todos los chicos de mi instituto les encantaba!
—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de chicos iban a tu instituto? Pero, da igual, ¿estás segura de que esta vez sí?
—Sí, estoy segura.
—Perdona, podrías envolver nuestras cosas —le dice Guy a la chica que está tras el mostrador.
—Vale, pero espera un segundo. —Willow le tira de la manga—. ¿Qué es lo que te parece tan femenino de este sitio?
—Descríbeme la servilleta.
—De tela rosa y con violetas bordadas —contesta Willow encogiéndose de hombros.
—Correcto. Venga, vámonos.
El camino de regreso a casa pasa sin ninguna novedad aparte del hecho que la lluvia cae con más fuerza que nunca y que la ropa se les empapa aún más al entrar y salir del coche.
—¿Te puedes dar un poco de prisa y abrir la puerta? —dice Guy. Le castañetean los dientes.
—Perdona. —Willow busca la llave en el bolsillo—. La tengo.
Abre la puerta y los dos entran. La casa huele a cerrado, es obvio que está deshabitada, vacía.
—Bueno —dice Willow mientras los dos están en la entrada temblando con la ropa mojada—. Aquí estamos. —Deja en el suelo la bolsa y el vaso de chocolate que aún ni ha probado.
—Vale —dice Guy lentamente—. ¿Qué quieres hacer ahora?
Willow no tiene ni idea de qué quiere hacer. Todavía no ha logrado entender por qué quería volver. Esperaba que, en el momento en que entrara en la casa, lo sabría, que abriría la puerta y todo estaría claro.
Pero nada lo está. No ha ocurrido ninguna gran epifanía. El momento resulta tan falto de interés y de significado como antes, cuando se ha parado en la carretera en el lugar donde acabó la vida de sus padres.
Willow no tiene palabras. Guy está nervioso por ella, curioso por ver cuál será su próximo movimiento.
—¿Quieres ver mi habitación? —le pregunta de repente.
Guy la mira sorprendido. Es evidente que esto no es lo que él esperaba.
—Perdona. —Willow sacude la cabeza al pensar en lo estúpida que debe haber sonado la pregunta. No es que estén en primero y ella quiera enseñarle su colección de muñecas—. No ha sonado muy bien. Lo que quería decir es que tengo cosas allí y podernos cambiarnos y ponernos algo seco.

—Ah, genial —asiente Guy—. Aunque no estoy muy seguro de que gastemos la misma talla.
—Espera —le contesta jovial Willow—. Mi hermano aún tiene cosas aquí. Vamos. —Lo coge de la mano y suben la escalera.
—Tienes un montón de libros —le dice él al entrar en la habitación—. Aunque tengo que decirte que nunca me imaginé que tuvieras una habitación con paredes negras. —Camina sin rumbo fijo por la habitación con Willow cogida de la mano, y observa los diferentes títulos.
—Oh, es que esta era antes la habitación de David, él la pintó de negro —explica Willow—. Cuando se marchó a la universidad yo la heredé. Ahora él usa mi cuarto cuando viene de visita. —Hace una pausa al darse cuenta de que acaba de hablar en presente.
—Vamos a mi antigua habitación —dice, llevándolo por el pasillo—. Mi hermano guarda sus cosas aquí. —Abre una puerta que hay a la derecha—. Seguro que algo de esto te va. —Willow frunce el ceño mientras rebusca en el interior de los cajones de la cómoda—. Sois igual de altos... Toma. —Le lanza una sudadera y unos vaqueros desgastados—. Nos vemos en unos minutos. Mmm...Voy a cambiarme a mi habitación. —Willow se apresura a cerrar la puerta cuando Guy empieza a desabrocharse la camisa.
Willow se deshace la trenza y se pasa los dedos por el pelo. Después del comentario de Markie se siente incómoda con ella. En cualquier caso, se secará mucho más rápido ahora que lo lleva suelto. Va a su armario en busca de algo que ponerse. Le sorprende las cosas que tiene, ropa que había olvidado totalmente, y se pregunta si David o Cathy se darían cuenta y le harían preguntas si cogiera algo de aquí para llevarse.
Tal vez me podría poner un vestido.
Pasa las manos por los pliegues del montón de faldas que tiene en el armario. Guy nunca la ha visto llevando nada de esto...
Willow sacude la cabeza al darse cuenta de lo frívola que está siendo. No ha venido aquí para hacer un pase de modelos...
Aunque ella misma no sabe muy bien para qué ha venido aquí...
—¡Eo! ¿Estás lista? —Guy llama a la puerta.
—Eh... Un segundo. —Willow se pone unos vaqueros secos y una camisa—. Entra —le dice.
—¿Qué hago con todo esto? —le pregunta entrando en la habitación con la ropa mojada en una mano—. Oye, llevas el pelo diferente.
—Así se seca más rápido —dice Willow encogiéndose de hombros.
—No te lo había visto así. Es precioso.
—Gracias. —Willow se sonroja. Luego le mira y se echa a reír—. David y tú seréis igual de altos pero, por lo demás...
—¿Qué problema hay con lo que me he puesto?
—Nada, no pasa nada. Es solamente que, bueno, la sudadera te va un poco pequeña.

—Oye, tú eres la que me ha dado esto...
—No, no, es genial. —Willow no puede parar de reír—. Oye, prométeme que no dejarás el remo. Lo digo en serio. Incluso si acabas dedicándote al trabajo de campo, mete un par de remos en la maleta.
—Lo que tú digas. —Se encoge de hombros pero Willow se da cuenta de que se ha sentido halagado.
—Mmm... ¿Sabes qué? —Mira hacia el montón de ropa mojada que sostiene Guy—. Supongo que podríamos hacer una colada. —Recoge su propio montón de ropa mojada—. Ven, la lavadora está en el sótano.
Al pasar junto a las habitaciones vacías, Willow no puede evitar pensar en lo extraña, lo muerta que está la casa. Nadie que entrara aquí por primera vez podría pensar que es la casa de una familia que se ha ido de vacaciones. Hay algo en el aire que no permite esa posibilidad. Es como si la casa sintiera que sus
habitantes se han ido, han muerto, se han desperdigado, y actuara en consonancia.
Willow se detiene en la mitad de la escalera que va hacia al sótano. ¿Cómo se podía haber olvidado de lo que hay allí? Se desploma en un escalón y observa las estanterías a medio desmontar. El destornillador, su primer cómplice, yace en el suelo a un lado.
—¿Qué te pasa? —Guy se sienta junto a ella.
Willow sacude la cabeza. Una vez más tiene la sensación de que esta situación debería ser superior a ella, que debería dejarla derrotada. Se pregunta por qué no sentirá la desesperada necesidad de recurrir a la cuchilla, por qué todo la deja fría. Se gira para mirar a Guy y le sorprende ver lo mucho que le está afectando a él esta escena. Está pálido, casi parece un fantasma, y no le quita los ojos de encima al destornillador. El es el que necesita hablar de esto.
—¿Estás bien? —le pregunta Willow preocupada—. Guy, ¿estás bien?
—No lo sé. —Aparta la vista del destornillador y la mira a ella—. Solamente sé que esta debe ser la cosa más horrible que he visto en toda mi vida.
Guy le rodea los hombros con un brazo pero no dice nada.
—Tal vez simplemente tenía que volver a encontrarme con Markie —dice Willow. Levanta la cabeza y le mira—. Tal vez por eso vinimos aquí. —Se encoge de hombros—. O sea, no es que yo supiera que iba a ocurrir pero... da igual... Mira, a lo mejor debería poner la lavadora y, tal vez, coger el Bulfinch y después... no sé, ¿quieres que esperemos aquí hasta que pare de llover antes de que volvamos?
—Lo siento, no sé por qué te he traído hasta aquí. —Willow le aparta el pelo de la cara—. Mejor dicho, porque te he obligado a que me trajeras hasta aquí. Pensaba... No sé qué pensaba.
—Niega con la cabeza—. Creí que había encontrado una conexión entre cómo estaba David la vez que vinimos aquí y el modo en el que llora... Pero no sé, la verdad es que no tiene sentido. Y aunque lo tuviera, he pasado tanto tiempo sin llorar, sin sentir, diciéndome a mí misma que no puedo llorar que... ¿a qué estoy jugando ahora? —Entierra la cara entre sus manos.

Guy la rodea con el brazo pero no dice nada.
—Tal vez el destino quería que me encontrara con Markie —dice Willow. Levanta la cabeza y lo mira—. A lo mejor por eso hemos venido hasta aquí. —Se encoge de hombros—. O sea, no es que yo supiera que iba a ocurrir pero... En fin... Mira, creo que pondré la lavadora, y también cogeré el Bulfinch, y después, no sé, ¿quieres que esperemos aquí hasta que pare de llover antes de regresar?
—Vale. Bueno, al menos hasta que acabemos con la colada. Pero ¿estás segura de que has acabado aquí?
—Ni siquiera sé qué he venido a hacer —dice Willow mientras se levanta de la escalera y mete la ropa en la lavadora—. Tardará un rato. —Echa el detergente y aprieta el botón—. Mejor volvemos arriba y, no sé, cogeré el libro...
Sube la escalera abatida.
—¿Quieres esperarte aquí? —Señala la sala de estar—. Solo subo un momento a buscar el Bulfinch... —Willow no quiere que Guy la acompañe porque hay una cosa que quiere darle, algo que está en el estudio de su padre, igual que el Bulfinch, y quiere que sea una sorpresa.
—¿Estás segura de que quieres estar sola?
—Estoy bien... Solo... Mira. —Willow le acompaña a la sala de estar—. Este era mi lugar favorito en el mundo entero para leer. —Se sube al alféizar de la ventana, que está habilitado como si fuera un sofá—. Ven. —Sonríe cuando Guy se sienta a su lado—. Solo será un segundo, ¿vale?
—Tómate tu tiempo.
Willow recorre el pasillo que lleva al estudio preguntándose si la habitación donde sus padres pasaban la mayoría del tiempo, donde trabajaban, la dejará tan indiferente como todo lo demás. Pero, al abrir la puerta y observar las estanterías llenas de libros que van desde el suelo hasta el techo, y los dos escritorios inmensos con sus vades de sobremesa de piel, se da cuenta, una vez más, de que no siente nada.
Cruza la habitación hasta las estanterías y coge el Bulfinch. Luego, busca un par de segundos hasta dar con *Tristes trópicos.* Sabe que si David se llega a enterar de que ha regalado la copia de su padre, una primera edición en perfecto estado, la matará. Pero no cree que vaya a ser dentro de poco y, de todos modos, sabe que significará mucho para Guy. Desea con todas sus fuerzas regalarle algo especial.
Willow camina por el estudio un rato, mirando algunos libros con desgana. Hay una fina capa de polvo que lo cubre todo como si fuera arena. Piensa en lo curioso que resulta que ahora la casa parezca una excavación arqueológica. Se sienta en el escritorio y mira entre los papeles que hay sobre el vade, con una especie de curiosidad morbosa por ver qué estaban haciendo sus padres el último día de sus vidas.
No hay nada especial, solamente algunas notas escritas en la letra casi ilegible de su padre, unas cuantas facturas y una nota a la asistenta en la enérgica caligrafía de su madre:

Hannah,
Muchas gracias por quedarte hasta tarde y ayudarme con la fiesta. No habría podido con todo sin tu ayuda. No te molestes en pasar la aspiradora hoy, pero cuando vayas a la tienda, ¿puedes asegurarte de comprar el zumo de naranja con calcio para Willow! ¡Calcio, muy, muy importante para Willow!

Willow coge la nota, piensa que quizá le gustaría tenerla en su escritorio, en casa de David. No tiene ningún recuerdo. No puede coger una foto, David se daría cuenta de algo así. No parece haber ningún otro escrito a mano que pueda ser más interesante, cualquier cosa así estaría en el ordenador de todos modos. Es un pequeño detalle, bastante falto de sentido, la verdad, pero le gustaría poder conservar ese trozo de papel con la letra de su madre.
Coge los libros y el papel y se va del estudio, parándose de camino al comedor para meterse la copia de *Tristes trópicos* en la bolsa.
—Oye, ¿qué estás leyendo? —le pregunta Willow a Guy que está sentado junto a la ventana pasando las páginas de un libro.
—Hablabas en serio cuando decías que tus padres tenían miles y miles de libros —dice señalando las estanterías del salón.
—Oscar Wilde. —Willow se sienta junto a él y mira el libro que tiene en la mano—. Es bastante divertido. Seguro que aquel profesor tuyo debió darte un montón de cosas de estas para leer.
—¿Y tú qué llevas ahí, aparte del Bulfinch? —le pregunta Guy mirando el trozo de papel que lleva Willow en la mano.
—Oh, no es más que una nota que escribió mi madre... Nada importante. —Willow se encoge de hombros—. Siento haberte hecho venir hasta aquí, era pedirte demasiado y no sé si te importaba mucho saltarte las clases y... bueno, tampoco he sacado nada en claro. Gracias por hacerlo de todos modos.
—No tienes que darme las gracias. —Guy le coge el papel de la mano—. *Calcio, muy, muy importante para Willow* —lee.
Willow no se da cuenta de que está llorando hasta que Guy le limpia las lágrimas con la mano. Sabe que tenía razón sobre SU hermano, que se necesita una fuerza increíble para afrontar este dolor tan terrible, y no sabe cómo puede soportarlo porque duele mucho, mucho más que la cuchilla. Y no sabe por qué, después de haber estado en el lugar donde sus padres perdieron la vida, después de volver a ver el lugar donde inició su ilícita relación con el destornillador, algo tan simple, tan trivial, pueda finalmente afectarla tanto.
Tal vez sea porque, al oír a Guy leer la nota, se ha dado cuenta, al igual que le ocurrió al ver a David con Isabelle, que ella ya nunca será la hija de nadie. Nadie volverá a preocuparse por ella del modo que lo hacían sus padres, nadie la cuidará igual que ellos. La única vez en la que Willow va a poder experimentar un lazo así será cuando

ella misma sea madre. E incluso en ese momento necesitará a su propia madre y ella no estará allí. Ella no estará allí porque ha muerto. Muerto. Con décadas de antelación. Y a Willow la sorprende, la sorprende muchísimo, que la cuchilla haya conseguido anestesiarla durante tanto tiempo, porque el sentimiento que la invade ahora es tan abrumador, tan apabullante, que necesitaría más que un par de cortes para transformar su angustia.

Se lleva la mano al estómago por miedo a partirse en dos del dolor. Guy no le dice nada, simplemente le separa el pelo de la cara y de vez en cuando le limpia las lágrimas.

—No... No... No... —Se le cortan las palabras—. ¡No soy la hija de nadie! —dice Willow como si fuera algo que acabara de descubrir—. Y ya sé... ya sé que debería sentirme mal por mi hermano, que... que...—Para un segundo. Jadea y aspira aire con tanta fuerza que tiene miedo de estar hiperventilando.

—¿Puedes respirar? —le pregunta Guy.

—Sí, o sea no. Dame un segundo. —Willow se seca la nariz con la mano—. Eso no ha sido muy educado, perdona. —Le sale una risa un poco histérica—. No puedo respirar cuando lloro tanto... Y no recuerdo... la última vez que lloré así.

—Debería... Debería sentirme mal por David porque él tampoco tiene padres. Y ya sé... ya sé que debería también sentirme mal por mis padres porque ellos no sabían, al despertarse, que ese iba a ser el último día de su vida... —Le aprieta las manos con tanta fuerza que no entiende cómo es que no grita de dolor—. Pero solamente puedo pensar en que yo ya no soy la hija de nadie...

Durante unos segundos para de hablar e intenta secarse los ojos. Pero es inútil, como intentar contener un maremoto. Sus manos se entrelazan con las de Guy y le coge de las muñecas y se vuelve para mirarle a la cara mientras los dos siguen sentados junto a la ventana.

Se para con un nuevo ataque de llanto y se queda sin aire.

—¿Quieres una bolsa de papel o algo? —Guy parece asustado.

—No, no... Es solo que... yo nunca volveré a ser la hija de nadie. —Willow continúa después de unos minutos—. Y tenía razón cuando empecé... cuando empecé a cortarme, porque tú debes pensar que esto no es tan horrible, que las chicas lloran, que la gente llora, pero te equivocas, te equivocas porque cualquier cosa... cualquier cosa... sería mejor que esto. Lo... lo siento. —intenta respirar—. Siento haberte puesto en esta situación. —Willow vuelve a secarse las lágrimas. Aún tienen las manos cogidas y Willow puede sentir el dorso de la mano de Guy en su frente—. Cuando te pedí que me trajeras aquí no estaba pensando en esto... No esperaba esto... O tal vez sí...Yo... Ni siquiera lo sé.

—Willow, no me has puesto en ninguna situación.

—Necesito un Kleenex —dice sorbiéndose la nariz.

Guy libera sus manos de las de Willow, coge el puño de la sudadera y le limpia la nariz con él.

—Qué romántico —le dice con vergüenza.
—Bueno, pues no te creas. No haría esto por nadie más en el mundo.
—Yo... Bueno... Eso es lo más... Yo... —Willow empieza a hipar—. Perdona. Es que me entra un hipo tremendo cuando lloro. —Le coge la sudadera y vuelve a secarse la nariz con ella—. Soy un desastre. —Se le escapa una risa temblorosa—. Pero ¿sabes qué? Yo tampoco me limpiaría la nariz en la sudadera de otra persona. —Vuelve a hipar.
—¿Quieres un vaso de agua para el hipo?
—No. —Willow niega con la cabeza—. No, gracias. Pero ¿sabes qué me apetece? ¿Me puedes traer mi chocolate caliente? Lo dejé junto a la puerta.
—Vale. —Guy se encoge de hombros. Al cabo de unos segundos regresa—. Toma. —Le mira dubitativo cuando ella le da el primer sorbo—. ¿Está bueno, eso?
—Bueno. —Willow hace una mueca—. Depende de lo que entiendas por bueno. A estas alturas parece más bien agua encharcada.
—¿La has probado alguna vez o qué? —le pregunta Guy mientras se vuelve a sentar a su lado.
—Supongo. —Willow deja el vaso en el suelo. Se reclina sobre los cojines con un suspiro—. Gracias —dice de repente.
—¿Por qué?
—Gracias por haberme traído aquí. Y gracias por no decirle nada a mi hermano. Gracias por ser tan...
—Estás llorando otra vez. —Guy se cambia de postura para poder tenerla entre sus brazos.
—Ya lo sé, pásame tu sudadera.
—Vale, espera. —Le limpia las lágrimas—. ¿Te va a volver a dar el hipo?
—No. —Willow niega con la cabeza.
—¿Quieres que nos quedemos aquí, no sé, a dormir un poco o algo así? ¿O quieres volver a casa de tu hermano? —dice Guy después de unos minutos.
Pero Willow no quiere hacer ninguna de las dos cosas. Y está totalmente sorprendida al sentir qué es lo que realmente quiere. La última media hora no es que haya sido muy propicia para la pasión. Y sin embargo, allí sentada con él junto a la ventana, rodeada por sus fuertes brazos, sabe que si puede sobrevivir al llanto hay muchas otras cosas a las que puede sobrevivir. Y que si hay algunas cosas que ella ya ha perdido para siempre, hay otras que aún no ha empezado a experimentar. Y también sabe que lo que desea no viene dado porque la pasión sea el antídoto contra el dolor, sino porque es la más natural, más perfecta y más completa expresión de lo que siente por él.
—¿Recuerdas cuando... cuando descubriste que me cortaba?
—No lo olvidaré nunca.
—Pero ¿te acuerdas de... bueno, te acuerdas de cómo intenté chantajearte?
—Tampoco lo olvidaré.
—Bueno. —Traga saliva—. Yo... bueno... Espero que ahora, tal vez, tú... O sea, yo quiero... podríamos... —Se atranca con las palabras, pero mira a Guy expectante

esperando que, ya que a veces parece conocerla mejor que ella a sí misma, entenderá lo que intenta decir.
Por desgracia, él parece estar totalmente desconcertado.
—¡Oh, esto no está saliendo bien! —exclama Willow. Se pregunta si tal vez no es tan buena idea al fin y al cabo, si le chocará demasiado, después de la crisis que acaba de tener ella. Pero Willow no puede pensar en nada que haya deseado más—. No importa —dice ella, decepcionada—. Tampoco me lo hubiera imaginado nunca así, con la nariz llena de mocos.
—¿Imaginarte el qué? —pregunta Guy lentamente.
Willow se acerca a él.
—¿Tú qué crees? —le dice finalmente.
—Yo... bueno... no estoy muy seguro de lo que pienso. —Guy se aparta un poco de ella hasta que está al alcance de sus brazos y la mira con detenimiento—. No me gustaría nada cometer un error porque, bueno... me parece entender que tú quieres... bueno, que quieres...
—Nunca te había visto ponerte tan nervioso —dice Willow entre risas. Se seca los últimos vestigios de sus lágrimas. No puede creerse que Guy no esté pillando lo que le está diciendo, y no se puede creer que ella se esté riendo de eso.
—Te, te... o sea, te refieres a cuando...
Willow decide ponerle las cosas más fáciles.
—Ven. —Le coge de los hombros y le acerca a ella. Ya le ha besado dos veces antes. La primera con resultados desastrosos, la segunda no fue tan catastrófica, pero en ninguna ocasión lo ha hecho poniendo en juego todos los sentimientos que lleva dentro. Desea y cree que ahora, finalmente, le puede mostrar lo mucho que le importa pero, aun así, no puede parar de temblar mientras avanza lentamente, cubriendo el espacio que les separa.
—¿Estás segura de que esto está bien? —susurra Guy junto a su boca.
—Está bien —le contesta Willow mientras le ayuda a encontrar los botones de la camisa—. Está más que bien. —Repite, sorprendida y estremecida de que sea así. Le quita la sudadera manchada de lágrimas.
—Pero tú eres tan tímida. —El suave aliento de Guy acaricia su cuello mientras él le baja los tirantes del sujetador por los hombros—. Pero tú eres tan vulnerable. Por favor, dime que estás segura.
—Estoy segura. —Willow empieza a desabrocharle los botones del pantalón—..Estoy segura, pero...
—¿Pero qué? ¿Cuál es el pero? ¿Cuál es el pero? ¿Por qué... por qué dices pero así, de repente? —Guy tartamudea al hablar mientras le ayuda a quitarse el resto de la ropa.
—Pero... bueno, ¿lo has hecho antes con alguien?
—No. —El la estira en el sofá.

—Bien. —Willow se sorprende de que, con lo tímida que es, no le dé vergüenza estar desnuda frente a él. Tal vez sea porque, poco a poco, en todos los demás aspectos, ya lo ha hecho.
—¿Y tú? —Guy se estira junto a ella.
—¡No!
—Bien. —Le besa el pelo, la cara, el cuello.
—Espera, espera un momento. —Willow le empuja un poco poniéndole la mano en el pecho—. Tengo otra pregunta. ¿Tienes... tienes... Mmm... tienes... algo?
—¿Qué? —pregunta Guy frunciendo el ceño—. ¡Oh! Mmm... llevo... llevo algo en la cartera.
—Bien.
—¿Puedo... puedo...?
—Puedes hacer lo que quieras. —Willow se estremece al sentir las manos de Guy recorrer su cuerpo, pero esta vez no hay miedo, no se puede creer lo maravillosamente bien que se siente.
—Un segundo... —Willow se incorpora repentinamente—. Seguro, ¿no? O sea, estás seguro de que llevas algo.
—Bueno, ¿no te parece bien?
Guy también se sienta y la mira.
—Un segundo...
—¿Otro segundo?
—Si yo llevara algo en mi bolso tú querrías saber por qué... Quiero decir, ¿cuánto hace que llevas eso en la cartera?
—Desde que tenía doce años.
—¡No! —Le pega con la palma de la mano.
—Claro que no. —Guy se mueve para volver a besarla.
—Va, dímelo.
—¿No quieres parar de hablar? —le dice junto a su boca mientras vuelve a estirarla sobre los cojines del sofá.
—No.
—Pero si sigues hablando no puedo besarte y no podemos pasar a lo que viene después de eso...
—Pero quiero hablar contigo. Porque te puedo preguntar lo que sea, contarte lo que sea, y no importa lo que te diga, siempre está bien.
—Eso no ha sido justo —suspira Guy junto a su mejilla—. Ahora tengo que contestarte. —Se apoya sobre uno de sus codos—. Llevo... llevo eso en la cartera desde que supe... bueno, desde que empecé a tener esperanzas de que llegara el momento en el que necesitaría... protegerte de este modo.
—¿Y cuándo fue eso?
—Si te contesto, entonces, ¿pararás de hablar?

—Sí. —Willow se muerde el labio y le pasa las manos por los hombros—. Me callaré, porque tus respuestas son siempre perfectas.
—Oh. —Baja la mirada y la mira—. Entonces, ¿me crees si te digo que lo empecé a llevar el día que nos vimos por primera vez?
—No.
—Vale. —Hace una pausa y Willow se da cuenta de que va a decirle la verdad.
—Yo... Bueno.,. —Le pasa la mano por el pelo y observa cómo vuelve a caer sobre sus hombros—. Después de verte en el laboratorio de física.
—No... no lo entiendo.
—Ya habíamos hablado en el depósito de la biblioteca y yo ya sabía que eras diferente a todas las otras chicas que conozco. Luego me dijiste que tus padres estaban muertos y pensé que estabas tan... que estabas muy perdida y eras demasiado vulnerable. Entonces fue cuando te vi en el laboratorio de física... y te vi preocupándote por una persona que considerabas más débil que tú, y no podía creer que alguien que ha pasado por lo que tú has pasado pudiera ser tan... bueno, tan generosa y considerada.
—Pero apenas me conocías.
—Ya lo sé. Y no quiero que pienses que salí corriendo hacia la farmacia ni nada de esto. Ni siquiera sabía si íbamos a volver a hablar, y si era así, no sabía si nos íbamos a llevar bien, o tal vez tú ya estabas con alguien... Pero supe que el modo en el que intentaste proteger a alguien así, sobre todo dada tu situación... yo... pensé que debías ser la chica más especial que he conocido jamás...
—Ahora ya puedo parar de hablar.
Willow le rodea el cuello con los brazos.
—¡Que interesante!
—¿Eh?
—Cuando te sonrojas, no solo se te pone la cara roja.
—Oh.
—Te diré otra cosa.
—¿Qué?
—Acabo de comprender por qué alguien quiso hacer el primer espejo.
Willow parpadea sorprendida. Eso no era en absoluto lo que estaba esperando.
—¿Por qué?
—Imagino que un hombre enamorado deseaba que su amada supiera cómo era ella para él. Quería que ella fuera capaz de verse tal y como él la veía.
Willow no tiene nada más que decir. Mira cómo él besa sus heridas y desea que su inexperta manera de explorar el cuerpo de él tenga el poder de afectarle del mismo modo en que lo que él hace le afecta a ella.
—¡Ay! —Willow hace una mueca de dolor cuando él, sin querer, le estira del pelo.
—Perdona, yo... —Guy en el intento de alcanzar algo del suelo, no puede evitar chafarla—. Yo... mmm... es que... necesito la cartera que está en el bolsillo... —Busca en los téjanos prestados.

—¿Estás nerviosa? —le pregunta al encontrar los pantalones y coger la cartera.
—Ahá —asiente Willow—. ¿Y tú?
—Mucho.
—Oh, bueno, pues no lo estés tanto porque yo tengo nervios suficientes para los dos.
—Willow se pregunta si lo que va a ocurrir le va a doler y piensa en lo irónico que resulta que ella, de entre toda la gente, pueda preocuparse por eso.
Sí que duele. Willow se estremece de dolor pero es Guy el que grita:
—¡Lo siento! ¿Te he hecho daño? ¡Yo no quería, pero...!
Willow le tapa la boca con la mano.
—Solo un segundo —le asegura—, solamente ha sido un segundo.
Y se da cuenta de que eso es verdad. De algún modo, el dolor se ha convertido en placer, y ese placer es mejor que cualquier dolor.

Digitalizado por Drina

15

Perséfone habita entre las sombras del Hades. Entre ellas, pero no como parte de ellas, es...
Tal vez hablar de que su madre, como diosa de la cosecha, representa la fertilidad. Así que cuando ella (Perséfone) se come la granada es como un acto de solidaridad, ya que las granadas son símbolo de solidaridad, aunque eso signifique que deba quedarse en el inframundo...
Oh, ¿qué más da?
Willow mira los apuntes que hizo unos días atrás en la biblioteca. No sirven absolutamente para nada. Aun así, intentar encontrarles un sentido es mejor que mirar la pantalla apagada. Ni siquiera tiene fuerzas para encender el ordenador. Pero si no hace algo pronto, estará en un buen aprieto. El trabajo del Bulfinch es para primera hora de la mañana y no ha escrito ni la primera frase.
Creía que había tenido problemas concentrándose para este trabajo. Pero ahora que son las dos de la mañana del que ha sido, exceptuando el accidente, el día más decisivo de su vida, concentrarse está resultando ser completamente imposible.
Willow aparta el cuaderno y coge su bolsa. Saca la nota, el inocente trozo de papel que su madre le escribió a la asistenta y lo coloca sobre el escritorio. Le parece extraordinario que algo tan pequeño tenga el poder de emocionarla tanto.
Tal vez siempre supo que alguna cosa de este estilo la estaba esperando en casa, y que enfrentarse a una cosa así liberaría todo aquello que ella llevaba meses reprimiendo. *Y,* probablemente, si no hubiera encontrado la nota, habría aparecido otra cosa, algo igual de inocuo que la habría desmontado del mismo modo.
Willow recuerda cómo ha llorado esta mañana, todo el dolor que finalmente se ha permitido sentir. Le asombra haber sido capaz de procesar unas emociones tan intensas y se pregunta si será capaz de volver a hacerlo.
¿Está preparada para separarse de su inseparable compañera?
Willow abre el cajón del escritorio, saca una de sus muchas cuchillas y la coloca junto a la nota de su madre.
Bueno, ¿y ahora qué?
Mira la inerte hoja de metal, luego vuelve a mirar las líneas escritas por su madre, preguntándose si la nota volverá a tener el poder de hacerla llorar y, si así es, si será capaz de resistir la batalla.
Oh, ¡Dios mío! Eso espero.

Sin embargo, es posible que las lágrimas de antes no tuvieran más implicaciones que su significado más obvio e inmediato. Le había afectado la nota que le dejó su madre a la asistenta, ese pequeño recordatorio de que su bienestar, un día, fue primordial para alguien, y por alguna razón ella había sido capaz de gestionar ese sentimiento sin la alquimia de cortarse.

O tal vez la razón, al fin y al cabo, es de lo más obvia. A lo mejor, al permitirse preocuparse por otra persona, querer a otra persona, ella misma había puesto toda la maquinaria en funcionamiento, y tal vez sea ese amor el que le ha permitido soportar el dolor que él mismo ha puesto en marcha.

Willow se separa del escritorio y camina hacia la cómoda. Luego se mira al espejo que cuelga en la pared.

No cree que tenga un aspecto diferente. ¿No debería algo tan profundo y que te cambia la vida, marcarla visiblemente igual que la cuchilla?

Willow se levanta la camiseta y examina las heridas que tiene en el estómago. Poco a poco van desapareciendo y, a la tenue luz del escritorio, las líneas ensombrecidas tienen un aspecto menos vivido que cuando él las besaba.

Anda, mira eso. Parece que cuando me sonrojo, no solo se me pone roja la cara.

Deja caer la camiseta y vuelve a mirarse la cara. Sigue llevando el pelo suelto, no se ha preocupado en volver a hacerse una trenza. Se pregunta si realmente se ha estado peinando así todos estos meses porque era lo más cómodo. Quizá no era más que un intento de regresar al pasado. Se echa para atrás y se mira a los ojos con detenimiento. A lo mejor sí que hay un cambio, pero es invisible solamente para ella. A lo mejor es algo que los demás pueden notar a la primera.

¿Se daría cuenta Markie? Si se volvieran a encontrar mañana, ¿vería alguna diferencia? ¿Y Laurie, se percatará?

Willow se pregunta si su madre se hubiera dado cuenta. Es más, si su madre no se hubiera dado cuenta, ¿se lo habría contado ella misma?

Willow no tiene la respuesta, pero sabe que esta pregunta esconde una gran verdad: el resto de su vida va a estar llena de momentos en los que deseará más que nada en este mundo explicarle algo a su madre, preguntarle algo a su padre, y simplemente no podrá hacerlo. Todas las lágrimas que deje caer no cambiarán este hecho. Y la cuchilla tampoco.

Regresa al escritorio. Tiene que conseguir avanzar algo del maldito trabajo, pero al sentarse oye un ruido débil y apenas perceptible, y esta vez comprende al instante de qué se trata. A estas alturas ya debería haberse acostumbrado a oír llorar a su hermano, pero escucharlo es aún más doloroso que soportar sus propias lágrimas.

Willow se pone la bata, se cruza la puerta y sale al descansillo. De rodillas, coge las barras de la barandilla con las manos y mira a través de ellas. Si asoma la cabeza puede verle sentado a la mesa de la cocina.

Pero mirarle es insoportable.

De repente siente una necesidad ineludible, a diferencia de antes, de ir con él, enfrentarse a él, consolarle si es que eso es posible. Ahora que por fin sabe qué se siente al llorar, no puede soportar pensar que él está allí abajo solo. Pero ¿cómo puede consolarle, si ella misma es la causa de su llanto?

Sin pensarlo, Willow saca la cuchilla del bolsillo. La coge con fuerza, pero no se corta. Puede mirarle sin cortarse. Ya se ha puesto antes a prueba, pero mirarle ya no es suficiente. ¿Puede acercarse a él, enfrentarse a su dolor? ¿Es ella suficientemente fuerte para eso?

Con indecisión, da el primer paso para bajar la escalera. Pero esta vez ya no se esconde entre las sombras. Si David mirara hacia arriba, sería imposible que no la viera.

Willow llega abajo de todo. No aparta los ojos de David ni deja ir la cuchilla. Sin que ella lo haya decidido así, la cortante hoja ya está hiriéndole la piel.

¿Es eso lo que quiere? ¿Continuar tal y como ha estado haciendo hasta ahora? ¿Es esa la respuesta a las preguntas que se ha hecho antes?

Se desploma en la escalera, incapaz de ir hasta él e incapaz de no mirarle. Puede sentir cómo la sangre empieza a brotarle

de la palma de la mano. Willow sabe que debería guardar la cuchilla. Debería levantarse y recorrer los pocos metros que los separan. Pero es incapaz.

Willow se queda allí sentada, sin hacer nada más, esperando a que David se dé cuenta de su presencia. ¿Levantará la mirada? ¿Le dejará entrar en su mundo de dolor, aunque solo sea para poder herirla él también?

Willow desliza la cuchilla de nuevo en el bolsillo y camina lentamente hacia él. Hoy ha sido un día de primeras veces, y ella está desesperada por conectar, sea como sea, con su hermano. Necesita hacerle saber que aún le quiere, aunque haya perdido el derecho al amor de su hermano, que su angustia a ella también le hace sufrir.

Ella mira la cara de David mientras él la mira. No se asusta al ver las lágrimas de su hermano. No se aparta de su dolor.

Willow está de pie frente a su hermano. Le ve abrir la boca, oye cómo pronuncia su nombre con un leve susurro.

Se acerca a él para escuchar lo que tiene que decirle. De repente él le coge de la mano con una fuerza sorprendente, tanto que ella apenas se puede mover.

—Oh, Willow —dice David—. Oh, Willow, ¿y si tú también hubieras muerto esa noche?

Digitalizado por Drina

16

—Vale, supongo que con esto ya está. Tienes que escribir las notas a pie de página, porque yo ahora no estoy para eso.
—¿Seguro? —Willow mira con ansiedad la pantalla del ordenador—. Sigo pensando que deberíamos incluir aquello de lo irónico que es que la granada, lo que la mantiene retenida en el inframundo, sea un símbolo de...
—Mira, no te interesa que el trabajo sea demasiado bueno, ¿no? —David le echa una mirada—. O sea, no quieres que todo el mundo sepa que tu hermano hizo la mayoría del trabajo, ¿verdad?
—¡Pero eso se me ha ocurrido a mí, y no a ti!
—Pues mira por dónde —separa la silla del escritorio y estira los brazos por encima de la cabeza, luego mira al suelo donde ella está sentada—, yo ya estoy. No me había quedado toda la noche escribiendo un trabajo desde la facultad, y la verdad es que podía vivir tranquilamente sin esa experiencia. No es broma, Willow. Me dijiste que el trabajo este te lo mandaron hace tres semanas, si necesitabas ayuda con él, ¿no me lo podrías haber dicho antes de las dos de la madrugada del día de la entrega?
—Bueno, supongo. Quiero decir, sí —dice Willow entre bostezos. Ni siquiera se puede creer que se lo haya pedido a esas horas.
Después de habérselo encontrado llorando, después de la impresionante declaración que la ha emocionado hasta un punto que ella creía imposible, se han sentado en la mesa de la cocina a hablar. Sin embargo, no han hablado de nada especialmente significativo como ella hubiera esperado.
Lo cierto es que, después de esa muestra desnuda de emociones, a David le ha resultado imposible continuar actuando de un modo frío y reservado y su actitud hacia ella se ha suavizado considerablemente. Y a pesar de ello, el contenido de su conversación, para la profunda decepción de Willow, se ha mantenido en el plano más superficial. Y así es como Willow se ha visto a sí misma hablando no de lo mucho que añora a sus padres, de lo extrañas que son ahora las circunstancias, sino hablando, finalmente, del examen de francés y de los problemas que estaba teniendo para escribir el trabajo. David le ha propuesto escribirlo con ella, para ella, en realidad, tal y como han ido evolucionando las cosas. Seguramente esto es algo que no hubiera ocurrido hace unas semanas. Al menos no con esta facilidad y comodidad, y, aun así, sentada en el suelo con la espalda apoyada en el escritorio, Willow se siente vacía. Sigue habiendo algo —todo— por resolver entre ellos y aunque hablar así con él es mucho mejor que no hablar en absoluto, todavía desea más.

—De todos modos —continúa mientras cambia de posición las piernas, que se le han dormido de tenerlas quietas tanto rato. Son casi las seis y media de la mañana y han estado en su habitación durante las últimas cuatro horas—. Gracias, no lo habría conseguido acabar sin tu ayuda.
—Sí, claro, por supuesto —responde David, pero Willow se da cuenta de que no le está prestando atención, que está mirando la copia del Bulfinch de su padre que sigue sobre el escritorio y de la que, sorprendentemente, ella se había olvidado.
—¿Has...? —David no acaba la frase, coge el libro frunciendo el ceño y lo hojea—. Esto es... es... de... de... de casa, ¿no?
—Aja —asiente Willow. Se da cuenta de lo difícil que le resulta a su hermano pronunciar esa palabra—. Yo... mmm... Lo cogí aquella vez que... fui a buscar mi ropa. Sabía que lo iba a necesitar...
—¿En serio? —pregunta él, mirando al suelo, donde está la mochila de Willow.
—Sí —asiente Willow—. Claro.
—¿De verdad? —David la mira confundido—. Pero yo no paro de verte por todas partes con aquella edición barata de bolsillo. Además, recuerdo ese día. Cathy te dio una charla porque la bolsa que cogiste no era lo suficientemente grande... —Frunce el ceño y se agacha para coger la mochila que está en el suelo.
—¡No! —dice Willow. Pero es demasiado tarde. Por suerte, su material está en un bolsillo con cremallera y está segura de que él no va a abrirlo, pero esta vez lleva otro tipo de contrabando que le preocupa.
David mira dentro de la mochila. A lo mejor solamente está mirando lo grande que es, pero eso no evita que saque la copia de *Tristes trópicos.*
—Yo... yo... espero que no te importe —balbucea Willow—. Pero quiero... Voy a dárselo a Guy.
¡Tonta! ¡Por qué has dicho esa tontería!
Vale, es posible que no haya podido parar de pensar en Guy en toda la noche, que estuviera intentando desviar la atención de David sobre si realmente trajo el Bulfinch aquel día...
¡Pero ha sido una tontería decir eso!
—Es imposible que tuvieras estos dos libros todo el tiempo que has estado viviendo aquí —dice lentamente—. Has vuelto a la casa.
—No, yo...
—Willow. —David la mira asustado—. Por favor, dime, y dime la verdad, que no has ido en coche hasta allí tú sola, ¿verdad?
Willow sabe que cualquier intento de ocultárselo es inútil, que lleva la verdad escrita en la frente y que cualquiera se daría cuenta. Y no es solamente eso, sino que le resulta obvio que la principal preocupación de su hermano no es si ha ido allí o no, sino cómo ha llegado. Es evidente que la idea de que ella conduzca un coche a solas le aterroriza y ella quiere ahorrarle esa ansiedad.
—No, no he ido sola, ni he sido yo la que conducía.

—Es todo un detalle que alguien te haya llevado hasta allí para que pudieras recoger un libro. Perdón —mira la copia de *Tristes trópicos*—, dos libros. Y también es un detalle que tú le quieras dar esto a Guy. Me hago una idea de lo que significa el libro para ti. —Hace una pausa y la mira un momento, absorto en sus pensamientos—. Willow, no me puedes decir que fuiste a casa a por esto.
Willow mira a su hermano con asombro. Cómo puede decirle lo que ella misma no sabe. Que su odisea tenía un propósito más profundo, que su deseo de ir allí a buscar el Bulfinch no había sido nada más que... Y entonces se da cuenta de que David tiene la mente en otra parte, piensa que ella fue a casa con Guy —porque él sabe que fue con Guy— para poder tener privacidad y...
—Willow —dice David de repente—. Estás roja como un tomate, pero como un tomate. Mírate al espejo.
Pero Willow no necesita un espejo para saber que tiene el rostro ardiendo.
—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. —David se echa a reír—.
No estoy preparado para enfrentarme a esto, simplemente aún no estoy preparado para enfrentarme a una cosa de estas.
Tal vez sea por la hora que es, o tal vez sea porque ha estado llorando de aquel modo pero, por la razón que sea, David parece estar haciéndose más cordial. La está mirando, mirándola de verdad, como no lo había hecho en meses. Por fin él está conectando con ella, se burla de ella como solía hacer...
Vale, ella quería que su hermano se relajara con ella, que le hablara como antes...
¿Pero tenía que ser de esto?
—No puede ser que te pongas así por una simple excursión.
—Perfecto. Cállate ya, ¿vale?
—Claro. Mira, supongo que tenía que pasar tarde o temprano, y creo que has escogido a la persona adecuada porque...
—¡¡Devuélveme mis cosas!! —Willow le quita de las manos los libros y la bolsa.
—Sin problemas. Únicamente que..., mira, ...¿hay algo que quieras contarme?
—No.
—Vale, y ¿hay algo que yo tenga que decirte, o mejor dicho, explicarte de cómo...?
—¡No! —le corta Willow.
—En fin, entonces, ¿hay algo de lo que quieras hablar con Cathy tal vez? Quiero asegurarme de que tú...
—-¡No! —Willow no se puede creer que esté teniendo una conversación de este tipo con su hermano, o mejor dicho, intentando por todos los medios evadir esta conversación con su hermano.
—Además, ¿qué es lo que te parece tan divertido? —le pregunta beligerante después de un momento. Está convencida de que su hermano no se ríe de la situación, sino de ella.
—Oh, es que estaba pensando que, cuando Isabelle tenga diecisiete años, voy a tener que encerrarla bajo llave.

—¡Puedes parar! —Willow le da un golpe en el brazo.
—Vale. —David vuelve a ponerse serio—. Pero Willow, no estoy bromeando. Si tienes que explicarme algo, si necesitas que hable contigo...
—¡Sí que necesito que hables conmigo! ¡Necesito que hables conmigo! ¡Necesito que hables conmigo! —Willow se sorprende a ella y a su hermano con su arrebato. A diferencia de lo ocurrido antes con Guy, enseguida se da cuenta de que está llorando—. Necesito que hables conmigo —repite una vez más escondiendo la cara entre las manos.
—¡Willow! —David se levanta de la silla y se sienta junto a ella, le coge de la barbilla y le levanta la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que tú...? ¿O él...?
—Necesito que hables conmigo, y no sobre esas cosas... Estoy informada de todo ese asunto desde que estaba en quinto... Necesitas... necesitas... Tú... —Apenas puede pronunciar las palabras de lo mucho que está hiperventilando.
—Vale, oye, coge aire. —David se acerca hasta estar sentado junto a ella, rodeándola con el brazo. Intenta parecer calmado pero Willow se percata de que, de hecho, está muy preocupado por este arranque de llanto que le ha dado, y no tiene ni idea de lo que puede significar. Ella está, apenas, un poco menos sorprendida y se pregunta si es que las cosas van a ser siempre así de ahora en adelante. Que quizá su catalizador del dolor, tanto tiempo congelado, ahora puede despertarse en cualquier momento y, en caso de que sea así, si va a ser algo que ella pueda tolerar.
—Respira —continúa David—, coge aire y después intenta explicarme qué ocurre.
—Tú... tú... Nosotros necesitamos hablar sobre cómo eran antes las cosas —dice Willow finalmente—. Tenemos que hablar de ellos. Puede ser que estén muertos, pero no deberían estarlo para nosotros. No deberían estarlo entre nosotros. Tú... tú también necesitas hablar conmigo. Tienes que decirme lo... lo enfadado, lo furioso que estás conmigo por lo que ocurrió. ¡Tú también necesitas hablar conmigo!
—Yo... Sí, ya lo sé.
Willow se seca las lágrimas y se gira hacia David sorprendida.
—¿Lo sabes?
—Sí. Y es posible que haya cometido un grave error estos últimos meses. Quería hablar contigo, pero es que no me parecía justo, es decir, hacerte revivir... Nunca sé qué nombre ponerle a lo que ocurrió. Y me preocupa que, si hablo de cosas, entonces no seas capaz de seguir adelante como has hecho hasta ahora, o que yo no podré. Y creo que tal vez sea mejor mantener las cosas encubiertas. Pero es evidente que no sé de qué estoy hablando. —Se detiene un segundo, coge del escritorio una caja de pañuelos de papel y le da unos cuantos a su hermana.
—Gracias. —Willow se suena la nariz ruidosamente.
—Incluso... incluso estoy menos preparado para enfrentarme a esto que para lo otro... —David suspira profundamente, y por un momento aparenta tener el doble, o el triple de la edad que tiene—. Es tan duro para mí pensar en lo que ha ocurrido, e incluso más ver lo que ha hecho contigo. Así que intento concentrarme solamente en seguir

adelante, en cuidar de ti, de lo que, en primer lugar, no tengo ni idea. Pero intento una cosa. Intento asegurarme de no recordártelo constantemente para que tú puedas seguir adelante con tu vida. Y tú parece que realmente puedes superarlo. Estoy tan sorprendido de lo bien que has llevado todo esto que creo que recordarte el pasado sería muy cruel.

Willow no sabe cómo responder a esto. David le ha dicho tantas cosas que es difícil centrarse y asimilarlas todas. Le ha parecido entender que él aludía a lo que consideraba su capacidad de llevar bien esta situación y está segura de que debería desengañarle. Pero hay otros pensamientos que ahora mismo son más importantes y ella necesita asegurarle que él no se ha equivocado. Que, aunque ella quisiera hablar con él, a veces más que otra cosa en el mundo, eso no significa que él le haya fallado como ella le ha fallado a él.

—Pero tú, tú estás llevando las cosas bien —balbucea ella después de un momento—. Sé lo duro que es, lo duro que debe ser para ti y para Cathy tenerme aquí, y las dificultades económicas que tenéis y lo poco que yo puedo contribuir. Es todo por mi culpa y yo...

—Oh, Willow. —David la corta en seco—. Nada de todo esto es culpa tuya. ¿Es que nunca te has parado a pensar que fue un poco irresponsable por su parte beber como para que su hija de dieciséis años, con un permiso provisional de prácticas, tuviera que conducir en una de las peores tormentas del año? ¿Es que nunca te has planteado que, si yo estuviera donde tengo que estar, vendería la casa sin importarme lo que tardara el seguro y, que si lo hiciera, no tendríamos que preocuparnos para nada por el dinero durante años? ¿Que la única razón de que tengas que contribuir es que yo soy incapaz de enfrentarme a eso? ¿Que es mi culpa que tengas que darme todo tu dinero en lugar de poder gastártelo en tus cosas? —Se le ve enfadado, más enfadado de lo que Willow recuerda haberle visto jamás, y solamente puede sentirse agradecida de que el enfado vaya dirigido hacia él mismo, porque no cree que pudiera soportar que la mirara así.

—Estoy furioso conmigo por eso, porque con todas las cosas que están pasando, esa parte debería estar solucionada. Y sé que será mejor que me encargue de eso pronto. Tengo que vender la casa antes de que empieces a tener que pensar en la universidad.

Willow le pone la mano en el brazo.

—Pero aun así pienso que...

—Y también me indignan otras cosas. —David la vuelve a interrumpir. Pero a Willow no le importa porque ve que él está a punto de decir algo muy importante—. También me indignan otras cosas —continúa—. Me indigna tener que pensar que vas a ir a la universidad, tener que pensar en vender la casa para poder pagar esa universidad. Me indigna no poder tener relaciones sexuales con mi mujer cuando me apetece porque el apartamento es muy pequeño y no quiero que mi hermana de diecisiete años nos oiga. Me indigna no poder ir en ropa interior por mi casa y tener que comportarme como si fuera el padre de una chica de diecisiete años y no solamente de un bebé. —Se detiene por un instante y toma aire—. Ni siquiera me enfado o te hago responsable

por la muerte de nuestros padres. Eso sería peor que una locura. Lo que dije en la cena iba en serio. Fue un horrible accidente, un acontecimiento inexplicable y mi primer pensamiento es siempre, siempre, siempre sobre lo duro que resulta todo esto para ti. Lo duros que van a ser para ti los próximos diez años, diez años en los que yo tuve a mis padres para que me ayudaran, pero que tú no los vas a tener. Sin embargo tienes razón. Sí que me enfado contigo. Me enfado contigo por el hecho de que prácticamente cada aspecto de mi vida diaria, cada estúpido aspecto, ha cambiado irrevocablemente. Y me pone furioso ver que nuestra relación ha cambiado y que, a pesar de que te adoro y siempre será así, ya no tengo esa sensación que tenía antes de que todo es fácil contigo. —Le coge la mano que ella ha apoyado en su brazo—. Siempre he sido responsable de ti, aunque únicamente sea en virtud de lo mucho que te quiero. Siempre he tenido una responsabilidad contigo y hacia ti. Tú también tienes esa responsabilidad conmigo y con cualquier persona que llegues a querer. Pero ahora es diferente. Ahora, diariamente mi responsabilidad contigo se ha puesto en el plano práctico, ahora tengo que encargarme de exámenes de francés y reuniones con los profesores, y a veces todo esto me vuelve loco, cuando me doy cuenta de que no soy lo suficientemente mayor para tener esas preocupaciones adicionales. Y entonces, me odio a mí mismo por pensar eso, porque sé que estoy siendo irracional, injusto y ruin. Y te miro y veo lo fuerte que eres y me sorprende que puedas ser así, y entonces me enfado aún más conmigo mismo por ser incapaz de apañármelas con los problemas del día a día cuando tú puedes con mucho más.

—¡Pero yo no soy fuerte! ¡No soy fuerte! —grita Willow. Separa la mano y, una vez más, se tapa la cara. Está tan emocionada por lo que le acaba de decir su hermano, tan aliviada por su sinceridad emocional, por admitir que aún la quiere —¡qué sorprendente!— a pesar de haber sentido enfado y frustración, confusión y conflicto, que no puede seguir sentada frente a él con falsas pretensiones.

Debería enseñarle sus cicatrices, las marcas de lo que ha hecho con la cuchilla, hacerle saber que la imagen que él tiene de ella es un fraude. Pero sus elogios tienen el efecto del bálsamo de Judea y le horroriza tener que hipotecar esa sensación. Y tampoco quiere añadir más peso a la carga de su responsabilidad. Y ahora sabe que lo que le dijo a Guy es cierto. Descubrir eso sobre ella, lo mataría.

Y ella aún no está decidida a abandonar la cuchilla. Se da cuenta de que no está preparada para dejarlo. Y sin embargo allí está, sentada junto a él, y se quita las manos de la cara y extiende los brazos como en un gesto de súplica, casi deseando que él, de algún modo, asuma la tarea de subirle las mangas y descubrir la verdad. Y piensa, igual que le ha ocurrido antes con Markie, que será fácil. Todo lo que necesita es que le levante las mangas y todo estará acabado. ¡Habrá llegado a su fin! Le confiscarán sus instrumentos, la llevarán a un médico, la observarán, la protegerán.

Pero ella no será la que haga que esto ocurra. No se pondrá en posición de provocarlo. Cree que aún necesita sus cuchillas y está segura de que no puede explicárselo a su hermano. De que aunque él la quiera, aunque ahora ya pueden hablar, aún están

separados. Por un lado está la imagen que él tiene de ella y por el otro la realidad de lo que ella ha hecho, el camino que ha elegido.
—No soy fuerte —continúa entre llantos—, no soy fuerte.
—Willow. —David le coge las dos manos por las muñecas, las coge con fuerza. No le sube las mangas, ¿por qué debería hacerlo?—. ¡Estás temblando! ¡Estás temblando como una hoja! ¿He hecho mal en decirte todo esto? ¿Debería...?
—¡No, no! Has hecho bien, y no dejes de hablar conmigo porque... no pares... —No puede seguir hablado. Está demasiado cansada, está llorando demasiado desconsoladamente y, además, su hermano la abraza con demasiada fuerza como para que nada de lo que diga tenga mucho sentido, porque todas sus palabras son silenciadas por el cuello de la camisa de David. Y, en cualquier caso, ya le ha entrado el hipo.
—Chist. —David la intenta calmar igual que haría con Isa-belle si la pequeña estuviera llorando desconsoladamente—. Chist, intenta calmarte. Willow, intenta... ¡Maldita sea! He oído a la niña. —Se separa un segundo—. Cathy necesita dormir, ha pasado estas últimas noches despierta por la infección de oído de Isabelle... Tengo... debería bajar. ¿Estarás bien ahora? —Le coge de los brazos y la mira con detenimiento—. ¿Podemos seguir hablando de esto más tarde?
—Aja. —Willow se seca los ojos con el dorso de la mano. Y, mientras le ve marchar hacia donde está su hija, vuelve a sentirse golpeada por el hecho de que ella ya no volverá a ser la hija de nadie y que, aunque las cosas en su vida puedan mejorar, sobre todo su relación con David, ese hecho nunca cambiará.
Willow sale del edificio del instituto rodeada de docenas de estudiantes. El día ya se ha acabado y no podría estar más agradecida, y no solo porque se siente exhausta emocional y físicamente sino también porque está deseando ver a Guy. Y, al no tener clases juntos, el único rato que tienen para verse es justo después de clase.
Busca a su alrededor con preocupación. No ve a Guy por ninguna parte. Pero entonces él aparece junto a las puertas. Y mientras camina hacia él no puede parar de pensar en el hecho de que ella, solo ella entre todas las otras chicas, le conoce, le conoce de verdad, de todas las maneras posibles.
Willow quiere salir corriendo y cogerlo, correr hacia él y abrazarlo, ver si se siente igual de maravillosamente bien que ayer, pero es demasiado tímida, así que lo único que hace es acercarse a él y esperar a ver qué hace.
Él la abraza, la agarra, y ella se da cuenta de que se siente incluso mejor a como se sentía ayer.
—Oye, ¿sabes qué? —El la sostiene lo más cerca suyo que puede y la mira atentamente a los ojos—. Tengo muchísimas ganas de hablar contigo.
—Bueno, claro. —Willow frunce el ceño—. O sea, ¿qué, si no? No entiendo...
—No, me refiero a que tengo que hablar contigo sobre...

—¡Eh, Guy! —Laurie los llama desde la otra punta del patio—. Llévate a Adrián contigo dondequiera que vayas. Haced algo juntos. Willow se puede venir con nosotras. —Empieza a caminar hacia ellos con Adrián y Chloe detrás.
Willow se separa un poco de Guy a su pesar y se queda junto a él mirando cómo se acerca el resto del grupo.
—En serio —continúa Laurie—. ¿No tenéis algo que hacer Adrián y tú, hablar de remo o lo que sea?
—Adrián no está en el equipo.
Guy mira a Laurie sin entender nada.
—Sí, ya lo sé —responde Adrián con ironía—. Laurie también lo sabe, pero es que se quiere librar de mí —explica sin necesidad.
—Exacto —asiente Laurie—. Chloe y yo nos vamos a un café. Vente tú también, Willow, si quieres. Tenemos que hacer una lista de todos los posibles...
—Cállate, Laurie —interrumpe Chloe de buen humor.
—Perdona, Laurie —dice Guy—. Es que quería estar con...
—Estás diferente, Willow —dice Laurie de repente.
—¿Quéeee? —Willow pega un salto de unos cinco metros. Por el rabillo del ojo puede ver a Guy intentando por todos los medios no estallar en una carcajada, y ella sabe que él sabe perfectamente en qué está pensando.
—¿A qué te refieres con diferente? —Willow coge a Laurie de la mano y la aparta del resto del grupo—. ¿Cómo, diferente? ¿Qué quieres decir exactamente?
—Oh, solo es que... Bueno. —Laurie baja un poco la voz—. Parece como si hubieras estado llorando. Lo siento, no debería haber dicho nada delante de todo el mundo, yo únicamente... ¿estás bien? —Le estrecha la mano a Willow.
—Oh, oh, sí, claro. —Willow se ríe. Le devuelve el apretón a Laurie antes de dejarla ir y regresar junto a Guy—. Estoy bien, solo es que me he quedado en vela toda la noche haciendo un trabajo para la asignatura esa que te gustaba tanto el año pasado. Ya sabes, lo del Bulfinch. Pero gracias por preguntar.
—Vale, pues escucha. —Laurie vuelve a centrar su atención en Guy—. ¿Podrías...?
—Olvídalo, Laurie. —Guy niega con la cabeza—. Tendrás que arrastrarlo contigo. Me apetece estar a solas con Willow, nos vamos hacia el río. Además, probablemente Adrián tenga ideas mucho mejores que tú para emparejar a Chloe.
—Ya, no tengo ningún interés en todo esto —protesta Adrián.
—Tendrás que superarlo. —Laurie lo rodea con el brazo—. Vamos, igual es mejor así. Ahora puedes pagar tú.
—¿En serio que has podido acabar el trabajo? —le pregunta Guy a Willow mientras los demás se alejan—. Ya sé que dije que te ayudaría y no...
—Bueno, no lo vayas diciendo por ahí, porque me da bastante vergüenza y probablemente sea ilegal, pero mi hermano ha hecho la mayor parte del trabajo.
—¿De verdad? —Guy la mira sorprendido mientras salen por las puertas y caminan calle abajo—. ¿Significa eso que tú, bueno, que hablaste con él?

—Sí.
—Entonces tú... No sé, entonces, ¿habéis arreglado las cosas? Igual suena un poco estúpido, pero ya sabes a qué me refiero. Tú estabas tan convencida de que no existía la posibilidad de que las cosas fueran bien entre vosotros. Pero crees que puedes volver a hablar con él, ¿en serio?
—Hummm. —Willow siente que le debe una explicación más completa a Guy de lo que realmente ocurrió entre ella y David, pero no puede hacerlo porque se está muriendo de la risa.
—¿Qué es tan divertido? —Guy la mira con suspicacia.
—Oh, no sé. —Willow camina de espaldas frente a él—.
Solo estaba pensando que, aunque quizá yo ahora me sienta más cómoda hablando con él, posiblemente tú no.
—¿Qué... qué quieres decir exactamente?
—Solo quiero decir que tengo el presentimiento de que tú ahora mismo no te sentirías especialmente cómodo con él, eso es todo. —Vuelve a caminar junto a él mientras cruzan la calle y llegan al parque.
—Willow. —Guy se para en seco—. Tú no... Tú no le habrás contado que nos acostamos ni nada de esto, ¿verdad?
—¡Oh, no! —Willow niega con vehemencia—. Nunca le explicaría una cosa así.
—Bien. —Guy está infinitamente aliviado.
—Lo que no significa que no lo descubriera por su cuenta, sin embargo.
—¡Oh, no!
—¿Qué pasa?
—¡Oh, Dios mío!
—¿Qué problema hay? Guy, solo bromeaba sobre el hecho de no quisieras encontrártelo, él no tiene ningún problema en que tú y yo... O sea, ¿te incomoda lo que hicimos? ¿Te da vergüenza o algo así? —Willow está consternada.
—No lo entiendes. —Guy la acerca a él—. No es eso, es que... Yo no quiero saber ese tipo de cosas de Rebecca, ¿vale?
—¡Tiene doce años!
—Ya, bueno, pues cuando sea que ocurra, no quiero saberlo. Oh, Dios mío. —Niega con la cabeza—. ¿Cómo voy a poder ir a otra de sus clases?
—No sé. —Willow se echa a reír—. Pero ¿sabes qué? ¿Te estás poniendo rojo?
—Ya, venga. Yo no me pongo rojo, ¿vale?
—¡Sí!
—Mira, no soy una chica.
—¡Oh, ni que lo jures! ¡Quiero decir, si alguna vez he tenido dudas al respecto, han desaparecido después de lo de ayer!
—Gracias —contesta Guy secamente—. Escucha, ¿por qué no nos sentamos y hablamos?

—No me gusta ese muro. —Willow se muerde el labio mientras se acercan al agua—. No es que me apetezca caerme al agua.
—No vas a caerte —dice Guy con paciencia-—. Quiero decir, a menos que sigas hablando como hasta ahora. En ese caso, yo mismo te empujaré. Vamos. —Él se sube al muro y la ayuda a que se coloque a su lado—. ¿Ves? Totalmente seguro. —Ambos se sientan en la barandilla y balancean las piernas.
—Bueno, ¿qué era eso tan urgente de lo que querías hablar? —Willow le sonríe.
Guy la mira fijamente un instante sin decir nada. Se acerca, Willow cree que va a besarla y no puede evitar la decepción cuando ve que le coge la mochila.
La abre y busca en su interior hasta encontrar la caja de cuchillas.
—Esperaba que ya no estuvieran aquí. —Levanta la mirada hacia ella—. Lo esperaba de veras y, ¿sabes qué? Ya estaba casi convencido de que no estarían.
—¿Era de eso de lo que querías hablar? —Le mira sorprendida, pero él ya no la mira, tiene los ojos clavados en el agua—. ¿Querías hablar sobre lo de cortarme?
—Sí.
—Pero ¿por qué? —Willow sacude la cabeza al darse cuenta de lo estúpida que suena su pregunta—. O sea, ¿por qué ahora? Esto no es nada nuevo, ya lo sabías, tú has...
—Pensaba que las cosas habían cambiado.
—Ya veo —dice Willow lentamente—, pensabas que iba a ser así de simple. Que todo lo que necesitaba era llorar un rato, tal vez que tú y yo hiciéramos... —Se muerde el labio. No puede, simplemente es incapaz de poder decir algo que pueda desvirtuar lo que pasó entre ellos—. Supongo, supongo que te gustan los finales felices, ¿no? —dice después de un momento.
—A todo el mundo le gustan. —Deja la caja de cuchillas en el parapeto, entre los dos, y se da la vuelta para mirarla—. No me creo que haya una categoría para eso: gente a la que le gustan los finales felices y gente a la que le gustan los finales tristes. A todo el mundo le gusta un final feliz.
—Bueno, entonces déjame que te diga algo sobre los finales felices —dice Willow enfadada—. Te dije que hablé con mi hermano. Es verdad. Hablamos. Hablamos como no lo hacíamos desde que mis padres murieron. ¿Eso es para ti un final feliz? Porque, adivina, él aún no sabe nada de esto. —Señala la caja de cuchillas—. Aunque hablamos de todo lo demás, no pude explicarle esto. No se lo puedo explicar aún. Sería demasiado para él. Pero a lo mejor llegará un día en el que se lo cuente. Se lo contaré porque no seré capaz de mantener este secreto entre los dos, este muro. Se lo contaré porque habrá pasado suficiente tiempo del accidente y quizás él ya esté preparado para enfrentarse a algo así. ¿Te parece suficientemente feliz? ¿Te suena bien? Porque, ¿sabes qué? Da igual cuándo se lo diga, va a hacerle tanto daño... Será tan doloroso para él. Tal vez a mí me haga sentir un poco mejor, pero a él le va a hacer sentir mucho peor. ¿Y sabes qué más? A lo mejor no he perdido a mi hermano como creía que había ocurrido, pero mis padres están muertos. No importa cuánto hable con mi hermano, lo

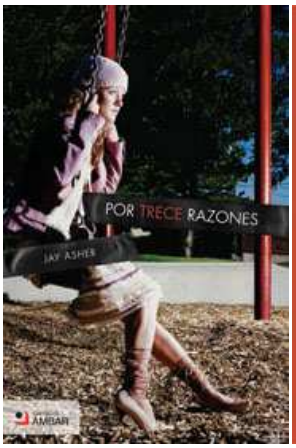
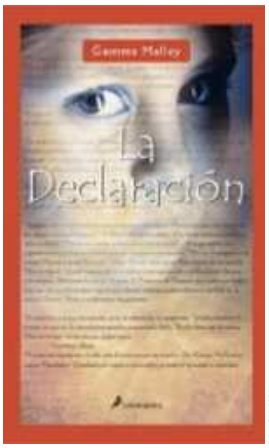
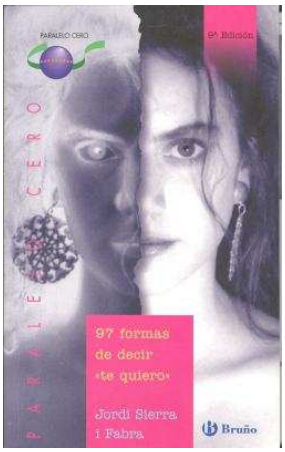
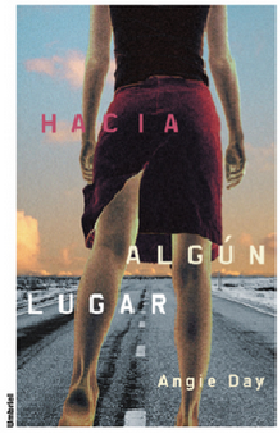
que le llegue a contar, nada cambiará ese hecho. ¿Eso es lo que tú entiendes por final feliz?
—No. Claro que no. Pero ¿sabes qué? No puedes cambiar eso. —Le sube las mangas—. Pero esto sí.
Willow se mira el brazo. Las heridas de este lado se han borrado bastante. Están más blancas que rojas y tienen un aspecto más bien... inocente, como si se las hubiera hecho rascándose con demasiada fuerza, o por estar en contacto con un gato demasiado travieso. Empieza a bajarse las mangas pero Guy la detiene. Se siente terriblemente expuesta, pero hay algo más: había olvidado lo bien que sienta el calor de los rayos de sol sobre la piel, y no quiere evitarlo.
—Dijiste, aquel día en la biblioteca —continúa Guy después de un momento—, que si las cosas fueran diferentes podrías dejarlo, podrías dejar todo esto. Bueno, las cosas son diferentes. ¿No quieres parar?
—¡No lo sé! —Llora con auténtica angustia, horrorizada de verse otra vez bañada en un mar de lágrimas—. Pensaba que podría, pero no es tan fácil. ¡No es tan fácil!
—Oh, Willow, lo último que quería era hacerte llorar otra vez. —Guy está sinceramente preocupado. Se acerca a ella e intenta rodearla con el brazo—. Yo no quería...
—¡Pues deberías querer que llorara! —Willow le aparta para poder mirarlo a la cara—. ¡Deberías! Porque cada vez que lloro es como... es como...
Como podría explicarle que cada lágrima le aleja un poco más de la caja de cuchillas que hay entre los dos. Como le puede explicar que le aterra que le ocurra eso. Que aunque creía desear la libertad de su vicio, no sabe si es capaz de afrontar lo que le está ocurriendo ahora. Que quiere saber si aún tiene el control sobre su dolor. Que las cuchillas siempre le daban lo que ella quería.
—¿Es como qué? —dice Guy, cogiéndola por los brazos—, ¿cada vez que lloras es como qué?
—No... no sé si puedo soportar esto —dice Willow entre lágrimas—. ¿Crees que cortarse duele? ¡No tienes ni idea! —Willow coge el paquete de cuchillas y lo aprieta contra su pecho—. Ellas me han salvado de esto. ¡De sentirme así! ¡Sí! Yo pensaba... yo pensaba que si podía llorar así, sentirme así, las dejaría. Pero ahora no estoy tan segura...
—Willow —Guy se muerde el labio—, yo soy ahora tu amante. —Aun en lo más profundo de su tristeza, las palabras de Guy estremecen a Willow, pero él no ha acabado de hablar—. Esa caja de cuchillas ya no puede ocupar ese puesto, y no me importa lo que haya podido llegar a significar para ti en el pasado.
—Tú ya sabías esto desde el principio —dice Willow—. Me has visto hacerlo. Me has oído hacerlo. ¿Qué ha cambiado ahora?
—¿Me tienes que preguntar qué ocurrió ayer? —Guy la mira sin poder creérselo—. De acuerdo. Entonces, te lo diré. Todo es diferente. Absolutamente todo.

Willow sabe a qué se refiere. Ellos ya no son las dos personas que eran ayer. Que ella se corte y las consecuencias que eso puede tener ya no le afectan solo a ella, si es que alguna vez ha sido así.
Le vienen a la cabeza las palabras que le dijo su hermano acerca de la responsabilidad, sobre lo que lleva implícito amar a alguien. Y sabe que esa responsabilidad debería empezar por ella misma y que si en el pasado cortarse era la mejor manera de cuidarse que ella conocía, ahora se abren nuevas posibilidades. Y además, aparte de eso, debe extender esa responsabilidad a Guy, porque no puede hacer todo para huir del dolor y, al mismo tiempo, obligar a la persona a quien ama a soportar cosas peores.
Willow mira la caja y piensa en sus otros amantes, que están dentro, en el dolor que extrae de ellos, tan diferentes del placer que su amante de carne y hueso le da, y sabe que lo que le atrae de ellos es irrisorio frente a lo que Guy tiene que ofrecerle. Y también piensa que renunciar a la caja de cuchillas no solo sería la acción más responsable, sino también lo más bello, lo más gratificante y lo más satisfactorio que podría hacer.
Y está convencida de todo eso como nunca lo ha estado de nada en esta vida y, así y todo...
—Sé que debería librarme de ellas —dice finalmente cuando sus lágrimas remiten lo suficiente para dejarle hablar con coherencia—. Ya sé que debería, pero no puedo. No puedo. Pensaba que lo haría. Pensaba que podría. Lo pensé cuando estaba con Markie. Lo pensé anoche. Lo pensé mientras hablaba con mi hermano... ¡pero no puedo!
—¿Eso es todo, entonces? —Guy le quita la caja de las manos—. ¿Eso es todo? ¿Ya has elegido? ¿Vas a serles fiel a ellas?
—¡Yo... yo no quiero!
—¡Entonces deshazte de ellas! ¡Hazlo! Aquí mismo, ¡tíralas al río! Yo te ayudaré. ¡Que yazca en el fondo, como dicen en *La tempestad!*
—¿Y crees que con eso se soluciona todo? —Willow rompe a llorar una vez más—. ¿Crees que no puedo ir y comprarme otra caja mañana mismo, ir a una tienda de esas que no cierran por la noche si lo necesitara, o improvisar con un destornillador si es lo único que tengo a mano?
—Ya lo sé —dice Guy. Le coge la mano a Willow y la pone sobre la suya, que sostiene la caja—. Lo sé todo, ¿vale? Puede ser que vuelvas a comprar mañana, o incluso esta noche, pero al menos ahora mismo, por un instante, serías libre de ellas.
—¡Vale! —Willow aprieta la cara contra el pecho de Guy. No puede parar de llorar y sabe que sus palabras son prácticamente incoherentes—. ¡Lo haré!.—dice contra su pecho.
—¿Qué has dicho? —Guy la separa de su pecho y la mira cogiéndole por los brazos. La mira sorprendido, como si no se pudiera acabar de creer lo que acaba de oír—. Willow, ¿qué has dicho? Es difícil entenderte cuando...
—¡Lo haré, lo haré! Solamente... dame un segundo...
Una hora, un mes, un año...

—Mira—dice Guy—. Te ayudaré, ¿vale? Será fácil. Venga. Cogeremos la caja los dos, la sostendremos sobre el agua, contaremos hasta tres y...
Pero Willow ni siquiera espera hasta tres. Sabe, mientras ve cómo la caja se hunde en su tumba de agua que, aunque realmente podría ir y comprar más en cualquier momento, que esa parte de su vida seguramente ya ha acabado. Se cierra el telón de estos últimos siete meses, y su admirable nuevo mundo con Guy junto a ella ya le está dando la bienvenida. *Y,* si esto no es un final feliz, tal vez sea un feliz inicio.

VISITANOS EN:

http://utopiadepapel.blogspot.com/

Digitalizado por: Drina, Shuk_Hing y Joksan

Próximos proyectos utópicos… ¡Tú decides! Entra en el blog y vota por alguno de ellos….